



# UNA BODA

# *pendiente*

Si te gustó *Pendiente de ti*, no te puedes perder la historia de Teresa y Simón

*Toñi Membrives*



**D.J.57**



Una boda  
pendiente

Toñi Membrives

Título: Una boda pendiente

©Toñi Membrives



Toñi Membrives-escritora



tmembrives\_escritora

Primera edición: agosto, 2018

Corrección y maquetación: María Elena Tijeras.

[deelite@outlook.es](mailto:deelite@outlook.es)

Ilustraciones interiores (maquetación): Pixabay.

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito.

[www.imagina-designs.com](http://www.imagina-designs.com)

Ilustraciones de costura de portada: Freepik.

Ilustraciones de sobres y carta de contraportada: Lesyaskripak (Freepik)

ISBN13: 978-1717785015

Depósito legal: B-2001-18

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para todas aquellas personas que creen que las  
segundas oportunidades son mejores que las primeras

«Yo no quiero un para siempre de unos meses,  
yo quiero un poco a poco que nunca acabe»

Pablo Neruda

# Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo  
Agradecimientos



—Será mejor que me marche.

Me levanto de la cama y dejo a Dulce en ella. Voy al baño, me sujeto en el lavabo y cierro los ojos a la vez que bajo la cabeza.

«¿Qué has hecho, Simón?», me repito una y otra vez en mi mente, como un mantra. Despego mis ojos y observo mi reflejo en el espejo que hay delante de mí. Me miro y no sé si me reconozco, aunque creo que no, pues han cambiado muchas cosas. No, mentira, las cosas no han cambiado, soy yo quien lo ha hecho y no sé si ese cambio es para mejor o para peor, si es bueno o malo. Intento descubrirlo mirándome fijamente a los ojos, intentando ver a través de ellos algo, alguna cosa, algún indicio que me indique que voy a poder con ello, pero solo veo desazón e incertidumbre. Solo percibo que estos meses no han servido de nada, que estoy igual o peor que antes. Que no consigo encauzar mi vida sin tener que pensar en ella.

—Simón, ¿qué pasa? —me pregunta Dulce al entrar en el baño completamente desnuda. Se coloca a mi espalda.

—Dulce, lo siento, perdóname, yo...

—¿Es por esa chica?

Me doy la vuelta y la miro. Dulce es la hermana de mi amigo Nuño y vive aquí, en Lisboa. Es una famosa y fantástica cantante de Fados, además de ser una mujer estupenda. Creo que ahora mismo debo de ser la envidia de todo el

género masculino portugués, y quizás también de alguna parte del género femenino, porque aparte de todo lo dicho, es guapísima.

Ella, al ver que no contesto, me sonrío con ternura y me arropa la cara con sus manos. Y yo, igual que un niño pequeño en busca de consuelo, me aferro a su cuerpo y nos abrazamos.

—Soy el hombre más patético que existe en la faz de la tierra.

—Vamos, Simón, no es para tanto —me dice riendo y se separa de mí—. Hemos compartido un momento muy agradable de sexo y ya está. ¿O qué pensabas, que me había enamorado de ti con solo un polvo? No eres tan irresistible.

—¿Me estás diciendo que no soy tu tipo? —Ahora soy yo el que sonrío.

—Para nada, y lo sabes. Entre nosotros siempre ha habido una tensión sexual no resuelta, pero eso ya se acabó.

Ambos reímos. Esta mujer es increíble. Nos conocemos desde hace años y lo que dice es cierto, siempre nos hemos atraído físicamente, pero los dos siempre hemos sabido que no podía haber nada más. No estamos hechos el uno para el otro, pero sí para ser buenos amigos.

—Simón, prométeme que cuando vuelvas a casa irás en busca de esa Teresa y la conquistarás.

—No sé si podré hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque ella sigue enamorada de su ex.

—Eso no lo sabes. Llevas aquí tres meses y las cosas habrán cambiado —me dice con voz suave—. Además, no puede estar colgada de un tío que la secuestró a ella y a su amiga.

—No sé qué es lo que debe sentir, lo que sí sé es que lo que yo siento me está matando.

Vuelvo a la habitación, recojo mis calzoncillos del suelo y me los pongo. Me siento en la cama. Dulce viene enseguida, se pone sus braguitas y el jersey que horas antes había llevado puesto, antes de que cayera al suelo.

—Lucha por ella, Simón, no la dejes escapar.

—Creo que nunca le he gustado, creo que nunca ha sentido lo más mínimo por mí y creo que nunca se enamorará de mí.

—Y como lo crees, ¿vas a dejarlo pasar? —Dulce me mira esperando una respuesta por mi parte, pero lo único que obtiene es un silencio—. ¡Por Dios, Simón! No creas en todas esas cosas que has dicho. Tú siempre has sido un tío valiente que no se deja amedrentar por nada ni por nadie y luchas por lo que quieres. Demuéstrale que eres un buen partido.

—¿Soy un buen partido? —pregunto arqueando las cejas.

—El mejor Benfica - Sporting de la historia. O el mejor Barça – Madrid, cómo prefieras. —Vuelvo a sonreír.

—No sé qué voy a encontrarme cuando regrese a casa, pero sé que no voy a conseguir sacármela de la cabeza.

Dulce me mira con esa expresión tan tierna en sus ojos. Se coloca sobre mí y me besa en la frente.

—De aquí te la puedes sacar en cualquier momento, lo difícil es hacerlo de aquí —me dice posando una de sus manos en mi pecho. En el corazón.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado? —le pregunto apresando sus manos.

—Porque el amor es una dulce tortura y un veneno exquisito.

—¿Sabes que Diogo fue un idiota al dejarte?

—Ya lo sé, el problema es que él todavía no lo sabe —argumenta guiñándome un ojo—, pero tú no seas igual de estúpido que él. Lucha por lo que quieres, Simón.

Nos abrazamos de nuevo. Dulce tiene razón, no debo tirar la toalla antes de tenerla entre mis manos. Tengo que conseguir que Teresa no pueda vivir sin mí. La cuestión es cómo hacerlo.

—Acabamos de echar un polvo y a mí no se me ocurre otra cosa que hablarte de otra mujer. —Ella ríe—. Gracias, Dulce, gracias por ser mi amiga y escucharme.

—De nada —me dice dándome un pequeño beso en la mejilla—. Oye, ¿te apetece un polvo de despedida?

—No es buena idea —respondo, cuando las carcajadas me lo permiten.

—Ya sabía yo que te ibas a negar, pero tenía que intentarlo.

# 1

## Teresa

—¿Cómo que te vas a Lisboa?! —me preguntó Tana asombrada.

—Pues eso, que me marcho a buscar a Simón.

Mis amigos me miraron como si estuviese loca, y quizás tuvieran razón.

—No puedes ir a buscarlo —argumentó Adrián.

—¿Por qué no?

—Simón se ha ido porque necesita espacio, tiempo para reflexionar y para eso necesita estar solo.

—Pero se ha ido por mi culpa y tengo que hacer algo para que regrese a casa. —Me senté al lado de mis amigos.

—Teresa, es mejor que te quedes aquí y no precipites las cosas, Simón volverá pronto.

—¿Y si no vuelve? —pregunté con los ojos llorosos—. Creí que después de todo lo que hizo por mí tras el secuestro habíamos empezado de nuevo, que volvíamos a ser amigos, pero veo que estaba equivocada.

Tana, que me observaba al lado de su chico, se percató de mi malestar y se acercó a mí para rodearme con sus brazos justo en el segundo en el que rompí a llorar.

—No digas eso, Tere. Todo volverá a ser como antes, ya lo verás. Deja pasar el tiempo.

Pasar el tiempo. Eso es lo único que ha pasado en mi vida.

Esa conversación la tuvimos justo la noche en la que Simón se marchó a Lisboa para poner un poco de distancia entre los dos. Y de eso hace algo más de tres meses. Y por supuesto, no he ido a buscarlo.

¿Qué quién es Simón? Pues un amigo de Adrián. Alguien con quien... empezaré por el principio.

Mi amiga Tana y yo trabajábamos como modistas en una tienda del pueblo donde vivíamos. Por allí apareció un día Adrián, y él y mi amiga se enamoraron. Después, ambas nos quedamos sin trabajo, y unido a unos cuantos incidentes que tuvimos, hizo que todo se precipitase y Adrián no quisiera dejar sola a Tana, así que nos mudamos a la ciudad con él.

La primera vez que vi a Simón fue en casa de Adrián. Son amigos, vecinos y compañeros de trabajo. Ambos son detectives privados. Simón es un chico alto, fuerte, con el pelo bastante rapado y algo de perilla. Sus ojos son castaños y sus labios bien definidos. Tengo que confesar que lo primero en lo que me fijé fue en sus labios. Y más cuando me besó, aunque no escogió el mejor momento para hacerlo.

Yo estaba dolida por lo ocurrido con el que en aquel entonces era mi pareja. El cabrón me utilizó de la peor manera posible, y Simón me besó así, sin más, a los cinco minutos de conocernos. Y el pobre recibió un buen *hostión* de mi parte. Pero claro, la cosa se complicó cuando, tiempo después, nos acostamos y aún sigo sin saber el motivo por el que lo hice. No es que me arrepienta y no es que no encuentre atractivo a Simón, pero sé que le hice daño. Le gusto o le gustaba, ya no lo sé, y por eso se fue, para poner tierra de por medio, para olvidarme. Seguro que lo ha conseguido. Sin embargo, yo no consigo olvidar nada de lo ocurrido estos meses atrás, empezando por mi ex y acabando con la historia con Simón.

Mi ex me utilizó, me engañó y nos secuestró a mi amiga y a mí. Jamás podré perdonarme el no haberme dado cuenta de la clase de persona que era. No podré olvidar jamás que puse a mi amiga en peligro por mi culpa. No dejaré de sentir asco por haberme enamorado de él. Acabó conmigo. Me dejó vacía, sin alma, y ahora me toca recoger los pedazos de la persona que fui y recomponerlos. Y por si eso fuese poco, mi jefe me acaba de despedir. Con la maldita crisis, las ventas en la tienda han bajado y me ha tocado a mí pagar el pato. Claro, he sido la última en llegar. No tengo trabajo, poco dinero ahorrado, tengo que vivir en casa de Simón porque no me puedo permitir un alquiler y cuando él vuelva me tendré que marchar. Solo espero que Simón no siga enfadado conmigo, aunque es posible que eso no suceda.

Empieza a oscurecer cuando llego a casa. La voz de mi amiga y la lengua de

*Iñaki*, mi gato negro con vivarachos ojos verdes, al que cojo enseguida, me reciben en el rellano.

—Tere, ¿dónde has estado? ¿No acababas de trabajar a las cinco?

—Hola, Tana —saludo a mi amiga y dejo que mi peludo me mime un rato a lametazos—. He estado paseando. Me han despedido.

—¿Cómo que te han despedido?

—Pues eso, la tienda no iba muy bien y han prescindido de mí.

—Tere, lo siento —me dice Tana, que se acerca a darme un abrazo e *Iñaki* protesta—. Verás como pronto encuentras otra cosa. ¿Te apetece venir a casa a cenar?

—No quiero molestaros.

—Tere, sabes que no molestas —añade con un mohín—. Anda, vente a cenar con nosotros.

—Vale. Me vendrá bien desconectar un poco —claudico—. Me ducho en un momento y vengo a ayudarte.

—*Miauuu*.

—Sí, voy a cenar contigo, granuja. —Acerco mi nariz a su hocico—. Por cierto, ¿dónde has dejado a *Lis*?

Nuestra mascota levanta las orejas y pone los bigotes tiesos al darse cuenta de que ha dejado a su amada, una preciosa persa de color gris, en casa. Salta raudo de mis brazos y corre en su busca. Sonreímos. Hasta el gato tiene a alguien que le quiere.

Entro en casa de Simón a la vez que me voy desvistiendo por el camino y dejo mi ropa tirada por el suelo. Me voy directa a la ducha y dejo que las gotas de agua caliente se mezclen con mis lágrimas. Estoy agotada de sentirme así, con la carga de que todo lo que ha sucedido hasta ahora haya sido culpa mía. Y solo me faltaba perder el empleo para redondear más mi miseria. Pero no puedo seguir así y esta noche me voy a permitir el lujo de que sea la última. Sé que voy a llevar siempre este peso, pero debo aprender a vivir con ello. Quiero recuperar mi vida y tengo que empezar por mí misma. La cena de esta noche puede ser un buen comienzo. Cuando cierro el grifo de la ducha, me percató de que no he cogido el albornoz.

## Simón

—Gracias por venir a buscarme, Adrián —le digo, una vez subidos a su coche—. ¿Qué tal están las cosas por aquí?

—Como siempre. En la agencia tenemos trabajo, pero nos hemos apañado

muy bien sin ti —añade, mirándome de reojo con una media sonrisa.

—Vaya, veo que no soy imprescindible —agrego con un falso tono molesto—. He estado mucho tiempo fuera. El lunes me pasaré por la oficina y me pondré las pilas.

—Tu padre te lo agradecerá. Ha estado preocupado por ti.

—Lo sé, pero necesitaba alejarme una temporada.

Desvío mi mirada hacia la ventana que hay a mi derecha y pienso en mi huida de meses atrás. Tal vez fue un poco precipitada y hubiese sido mejor afrontar las cosas, mirarlas a la cara y luchar por lo que dejé aquí, algo que vale realmente la pena, pero no lo hice. Me batí en retirada sin saber si tenía la más mínima posibilidad de cambiar mi destino.

—¿Y las chicas, qué tal están? —pregunto sin referirme a la que realmente me importa.

—Mi chica está estupenda y yo encantado de la vida con ella.

—Eres un cabrón con suerte. —Sonríe, de oreja a oreja.

—Tu princesa, creo que no te ha echado mucho de menos. *Iñaki* la ha cuidado muy bien en tu ausencia.

—¿No me ha echado ni un poquito de menos? —lo interrogo, ofendido, a la vez que Adrián deja el coche en el parking.

—Yo creo que no.

Mi amigo suelta una carcajada y caminamos juntos hacia el ascensor. *Lis* me ha tenido que añorar, lo sé, llevamos muchos años juntos y no se ha podido olvidar de mí y cambiarme por cuatro patas peludas y unos cuantos bigotes.

Mientras subimos en el ascensor, Adrián y yo no abrimos la boca y está esperando a que le pregunte por la tercera de las chicas. No va a soltar prenda, lo conozco.

—¿Cómo le va a Teresa?

Mi amigo sonrío socarrón, sabía que tenía esta guerra ganada y yo no he podido resistir preguntarle por ella, pero no me contesta, ya que entramos en el comedor de su casa y *Lis* viene corriendo a mi encuentro. Suelto la maleta de cualquier manera y la cojo en brazos.

—Hola, princesa —digo besando su cabecita. Ronronea—. ¿Tenías ganas de verme?

—¡Simón! —Aitana viene enseguida a saludarme y dejo a mi gata en el suelo.

—Hola, Aitana. —La abrazo con cariño.

—¿Por qué ninguno de los dos me ha dicho que volvías?

—Era una sorpresa —respondemos a la vez.

—Pues me la habéis dado. Me alegra tenerte de vuelta. —Aitana me sonrío y

acaricia mi rostro—. ¿Qué te ha pasado? Estás cambiado y mucho más guapo.

—Si molesto, me voy —protesta Adrián con los brazos en jarras. Su chica y yo reímos.

—¿Qué tal estás?

—Cansado, con ganas de pegarme una ducha y dormir para quitarme el mal rollo que me dan los aviones.

—¿Quieres cenar con nosotros? Teresa vendrá en un momento.

Aitana me mira expectante tras soltar su pequeña bomba, y los dos tortolitos me sonríen con complicidad. Lo cierto es que hambre tengo, pero tengo muchas más ganas de verla a ella.

—¿Cómo está?

—Destrozada. —La sonrisa de mi amiga cae de sus labios—. Nunca la había visto así. Tere siempre ha sido una mujer fuerte, decidida, sonriendo a cada instante, pero ahora lleva demasiado tiempo sin hacerlo. Cuando la he visto esta tarde, me ha contado que la han despedido de la tienda. La crisis —dice encogiéndose de hombros—. Se siente culpable por todo lo que ha pasado.

—Pero ella no tiene la culpa de nada.

—Nosotros lo sabemos —responde Adrián, que abraza a su chica por los hombros—, y hemos hablado muchas veces con ella, pero no hay manera de que lo entienda. Se pasa las noches llorando.

—Quizás, si cenamos los cuatro juntos, ella...

—Está bien —corto a Aitana—. Deja que me dé una ducha y vengo.

Aitana se pone a dar palmadas y viene dando saltos hacia mí para abrazarme, contenta por haber conseguido su objetivo.

—Simón, por favor, no volváis a discutir.

—No he vuelto con esa intención —digo sincero. Cojo la maleta—. *Lis*, ¿te vienes?

Mi gata levanta la cabeza, me mira como si fuese tonto y vuelve a lo suyo, que no es más que seguir limpiando las orejas de su compañero. Deduzco que no viene.

Adrián y Aitana me han dejado muy intranquilo con respecto a Teresa. No he hablado con ella en todos estos meses en los que he estado fuera, y mis amigos nunca me han contado nada de su estado de ánimo. Sé por todo por lo que ha pasado y espero que mi vuelta no lo empeore. No sé qué pensará de mí, si estará enfadada conmigo, molesta por mi marcha, si me odiará. Si no querrá verme.

Durante mi estancia en Lisboa, Teresa ha estado viviendo en mi casa, pero, ahora mismo, no sé si estará aquí.

Entro sin hacer el más mínimo ruido.

## 2

Ni en mis mejores sueños me hubiese imaginado un recibimiento como este. Se me cae la maleta al suelo, me quedo boquiabierto y el corazón, y lo que no es el corazón, empieza a latir deprisa ante la imagen que tengo delante de mis ojos.

La visión de Teresa desnuda en mi salón, con gotas de agua que bajan de su pelo y recorren su cuerpo es muy sexy, demasiado erótica. Excitante.

—¿Quieres hacer el favor de no mirar?!

—¡Perdón, perdón, no sabía que estabas aquí! —me disculpo tapándome los ojos con las manos, pero dejo la suficiente distancia entre los dedos para poder ver entre ellos.

Me quedo embelesado observando su cuerpo mientras que ella se tapa con los cojines del sofá y se queda parada, mirándome como asustada. Ahora entiendo por qué no he podido olvidarla. Es imposible hacerlo. Es la mujer más bonita que he visto en mi vida. Su dulce rostro, sus enormes ojos marrones, las ondulaciones de su largo cabello. Todo es perfecto en ella, a pesar de las marcadas ojeras y de lo delgada que está. Tal y como ha dicho mi vecina, todo lo ocurrido le está pasando factura.

Ya no podré ver mis cojines de la misma forma.

—Voy a vestirme. —Se gira y se marcha apresurada.

Parpadeo varias veces cuando dejo caer mis brazos a los lados y consigo volver en mí e intento comportarme como un ser civilizado. Recojo mi maleta del suelo y la pongo al lado del sofá, donde me siento a esperar a que Teresa salga vestida y pueda darme esa ducha que tanta falta me hace. Y mucho más ahora, visto lo visto.

Al cabo de unos minutos me levanto y voy hacia la habitación, que es donde creo que ha ido mi compañera de piso, para disculparme por lo que ha pasado antes. Veo que efectivamente está ahí, vestida, eso sí, y como la puerta está

entreabierta, observo que está sacando su ropa del armario.

—¿Qué estás haciendo?

—Debiste decirme que volvías, así habría podido recoger mis cosas antes de que llegaras —responde metiendo unos pantalones en su maleta.

—Lo siento, Teresa, mi vuelta fue un poco precipitada, decidí regresar de un día para otro. Ni siquiera Adrián lo sabía.

—Bueno, eso ya no importa mucho. Terminé de guardar todas mis cosas y te dejo tu cuarto.

Ella sigue sin mirarme, doblando prendas y poniéndolas en su bolsa. Me ha parecido percibir un tono de voz un tanto disgustado, así que me acerco a ella, a sabiendas que puedo recibir una buena reprimenda, y la sujeto del brazo para que pare.

—Deja eso Teresa, no tienes que irte. —Ahora sí que se da la vuelta y me mira interrogante.

—Simón, tú ya has vuelto y yo ya no pinto nada aquí. Además, después de todo lo que nos ha pasado no creo que quieras verme, y mucho menos, en tu casa.

La suelto del brazo y la miro con tristeza. Sus palabras me duelen, duele que piense eso de mí. ¿Ni siquiera quiere que seamos amigos? ¿Eso es lo que me está diciendo? Estoy tan cansado que no me apetece discutir. La dejo con sus cosas y me marcho a la ducha. Segundos después, escucho como la puerta de la calle se cierra con un disimulado portazo.

## Teresa

Siento un cierto peso en mis piernas. Primero lo noto por los tobillos, los gemelos, los muslos y acaba cayendo en mi espalda cuan largo es. Ladeo un poco la cabeza y con los ojos medio abiertos, veo al causante de mi despertar.

—*Miau.*

—Mi *gordi*, ¿qué haces subido ahí?

—*Miauuuu, miauuu.*

—Vale, pues si no bajas, no podré darte de comer.

Raudo como él solo, se baja de mi cuerpo y me espera sentado en el suelo, mirándome para que me dé prisa. Me incorporo en el sofá, gruñendo y quitándome las legañas con los dedos. *Lis* viene enseguida y le da un lametón en el moflete a su amor de cuatro patas y luego me echa una mirada a mí un tanto recelosa. A esta gata no le caigo bien. Vamos los tres a la cocina y les lleno los

cuencos de pienso; uno *light*, para la señorita y otro digestivo, para el caballero. Al verlos desayunar, mi mente se escapa a la cena de anoche. Al final me quedé a dormir aquí, en el sofá de casa de mi amiga. Me ha costado mucho coger el sueño y es que estuve la mayor parte de la noche pensando en Simón. Me dejó descolocada, y no solo porque no supiera que venía, sino por su actitud para conmigo y por su aspecto físico tan mejorado. Me había hecho a la idea de que cuando volviera seguiría molesto conmigo y no querría saber nada de mí, pero su comportamiento de anoche me demostró que no es así. Estuvo encantador y atento conmigo toda la velada, no paró de preguntarme qué había hecho en este tiempo, qué dónde había estado trabajando... y yo solo le respondía con monosílabos y de manera distante.

Como siempre me pasa con él, desconozco el motivo de mi comportamiento tan arisco, pero el volver a verlo, y verlo tan cambiado y tan guapo, me dejó bloqueada. Porque sí, Simón ha vuelto mucho más atractivo que cuando se fue. Quizás su amiga Dulce haya tenido algo que ver, pues por las repuestas que le daba a las preguntas de Adrián, entendí que algo ha pasado entre ellos.

—Buenos días.

—Buenos días, Tana. —Mi amiga se agacha para acariciar las cabecitas de las mascotas, que ni se inmutan.

—¿Qué tal has dormido en el sofá?

—He dormido en sitios peores. ¿Te preparo un café?

—Sí, por favor, y uno bien cargado. No he pegado ojo en toda la noche — dice bostezando.

—Pues ya somos dos. ¿Y puede saberse por qué no has dormido? ¿Una noche movidita? —Pongo la cafetera en marcha.

—Movidita, pero no en el sentido que te imaginas. —Saca el cartón de bebida de soja de la nevera y la cierra de golpe. Me mira arrugando el entrecejo —. ¿Se puede saber qué narices te pasa con Simón?

*Iñaki y Lis*, al escuchar el alzamiento de voz de Tana, deciden terminar su desayuno y salen enseguida de la cocina. Ojalá pudiera escabullirme yo también, pero me temo que mi amiga no me va a dejar opción.

—A mí, nada —contesto sin importancia.

—No me vengas con tonterías que te conozco.

Resoplo y me siento en uno de los taburetes, dejando caer a plomo el peso de mi cuerpo en él. Oculto mi cabeza entre mis manos.

—¿Qué te pasa, Tere?

—Que soy una estúpida, eso es lo que pasa.

—Cuéntame algo que no sepa, anda. —Tana se ríe a mi espalda y en esto que me giro y la miro fulminándola en ese mismo momento—. Vale, ya no me río.

Tana me pone la taza de café humeante frente a mí y ella se sienta al otro lado con la suya, esperando a que le explique de mi pésima conducta de anoche. Al final, ha hecho ella el café.

—No sabía que Simón volvía —respondo mirando mi bebida.

—Ni yo. Me enteré cuando lo vi aparecer por la puerta.

—No sé cómo comportarme con él después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Tere, mírame —me pide cariñosamente a la vez que me acaricia una mano por encima de la mesa. Levanto los ojos—. Tal y como Simón se portó en la cena, yo creo que por su parte está todo olvidado. ¿Y por la tuya?

Bajo de nuevo la cabeza hacia mi café y me lo llevo a los labios. El primer sorbo me quema la lengua, pero no me importa.

—No quiero que sigamos distanciados, no me gusta estar así con él, pero he hice daño. No sé cómo puede olvidarse de eso, y mucho menos perdonarme. ¿Cómo es capaz de mirarme a la cara?

—Tere. —Mi amiga viene a mi lado y me abraza—. Deja de martirizarte. Simón ha pasado página, quiere que seáis amigos y tú estás negándote la oportunidad de hablar con él y arreglar las cosas. Simón es un tío estupendo y no es tan rencoroso como tú. No va a echarte nada en cara.

Dejo mi cabeza oculta en su hombro mientras pienso en que tiene razón y que debería hablar con él. Necesito que me diga que me perdona y que somos amigos. Soy yo la única que está poniendo obstáculos a algo que puede ser bonito.

—Gracias, Tana —le digo separándome de ella—. Voy a hablar con Simón.

Me bebo de un trago el resto de mi café y tengo que abrir la boca para abanicármela con las manos y que me entre algo de aire fresco. Cuando voy a salir de la cocina, mi amiga me para.

—Espera, Tere, no hemos hablado de una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunto curiosa.

—¡De lo buenísimo que está Simón! —responde con una mueca divertida—. ¿Has visto lo bien que le queda el pelo? ¿Y esa barbita? *Ummmm...* yo creo que incluso tiene más músculos.

Suelto una carcajada, y cuando me doy la vuelta para irme, me topo con Adrián, que tiene cara adormilada o de mala leche, no sé descifrarla, pero me parece que ha escuchado el comentario nada afortunado de su chica. Sea cual sea el caso, yo, mejor me voy, que tengo que lidiar mi pequeña guerra particular.

Cuando entro en casa de Simón, me había llevado la llave la noche anterior, me doy cuenta de que todo está oscuro y que debe de seguir dormido, así que voy a la cocina e intento hacer el mínimo ruido posible mientras le preparo el

desayuno. Un poco de peloteo nunca viene mal para allanar el camino. Al hacerlo, las palabras de mi vecina acuden a mi mente, y he de reconocer que son ciertas. Lleva el pelo más largo, no es que lleve melena, pero antes lo tenía rapado al cero y se lo ha dejado crecer. Sigue llevando la perilla bien cuidada que le confiere ese aspecto de gamberro que a todas nos gusta, pero que, en el fondo, no lo es. Y sí, yo también creo que está mucho más fuerte que antes. Ha debido hacer ejercicio y cuidarse mucho durante su estancia en tierras portuguesas. La verdad es que no me extraña que su amiga cayera rendida a sus pies.

—Teresa, ¿qué haces aquí?

Me sobresalto al escuchar a Simón estirándose con los brazos en alto y bostezando exageradamente mientras entra por la puerta de la cocina. Lo miro y no sé por qué me quedo anclada en la imagen matutina de mi compañero. Lleva una camiseta blanca de manga corta y un slip de color negro.

—Perdona si te he despertado —consigo decir cuando me espabilo.

—No, tranquila, ya estaba despierto. —Coge el café y lo echa en la máquina—. ¿Quieres desayunar algo?

—No, gracias, he tomado café en casa de Tana. —Está visto que hoy es el día en el que no le preparo el desayuno a nadie—. Simón, sé que todavía no estás despierto del todo, pero ¿podemos hablar?

Me mira con una expresión ceñuda por encima del hombro y cuando se gira para estar frente a mí, lo hace con su café con leche mezclado con una cantidad exagerada de galletas migadas en él, consiguiendo una pasta homogénea peor que el cemento. Cruza los pies y espera apoyado contra la encimera.

—¿De qué quieres hablar?

Me retuerzo las manos nerviosa, y mis dedos crujen con el movimiento. Levanto la cabeza y consigo clavar mi mirada en la suya, sintiéndome pequeña. Me quedo de pie y empiezo a tartamudear.

—Simón, yo... yo... quería pedirte disculpas.

—¿Por qué?

—Por la forma tan despreciable con la que te he tratado desde que nos conocemos.

Se queda con la boca abierta a la vez que deja caer la cucharilla dentro de su taza. La mira y la deja sobre el mármol. Se limpia las manos y la boca con una servilleta que hay sobre la mesa y da un paso hacia mí. Me pongo nerviosa al tenerlo tan cerca.

—¿Forma tan despreciable? —pregunta arrugando su larga y recta nariz.

—Venga, Simón, sabes muy bien a qué me refiero.

—Sí, lo sé, pero no creo que tu comportamiento hacia mí se pueda catalogar

con ese adjetivo.

—¿Cómo que no? —Ahora la sorprendida soy yo—. La primera vez que nos vimos te pegué un *bofetón*.

—Yo te besé sin tu consentimiento. Me lo merecía —dice cruzándose de brazos.

—Después nos acostamos...

—Y yo no debí dejar que pasara —me corta negando con la cabeza—. Tú no querías hacerlo y yo no supe mantenerme lejos de ti. Sé que te arrepientes y eso me hace sentir que soy el hombre más miserable de la tierra.

—Tal y como lo dices, suena mucho peor de lo que fue —añado con una medio sonrisa. Me aproximo a él y pongo mis manos sobre sus brazos. Es el primer roce amistoso que tenemos desde que ha vuelto. Siento que mis dedos me quemán ante su contacto—. Simón, no es que me arrepienta de haberme acostado contigo, simplemente pasó. Quizás no fue el mejor momento, pero ya no podemos cambiar lo sucedido.

Se incorpora en su postura y vuelvo a quedarme anclada en su metro ochenta y nueve de estatura. Baja su mirada hacia mis manos y me las entrelaza con las suyas en una suave caricia. Cuando alza los ojos, me premia con una sonrisa en sus labios.

—Teresa, si hemos llegado hasta aquí, ha sido porque ninguno de los dos empezó con buen pie en esta relación y sé que soy el mayor responsable por querer algo que sabía que no podía tener, pero, como tú bien dices, eso ya pasó, así que te propongo una cosa.

—¿El qué?

Veo que se separa de mí dejando mis extremidades libres para, poco segundos después, tenderme su mano derecha.

—Buenos días, señorita. Soy Simón Guzmán.

Observo el saludo que me brinda y luego vuelvo a alzar mis ojos hacia su rostro. Lo encuentro con el semblante divertido y entiendo que me está ofreciendo un inicio. Lo acepto encantada.

—Buenos días, caballero. Teresa del Álamo.

Ambos nos reímos y conseguimos suavizar la tensión con la que había comenzado esta conversación. Me encanta ver como sonrío, pero, sobre todo, saber que todo está perdonado. Tana tenía razón, no está molesto conmigo ni siente rencor. En un arrebato, le rodeo el torso con mis brazos y dejo reposar mi cabeza en su pecho, donde escucho latir su corazón a toda prisa. También noto que su cuerpo se ha quedado rígido ante mi contacto y no se atreve a abrazarme, así que soy yo quien agarra sus manos y las pongo alrededor de mi cintura, pero sigue sin relajarse.

—Eres un gran hombre, Simón. El mejor que he conocido nunca.

## Simón

Sí, soy un gran hombre. El gran hombre que toda mujer quiere tener como amigo, pero al que ninguna quiere como compañero de vida. Puta mierda de todo. ¡Y encima me abraza! Esto tampoco ayuda. Acabará volviéndome loco.

Respiro profundamente, hago de tripas corazón, si es que todavía me queda, y pongo un poco de distancia entre nuestros cuerpos para que corra el aire. Como puedo, vuelvo a sonreír.

—Entonces, ¿todo aclarado? ¿Comenzamos de nuevo?

—Comenzamos de cero —me dice con alegría—. Gracias, Simón, gracias por perdonarme.

—No hay de qué. —Me encojo de hombros y miro mi reloj—. Será mejor que me vista, he quedado con mis padres para comer.

Me dispongo a perderme por el pasillo y llegar hasta mi habitación para liarme a guantazo limpio con la almohada y poder deshacerme de esta sensación agri dulce que me ha dejado el abrazo de Teresa. No sé cómo voy a poder con todo esto, pero como soy «masoca», me decido a cagarla un poco más.

—¡Teresa, puedes quedarte en mi casa todo el tiempo que quieras! —le grito desde mi cuarto para que me oiga desde la cocina.

No voy a darle más vueltas, ya está, ya se lo he dicho y ahora que sea ella la que decida. Tengo que convencerme de que he de dar tiempo al tiempo para que todo vuelva a ser como antes de conocerla. ¡He tenido tres putos meses para olvidarla y no lo he conseguido! Y encima, cuando vuelvo, la veo desnuda en mi casa. Creo que voy a necesitar las siete vidas de *Lis* para dejar de pensar en ella como algo más que una amiga. Si en la farmacia existen pastillas para el dolor de cabeza, ¿también habrá para el de corazón?

Al final, llegaré tarde a casa de mis padres y no tengo ganas de escuchar ningún sermón de mi madre. Me visto con unos pantalones azul marino y una camiseta rosa clarito que me regaló mi hermana.

Cuando vuelvo al comedor, me encuentro con Teresa ojeando un diario digital a través de mi ordenador. Me siento a su lado.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunto.

—Iré a dar un paseo por la playa. Ya comeré cualquier cosa.

—¿Quieres venir? Puedo llamar a mi madre para que ponga un plato más. — Y ahora, a comer con ella. Bien, Simón, bien.

—Te lo agradezco, pero otro día —contesta acariciándome el pelo—. Sabes, te queda muy bien tu nuevo *look*.

—¿Tú crees?

—Estás mucho más guapo con pelo que sin él.

—¿Me estás piropeando? —la interrogo haciéndome el interesante.

—Bueno, solo me limito a decir lo que veo.

Curva sus labios hacia arriba al terminar su frase y me mira con dulzura. Me quedo hipnotizado en sus ojos cuando me acaricia la mejilla, y a punto estoy de perder la compostura. Por suerte, ella lo impide.

—Gracias por dejarme que viva en tu casa.

—No hay de qué.

Me levanto del sofá, aturdido, y recojo las llaves y la cartera de la mesa. Tengo que largarme de aquí enseguida.

### 3

Me cuesta abrir los ojos una barbaridad cuando noto los rayos de sol filtrándose por mi ventana. Ayer estaba tan cansado que ni siquiera tuve fuerzas para bajar la persiana hasta abajo. Me desnudé como pude y me tiré de cabeza en la cama. Tal y como me acosté, así he amanecido. Eran las diez y media de la noche de ayer viernes y todavía me encontraba en la oficina. Era el único que no se había ido a casa. Llevo toda la semana sin horario de salida y aunque me apasiona mi trabajo, esto es un abuso. Mi padre me está castigando por mis vacaciones extras, y me parece que va para largo. Joder, mira que es retorcido y encima, el único trabajo que me ha dejado hacer es el de investigar los cuernos de cuatro mujeres muy bien posicionadas que lo único que quieren es sacarles todo el dinero a sus respectivos maridos en el divorcio.

No sé cómo pasó, pero recuerdo que me recosté sobre la silla de mi despacho y cerré los ojos. Puse la mente en blanco y me dejé llevar por ese vacío. Me quedé dormido hora y media, hasta que Teresa me llamó al móvil, preocupada, porque no sabía dónde estaba. No es que me vigile, ni mucho menos, pero siempre nos avisamos si uno de nosotros llega tarde a casa por la noche. Y aunque todos estos días he llegado a horas intempestivas, nunca lo he hecho después de medianoche.

Al entrar en casa, Teresa estaba esperándome en el sofá, aún intranquila por mi horario de llegada. Se acercó a mí y me preguntó si estaba bien, si me pasaba algo. Le contesté que solo estaba agotado por el trabajo y me fui a dormir. Entonces, ella me dio un beso en la mejilla y me dejó ir. Me metí entre las sábanas pensando que me encantaba que se preocupara por mí.

Me cubro los ojos con el brazo derecho y dejo caer mis párpados de nuevo. No tengo ganas de levantarme y mirar el mundo. Quiero pasarme el día entero durmiendo, pero no me dejan. Noto una presencia sobre el colchón que avanza sigilosa hacia mi rostro. Un delicado toque en la punta de mi nariz de una de sus

patas delanteras. Y me da otro, y otro, hasta que la miro.

—*Lis*, déjame dormir un poquito. —Ella vuelve a darme otro golpecito. Mira que está pesada esta mañana—. ¿Qué quieres?

Se baja de la cama y se queda esperándome, sentada en el suelo. Me siento en la cama y la miro enfadado. Me restriego las manos por la cara. Quién me mandará a mí a liarme con mujeres, siempre acabo perdiendo. Así que, finalmente, me incorporo y me pongo unos pantalones de deporte y una camiseta. *Lis* ladea su cabeza para comprobar que estoy visible y sale de mi habitación con la intención de que la siga. A ver qué quiere ahora.

La acompaño hasta el comedor, donde veo la mesa dispuesta con un enorme desayuno, cruasanes normales, de chocolate negro y blanco, magdalenas, ensaimadas, galletas, pan tostado, una jarra de zumo de naranja, y finalmente, aparece Teresa con dos tazas de café, una en cada mano.

—Buenos días, Simón —me saluda alegre.

—¡Qué despliegue! —digo mirando la mesa—. ¿Has quedado con alguien importante para desayunar?

—Sí, contigo.

—¿Conmigo? —*Lis* y yo nos miramos alucinados.

—Sí. Anda ven, siéntate.

Teresa me hace un gesto con la mano para que la acompañe en el desayuno. Me siento en la silla que hay frente a ella y mi gata se sube a mis piernas. Levanta la cabeza y mira por encima del hule, olisqueando el aroma de los dulces. Y es que mi compañera ha ido a la mejor pastelería de la ciudad, pero parece que a *Lis* no acaba de convencerle lo que hay, puesto que se baja y huye por la puerta del balcón. Ya me imagino que irá en busca de su novio.

—¿A qué viene todo esto? No era necesario que te molestaras —le comento a Teresa con precaución.

—Me apetecía que desayunáramos juntos. Llevamos casi toda la semana sin vernos, cuando me levanto ya te has ido y por las noches, llegas tan cansado que apenas hablamos —dice mirándome con cariño—. ¿Te ocurre algo, Simón?

—Tienes razón. Esta semana ha sido un poco de locos y apenas hemos compartido una comida decente, pero te aseguro que no pasa nada a excepción del trabajo. He tenido que ponerme al día y ha sido más complicado de lo que creía. Te prometo que esta semana intentaré no llegar tan tarde.

—No pasa nada, es solo que estaba preocupada.

Dice casi susurrando y baja la mirada. Observo su mano sin atreverme a mover la mía y tocar su piel. Tiene unas manos preciosas, unas uñas pintadas de rojo que encuentro muy sexy. No hay nada en ella que no rezuma belleza.

—Bueno, será mejor que empecemos a comer. —Cojo mi café y con la otra

mano, alcanzo una ensaimada y la mojo en la taza.

Voy a preguntarle qué tal le ha ido la semana, pero el timbre de la puerta suena.

—¿De verdad que no habías quedado con nadie importante? —le pregunto. Ella ríe y niega con la cabeza.

—Deben ser Tana y Adrián.

Me levanto para abrir y no, no son los vecinos. Es peor.

—¡Hijo!

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—Dame un abrazo. —Mi madre se engancha a mí y solloza—. Mamá, ¿qué pasa?

—Tu abuela.

—¿La abuela?! ¡¿Le ha pasado algo a la abuela?! —La sujeto de los hombros y la miro aterrado.

—Se ha vuelto loca —añade irónica. Se gira hacia la mesa—. Ay, hola, Teresa, no te había visto.

—Hola, Adela —la saluda ella, todavía desayunando. Señala la comida con la cabeza—. ¿Te apetece algo?

—No, gracias, tengo el estómago cerrado.

—A ver, mamá, dime por qué la abuela se ha vuelto loca.

—Pues porque dice que... ¡se casa!

Y cae a plomo en el sofá. Mi madre oculta la cabeza entre sus manos y yo me quedo de pie, más tieso que las piernas de un Playmobil. No consigo reaccionar. Miro a Teresa, que está con los ojos abiertos y la boca cerrada, pero sus labios están alargados, ocultando una sonrisa. Le hace gracia eso de que mi abuela se case, pero a mí no me hace mucha. O eso creo.

—Mamá —consigo articular. Le separo los dedos de la cara—, ¿estás segura de lo que dices? Mira que a la abuela a veces se le va un poco la pinza y...

—¡Jovencito! ¿A quién está llamando usted descerebrada?

—¡Abuela!

Me giro y la veo entrando por la puerta como un vendaval, decidida, como es ella. Luce orgullosa su pelo rubio teñido y se ha cambiado de gafas por otras más modernas. Sigue siendo igual de presumida que siempre, con sus labios pintados, su falda por la rodilla y tacones. ¿De dónde ha sacado mi abuela esas piernas? Me acerco a ella y le doy un abrazo. La elevo un poco del suelo... es tan pequeñita.

—Niño, bájame ahora mismo si no quieres tener problemas. —Pequeñita, pero cargada de un carácter... Obedezco su orden.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he parado un momento en el pakistaní ese de la esquina a comprar

unos caramelos de menta y tu madre ni se ha esperado. Seguro que ya se ha chivado.

—¿Que me he chivado? —Mi madre se pone de pie, alterada—. ¡Por supuesto que me he chivado! Tu nieto tiene derecho a saber la locura que vas a cometer.

—Todo lo que hago te parece mal. ¡Y quería decírselo yo! —increpa madre a hija. Siempre igual. Mi abuela se gira hacia la mesa—. Y ¿tú quién eres?

—Abuela, ella es Teresa, una amiga. —Ahora me giro hacia mi amiga—. Teresa, mi abuela Petra.

—Encantada de conocerla. —Teresa se levanta y le da dos besos, pero mi abuela le responde con un repaso visual que me da miedo. Y encima con esa sonrisita.

—A ver si lo he entendido; es sábado por la mañana y hay una chica en tu casa, desayunando contigo. ¿Te crees que tu abuela es tonta?

Pone los brazos en jarras y escucho cómo mi amiga suelta una carcajada. Desvía su mirada al apetitoso manjar y se lleva a la boca un cruasán de chocolate blanco.

—¿Quieres dejar de comer tanto azúcar? —la regaña mi madre, perdiendo los modales.

—¿Lo ves, Simón? Todo le molesta, ¡no me deja vivir! —exclama con la boca llena.

Me aprieto el puente de la nariz, abochornado por el espectáculo que dan cada vez que se juntan. Y no se cortan aún estando Teresa presente.

—Nos estamos desviando del tema —les recuerdo.

—¿Y cuál es el tema? ¡Ah, sí, que me caso! ¡Y estáis todos invitados!

—¡Faltaría más!

—¿Podéis dejar de gritar, por favor? —les pido con amabilidad. Cojo a mi abuela de la mano y la siento en el sofá. Me pongo a su lado—. A ver, abuela, ¿cómo es eso de que te casas? Para casarte tienes que... ¿¿tienes novio?!

—¡Sí! —responde toda risueña. Teresa sigue viendo el espectáculo, sin intervenir, pero se lo está pasando en grande.

—Eso no es lo mejor de todo, hijo —dice mi madre con ironía. Se dirige a su madre y me señala con el dedo—. Dile, dile a tu nieto con quién vas a casarte.

Yo las miro a las dos y me temo que esto no va a acabar nunca. Hay un duelo de titanes en mi salón y, al final, todo me salpicará a mí. Me vuelvo loco con tanta mujer.

—¿Con quién vas a casarte, abuela?

—Con Domingo.

Ella sonrío feliz de la vida al nombrar a su prometido, pero a mí se me cae el

mundo encima y todas las constelaciones.

—¿Con Domingo? —Me llevo las manos a la cabeza. La miro con el rostro compungido—. ¿Es que no hay más hombres en el pueblo que tienes que casarte precisamente con él?

—Claro que hay más hombres, pero están casados o son unos vejestorios. —Arqueo una ceja. Vejestorios, dice—. Jovencito, ni se te ocurra decir lo que se te está pasando por la cabeza.

Me recuesto en el sofá, derrotado. Con mañanas como esta, ¿quién necesita un mal día? Mi abuela se acomoda mejor y me pone una mano en la rodilla en un gesto muy cariñoso.

—Habla tú con ella, hijo, a ver si consigues que entre en razón. Yo voy abajo con tu padre. Mamá, te esperamos en el coche. —Mi madre se va sin decirnos adiós.

—¿Te das cuenta? —Abre la boca mi abuela cuando su hija cierra la puerta de un portazo. Me van a acabar rompiendo la puerta—. Mira cómo se ha puesto por una boda de nada.

—No es una boda cualquiera, es tu boda. —Le acaricio la mano que tiene sobre mi pierna—. ¿Desde cuándo estás con Domingo?

—Sabes de sobra que nos conocemos de toda la vida, pero si te refieres a... eso, pues algo así como un año.

—¿A eso? —No estoy entendiendo... ¡Joder, sí que lo entiendo!—. ¿Me estás diciendo que tú y él...?

—Sí, él y yo, ¿o es que solo la juventud puede tener sexo?

—Vale, abuela, no quiero saberlo.

Me levanto con cara de hastío, me bebo de golpe mi café frío y robo unas galletas del plato. Teresa sigue ahí, en su sitio, descojonándose bajito por la escena de mi familia.

—Será mejor que os deje solos. Espero volver a verla, Petra —le dice despidiéndose de ella con sendos besos en sus mejillas. Mi abuela la mira sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y tú? —me pregunta cuando nos quedamos solos—. ¿Cuándo ibas a decime que tienes novia?

—No es mi novia —corrijo, pero lo hago de una manera tan resignada que no pasa desapercibida para mi abuela. Es demasiado lista.

—Estás enamorado de esa chica, pero ella de ti no, ¿a que sí? —Me acaricia el rostro con cariño.

—¿Qué importa eso?, ya lo tengo asumido. —Me encojo de hombros y le beso el dorso de la mano. Mejor que desvíe el tema de Teresa—. Abuela, el hecho de que te vuelvas a casar, ¿quiere decir que te has olvidado del abuelo?

—Tu abuelo fue el amor de mi vida y lo quise muchísimo, jamás querré a nadie como lo quise a él. Sigo queriéndolo aún después de los años que hace que se fue —dice con los ojos acuosos—. Pero, ahora, en mi vida está Domingo y voy a casarme con él.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—¿Y cuándo es el gran día?

—El seis de julio —contesta emocionada.

—¿El seis de julio? ¿El día de mi cumpleaños? ¡Si apenas quedan tres meses!

—Sí —asiente y detecto un tono de preocupación—, y no tengo vestido.

## Teresa

—Bien, Teresa, pues eso es todo. Si en un par de días no te hemos llamado es que, lamentablemente, no has sido seleccionada.

—De acuerdo. Muchas gracias por atenderme.

Le tiendo la mano a la chica que me ha hecho la entrevista y salgo de la tienda.

Sí, después de muchos meses empleando tiempo en buscar trabajo, he tenido mi primera entrevista. Y para estar desentrenada y de los nervios, que no me han abandonado en ningún momento, creo que me ha ido bastante bien. La gerente de la tienda, que en realidad es una boutique donde hacen trajes de fiesta a medida, ha sido muy amable conmigo, y me he sentido a gusto hablando con ella, pero creo que buscan a alguien con menos experiencia y algo más joven.

El único empleo que he tenido fue en la sastrería de Amparo, donde estuve cerca de once años, y ahora espero que pronto pueda volver a trabajar y a tener una rutina diaria. Aunque no lo parezca, esto de buscar empleo es agotador.

Hace un día muy agradable, con sol y calor que nos anuncia que pronto llegará el verano. Respiro profundamente cuando salgo a la calle y, por unos segundos, cierro los ojos para dejar que los rayos de sol alimenten mi buen humor.

Y es que desde que las cosas entre Simón y yo quedaron aclaradas, me siento mucho mejor, estoy mucho más animada y consigo ver la vida desde otra perspectiva. Es como si necesitara arreglar lo que destruí para volver a ser yo misma. Mi amistad con Simón está por encima de todo. Y es que él lo hace todo tan sencillo. Nuestra convivencia está siendo muy fácil.

Voy hacia la biblioteca que hay en el barrio para devolver el libro que cogí la

semana pasada y que me he leído de una sentada; *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë. Me encanta la historia entre Heathcliff y Catherine. Una historia de amor, odio, venganza... igualita que la mía con Emilio. Pero bien, no voy a desenterrar a ese fantasma, hoy no, ni nunca más. Lo único que deseo es que se pudra en la cárcel.

Estoy perdida entre los pasillos de la segunda planta de la biblioteca, buscando otro libro para poder llevarme a casa, cuando me suena el móvil. No me he acordado de silenciarlo y el bibliotecario me apercibe mirándome de muy mala gana y tapando sus labios con el índice.

—Perdón —me disculpo. Descuelgo y contesto bajito—. Hola, Simón.

—¿Hola? ¿Teresa?

—Sí, soy yo. Espera un momento.

—¿Por qué hablas tan bajito? —me susurra a través de su teléfono. Consigo llegar a la calle y hablar en condiciones.

—Perdona, Simón, es que estaba en la biblioteca.

—Veo que entonces ya has salido. ¿Qué tal ha ido la entrevista?

—Bueno. —Me siento en uno de los bancos que hay en el parque que rodea la biblioteca—. La entrevista ha ido bien, pero me parece a mí que no soy lo que buscan.

—¿Por qué? ¿Te han dicho algo?

—No me han dicho nada así, directamente, pero es la impresión que me ha dado.

—¿Cuándo te tienen que decir si te cogen o no?

—Me ha dicho en un par de días, pero me esperaré hasta final de semana, por si tengo suerte.

—No te desanimes. Si no te sale este, encontrarás otra cosa pronto. —Carraspea—. Por cierto, ¿tienes algo que hacer ahora?

—Pues —digo y miro mi reloj—, iba a casa a hacer de comer. ¿Por qué?

—Es que mi abuela está en la oficina y quiere que comamos los tres juntos. ¿Te apuntas?

—¿Tu abuela quiere comer conmigo? ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Mejor que ella te lo cuente.

Me dirijo hacia la boca del metro para llegar hasta el edificio donde Simón trabaja. He ido solo unas cuantas veces y no está muy lejos de casa. Pienso en Petra y en que no la he vuelto a ver desde el día que vino a anunciar que se casaba. Lo que me pude reír con ella, es divertidísima. Es una mujer llena de vida. Lo que no sé es el motivo por el que quiere comer conmigo. Según lo último que me ha dicho Simón, es que tiene que contarme algo. ¿Qué puede ser? Qué intriga.

Subo en el ascensor hasta la cuarta planta, donde me recibe Rosi, la hermana de Simón, y me dice que su hermano y su abuela me están esperando. Cuando entro en el despacho, veo que Simón tiene el gesto un poco enfurruñado.

—Hola, Teresa, ya estás aquí —me saluda Petra sonriendo. Viene y me da dos besos—. Estás muy guapa.

—Gracias —contesto mirando mi ropa; unos pantalones de vestir azules y una camisa de un tono más claro. Guapa, guapa... no sé yo.

Saludo a Simón, que se quita sus gafas de pasta negra para acercar sus labios a mi rostro. Me gusta cuando las lleva puestas, solo las utiliza para trabajar, pero le da un toque intelectual. Apaga el ordenador y me sonríe mientras coge su chaqueta del perchero. La desliza por sus brazos, estira las mangas de la camisa para que sobresalgan por las de la chaqueta, se coloca bien el cuello, se abrocha el botón... y me quedo tonta admirando lo bien que le queda el traje.

—Teresa, ¿nos vamos?

—¡¿Eh?! ¿Nos vamos? ¿A dónde? —pregunto después de mi estado de enajenación—. ¡A comer! Sí, claro.

Abuela y nieto me miran sonriendo y yo noto que me he sonrojado. Petra se engancha de mi brazo y así, seguidas por Simón, nos vamos a un restaurante japonés que hay tres calles más abajo de la oficina. No tenía ni idea de que a Simón le gustara este tipo de comida.

—Mi nieto me ha dicho que te gusta la comida japonesa —me dice Petra todavía con la sonrisa en los labios. Al parecer, mi compañero de piso sí sabe eso de mí.

—Sí, me encanta —respondo acomodándome en la mesa que el camarero nos ha asignado.

Simón se sienta frente a mí y su abuela a su lado. El camarero toma nota de nuestros platos y se marcha. Miro intrigada a mis dos acompañantes, esperando a que me expliquen qué es lo que pasa. Mientras los observo, se me pasa por la cabeza preguntarles quién es Domingo. Ya sé que es el prometido de Petra, pero la sorpresa que se llevó Simón al saber que su abuela iba a contraer matrimonio con él me dejó con la curiosidad. Aunque no voy a preguntar nada, no quiero parecer una metomentodo y creo que es algo que no me incumbe.

—¿Qué tal ha ido la mañana? —interrogo a Simón cuando el camarero trae los primeros platos.

—Hasta arriba. No he podido parar ni para tomar un café y, encima, me he tenido que quedar solo en la oficina.

—Teresa, Simón me ha contado que eres modista —afirma su abuela, que mete la cuchara en su sopa de ramen.

—Sí, así es, pero ahora mismo no trabajo de ello. Estoy buscando empleo.

—Eso también me lo ha dicho, y lo de la entrevista de esta mañana.

—Abuela —interviene su nieto, limpiándose los labios con una servilleta. Está comiendo yakimeshi con gambas—. No te vayas por las ramas y explícale a Teresa el motivo de esta comida.

—Vale, pues voy al grano. —Se enfada Petra con su descendiente. Cuando se gira hacia mí, me mira con una inmensa alegría—. Teresa, quiero que me hagas el vestido de novia.

Se me va la comida por otro lado y a punto estoy de echar los tallarines por la nariz. Me llevo la mano a la boca mientras toso y veo por el rabillo del ojo que Simón se levanta de su sitio y viene a mi lado a darme suaves golpecitos en la espalda. Cuando se me calma la tos, bebo un sorbo de agua y me seco las lagrimillas que han surcado mis mejillas.

¿Me ha pedido que le haga el vestido de novia?

—No sé si tomarme tu atragantamiento como una respuesta afirmativa. —Ríe Petra.

—¿Estás mejor? —Simón me acaricia la espalda con cariño, sin hacer caso de la mujer que tiene enfrente.

—Sí, ya estoy bien —respondo, apenas sin voz. Vuelvo a aclararme la garganta con otro sorbo de agua—. Petra, no voy a hacerle el vestido de novia. Nunca he hecho uno y no voy a estropearle el día más importante por...

—¡Eso del día más importante son chorradas! —dice quitándole importancia con un gesto de la mano—. Además, no lo harás tú sola, ayudarás a Lorenza a hacerlo.

—¿Quién es Lorenza?

—Es una amiga de mi abuela. Tiene una importante firma de ropa y también es diseñadora.

—¿Y por qué no se lo hace ella? —le pregunto a la mujer.

—¡Ay, hija! Lorenza ya no distingue una aguja de unas tijeras y necesita ayuda para el diseño y la confección del vestido. —Deja la cuchara sobre su plato vacío.

—¿Y no tiene a nadie que la ayude en su taller?

—Todas sus empleadas están muy ocupadas —añade. Se inclina por encima de la mesa y me susurra tapándose ambos lados de la boca—. Simón me ha contado que tienes unas manos increíbles y que eres la mejor.

¿Tengo unas manos increíbles? Miro a Simón de reajo, enarcando las cejas. Él se encoge de hombros y me guiña un ojo, cómplice de todo el entramado que ha organizado su abuela. ¡Vaya par de liantes!

—No creo que pueda hacerlo. —Niego con la cabeza—. Petra, le agradezco que haya pensado en mí para esto, pero...

—Pero nada —dice muy seria. Se sube las gafas con el dedo corazón—. No tienes trabajo y yo te estoy ofreciendo uno por el cual voy a pagarte, claro está, además de que estás invitada a mi boda, ¡no lo olvides! —Y se ríe—. No tienes que preocuparte por nada. ¡Vas a estar divinamente en mi casa!

—¿En su casa? ¿Cómo que en su casa?

—Deja ya de llamarme de usted, por favor, ¡qué mayor me haces! Tienes que venir a vivir a mi casa hasta que pase la boda. Por muchas tecnologías que haya, no puedes hacerme el vestido a distancia.

Esto no me gusta nada. Está empezando a ir de mal a peor. Distancia, ¿qué tipo de distancia?

—Simón —lo llamo, y ahora sí que lo miro a la cara—, ¿dónde vive tu abuela?

—A unos cuantos kilómetros. En un pueblecito de Almería.

# 4

## Simón

No consigo conciliar el sueño, estoy hasta mareado de dar tantas vueltas en la cama y no puedo cerrar los ojos y desconectar.

Acabo sentándome sobre el colchón, con mi espalda recostada en la pared que a la vez me hace de cabecero. Pongo la almohada sobre mis piernas y empiezo a golpearla con los puños cerrados, sin agresividad, pero estoy nervioso. Ha sido un día largo y raro y, para colmo, mi abuela lo ha rematado con su fantástica idea.

No soporto más la cama, así que me levanto y saco del cajón de la mesita mi paquete de tabaco. Sé que no debería fumar, pero hay situaciones en las que no puedo decir que no a una buena calada. Y esta es una de esas situaciones. Me llevo un pitillo a los labios, me acerco a la ventana para abrirla y levanto un poco la persiana para que ventile el olor a cigarrillo y no se acumule en mi habitación.

Bien entrada la madrugada, dejo salir la primera bocanada de nicotina de mi boca. Cierro los ojos unos instantes y dejo que me calme. Después, veo que no hay nadie por la calle, pero sí que la circulación de los coches es fluida. Hace una noche muy cálida y apetece que su brisa suave te acaricie los brazos. De pronto, aparece una pareja paseando, cogidos de la mano, ella con su cabeza apoyada sobre el hombro del chico y él besando con ternura su cabello. ¿Cuánto tiempo hace que yo no paseo con ese tipo de compañía? Ya casi ni me acuerdo. Los sigo con la mirada hasta que se pierden calle abajo, y me doy cuenta de que estoy sonriendo con una pizca de melancolía.

Cuando termino mi cigarro, lo apago en el macetero de una planta de plástico que me regaló Teresa, porque dice que tengo una casa muy seria, que se nota la

mano masculina en ella y le falta un toque de alegría, de feminidad. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero no creo que a la planta le vaya a pasar nada por tener los restos de mi cigarrillo.

Me siento de nuevo en la cama y me paso las manos por el pelo, todavía nervioso. A parte de las vueltas que he dado sobre el colchón, también ha habido un revoltillo en mi cabeza. La idea de mi abuela es descabellada, o eso creo, y Teresa se ha quedado en *shock*. No sé qué decidirá hacer al final, pero mi abuela es más terca que una mula y no sabe encajar las negativas. Sé que, si finalmente Teresa acepta marcharse, solo estará fuera unos meses, pero no estoy seguro de que me agrade esa idea. Volver a estar separado de ella, dejar de verla todos los días, de oler su perfume por toda la casa... Pero ¿te estás oyendo, Simón? ¡Joder, eres un puto egoísta! Tiene una magnífica oportunidad, trabajar con Lorenza le puede abrir muchas puertas y tú solo pensando con la polla. Teresa no es más que una amiga y nunca será lo que realmente deseas. Deja ya de ser tan estúpido y ¡acéptalo de una puñetera vez!

—Simón, ¿estás despierto? —La voz de Teresa, al otro lado de la puerta, me coge de imprevisto.

Me levanto asustado, pienso que le ocurre algo, pero cuando voy a alcanzar la puerta, ella la abre y entra en mi habitación. Lleva un pijama de pantalón largo y camiseta de media manga en un tono verdoso que resalta el color de sus ojos. Si es que hasta con pijama la encuentro *sexy*. Observo que se me queda mirando pasmada, de arriba abajo, y es que solo voy vestido con un pantalón corto. No sé cómo interpretar que se haya quedado clavada en el sitio. ¿Eso es bueno o malo?

—¿Estás bien, Teresa? —le pregunto acercándome a ella.

—Sí, sí —contesta apurada. Se lleva las manos a las mejillas para comprobar si se le han subido los colores. Siempre se sonroja—. Es solo que he oído la persiana y venía a ver si estabas bien.

—Estoy bien, aunque no consigo dormir.

—Yo tampoco —deja de hablar y mueve la nariz igual que hace *Lis* cuando olfatea algo—. Huele a tabaco. ¿Has estado fumando?

Niego con la cabeza, como un niño bueno, pero ella arruga el entrecejo y con los ojos me señala la cajetilla tirada sobre la sábana. La prueba del delito. Y bueno, el olor también. Me ha pillado.

—¿Por qué no puedes dormir? —Desvió el tema.

—Estaba pensando en la proposición de tu abuela. —Da unos pasos y se sienta en la cama, en plan indio—. Sigo pensando que es una locura que quiera que yo le haga el vestido, pero en el fondo, no sé si es tan mala idea.

—Claro que no lo es.

Intento sonreírle, pero solo me sale una pequeña mueca. Tengo que alentarla

a que se marche, aunque me duela tener que hacerlo. No puedo pensar en que voy a dejar de verla unos meses. Tengo que pensar que quiero que sea feliz, y sé que le apasiona la moda, así que he de ayudarla a que dé un paso importante en su carrera y en su vida. Esto puede ser muy beneficioso para ella, pero no para mí.

Voy a sentarme frente a ella y la tomo de las manos.

—Teresa, es una buena oportunidad. Aquí no tienes nada y vas a estar trabajando, haciendo algo que nunca habías hecho y con la ayuda de la mejor diseñadora y modista de toda Almería. ¡Qué digo! ¡De Andalucía entera!

—¿Así que quieres volver a alejarte de mí? —me pregunta, sonriendo ante mi entusiasmo. Entusiasmo fingido.

—Sabes que no es eso, me encanta encontrarte en casa, pero también sé que si colaboras con la amiga de mi abuela vas a aprender muchísimo. Es una oportunidad que no debes dejar escapar.

—He buscado información de Lorenza por Internet —añade y me suelta las manos. Las coloca sobre sus rodillas—, y todo lo que he visto de ella son auténticas maravillas. ¿Sabías que ha vestido de novios a varios personajes famosos? ¿Y que muchos de los vestidos de flamenca que llevan las folclóricas son diseños suyos?

Se le ilumina el rostro al hablar de las cosas que Lorenza ha realizado a lo largo de los años. Sí, claro que sé todo eso. Me he pasado muchos días de verano en su taller, cuando apenas tenía dos máquinas de coser, ingenio y unas ganas locas por hacerse un hueco entre las más grandes. Y lo ha conseguido. Y por lo que aprecio, me doy cuenta de que ese también es el sueño de mi compañera.

—Me parece que lo tienes bastante claro.

—Bueno, después de lo que he visto de la amiga de tu abuela y si lo pienso bien, no me parece una idea del todo descabellada. —Se levanta y va hacia la ventana. Se queda apoyada sobre el marco y una suave brisa mueve algunos de los mechones de su pelo. Se vuelve a mirarme—. Aquí no tengo trabajo, Simón, y pronto me quedaré sin ahorros. No me puedo permitir estar en tu casa y que me mantengas.

—Teresa, hemos hablado muchas veces de eso y no me importa que vivas aquí —le recuerdo, y me pongo en pie para ir a su lado—. Solo quiero que estés a gusto viviendo conmigo.

—Y lo estoy, pero tengo que buscarme la vida. Y si es en un pueblecito de Almería, pues allí iré.

Le sonrío y me enorgullece ver que vuelve a ser la misma chica de la que me enamoré, de la que sigo enamorado, con tesón, decidida, con ganas de vivir, con la energía suficiente para enfrentarse al mundo.

—¿Cuándo vas a decírselo a mi abuela?

—Mañana la llamaré y se lo diré.

—Se va a poner loca de contenta. Solo espero que, el tiempo que vivas con ella, no cometas un asesinato. Mira que puede llegar a ser insufrible.

Se carcajea, pero no tiene ni idea de lo que puede llegar a significar vivir con ella. Todavía no conoce a la señora Petra en todo su esplendor.

—Mejor me voy, a ver si consigo dormir un rato —comenta cuando deja de reír—. Gracias por hablar conmigo, Simón.

—De nada. —Se acerca y me da un beso de buenas noches en el carrillo. La veo alejarse hacia la puerta, pero antes de abrirla del todo, se gira y me habla.

—No vuelvas a decirme que aquí no tengo nada. Estás tú.

¡Mierda, mierda, mierda! Salgo escopeteado de la cama. Son las ocho y media y me he quedado dormido. Corro hacia el baño en pelota picada, solo con una toalla colgada de mi brazo. Por suerte, no me encuentro a Teresa por el pasillo y menos en el baño, así que entro en la ducha sin esperar a que el agua salga con una temperatura que no me deje los pezones tiesos. Creo que es la ducha más rápida que me he dado en toda mi vida. Salgo del baño y vuelvo a mi habitación, donde me visto con traje y corbata.

—Buenos días, Simón. ¿Te preparo un café? —me saluda mi amiga cuando paso por la cocina.

—Llego tarde, Teresa. Me lo tomaré en el trabajo.

—¡Espera! —me grita cuando estoy abriendo la puerta. Se acerca a mí y me coloca bien el nudo de la corbata—. Ahora está perfecta. —Y se despide con un beso en mi mejilla.

Cuando llego a la oficina, mi hermana está hablando con Adrián en la recepción. Me paro a charlar con ellos y Rosi me dice que nuestro padre todavía no ha llegado. Qué extraño, siempre es el más puntual de todos. Como veo que ambos están hablando de algún cliente de Adrián, les dejo y marchó a mi despacho. Cuelgo la chaqueta en el perchero y me dejo caer en la silla. Estiro los brazos sobre la mesa y apoyo la cabeza en ellos.

—¿Te has ido de fiesta esta noche y no me has dicho nada? —Adrián entra divertido. Levanto la cabeza y lo miro. Gruño.

—Ojalá todos mis problemas fuesen que tengo resaca.

—Ay, amigo, que me parece que esto es más que un dolor de cabeza —dice y se sienta en la silla que hay al otro lado de mi escritorio—. ¿Teresa?

Asiento y es cuando le explico todo lo acontecido en el día de ayer. Adrián me escucha atentamente, sin cortar mi monólogo.

—Estás peor de lo que pensaba —añade cruzándose de brazos sobre mi

escritorio—, pero has hecho bien diciéndole que se marche. Mira, yo aprecio mucho a Teresa y sé por lo que ha pasado, pero tú eres mi amigo y no me gusta verte así por ella.

—¿Por qué me tiene que pasar siempre lo mismo? —le pregunto derrotado—. Mi vida parece la canción de Camilo Sesto... «siempre me voy a enamorar de quién de mí no se enamora...».

—¡Bueno! ¿Ahora te me vas a poner melodramático? —Ríe echando su cuerpo hacia atrás—. Si Teresa no te quiere, allá ella. Hay más peces en el río.

—Qué fácil es hablar cuando tú tienes a Aitana. Además, no es solo Teresa, también es el pueblo...

El portazo que se oye me deja con la palabra en la boca y con los cimientos del edificio a punto de echarse abajo. Adrián y yo nos levantamos preocupados, y cuando vemos a mis padres venir con cara de enfado monumental, directos hacia mí, estoy tentado de saltar por la ventana y huir de allí.

—Simón, yo mejor me voy. Creo que se avecina tormenta. —Mi amigo sale escopeteado de mi despacho. Saluda a mis padres con un gesto de la mano. Cobarde.

—Hijo, tienes que irte con tu abuela.

Me encanta el saludo de mi madre, que se acomoda en la silla donde antes ha estado mi amigo y cruza las piernas. Mi pobre padre cierra la puerta y me mira como un perro desvalido. Ahora entiendo por qué ha llegado tarde. Lo que no entiendo es qué hace mi madre aquí y eso de que tengo que ir con mi abuela.

—Buenos días, papá, mamá —saludo mirando a mi madre con ironía—. ¿A qué debo el honor?

—Tu abuela se vuelve mañana al pueblo y tienes que irte con ella —suelta así, a bocajarro.

—¿Cómo?! No pienso irme con la abuela.

—¡Tu abuela no puede casarse! —dice y golpetea la mesa con su índice—. Detrás de esta boda hay gato encerrado, y tú tienes que averiguar qué es lo que pasa.

—Mamá, aquí no hay gato encerrado. —Me levanto y voy a su lado. Me siento en el escritorio y la miro con cariño—. La abuela quiere casarse, pues dejémosla que lo haga. No hace daño a nadie. Si quiere pasar el resto de su vida con Domingo, nosotros no somos nadie para decirle lo contrario.

—Te estoy diciendo que esto huele a chamusquina —añade alterada—, y que hay un motivo oculto para que lo haga. Tú eres detective, averígualo.

Resoplo. Miro a mi padre que se encoge de hombros y me temo que ya ha tenido esta discusión antes con ella y, por si acaso, se queda de pie y no abre la boca.

—El único motivo que hay es que quiere a Domingo. —Cojo una de sus manos y la acaricio—. Mamá, entiendo que esto te haya cogido por sorpresa, igual que a todos, pero no por casarse con otro hombre va a olvidar al abuelo. Sé que para ti puede ser difícil, pero...

—¡Es que eres igual que tu padre! ¡No os queréis enterar de nada! —escupe todavía más furiosa. Se aleja de mí y nos mira a los dos, desafiante—. Conozco a la abuela como si la hubiese parido, y aquí pasa algo. —Ahora me señala a mí—. Y te vas a ir mañana con ella y vas a investigar qué se trae entre manos.

—¿Que me vaya mañana? —Niego con la cabeza. Mi madre ha perdido el norte—. No voy a irme, mamá. Lo que estás diciendo es absurdo y, además, hace poco que volví de Lisboa. No pienso marcharme.

—Vas a irte hijo, y no hay más que hablar —dice con rotundidad. Mira a mi padre—. Tu padre y yo ya lo hemos hablado.

—¡¿Que ya lo habéis hablado?! —Ahora el que pierde un poco los papeles soy yo. Los miro realmente enfurecido—. ¿Y os parece bien organizar mi vida sin contar conmigo?

No me lo puedo creer. Esto es el colmo. ¡Me tratan como si fuese un crío! Me dicen lo que tengo que hacer con mi vida. ¿Qué será lo próximo? ¿Contarme un cuento antes de dormir? Les doy la espalda y me quedo contrariado mirando por la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. No quiero irme, no puedo irme.

Noto la presencia de mi padre detrás de mí e imita mi postura. Me habla susurrando, supongo que para que mi madre no se entere.

—Hijo, tu madre está desquiciada desde que sabe lo de la boda, y no hay dios que la aguante. Me está volviendo loco. —Vuelve la cabeza y la mira de reojo—. Me ha amenazado con divorciarse.

—¿Y no es buena idea?

—La mejor de todas —dice sonriendo con precaución—, pero me ha dicho que, o vas tú o va ella, y como tu madre vaya al pueblo acabamos en un funeral. Anda, hijo, hazme ese favor. No te preocupes por el trabajo, nosotros nos apañamos.

—¿Por qué es tan cabezona? Siempre hay que hacer lo que ella dice.

—Es mujer, hijo, no podemos hacer nada. Jamás la entenderemos.

—¿Y qué voy a hacer yo en el pueblo? Hace muchos años que no voy y después de lo que pasó...

—Tómalo como otras vacaciones, pero esta vez con Teresa. —Me guiña un ojo picarón. ¡Joder! Hasta mi padre se ha dado cuenta.

## Teresa

—Te voy a echar de menos —susurra Tana cuando me abraza.

—Yo también a ti.

Ha llegado el día de mi marcha a Almería con Petra y Simón. No me esperaba que él viniera conmigo, me sorprendió, y he de decir que gratamente.

Cuando llegó anoche a casa, lo estaba esperando para cenar y mientras poníamos la mesa, me dijo que se venía con nosotras. Me explicó la comedura de cabeza que le pegó su madre en la oficina y que, para evitar desastres mayores, prefirió morderse la lengua. Pero estaba muy molesto con ella y con su padre también, aunque algo menos. No me importa el motivo por el que viene al pueblo, solo me importa que venga conmigo. Y me gusta que me acompañe en esta aventura. En el fondo, agradezco a su madre que sea tan cabezona. No me acababa de hacer a la idea de volver a estar separada de Simón, no sé porqué.

Simón está metiendo las maletas en el coche con la ayuda de Adrián y su abuela está despidiéndose de *Lis e Iñaki*.

—Chicas, será mejor que nos pongamos en marcha. Tenemos un largo camino —dice Simón al volver al piso acompañado de Adrián.

—¡Ay, Tere! —Tana vuelve a abrazarme con lágrimas en los ojos—. Llámame todos los días y me cuentas todo lo que te pase.

Lloramos un rato más las dos juntas, abrazadas. Y es que, desde que nos conocemos, nunca nos hemos separado. Me despido de su chico y cojo en brazos a mi pequeño peludo; lo aplasto contra mi pecho y ni siquiera gruñe. Sabe lo que pasa y me mira con sus ojillos llenos de pena y sus orejas caídas.

—Voy a extrañarte mucho, bichillo. —Beso su cabecita con un inmenso cariño.

—*Maauuu*.

Cuando lo dejo en el suelo, voy a hacerle una carantoña a *Lis*, que se deja, pero me mira con malas pulgas. No conseguiré llevarme bien con esta gata.

Subimos al coche y emprendemos la marcha. Simón va conduciendo, su abuela roncando en el asiento trasero y yo, de copiloto. Hace un día soleado, pero el ambiente es frío, igual que el que reina dentro del coche. Desde que hemos salido, Simón no ha abierto la boca, está callado y distante. No sé qué puede estar rondándole por la cabeza, pero parece preocupado.

—Simón —le hablo para romper el silencio—, cuéntame cómo es tu pueblo.

—Pues si no ha cambiado, tiene cuatro calles y playa —dice con la vista fija en la carretera. Descripción muy detallada.

—¿Cuánto hace que no vas?

—Cinco años —responde igual de serio.

—¿Y llevabas cinco años sin ver a tu abuela?

Esa pregunta ya no la contesta y sigue mirando al frente. No está mi amigo muy parlanchín. No voy a insistir más en que me explique su ausencia del pueblo, pero estoy segura de que no tiene nada que ver con Petra. Debe de haber otro motivo, algo de lo que no quiere hablar, pero que le hace daño.

—Perdona, no he debido preguntarte —me disculpo mirando por la ventanilla.

—No, perdóname tú, estoy un poco tonto esta mañana.

Me giro y veo cómo alarga su mano hasta encontrar la mía, que reposa sobre mi muslo, y la aprieta con delicadeza. La línea recta de sus labios se curva en una milimétrica sonrisa.

—A mi abuela la he visto cada verano, cuando se tomaba unos días y venía a vernos, pero he estado alejado del pueblo todo ese tiempo. Tengo muchos recuerdos, y no todos son buenos.

Llegamos al pueblo después de casi trece horas de viaje. Hemos parado a comer por el camino, pero creo que hemos tardado menos en esa parada que en todas las que hemos hecho para que Petra pudiera hacer pis y comprar caramelos de menta. Simón ha estado a punto de perder los nervios y yo he tenido que aguantarme las ganas de reír a carcajadas. Ya me veía yo a Petra abandonada en mitad del camino. Desde luego que las mujeres de su familia son de una pasta diferente.

En una de esas paradas acompaño a Petra al baño. Cuando salgo de la cabina, me miro en el espejo y me arreglo el peinado, que no es más que una coleta. Me quito la goma y dejo caer mi pelo.

—Deberías dejarte el pelo suelto, estás mucho más guapa —dice Petra mirándome desde el cristal.

—Gracias. —Y sigo a lo mío, pero observo que ella continúa con la mirada fija en mi rostro—. ¿Pasa algo?

—No, nada, nada —comenta despreocupada y cierra el grifo—. Bueno, sí que pasa, sí. —Carraspea—. Teresa, ¿puedo pedirte un favor?

—Sí, claro.

—Verás, es que... —vacila, y me temo que eso no es bueno.

—¿Qué ocurre, Petra?

—Es que...—sigue vacilando—, le he dicho a los del pueblo que eres la novia de Simón.

—¿Cómo?! —inquiero, mirándola con los ojos desorbitados, y ella me regala

una sonrisa de esas pícaras que ya empiezo a conocer.

—Que eres la novia de Simón —repite.

—No, si eso ya lo he entendido —ironizo secándome las manos con un trozo de papel que lanzo a la papelería—, lo que no sé es por qué has hecho algo así. ¡Simón va a matarte! No, un momento, Simón no sabe nada de esto, ¿no?

—De ahí que necesite tu ayuda —declara con las manos entrelazadas, pidiéndome que la ayude con el milagro de que su nieto no se quede huérfano de abuela.

Me restriego la cara con ambas manos, pensando en que no puede ser verdad lo que ha hecho. Dios, Simón se va a poner hecho una furia cuando se entere y yo no quiero más malos rollos entre nosotros. Esto es descabellado, no va a traer nada bueno.

—¿Por qué has dicho algo así? —le pregunto con calma.

—Desde luego que la juventud de hoy en día necesita una explicación para todo —añade con indiferencia.

—Petra...

—Vale, está bien. —Mueve las manos en señal de paz—. Tú sabes lo que es vivir en un pueblo y lo chismosas que llegan a ser las vecinas, y no puedo meter en casa a mi nieto y a una chica que nadie conoce y decir que solo son amigos.

—¿Y por qué no? ¿Un chico y una chica no pueden ser amigos?

—Sí, claro que sí —afirma con un mohín—, pero es que mis vecinas tienen nietos de la edad de Simón y están casados y con hijos.

—Y no quieres darles de qué hablar a esas vecinas, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza sin abandonar el gesto compungido en su rostro y empiezo a entender a Simón cuando dice que su abuela es una lianta, pero no puedo sucumbir a esto. No quiero estropear la amistad que hay entre Simón y yo.

—No puedo ayudarte con esto, Petra, lo siento.

—¿Por qué no?

—Pues porque no es buena idea. Simón y yo solo somos amigos y no creo que a tu nieto le agrade mucho la idea. No quiero que vuelva a estar enfadado conmigo.

—¿Ya os habéis enfadado? —pregunta divertida—. ¿Seguro que no sois novios?

—Será mejor que salgamos, Simón nos espera —digo para desviar el tema y me voy hacia la puerta, esperando a que ella me siga.

—¡Teresa! —La oigo tras de mí—. Ya me las ingeniaré como pueda.

San José de los Albaricoques. Ese es el nombre del pueblo de la abuela de mi amigo, que nos recibe con un enorme letrero de bienvenida al lado de un pistolero de mayor tamaño. Claro, estamos en Cabo de Gata, tierra donde se grabaron

infinidad de películas del género del Spaghetti Western. Seguimos el camino y giramos a la izquierda, subimos una cuesta y, al final de esta, aparece la casa de Petra.

Una casita de dos plantas, y una tercera que parece ser como una buhardilla, blanca y con rejas azules en las ventanas. En la entrada tiene un pequeño jardín lleno de jazmines.

—Hogar, dulce hogar —exclama Petra contenta y se baja del coche antes de que Simón haya apagado el motor.

—¡Abuela, no te bajes así! —le regaña.

—¡Cascarrabias!

Ha sido un viaje largo pero divertido, a excepción de un pequeño detalle llamado «que dios nos pille confesados cuando Simón se entere de lo que ha hecho su abuela».

Petra abre la puerta de su casa y la seguimos al interior. Nada más entrar, un pequeño pasillo nos da la bienvenida hasta que se pierde en un amplio comedor de color blanco, que está decorado con un sofá marrón, un mueble y una mesa rectangular rodeada por seis sillas. Parece una casa acogedora, llena de luz y de recuerdos. Veo, sobre las estanterías del mueble, una cincuentena de fotos que supongo son de la familia de Petra. Hay algunas más viejas que otras, esas deben de ser de cuando ella era pequeña, y las otras, de su familia. Me encanta una foto en la que aparece un niño pequeño sentado en el regazo de un señor mayor, y este le sonríe con un amor capaz de traspasar la cámara. El pequeño se parece muchísimo a Simón.

—Era mi marido. Simón y Simón. Abuelo y nieto. —Me sorprende al oír la voz entrecortada de Petra a mi espalda.

—¿Se llamaban igual?

—Ojalá mi nieto solo hubiera heredado su nombre. Tiene la misma nariz alargada y la mandíbula marcada de su abuelo, por no decir de la manía de comerse las uñas.

—Tendré alguna virtud, ¿no, abuela? —pregunta Simón bajando las escaleras que dan acceso al piso superior.

—Claro que sí, mi niño. —Petra abre los brazos y Simón se abraza a ella—. Tienes el mismo porte que él, grandullón, y un corazón enorme.

Mi amigo acaricia el cabello rubio de su abuela, pero creo que no ha escuchado ni una palabra. Se ha quedado absorto mirando la fotografía con ojos brillantes.

—Me acuerdo mucho de ese día. Es una de esas cosas que no sabes por qué la recuerdas toda tu vida.

—Siempre estabas pegado a los pantalones de tu abuelo y él, encantado.

—¿Dónde tienes esa mecedora? —Simón la señala en el marco.

—Está en la buhardilla. Tengo que llevarla para que la arreglen —dice como apenada—. Anda, cariño, acompaña a Teresa a vuestra habitación.

—¿Nuestra habitación?! —exclama Simón, mirando serio a Petra y a mí.

—Sí, en la de arriba —dice ella sonriendo de oreja a oreja.

—Arriba hay dos habitaciones, abuela.

—Sí, pero una es la mía.

—Yo puedo dormir aquí abajo —intervengo, pues he visto una habitación al lado del comedor.

—¡Ni hablar! —Petra nos mira con los labios apretados y negando con la cabeza—. En esta habitación hay humedad, ¡mucha humedad!

—Pues ya duermo yo, no me importa —alega Simón cogiendo su maleta.

—¡No puedes! La cama está rota. El colchón, que se le sale la espuma y los muelles. ¡Uff! —Se lleva las manos a la cabeza para dramatizar el comentario.

—Pues aquí, en el sofá.

—¡Mi sofá no es para dormir, jovencito! —Simón la mira arrugando el ceño y su abuela le da un cachete en el culo—. Tirad para arriba.

Subo las escaleras detrás de un Simón que no deja de refunfuñar y su abuela se ríe abiertamente. Y ahora, delante de la puerta de la habitación, entiendo el malestar de mi amigo.

Suena el timbre de la puerta y Petra baja a abrir. Simón va detrás de ella y sé que le está diciendo algo, pero no entiendo el qué, pues mi cabeza se ha quedado en *off* y mis ojos clavados en la única cama que hay en ese cuarto. Y encima es de matrimonio. Una sola cama para dos personas.

# 5

## Simón

—Abuela, espera.

—No, no me espero. Ese debe ser Domingo, que viene a buscarme.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme? —La tomo del brazo cuando llegamos abajo y la obligo a mirarme—. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—¡¿Yo?! —Se señala sorprendida—. Vale, solo te estoy ayudando.

—¿Ayudando? ¿A qué? ¿A qué Teresa salga corriendo?

—Tu amiga no va a salir corriendo, mi niño —me dice con tono acaramelado—. Te estoy allanando el camino para que la vuelvas a enamorar.

—Abuela, ya te lo he dicho, Teresa nunca ha estado enamorada de mí, así que deja las cosas como están.

—Bueno, pues entonces te voy a ayudar a que se enamore de ti —alega, complacida.

—Te vas a estar quietecita, abuelita mía —le digo apretando los dientes—. Teresa y yo nunca estaremos juntos.

—Eso ya lo veremos.

Me da un beso en la punta de mi alargada nariz y se va hacia la puerta. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo y volver a mi casa. Me muerdo la lengua y me clavo mis inexistentes uñas en las palmas de las manos para calmarme. Inspiro y expiro lentamente varias veces. No sé si esto funciona.

¿Cuándo va a aprender esta mujer a meterse en sus cosas?

Y no, no funciona. Cuando mi abuela abre la puerta, detrás de ella aparece su novio. Y me tenso al volver a verlo. Está igual que hace cinco años, delgado, con

unas entradas en las que apenas se aprecian sus canas, con gafas y su inseparable sonrisa. Su mirada verdosa se clava por unos segundos en mis ojos marrones y me siento incómodo con ese gesto. Sabía que este momento tendría que llegar algún día, pero no siendo él pareja de mi abuela.

Mi abuela, que no se percata de nada, se lanza a sus brazos, se quita las gafas para que no choquen con las de él, y se besan como un par de adolescentes. Joder, es asqueroso. Por suerte, los pasos de Teresa bajando la escalera los sacan de su momento de lujuria y nos miran, limpiándose las comisuras de los labios.

—Hola, Simón. Me alegro de verte —me saluda Domingo y me tiende una mano.

—Lo mismo digo. —Le estrecho la mano, pero la aparto enseguida.

—Mira, Domingo, ella es Teresa —le explica mi abuela, volviéndose a colocar las gafas y se acerca a mi amiga—, la novia de mi nieto.

¡¿Qué acaba de decir la loca de mi abuela?! ¡¿Teresa, mi novia?! ¡Ay, mi madre! A este paso no llego vivo a la boda, esta mujer me va a matar de un disgusto. O de varios. No, la que no va a llegar viva a la boda es la señora Petra, me voy a encargar personalmente de ello.

Teresa me mira un poco descolocada, pero le sigue el juego a la insensata de mi abuela. ¡Estas dos están compinchadas!

—Encantado de conocerte, Teresa. Petra me ha hablado mucho de ti y he de decir que eres mucho más bonita de lo que me había contado por teléfono.

—Gracias, Domingo. —Mi supuesta novia se sonroja y le da dos besos—. Yo también estoy encantada de conocerlo.

—No nos llames a ninguno de usted, por favor —la regaña mi abuela acariciando su mejilla—. Nosotros ya nos vamos. Mañana vengo a por ti a las diez y vamos a Almería, al taller de Lorenza.

—Abuela, ¿adónde vas?

—A casa de Domingo a dormir, así tenéis todo esto para vosotros solos. —La muy condenada sonrío y me guiña un ojo. Coge de la mano a su prometido—. ¡Ah! Simón, necesito que mañana nos lleves donde Lorenza.

—¡Sí, claro, para eso estoy aquí, *miss Daisy!* —le grito cuando cierra la puerta y desaparecen—. Encima de tonto, *apaleao*.

Resoplo enfadado y me recuesto en la pared del comedor. Me tapo el rostro con las manos para intentar desaparecer de allí, pero cuando abro los ojos sigo en el mismo sitio. Acabo de llegar al pueblo y ya tengo sobre mí una catástrofe propiciada por mi abuela. Estoy agotado. Ni siquiera tengo fuerzas para pedirle a Teresa que me explique el numerito ese de la novia.

—Eh, ¿estás bien? —me pregunta Teresa, a mi lado. Me acaricia el brazo y es lo último que me faltaba—. Pareces un poco tenso.

—No es nada, no te preocupes. —Fuerzo una sonrisa—. Voy a ducharme.

Voy al baño de arriba a esperar que el agua de la ducha me relaje antes de ir a dormir, aunque eso de dormir hoy puede ser una utopía. Cuando salgo del baño, vestido con un pantalón corto y una camiseta, me encuentro a mi amiga sentada en nuestra presunta cama. Debo arreglar este malentendido.

—Tú puedes dormir aquí, yo iré a la habitación de mi abuela.

Doy media vuelta en el pasillo e intento abrir la puerta que hay justo frente a mí, la del cuarto de la dueña de la casa.

—¡No se abre! —grito. Teresa viene corriendo a mi encuentro—. ¡Maldita sea! ¡Mi abuela la ha cerrado con llave!

Escucho como estalla en carcajadas mientras sigo forcejeando con el mango. Nada, no cede. Al girarme, veo a mi amiga apoyada en la pared, sujetándose el estómago por las risas que le provoca las locuras de mi abuela. Y se ve tan bonita. Está preciosa cuando ríe. Me encanta cuando la veo relajada, feliz. Me pasaría la vida viéndola sonreír.

Estúpido corazón, ¿por qué has tenido que enamorarte de ella?

—A tu abuela nadie le lleva la contraria —habla entre risas.

—¡Joder!

Me paso los dedos por el pelo, estresado, intentando pensar con claridad dónde cojones duermo esta noche. Está claro que Teresa lo hará en la cama, pero ¿y yo? Pues nada, me bajo al sofá.

—¿Qué haces? —Mi amiga me observa desde el marco de la puerta mientras cojo una de las almohadas.

—Voy a dormir en el sofá. Buenas noches.

—Espera, Simón. —Me para poniendo sus manos en mi pecho. Se me va a salir el corazón—. Podemos dormir aquí los dos, no me importa.

La miro a los ojos. No sé si creer que a ella no le importa, pero a mí, sí. No puedo tener su culo cerca de mis manos, ni sus pechos dándome los buenos días. No, por hoy he tenido suficiente.

—Buenas noches, Teresa.



—Simón, despierta. —Una voz dulce me susurra en el oído y me acaricia la espalda—. Vamos, es tarde.

—Solo un poquito más. Anda, sigue acariciándome, me gusta cómo lo haces —balbuceo entre sueños.

—Simón, como no te levantes, tu abuela va a saber que has dormido en el sofá.

La palabra infalible es abuela, y me despierto de golpe, pero no consigo incorporarme igual de rápido. Estoy tendido en el suelo, bocabajo, y me duelen todos mis huesos. En este momento es cuando me doy cuenta de que Teresa está a mi lado, que es la persona que me ha hablado, la que me ha rozado. Y estaba tan dormido que ni siquiera me he percatado de ello. Intento desperezarme, pero solo emito gruñidos.

—Eso te pasa por dormir en el suelo. Eres igual de cabezón que tu abuela — me regaña a la vez que me ayuda a levantarme. No sé cómo, pero he acabado sin camiseta.

—Teresa, no empieces tú también —le digo y recojo los cojines del suelo. Hago estiramientos para poner mis músculos en su sitio—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y media, y tu abuela ha de estar al caer.

Corro escaleras arriba a vestirme y de regreso, cuando me queda el último escalón por bajar, mi abuela hace su aparición.

—Buenos días, mi niño, ¿qué tal has dormido? —Ya de buena mañana y con recochineo.

—Estupendamente, abuela —contesto mordaz. Le doy un beso en la mejilla.

—Buen día, Petra, ¿un café? —pregunta Teresa, que aparece con dos tazas y me da una, la que tiene las galletas migadas.

—No, gracias, Domingo me ha dado el desayuno que necesitaba.

Las veo a las dos reírse, pero yo no le encuentro la gracia. No la tiene. Pronto dejan de carcajearse, sobre todo mi abuela, que tuerce el gesto al ver el sofá, o más bien los cojines, que están puestos de cualquier manera y mi abuela es bastante maniática con sus cosas, todo ha de estar en su sitio.

—¿Has dormido aquí?

—No, en el suelo.

Nos mira a Teresa y a mí, y cambia su expresión de enfado a una un tanto más triste.

Llegamos al taller de Lorenza media hora después. Lo tiene situado en la última planta de un edificio ubicado en la avenida principal de la ciudad, encima de la tienda donde vende todos sus diseños. Nada más entrar, es la misma Lorenza la que nos recibe. Le pasa lo mismo que a Domingo, no ha cambiado nada en todo este tiempo, a excepción de que lleva unas gafas con unos cristales de más graduación, pero sigue teniendo su pelo castaño y ondulado, su estilizada figura y esa sonrisa eterna en los labios. La amiga de mi abuela fue un auténtico

*bellezón* de joven. ¡Cuántos hombres perdieron la cabeza por ese cuerpo y esos ojos azules!

—Tu abuela me dijo que venías, pero no quería creerlo hasta que te viera. — Lorenza me abraza y me come a besos.

—No sabes lo mucho que me alegro de verte. —Y es verdad, es una mujer encantadora. Siempre ha sido como mi tercera abuela.

—Y tú debes de ser la novia de este mozalbete. —Se separa de mí y va a achuchar a mi amiga. Miro a mi abuela de reajo y esta, se encoge de hombros. A otra a la que le ha ido con el cuento de que es mi novia. ¿Habrá alguien a quién no le haya contado semejante mentira?

—Me hace mucha ilusión conocerla. Tanto Petra como Simón me han hablado mucho de usted —contesta mi amiga ilusionada.

—Ni se te ocurra volver a llamarme de usted —le aclara, con cariño, Lorenza—. Ahora entiendo por qué mi Simón está loquito por ti, ¡eres preciosa!

Cierro los ojos, resignado a tanta mujer. Solo espero que todos estos días pasen lo más rápido posible y pueda volver a casa sano y salvo. Aunque me temo que no.

## Teresa

Lo que tengo delante de mí es impresionante. Jamás había visto nada igual. Solo con ver la entrada me imagino que este lugar es inmenso. Me quedo embobada mientras que Lorenza me enseña su pequeño atelier, como ella lo llama, lleno de telas, patrones de vestidos, maniqués elegantemente adornados y un sinfín de bailes de agujas de las trabajadoras del taller. Y el ruido de las máquinas de coser.

—¿Qué te parece? —me pregunta la dueña.

—Lorenza, este sitio es increíble —contesto mirando hacia todos lados, sonriendo como una niña—. Jamás me había imaginado trabajando en un sitio como este.

—Vaya, veo que tienes ganas de empezar. —Lorenza me toma por los hombros riendo—. Pues metámonos manos a la obra.

Me conduce a una sala amplísima, el *showroom*, iluminado por un enorme ventanal por donde se filtra la luz del sol y deja una mejor visión de los fantásticos vestidos que lo decoran. No solo hay vestidos de novia o de fiesta, sino también zapatos para cada ocasión, tocados, flores... todo parece perfecto. Lorenza sitúa a Petra delante de un espejo vertical y dispone en una mesa todo lo que necesita para empezar con la creación del vestido. Empieza tomándole

medidas con la cinta métrica y me las va cantando. Tiene unas medidas espectaculares para su edad.

—Bien, vamos ahora a por las telas —nos dice Lorenza sacando un catálogo—. ¿A qué hora me dijiste que era la boda?

—A las doce del mediodía, y con el fresquito que va a hacer, tendremos que coger una rebequita —responde el nieto con retintín.

—Te vas a volver a quedar calvo con tanto rezongar —alega la abuela de la criatura.

—No estaba calvo —le dice señalándose el pelo—, solo me rapaba la cabeza.

—Pues vuélvete a rapar, que tener pelo no te airea la neurona.

Lorenza y yo nos reímos, pero Simón pone los ojos en blanco y se cruza de brazos. Tengo la sensación de que está un poquito agobiado con todo lo referente a la boda. Lo veo sentarse en un sillón y coge una de las revistas de moda. Cruza una pierna sobre la otra y coloca su lectura en ella. Pasa una hoja tras otra, acompañándolas con un bufido y yo sonrío al verlo en esa pose enfurruñada.

Inexplicablemente, mi pensamiento recrea la escena de esta mañana en el salón, cuando al bajar me he encontrado con Simón durmiendo en tierra firme. No sé qué me ha pasado, pero me ha parecido tan tierno y tan indefenso que no he podido evitar acercarme hasta él y acariciar su espalda desnuda.

—¡Teresa, *yujuuu*, estamos aquí! —Petra mueve las manos delante de mi cara, divertida.

—¡¿Qué?! —contesto parpadeando. Vaya, ni siquiera me había fijado que tenía los ojos fijos en Simón—. ¡Ah sí, la tela del vestido! —Me llevo las manos a la cabeza.

—Mira que está guapo el condenado —señala Lorenza con la cabeza al mencionado... digo a Simón, susurrándome al oído—. Quiérelo mucho, Teresa. Se merece a alguien que lo mire como acabas de hacerlo tú.

Dicho esto, Lorenza vuelve a la mesa de trabajo y enseña a Petra las telas de las que dispone y se las muestra en algunos vestidos que ya tiene confeccionados. Petra se decanta por la seda, en color blanco, por supuesto, y no quiere nada de adornos, un vestido sencillo, sin pedrería ni nada. Como mucho, algún pequeño detalle que destaque su delgada cintura. Y nos recalca que quiere mostrar sus piernas. No me había dado cuenta de lo coqueta que puede llegar a ser.

Se acerca la hora de comer y Lorenza y yo quedamos en hacer diversos bocetos para encontrar el mejor diseño que se ajuste al gusto de Petra. Dejamos el taller y bajamos al restaurante que hay al lado donde ya conocen a la diseñadora.

—Y bien, parejita, ¿cómo os conocisteis? —pregunta la mujer de ojos azules,

llevándose su copa de vino a los labios.

—Su amiga Aitana es la novia de Adrián —responde Simón, a lo que entiendo que Lorenza conoce a Adrián.

—¡Oh, eso está muy bien! Dos amigos enamorados de dos amigas. —Y se pone a dar palmas entusiasmada—. Teresa, cielo, ¿qué te enamoró de él? —dice, señalando con las cejas al único hombre de la mesa, que precisamente está a mi lado—. Perdona que te lo pregunte, pero es que soy una romántica y me encantan las historias de amor.

Se sube las gafas con elegancia y pone las manos unidas bajo su barbilla. Me mira expectante a la espera de que le cuente una historia romántica de esas de las novelas. Yo me quedo a medio camino de meterme una aceituna en la boca, se me cae nada más oír la primera pregunta. Siento que flaqueo y no soy capaz de reproducir ningún sonido. Me mata la frase que ha dicho: «dos amigos enamorados de dos amigas». Miro a Simón, que está cabizbajo y con los ojos cerrados. No puedo contestar nada sin lastimarlo.

¿Por qué siento que lo único que hago es eso?

Suerte la mía, el móvil de Lorenza suena y se disculpa al salir a la calle y atender la llamada. Durante esos minutos, ninguno de los tres dice nada. Mi compañero empieza a comer en silencio, sin esperar a que la amiga de su abuela vuelva. Petra se encoge de hombros y mete el tenedor en su plato de pasta. Lorenza regresa y recoge sus cosas. Se vuelve a disculpar con nosotros y esta vez es que tiene que volver al taller, donde, al parecer, ha habido un pequeño incidente con un vestido. Suspiro más tranquila.

Una hora más tarde, abuela, nieto y yo salimos del restaurante. Simón se enciende un cigarrillo, le da dos caladas y lo tira al suelo cuando llegamos al coche. Me parece que la compañía de la comida no le ha sentado del todo muy bien.

Al llegar al pueblo, Petra nos dice que se va a dormir la siesta con Domingo, así que Simón y yo nos volvemos a quedar solos en casa.

—Teresa, siento lo de la comida —me dice, apenado, nada más entrar en el salón.

—No pasa nada, no es culpa tuya.

—Lo sé, pero es que mi abuela a veces... —deja de hablar y arruga el entrecejo— no, a veces no, siempre se mete donde no la llaman y a mí me da por estranglarla.

—Si ya me había dado cuenta de eso —respondo riendo—. No pasa nada, solo es que no me esperaba que Lorenza me preguntara. Nada más.

—Vaya dos liantas.

Suelta algo más relajado y me gusta ese Simón. Se pasa las manos por el pelo

y las deja entrecruzadas en la nuca. Se echa hacia atrás en el sofá y ambos nos quedamos otra vez callados, mirándonos. Continúo de pie, admirando toda su alargada figura, sus piernas estiradas y con un tobillo sobre el otro. Si asciendo, veo cómo se le marca la camiseta en los brazos y, como se le ha levantado un poquito por la cintura, asoma un trozo de piel con un vello escaso y oscuro. Su prominente nariz, sus labios marcados... ¿qué estoy diciendo?!

Me siento a su lado con las piernas flexionadas sobre el sofá y dejo caer el peso de mi cuerpo sobre ellas. Reposo mis manos inertes sobre mis rodillas sin saber qué hacer con ellas. Simón me mira y me sonrío.

—¿Te apetece que vayamos de excursión? —me interroga alargando sus labios.

—¿De excursión? —reacciono—, ¿a dónde?

—Ve a ponerte algo más cómodo. Estoy seguro de que te va a encantar lo que voy a enseñarte.

Me da una palmada en la mano y desaparece de mi vista. Subo a la habitación y me pongo un pantalón corto de deporte, una camiseta y unas zapatillas, y regreso al salón. Simón vuelve unos minutos después con una indumentaria semejante a la mía y, con sus gafas de sol puestas, me hace un gesto con la cabeza para que lo siga hasta el coche.

Veo que Simón abandona la carretera y se adentra en un camino recto y largo, un paisaje semidesértico. Empieza a contarme que las plantas que vemos a los márgenes del camino se llaman Pitas, y que los muros de piedra de cal abovedados son los aljibes, que se construían junto a los cortijos para recoger y almacenar el agua de lluvia. En un momento dado, Simón abandona el camino y gira hacia una llanura de tierra en la que se divisa una casa.

—¿Qué es eso? —le pregunto, todavía metidos en el coche, pero con el motor apagado. Señalo la construcción que hay delante de nuestros ojos.

—Ahora lo verás.

Bajamos del vehículo y caminamos juntos hacia esa casa. A medida que nos acercamos, me parece más deprimente, por el estado ruinoso en el que se encuentra la fachada, apenas se mantiene en pie y está vallada para impedir que nadie acceda a su interior. Eso sería muy peligroso.

—¿Me vas a decir ya por qué me has traído a este sitio?

—Qué impaciente eres —responde sonriendo—. Teresa, te presento el Cortijo del Fraile.

—¿Me estás tomando el pelo? —Lo miro incrédula—. ¿Este es el Cortijo del Fraile? ¿El mismo Cortijo del Fraile en el cual se inspiró Lorca para escribir *Bodas de sangre*?

Recuerdo que cuando lo estudiamos en el instituto, me encantó la historia de

Lorca y se me quedó grabado en la memoria el lugar de los sucesos.

—El mismo —dice todavía sonriendo—. Aquí es donde pasó el famoso crimen de Níjar, en 1928. A parte de Lorca, la escritora almeriense, Carmen de Burgos, escribió su *Puñal de claveles*, basado en ese famoso y trágico suceso.

—¿Y cómo puede ser que un sitio tan emblemático como este, esté en un estado tan abandonado? —Me vuelvo para mirar la impresionante historia que tengo ante mis ojos.

—Creo que aquí ya entran intereses económicos. Lo último que sé es que está en manos privadas. —Se acerca más a mí y me pone la mano en el bajo de mi espalda. Mi cuerpo responde a un agradable escalofrío que me recorre entera—. Ven, sigamos.

Con su mano todavía sobre mi camiseta, bordeamos el cortijo, que sigue todo vallado y se puede apreciar el interior del mismo, ya que todo está derruido. Simón me explica que el cortijo fue construido por los Frailes Dominicos de la zona en el siglo XVIII y que de él dependían otros cortijos más pequeños que se encontraban en los alrededores. El cortijo solo constaba de una planta y tenía un patio central con un enorme horno para hacer pan, un oratorio, una cripta con nichos, cuadras. En el siglo XIX pasó a manos privadas, pero los dueños lo abandonaron en pro de tierras más rentables, así que pasó al cuidado de uno de los empleados, quien era el padre de Francisca Cañada.

—Es una historia un poco triste, pues Francisca estaba enamorada de su primo Paco —susurra y ese tono me estremece—. El corazón a veces es muy traicionero.

Me da rabia no poder ver sus ojos en estos momentos, pues siguen tapados por sus gafas de sol, pero me perco de que baja la cabeza y pateo unas cuantas piedrecillas que encuentra mientras camina con pasos pequeños. Sí, estoy de acuerdo con él, el corazón es un traidor.

—¿Sabes? —me dice, volviéndose para mirarme con las manos en los bolsillos—. Mi abuelo y yo veníamos aquí muchas mañanas con la bicicleta. Me hacía levantarme a las siete cuando estaba disfrutando de las vacaciones del colegio, y desayunábamos en este llano.

—Le echas de menos —le digo más que como pregunta, afirmando.

—Mucho.

Y, en ese momento, poso mi mano en su mejilla y le beso la otra.

# 6

## Simón

Doy fe de que en el sur llueve. Son de esas lluvias de primavera que el tiempo altera. Se ha pasado casi toda la noche lloviendo y como me ocurre últimamente, he contado todas las gotas que han caído. Me pasa desde que he vuelto al pueblo, no consigo dormir del tirón ni siquiera dos horas, y es que todavía echo de menos el no encontrarme a mi abuelo deambulando por la que ha sido su casa. Qué difícil resulta a veces decir adiós definitivamente a alguien a quien quieres y que amarás toda tu vida. Y claro, si a ese sentimiento le unes el de querer asesinar a tu abuela, día sí, día también, pues que Morfeo te visite es casi una utopía. Y claro, a este revoltijo de sentimientos hay que añadir el del puñetero amor que siento por Teresa y que no es correspondido... qué desastre de vida llevo.

Se me hace raro estar en casa de mi abuela sin que mi abuelo esté presente y que precisamente yo esté aquí, para su boda con otro hombre. Cada vez falta menos para el gran día y lo cierto es que nunca llegué a imaginar que mi abuela se volvería a casar, pero la veo feliz al lado de Domingo y si ese es su sueño, no seré yo quien la despierte.

Me quedo mirando por la ventana cómo cesa la lluvia. Por momentos, he desviado la mirada hacia las escaleras y me he visto abriendo la puerta de la habitación y observando a Teresa. Me quedé helado cuando ayer, en un repentino impulso, me acarició y besó mi mejilla. Solo fue un gesto cariñoso. A veces, me sorprende a mí mismo pensando en cómo sería mi vida si ella me quisiera. Y sonrío, tontamente, porque sé que sería el hombre más feliz del mundo. Y esa misma sonrisa se me cae como una losa cuando me muestra la realidad. No sé

qué hacer con esto que siento, cada vez duele más y cada vez me siento más hundido, más solo. Creo que lo mejor para mi salud emocional y sexual será tomar una dura decisión cuando llegue a casa.

El insistente sonido del claxon de un coche hace que vuelva mis ojos hacia el exterior. El vehículo en sí es una furgoneta blanca, con dibujos de barras de pan, dulces y caramelos en la carrocería. Se parece mucho a la que venía al pueblo cuando yo era pequeño, y curvo mis labios al ver que todavía existe este tipo de servicio de pan a domicilio. Claro que en una ciudad eso es imposible.

Veo a las vecinas salir, talega en mano, y se acercan a la furgoneta. No me había fijado que en la puerta del copiloto pone el nombre del negocio: «El dulce mundo de Marisa». Y menos me había fijado en la conductora, que cuando la veo bajar, mi mundo se tambalea.

—¿Qué es ese pitido?

Ni tan siquiera me he dado cuenta de que Teresa ha bajado y está a mi lado, con una mano posada sobre mi hombro y mirando hacia la calle. Gira la cabeza y desvía sus ojos a mi rostro, pues es imposible que no haya notado la tensión que domina mi cuerpo en estos momentos.

—¿Estás bien? ¿Has pasado mala noche? Estás un poco pálido.

—Estoy bien —le digo retirando su mano—. Voy a buscar el pan y algo para desayunar.

Me levanto y me pongo los tejanos que había dejado colgando del respaldo del sofá. Con la camiseta puesta, recojo la cartera para salir a la calle y enfrentarme a mi pasado. A una parte muy importante de mi pasado.

Cierro la puerta a mi espalda, y suelto una enorme bocanada de aire. Espero a que se quede sola para ir hasta ella. Está atendiendo a un niño, que se marcha contento con su bolsa de cañas de chocolate y una barra de pan debajo del brazo. Siento que las piernas me flaquean mientras avanzo. No sabía que había vuelto al pueblo, y mucho menos, que se dedicara al negocio familiar. No pensé que al venir de nuevo a casa de mi abuela me tendría que enfrentar a esto, pero, ya que el destino me ha jugado otra mala pasada, voy a demostrarle que no caeré, aunque mis piernas estén diciéndome lo contrario y mi corazón lata con fuerza.

—Hola.

—Hola —me saluda ella como si fuese un cliente más, hasta que desvía su mirada de una bolsa de galletas y la clava en mis ojos. Se queda desencajada—. ¿Simón? ¿Eres tú?

Casi había olvidado el precioso color verde de sus ojos, su tez blanquecina, su pelo rubio y más largo que la última vez que la vi, su cuerpo delgado, sin mucho pecho, pero marcado por unas bonitas curvas. Qué rabia me da reconocer que está guapísima.

—Hola, Marisa —la vuelvo a saludar con voz firme, un tanto serio.

Sigue parada delante de mí, con la boca abierta, mirándome de arriba abajo y con la misma incertidumbre que yo, de si sería correcto que nos diéramos dos besos o dejar el saludo tan frío que ambos hemos recibido por parte del otro.

—Me alegro de volver a verte. Mi abuelo me dijo que vendrías para la boda, pero no sabía que ya estarías aquí.

—Bueno, es una larga historia —le resumo rascándome la nuca—. No tenía ni idea de que habías vuelto al pueblo.

No, doña Petra no me lo había dicho, así que tengo otro motivo más para asesinarla. Joder, se me acumula la faena.

—Sí, es que... aquello... no salió bien —susurra agachando la cabeza avergonzada. Sé a qué se refiere y tengo que ocultar una sonrisilla al oír que regresó con el rabo entre las piernas.

—Lo siento. —Soy más falso que Judas—. No todo lo que planeamos sale como deseamos. —Giro el cuello para volver la vista a la ventana del comedor de la casa y allí veo a Teresa, que nos observa con el ceño fruncido.

—Y ¿qué hay de ti? —me pregunta haciéndome volver al presente—. ¿Sigues trabajando con tu padre?

—Sí, eso sigue como siempre.

—Mi abuelo me ha contado que...

—¡Si está aquí mi niño! —Reconozco el grito de mi abuela nada más doblar la esquina. Viene a mi lado y me da un beso. Marisa da un paso atrás al verla—. No hacía falta que te levantas tan pronto, ya cogía yo el desayuno.

—No importa, abuela, ya estaba despierto.

—Marisa, ¿me das lo de siempre? —Mi abuela la mira sin mucha cordialidad—. Y ponme también una bolsa de bizcochos.

—Claro, Petra.

—¿Teresa todavía duerme? —me pregunta mi abuela, pero mirando a la panadera—. ¿Te ha contado mi nieto que ha venido con su novia a la boda?

—Sí, ya lo sabía —responde ella a la vez que nos da el pedido. Vuelve a sonreírme—. Me alegro de que tengas a alguien a tu lado. Te lo mereces.

—Adiós, Marisa —se despide toda arisca mi abuela y me tira del brazo.

Hasta que no estamos dentro de casa, no me suelta. Deja las cosas sobre la mesa del comedor, le dice un «buenos días» escueto a mi compañera y me mete en la cocina. Me mira con los labios enfurruñados y las manos en las caderas.

—¿Qué hacías hablando con ella?

—¿Pedirle dulces para el desayuno? —respondo con ironía.

—¡Pues no he visto que llevaras nada! —exclama enfadada.

—Abuela, no me hables en ese tono porque soy yo el que está enfadado

contigo —la regaña y bajo el tono de voz al recordar que Teresa está en la habitación contigo—. ¿Por qué no me dijiste que había vuelto?

—¿Qué pensabas, que no iba a venir a la boda? Además, ¿qué te importa que haya vuelto al pueblo? —Se calla de golpe y me mira alzando una ceja—. ¿Te importa que haya vuelto?

—¡Claro que no me importa! —bramo alzando los brazos—, pero deberías habérmelo dicho y así me habría ahorrado la cara de gilipollas que se me ha quedado cuando la he visto.

—Pues tenías una bonita cara de gilipollas mientras hablabas animadamente con ella.

—No estaba hablando animadamente con ella, solo hablaba —la corrijo.

—Pues no hace falta que hables con esa chica.

—¿Y qué hago? ¿Giro la cara cuando me la encuentre por la calle?

—Es lo mínimo que se merece por tu parte.

—Abuela, por favor —le pido cansado. Me siento en una de las sillas y pierdo mis dedos por mi corto pelo.

—Cariño, solo quiero que esa mujer no vuelva a hacerte más daño. —La delicada voz de mi abuela suena a mi lado. Me abraza.

—Tendría que haber venido el día de la boda y marcharme al día siguiente.

—No, no digas eso —me sigue hablando con su tono suave. Me rodea la cara con sus manos y me obliga a que la mire—. Me encanta que estés aquí. Entiendo que no quisieras volver al pueblo, pero yo te he echado mucho de menos. —Y nos fundimos en un abrazo. Uno que, hasta ese mismo momento, no me había dado cuenta que necesitaba.

—¿Va todo bien? —Teresa asoma con precaución la cabeza por la cocina y mi abuela le sonrío a la vez que se limpia unas lágrimas de los ojos.

—Sí, cariño, todo va perfecto. Haced el café, que mientras voy a cambiarme. —Acaricia la mejilla de mi amiga y me mira a mí, picarona—. También me alegro de que esta preciosidad esté aquí.

Me guiña un ojo y se va escaleras arriba hacia su cerrada habitación. Teresa me mira y yo le hago un gesto con el dedo en señal de que no le haga caso a mi abuela, que está loca, aunque eso ya lo sabe. Mi amiga se ríe y ese sonido es lo mejor de la mañana. Me levanto para poner en marcha la cafetera.

—Simón, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, por supuesto.

—¿Quién era la chica de la furgoneta?

—Marisa —digo poniendo la cafetera en el fuego—, la nieta de Domingo.

—¿Y por qué discutíais tu abuela y tú? ¿Qué pasa con esa chica?

—No pasa nada con ella, no te preocupes —le digo con la intención de que

no siga preguntando.

—Discutías con tu abuela por su culpa, no me digas que no pasa nada con ella porque no me lo creo.

Tuerzo el cuello para verla de reajo y la encuentro a mi lado, no me había dado cuenta de que se había acercado tanto, con los brazos cruzados sobre su pecho y sin perder detalle de los gestos de mi rostro. No quiero hablar con ella de este tema, así que saco el azucarero y las cucharillas del armario para que se dé por aludida. Pero no me funciona.

—Esa Marisa no solo es la nieta de Domingo, es alguien más, ¿verdad? Alguien importante para ti.

—¿A qué viene este interrogatorio, Teresa? —le pregunto, quizás con un tono un tanto brusco, del cual me percato cuando he acabado de pronunciar su nombre —. Perdona, no quería hablarte así.

—Soy yo quién lo siente, no he debido meterme donde no me llaman —se disculpa, pero me parece que se ha enfadado—. Voy a buscar los bizcochos.

## Teresa

No sé por qué le he preguntado por esa chica. ¿Y a mí qué me importa quién sea esa tal Marisa? No, no me importa, pero he visto cómo ambos se miraban y lo que sus ojos reflejaban. Por eso sé que esa chica no es solo la nieta de Domingo, no me lo trago. Hay algo más. Estoy segura de que ha sido pareja de Simón y por lo que he escuchado en la cocina mientras Petra reprendía a su nieto, la cosa no acabó muy bien.

Recojo los dulces y no puedo evitar mirar por la ventana y ver que todavía sigue la furgoneta aparcada delante de la casa. La dueña está recogiendo y bebe agua de una botella. Se percata de que la estoy observando y me sonrío, me saluda con la mano y yo le devuelvo el gesto sin muchas ganas. Se acomoda en su asiento y se marcha, dejando un pequeño reguero de polvo a su paso. Y cuando la furgoneta se pierde en la lejanía, es cuando intuyo que ella y yo no nos vamos a llevar bien. Muerdo con rabia el nudo de la bolsa de plástico.

—Como te acerques más a la ventana, vas a parecer un pez de esos que viven enganchados al cristal de su acuario.

—¡¡¡¡Ahhhh!!! —Doy un respingo al escuchar la voz de Petra detrás de mí, y se me cae el desayuno al suelo. La miro, llevándome una mano al pecho para calmar los latidos de mi corazón. Me agacho para recoger la bolsa y cuando vuelvo a alzar la vista, Petra está desternillándose de la risa.

—¿Qué pasa? ¿Y ese grito? —La voz de Simón entra en el comedor.

—Nada, cariño, que me parece que alguien acaba de verle las orejas al lobo.

—¿Eso es un acertijo, abuela?

—¡¡¡Ahhhhh!!!

Otra vez pego un chillido. Y es que ahora, a la que veo a través del cristal es a Lorenza, que ha aparecido de la nada y ha comenzado a hacer el tonto alzando una carpeta entre sus manos. Supongo que debe traer algunos diseños del vestido de novia de Petra.

—Teresa, hija mía, como se te vuelvan a caer los bizcochos vamos a tener que meterlos a cucharadas en el café. —De nuevo, los dulces han aterrizado en el suelo.

Y vuelve a reírse mientras va a abrir la puerta y yo me agacho a por la bolsa. Simón sigue allí parado, sin entender qué es lo que me pasa esta mañana. Creo que ni yo misma lo sé.

—Buenos días, chicos —nos saluda Lorenza, y nos da dos besos a Simón y a mí—. ¡Menudo susto te has llevado! —Me dice, y las dos adultas que hay en la casa sonrían descaradas y se van hacia la cocina. Simón no dice nada, y también se marcha a por su café, algo que yo también necesito. Cojo aire y lo suelto despacio. He empezado bien la mañana. Nos sentamos alrededor de la mesa, con la bebida caliente y los dulces casi intactos adornando nuestro desayuno. Cuando terminamos, volvemos al salón, donde Lorenza nos enseña los bocetos que ha hecho del vestido de novia.

—¿Tú tienes alguno, Teresa? —me pregunta Lorenza.

—No, lo siento, no me he puesto todavía con ello —respondo realmente avergonzada. Van a pensar que soy una vaga. Y encima vine aquí por ese motivo.

—No pasa nada, cielo —me dice Petra con cariño y me acaricia una mano—. Vamos a ver qué trae la loca de mi amiga.

Lorenza nos muestra varios diseños que ha hecho y son realmente preciosos. Todos son cortos, tal y como la abuela de mi amigo quiere, pero, por las muecas que hace con los labios, me parece que no le convence ninguno.

—Este escote no me gusta —dice señalando un vestido con escote en forma de «V».

—¿Y este con corpiño y falda? —Lorenza le muestra el siguiente.

—No. —Niega con la cabeza—. Quiero un vestido entero.

—Mira, este es con un solo tirante y con vuelo en la falda. El pecho lleva muy poco de pedrería.

—¿En qué pensabas cuando te dije cómo quería el vestido? —Petra la regaña con las manos en la cabeza—. No has dado ni una. No me escuchas.

—Sí que te escucho —se defiende ella, muy ofendida—, lo que pasa que a ti no te gusta nada, eres muy especial con tus gustos.

—¿Yo, especial? ¡Si solo quiero un vestido blanco y liso!

—¿Y qué es lo que yo te he enseñado? —bufa Lorenza.

—Todo lo que no te he pedido, Lorenza, hija, a ver si me haces más caso cuando te hablo que ese Nasir te tiene *atontá*.

—Nasir no me tiene *atontá*, sino satisfecha —aclara con una sonrisa ladina—. Igual le digo que le de clases teóricas a Domingo.

—Pero ¿qué te crees, que a mí Domingo no me deja para el arrastre?

—¡Señoras! —exclama Simón poniéndose entre las dos fieras—. A Teresa y a mí no nos importan sus vidas sexuales, así que conténganse. ¿Y quién es Nasir?

—¡Nadie que te importe, coño! —gritan las dos a la vez. Simón y yo nos miramos conteniendo la risa.

—Anda, vámonos al gimnasio que hoy tenemos clase de zumba. Y, parejita, —dice Petra, obviamente refiriéndose a nosotros dos—, ya os podéis poner cómodos que venís con nosotras.

—¿Qué?! ¡¿Yo, a clase de zumba?! ¡Ni por asomo! —responde Simón, negando con la cabeza y cruzándose de brazos.

—Claro que sí, jovencito, así que ya te estás dando prisa, que llegamos tarde.

—Yo mejor me quedo aquí y empiezo con el vestido. —añado de acuerdo con lo que ha dicho mi amigo de quedarnos aquí.

—¿Es que cuando yo hablo nadie parece escucharme?! —Se enfada Petra, que nos coge a su nieto y a mí por los brazos—. He dicho que venís al gimnasio y ¡venís al gimnasio!

Y con sendos cachetes en el culo, uno que le propina a su nieto y otro a mí, nos empuja para que subamos a la habitación en la que duermo sola, pero que comparto armario con Simón.

—Simón, siento lo de antes. Siento haber sido tan entrometida. —Vuelvo a disculparme mientras meto ropa adecuada para la clase en una mochila.

—Quien tiene que disculparse soy yo por hablarte en ese tono. —Cierra la cremallera de su bolsa y se sienta en la cama. Da unos golpecitos con la mano sobre el colchón para que lo acompañe. Voy a su lado—. Marisa y yo tuvimos nuestra historia, y no tuvo un final feliz.

—Algo así me he imaginado cuando os he visto juntos.

Un agarrotamiento se me instala en el estómago al oír de su propia voz que ha tenido algo con Marisa. ¿Y a mí que más me da? ¿Por qué me levanto de la cama y meto los calcetines en la mochila como si los odiara?

—Teresa —me llama y me giro con los dientes apretados—, que sepas lo que

hubo entre Marisa y yo, ¿cambia algo entre nosotros?

—¿Qué va a cambiar? ¿A qué te refieres?

—No, a nada, a nada —dice restando importancia a su pregunta—. No me hagas caso.

Se levanta y coge ambas bolsas para salir dirección al gimnasio, que se encuentra al otro lado del pueblo. Mientras vamos caminando, observo que Lorenza y Teresa hablan animadamente, como si la discusión de antes no hubiese tenido lugar. Me encantan estas dos cascarrabias, como las llama Simón. Algo en lo que también reparo es que cada vez que pasamos por al lado de alguna vecina, que nos saluda alegremente, nos echa un buen vistazo a Simón y a mí. De arriba abajo, sin perder detalle. Y sonríen descaradamente.

Una vez en los vestuarios, Petra, Lorenza y yo en el de mujeres y Simón en el de chicos, obviamente, nos cambiamos y nos reunimos con mi amigo en el pasillo.

Y a punto estoy de olvidarme de caminar cuando lo veo vestido con un pantalón corto y una camiseta algo ajustada, marcando pecho y los visibles músculos de sus brazos. Está apoyado en la pared, con una pierna en ella y la otra en el suelo, y sujeta una botella pequeña de agua con una mano, y con la otra, se coloca sobre su hombro derecho una toalla de microfibra azul.

Yo debo de estar un poco idiota esta mañana, la visita inesperada de Marisa, la poca o, mejor dicho, la nula acción sexual que tengo, que, si no recuerdo mal, mi último apogeo fue justamente con Simón, la pose tan insinuadora que ha tomado mi compañero, o quizás todo a la vez, está haciendo que un bochorno un tanto agradable baje desde mi cara hasta mi entrepierna.

—¿Te pasa algo, Teresa? Pareces acalorada —me pregunta Simón, que se acerca y me toca mis coloradas mejillas.

—Sí, est...

—¡Si hasta yo me he puesto cardiaca al verte! —Los dos nos giramos al escuchar a Lorenza abrir la boca—. La madre que te parió, ¿de dónde has sacado estos músculos? A ver, déjame que te toque.

—¡Lorenza! —Simón la agarra de las manos antes de que pueda ponerlas sobre él.

—Perdón, que me he descerebrado un poco. —Se lleva las manos al pecho—. Ay, Teresita, qué bien que te lo debes de pasar con semejante semental.

—Lorenza, por favor, no hables así de mi nieto en mi presencia ni delante de su novia. —Petra sacude la cabeza—. Anda, vamos que llegaremos tarde.

Y la coge del brazo para arrastrarla a la sala en la que ya se escuchan los primeros acordes de *Bailando*, de Enrique Iglesias. Unos segundos más tarde, Simón y yo llegamos a la clase, en la que la profesora nos reprende con una

mirada disgustada por haberla interrumpido. Nos colocamos al final, detrás de Petra y Lorenza, que se han quitado las gafas y las han puesto sobre una pequeña hilera de *steps* amontonados uno encima de otro, e intentamos pillar el ritmo de los pasos. Lo intentamos. Bueno, yo consigo algo, pero Simón parece que esté borracho. Cuando la profesora va a la derecha, él se va a la izquierda. Cuando da un paso adelante, él lo da hacia atrás. Si hay que hacer un movimiento con un brazo, él lo hace con el otro.

—Simón, tienes una coordinación espantosa —le susurro aguantándome la risa.

—Nunca he sabido bailar. No sé moverme, no me oriento —se lamenta ahogado por el esfuerzo.

—Tú solo imita sus movimientos —digo refiriéndome a la profesora—, y ve hacia el mismo lado que ella, así evitarás pisarme.

—Joder, Teresa, lo siento. Te prometo que no te volveré a pisar.

Ya he perdido la cuenta de las veces que me ha pisado y de las que me ha empujado al chocar contra mí. Cada vez que me giro para verlo tengo que evitar soltar una carcajada, y es que lo veo atacado, sofocado y no deja de sudar. ¿Cómo es posible que sea tan patoso?

En uno de esos pasos en los que su ya nefasto sentido del ritmo le falla, me pisa con un pie y se enreda con el otro entre mis piernas, haciendo que trastabille y pierda el equilibrio. Pero no termino de caerme al suelo, pues Simón consigue cogerme a tiempo y me abraza a su cuerpo para mantenerme firme. Cuando levanto la cabeza, él está mirándome fijamente los labios. Y por una alienación extraña de las estrellas y de todos los planetas habidos y por haber, deseo que me los bese.

## Simón

Teresa está entre mis brazos y no soy capaz de mover ni un solo músculo por miedo a que se me escape. Ni siquiera puedo apartar mis ojos de sus labios, esos que me torturan cada vez que los veo moverse al hablar. Recuerdo a la perfección nuestro último beso, en mi casa, en mi cama, después de que le hiciera el amor. Sí, después de que yo se lo hiciera porque ella, simplemente, estaba allí.

¡Mierda! No quiero volver a eso, ahora no.

Ahora, voy a volver al presente, donde la tengo de nuevo rodeada por mi cuerpo y mi mente se debate entre besarla o no hacerlo, aunque mi corazón no tiene ninguna duda de qué haría si mi maldita conciencia no fuese tan inoportuna. Me muero por pasar mi lengua por la dulzura de sus labios, notar su sabor mientras los beso, que mi boca se deshaga en gemidos al sentir que ha regresado donde pertenece. Y aunque daría mi última gota de sangre por besarla, no lo hago. No puedo estropear lo que ahora tenemos por un beso que solo nos distanciaría otra vez. Un beso que solo yo ansío.

Gruño de frustración al convencerme de que es mejor que no suceda nada, y por ello me separo de la calidez de su cuerpo, pero, cuando voy a separar las manos de su cintura, ella me las atrapa con las suyas y me mira con una intensidad que desconozco.

—No me sueltes —susurra, en un hilo de voz.

—¿Cómo?

—No vuelvas a soltarme. No vuelvas a dejarme ir.

Solo siento como aparta sus manos de las mías y las sube por mis brazos,

acariciándolos con delicadeza, pasando sus yemas por la piel erizada de mi cuello y dejándolas reposar en mi nuca. La veo alzarse de puntillas para que nuestros rostros queden alineados y, con sus ojos quedos en mis labios, se aproxima hasta que el aire deja de invadir nuestro espacio, y los une a los míos. Sí, me está besando, ha sido ella la que ha tenido el valor de hacerlo, y yo no voy a negarme a detener este maravilloso momento que se quedará grabado para siempre en mi mente y en mi alma.

No he podido olvidar su sabor, jamás podré hacerlo, ni tampoco el tacto de su lengua al reclamar la mía. No me importa que estemos en el gimnasio, en medio de una clase, delante de mi abuela, su amiga y una decena más de mujeres que seguro que nos observan pícaras. No, nada de eso es relevante, solo lo es la mujer que está compartiendo conmigo el instante en el que todo vuelve a empezar.

No sé si ese ruido ha estado todo el rato ahí, lo cierto es que ahora es cuando lo oigo. Teresa se separa lentamente de mi cuerpo, de mis labios, y me sonrío antes de desaparecer. Se esfuma delante de mí y se convierte en humo mientras que ese sonido sigue incesante y me obliga a abrir los ojos.

—¡Joder!

Y es cuando me doy cuenta de que lo he soñado, que el beso de Teresa solo ha sido algo que no ha ocurrido y me embarga una tristeza desoladora. Pero para mí ha sido tan real. Tapo mi cara con ambas manos y quiero volver a dormir, a soñar que mi amiga me quiere, me desea, me necesita, pero otra vez esa maldita melodía me hace regresar al presente, donde todo duele.

El puñetero ruidito sale de mi móvil y no me deja otra opción más que levantarme del sofá y atender a la persona que me llama con tanta insistencia a tan temprana hora. Pero al incorporarme, siento un leve dolor que hace que me incline hacia delante y me encoja al emitir un pequeño quejido. Es un dolor en el bajo vientre, pero mucho más abajo. Es lo que viene siendo de toda la vida un jodido dolor de huevos. Vuelvo a sentarme y observo cómo la erección matutina es más acuciante debido al sueño. Suelto un par de palabrotas y coloco un cojín sobre mis pobres partes.

Pongo el teléfono en mi oreja después de visualizar el nombre de quién me llama.

—Mamá.

—Hola, hijo. ¡Qué bien que estés despierto!

—No estoy despierto, me has despertado tú, mamá. —¡Tendrá guasa la cosa!

—. ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a papá?

—No, no te preocupes, tu padre está bien —me dice—. Solo quería saber cómo estás.

—¿Y tienes que llamarme a las siete de la mañana para preguntarme eso? —

gruño frustrado por la intromisión de mi madre en mi sueño—. Y digo yo, ¿no tienes algo mejor que hacer a estas horas? ¿Como, por ejemplo, dormir?

—Ay, hijo, de verdad, qué mal despertar tienes. Igualito a tu abuelo —añade, como ofendida por mi comentario.

—Mamá, que nos conocemos, y no me has llamado para preguntar solamente por mí. ¿Qué quieres?

Me levanto despacio del sofá, poniendo mucha atención al malestar que se ha instalado entre mis piernas. Creo que mi madre ha sido un buen bálsamo para calmarlo, pues todo ha vuelto a su sitio.

—¿Has averiguado algo de lo que te dije? —suelta así, a bocajarro.

—¿Y tú entendiste algo de lo que te dije? —la reprendo—. No voy a investigar a la abuela como si fuese una vil delincuente.

—No digas eso de tu abuela, además, ya te expliqué el motivo por el que quería que lo hicieras.

—Muy bien, pues yo voy a volver a repetirte el porqué lo hace; está enamorada de Domingo. Y se acabó la historia, mamá.

—Está bien, hijo, está bien, si no quieres darte cuenta de la realidad...

Bufo y rebufo cansado del temita de mi abuela y del supuesto secreto de su boda con Domingo. Doy la vuelta y regreso al sofá, donde me siento dejando mi nuca descansar sobre el respaldo y cierro los ojos.

El silencio que se ha hecho al otro lado de la línea me indica que algo está tramando mi madre. Y, como siempre, sé que no me va a gustar sus derroteros.

—¿Sabes qué, cariño? Estoy pensando una cosa. —Hace una pausa trágica—. Si no has ido para averiguar nada de lo que te dije, ¿por qué estás ahí?

—Porque tanto tú como papá insististeis en que viniera —le recuerdo, intentando desviar el tema, que sé por dónde va a ir.

—Estás ahí por Teresa, a mí no me engañas —contesta con un tono sagaz—. ¿Cómo te va con ella? ¿Ya la has enamorado con tus encantos? ¿Ya sois novios?

—Mamá, para el carro. Y no, no ha pasado nada de eso, seguimos siendo solo amigos.

—¿Solo amigos? Pero ¿esta chica está tonta o qué le pasa? —dice enfadada. Me la estoy imaginando torciendo la nariz—. ¿Seguro que te estás empleando a fondo para engatusarla?

—¡Yo no engatuso a nadie, mamá!

—Y ¿por qué no te quiere? Mira que voy a tener que ir yo y decirle cuatro cosas a esa chica.

—Ay, mamá. —Dejo escurrir mi cuerpo hacia el lado, y mi cabeza y mi torso caen sobre los cojines a la vez que mantengo el teléfono pegado a mi oreja derecha—. Estoy cansado de repetir lo mismo: Teresa no me quiere. Fin de la

discusión.

—Pero es que no entiendo por...

—Mamá, te voy a colgar, así que, si no quieres nada más, dale un beso a papá y a Rosa de mi parte.

—¿Y no hay beso para mí? —interviene con un tonillo lastimero.

—Sí, otro para ti —añado sonriendo.

—Uno enorme para ti también, cariño. Y otro para la abuela y para esa amiga tuya que...

Cuelgo, no puedo seguir escuchándola más. Me despierta a las siete de la mañana de un domingo para no sé para qué. ¿Por qué no hay mujeres normales en mi familia? ¿Por qué tienen que meterse tanto en mi vida y hurgar en las heridas? Tiro el móvil a mis pies y me tapo la cara con uno de los cojines. A ver si me asfixio un rato.

—¿Simón?

Abro los ojos, pero solo veo la oscuridad que me ciega por tener el cojín todavía sobre el rostro. Lo lanzo al aire y enseguida veo a mi amiga de pie, delante de mí, mirándome extrañada y con el cojín entre sus brazos.

—¡Ops! Perdona, Teresa, no quería tirártelo —me disculpo, incorporándome del todo.

—Vaya, eso espero —añade con una sonrisa—. ¿Va todo bien? He oído tu móvil.

—Sí, todo bien. Solo era mi madre —digo restando importancia—. Y tú, ¿qué haces ya levantada?

Teresa tira el cojín al sofá y me tiende una mano. Yo la analizo de arriba abajo, y me pregunto cómo puede estar tan hermosa de buena mañana. Su cara sin ningún rastro de maquillaje y su pelo suelto y algo despeinado cayendo sobre sus hombros. Su cuerpo cubierto por un pijama de tirantes con un pantaloncito que no deja nada a la imaginación. Y encima, creo que no lleva sujetador.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Asiento atontado con la cabeza y cojo su mano. Y claro, cuando se da la vuelta, mis ojos se van directos a sus nalgas. Si es que tiene un culo espectacular. Señor, ¿por qué me haces esto?

Llegamos a la cocina y me indica que me siente en una de las sillas. Sobre la mesa hay cientos de papeles, algunos de ellos hechos una pelota y no atino a adivinar qué es lo que quiere enseñarme.

—Quiero que me seas sincero, muy sincero, ¿vale?

—Vale.

Ella permanece de pie mientras rebusca entre todos los papeles y encuentra los que me quiere enseñar. Pone dos delante de mí, sobre la mesa, uno al lado del

otro y me insta a que los mire. Son dos bocetos de vestidos de novia. Dos diferentes. No entiendo qué pinto yo en esto.

—¿Por qué me enseñas esto a mí?

—Quiero saber qué te parecen —responde mordiéndose el dedo anular.

—Teresa, yo no tengo ni idea de moda y menos de vestidos de novia—. La miro y le retiro el dedo de la boca. Me quedo sujetando su mano—. Deberías mostrárselos a mi abuela.

—No, si eso es lo que voy a hacer, pero como tú la conoces mejor que yo, quería que me dijeras cuál le puede gustar más. —Abre los ojos de pronto, desmesuradamente, y aparta mi mano para llevarse la suya a su boca—. Pero ¡seré tonta! ¿Y si no le gusta ninguno? No, déjalo Simón, perdona por molestarte. —Y se pone a recoger los papeles, nerviosa.

—Eh, eh, Teresa, cálmate. —Me levanto, sonriendo, y le pongo las manos sobre los hombros—. Estás tensa, ¿has dormido algo esta noche?

—No mucho. —Se sincera—. Llevo en la cocina, haciendo los diseños, desde las cuatro de la mañana. —Gira la vista y la posa sobre las bolas de papel que hay desparramadas por el suelo.

—Anda, siéntate —le digo apartándole la silla. Me siento a su lado—. Déjame ver otra vez esos diseños.

Aproxima otra vez los folios a mi mirada y vuelvo a echarles un vistazo. De reojo, veo que Teresa vuelve a meterse el mismo dedo en la boca para acabar mordiéndoselo sin piedad y terminar así con su huella dactilar. Por tanto, como no me deja otra opción, le vuelvo a separar el dedo y entrelazo mi mano con la suya.

Entretanto, pongo a mi pobre y sufrida mente a trabajar como si no hubiese un mañana. Tengo delante de mí dos vestidos, y se supone que me han de gustar, ¿no? ¿Los dos? ¿Uno de ellos? Joder, no tengo ni puñetera idea de moda y menos si tiene que ver con mujeres, pero, claro, he de decirle a ella que son bonitos, espectaculares, y que a mi abuela le van a encantar. ¿Los dos? ¿Uno? No puedo decirle que me parecen ni fu ni fa. No, no puedo decirle eso. Estoy seguro de que si le digo eso se enfadará y se pondrá a llorar, y encima sin dormir. No, no quiero verla triste. A ver, Simón, por favor, céntrate en los vestidos. Míralos bien y por una vez en tu vida deja que por tu boca salgan halagos.

—¿Y bien? —me pregunta, expectante, sin dejar de repiquetear con el pie en el suelo.

—Pues no sé, Teresa, los dos son preciosos —le digo orgulloso de mis buenas palabras.

—¿En serio te gustan? —Me encanta notar ese tono de sorpresa en su voz.

—Sí, en serio —asiento sonriendo—, aunque creo que este de aquí le

encantará a mi abuela.

Y le señalo el que está a nuestra derecha, un vestido de tirantes muy finos, ajustado en la cintura, todo liso y con la parte de atrás de la falda más larga que por delante.

—¿De verdad crees que le gustará? —habla ahora totalmente emocionada. Yo afirmo con la cabeza, enganchado a su preciosa sonrisa—. ¡Oh, gracias, Simón!

Y suelta su mano de mi agarre, que no me había dado cuenta que todavía permanecían juntas, y se lanza a mi cuello para abrazarme, agradecida por lo que acabo de decirle. Me quedo bloqueado cuando noto su piel pegada a la mía y lo peor de todo es que ahora puedo confirmar que no lleva sujetador. Inhalo su aroma y me aventuro a abrazarla. Ojalá pudiera volver a dormir y soñar con que esto será mi presente y mi futuro.

—¿Te apetece un café bien cargado? Porque yo lo necesito —susurra en mi oído. Se separa de mi cuerpo y me mira sonriendo.

—Me vendrá muy bien ese café.

## Teresa

El maldito Morfeo se ha olvidado de que existo, de que también necesito caer en sus brazos, lo que se traduce a que no he pegado ojo en toda la noche. He llegado a contar cuatro granjas de ovejas, pollos y vacas, respirar hondo y espirar pausadamente para casi ahogarme, dejar mi mente en blanco... mi mente en blanco, ¡ja! Lo único que ha hecho mi pensamiento ha sido recrear el momento del baile para llegar al momento de «no beso». Ojalá hubiese podido borrar esa negación y haberla convertido en «el beso». Estaba atrapada por el cuerpo de Simón, resguardada entre sus fuertes brazos. Me sujetaba como si fuese algo frágil, como si tuviese miedo a que me esfumara, pero yo no iba a hacer eso, solo quería estar ahí, con él, rodeada por cada centímetro de su piel que quemaba la mía, por cada mirada que traspasaba el deseo de acercarme a su boca y morir por una caricia de sus labios. Y habría jurado que Simón anhelaba lo mismo, que le apeteecía halagar mi lengua con la destreza sensual de la suya, que deseaba perderse en la humedad de mi boca y venerar los gemidos que mi garganta confirmaba que eran suyos, que le pertenecían.

Con la almohada, he soñado despierta que ese beso existía, pero él se alejó. ¿Por qué Simón? ¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué no me has devorado la boca cómo lo hiciste la vez que nos acostamos? ¿Ya es tarde?

Trasteo por los muebles de la cocina mientras que dejo hacerse el café, para buscar algo que lo acompañe, pero no encuentro nada, ni galletas ni los bizcochos de ayer. No queda nada.

—Tenemos que ir a hacer la compra, Simón, no hay nada para desayunar. —Alejo mis pensamientos. Cierro el último armario y miro a mi compañero—. ¿Hoy no viene tu amiga?

—¿Mi amiga? —pregunta, confuso.

—Sí, Marisa —consigo decir sin que se me atragante su nombre—. ¿Hoy no hay dulces?

—Ah —dice, y se levanta para apagar el fuego y servir el café—. Creo recordar que los domingos no hacen el servicio a domicilio. Tenemos que bajar al pueblo.

Simón me da mi taza y me la llevo a los labios. Aunque es cierto que me muero por un dulce, un bocadillo o simplemente una tostada, y que mis tripas me lo recuerdan con insistencia, no quiero ir al pueblo y encontrarme en la panadería a su ex.

—Mira, ahí tienes a mi abuela para enseñarle tus vestidos.

El timbre suena y voy corriendo a abrir la puerta, emocionada por poder enseñarle a Petra mis diseños y, deseosa de que, al menos uno de ellos, le agrade para lucir el día de su boda.

Cuando veo a la persona que aguarda justo delante de la casa, recuerdo que Petra siempre lleva su llave. Cuando veo a esa mujer, mi alegría se desvanece.

—Buenos días. Tú debes de ser Teresa.

—Hola —la saludo, más por cortesía que por ganas—. Sí, soy Teresa, la novia de Simón. Tú debes de ser Marisa. —Como si no lo supiera ya.

—Sí.

—¿Y quieres algo? —Mira que a veces llego a ser borde.

—Sí, venía a traeros esto. —Me entrega una bolsa y ojeo su interior. Hay otra bolsa con cruasanes. Se me hace la boca agua.

—Gracias, pero no tenías que molestarte.

—Lo sé —contesta de manera altiva. Pero ¿de qué va esta tía?

—Buenos días, Marisa, ¿qué haces aquí?

Simón aparece detrás de mí, saludando a su exnovia y cogiendo por la cintura a su novia actual, o sea, a mí. Así que yo también hago lo propio y rodeo la suya, para dejar claro a la chica que tengo enfrente que ya no le pertenece. Creo que el gesto me ha salido un poco brusco, algo posesivo diría yo, pues mi «novio» me mira torciendo la nariz.

—Solo he venido a traeros algo para desayunar.

—Pero ya le he dicho yo que no hacía falta —me apresuro a responder.

—No, no hacía falta, pero gracias de todas formas.

Y ella le sonríe. Entonces, me doy cuenta de que para eso ha venido, para ver a Simón, no para traernos unas pastitas. Pero no solo eso me est  haciendo fruncir el ceño, también la forma en la que ambos se sostienen la mirada y hablan de no s  qué de la panadería. Y no me gusta. Ni un pelo.

Nos dice adiós con la mano y la veo marcharse, moviendo la falda de su vestido con cada meneo de su trasero. Vuelvo a la cocina, seguida de mi amigo, y con la bolsa de cruasanes.

— Qu  hay en esa bolsa?

—Toma, toda para ti —replico entreg ndosela—. Yo no tengo hambre.

Por culpa de la interrupción, mi café se ha quedado helado. Lo tiro por el desagüe y vuelvo a llenar mi taza del que todavía conserva la cafetera a una temperatura adecuada.  Qu  me está pasando?  Por qué siento que esa mujer est  invadiendo mi espacio?

— Est s bien, Teresa? —Simón se acerca a mí, preocupado.

—S , estoy bien, es solo que he dormido poco.

—Pues no bebas café y vete a dormir —objeta y me quita el vaso de las manos.

—No, no quiero dormir. Quiero esperar a que tu abuela vea los vestidos.

—Ya se los ense ar s después.

Me coge de ambos brazos para acompañarme a la habitación, justo en el mismo momento en el que escucho la cantarina voz de Petra llegando hacia nosotros. Siempre que vuelve a casa después de pasar la noche con Domingo, lo hace con una alegría tremenda.

— Chicos, ya estoy aquí y vengo con mi prometido, así que espero que estáis vestidos!

— En la cocina, abuela! —grita Simón—. Toma, coge los diseños, que no los vea Domingo.

Simón me entrega los folios, pero no alcanzo a cogerlos, así que caen al suelo. Ambos nos agachamos para recuperarlos y cuando nos incorporamos, no puedo evitar perderme durante unos segundos en sus ojos.

Estoy un poco enfadada con él por lo de antes, pero lo cierto, es que lo tengo tan cerca que puedo sentir su respiración acelerada, cómo entreabre los labios para recargar sus pulmones de un aire que le falta y que lo est  bloqueando. Cómo su pecho sube y baja con una presión descontrolada, pero me doy cuenta de que ese no es él. Soy yo.

La rubia cabeza de Petra hace su aparición en la cocina, y ello hace que salga de mi atontamiento momentáneo. Oculto los vestidos tras mi espalda. Simón se queda a mi lado, sujetando uno de los diseños que se ha resbalado por entre mis

manos.

—Buenos días —habla Domingo y se gira hacia su futura mujer—. Petra, creo que molestamos.

—No, qué va, si acabamos de levantarnos —respondo algo sofocada. ¿Por qué me tendré que poner siempre roja?

—¿Y todos estos papeles que hay tirados por el suelo? —Petra señala con el dedo todas las bolas que aún no he recogido—. ¿A qué estabais jugando? ¿Es un nuevo juego erótico?

—¡Abuela! —la amonesta Simón, negando con la cabeza, pero con una pequeña sonrisa. Simón aparta la mano de mi espalda—. Es una sorpresa. Domingo, ven conmigo al salón, que las señoritas tienen que hablar.

Mi compañero me guiña un ojo y sonrío antes de salir de la cocina con Domingo y cerrar la puerta. Petra me observa con mirada interrogativa.

—¿Ocurre algo, Teresa? ¿Es por mi nieto?

—No, no pasa nada malo, o eso creo. —Río nerviosa—. Siéntate.

Petra se sienta frente a mí, enarcando las cejas de la misma forma en la que lo hace su nieto. Cruza las manos por encima de la mesa y espera a que yo diga o haga algo, y como no abro la boca, le muestro los dibujos. Baja la mirada hacia ellos y los observa muy detenidamente. Y se hace el silencio mientras espero, un silencio que a mí me parece eterno, de horas, pero realmente no pasa ni un minuto cuando ella grita:

—¡¡Me encantan!!

—¿En serio?! ¡¿Me lo dices de verdad?! ¿O me estás tomando el pelo? —pregunto impaciente.

—¡Son fantásticos, Teresa! —exclama aplaudiendo como una cría—. Has hecho un trabajo fabuloso. ¡Menos mal que tú sí que me escuchas!

—Bueno, tampoco es gran cosa, solo son unos bocetos.

—Sí, pero son preciosos, aunque si te soy sincera, me gusta más este. —Y señala el vestido de falda asimétrica.

—Simón me ha dicho que ese te encantaría —digo sonriendo.

—Es perfecto. —Se levanta y acuna mi rostro entre sus dedos. Sus ojos brillan felices—. Gracias, cariño. —Y me da un beso en la mejilla—. ¡Ya tengo vestido!

Me abraza y se pone a dar saltos como una loca, removiendo la hoja en el aire. A mí me contagia su buen humor, pues es difícil no hacerlo, aunque yo también estoy contenta por mi pequeño logro. Hacía tiempo que no me sentía así de bien, es como si me hubiese quitado un pequeño peso de encima, pues he venido hasta aquí para este fin y, al parecer, por el momento, voy saliendo bien parada.

Que a Petra le guste mi vestido ya es un buen avance. Y sin poder reprimirme, rompo a llorar.

—¡Ay, hija mía! Pero ¿qué te pasa? —Petra deja de dar vueltas y vuelve a abrazarme como si realmente fuese hija suya.

—Perdona, Petra, yo no... no sé qué me ha pasado —consigo articular cuando me calmo un poco. Me siento avergonzada.

—Abuela, Domingo dice si te queda mucho, que tiene... —La voz de Simón entra en escena y se interrumpe cuando sus ojos se desvían hacia los míos—. ¿Qué está pasando aquí?

Abre por completo la puerta y entra con paso firme hasta quedarse de pie a nuestro lado. Coge una servilleta y limpia, con mucha delicadeza, mi rostro surcado de lágrimas. Me sonrío con ternura.

—¿Qué te ha hecho la tarada de mi abuela?

—¡Jovencito, que te estoy escuchando! ¡Y no le he hecho nada malo! Solo le he dicho que me gusta su vestido y se ha puesto a llorar.

—¿Es verdad lo que dice mi abuela? —Asiento con la cabeza y Simón mira a Petra—. Entonces, ¿ya tienes vestido?

—¡¡Sííí!! —Y vuelve a dar brincos, a lo que su nieto y yo reímos—. Voy a enseñárselo a Lorenza para que empiece mañana mismo con la confección. ¡Ah, y a Domingo también! Tú consuela a tu chica, cariño. —Y le da un toquecito en el hombro a su nieto.

—¡Abuela, no puede verlo hasta el día de la boda!

—Bah, pamplinas —argumenta ella sin importancia—. Y haced el favor de recogerme la cocina.

Petra nos da un beso a cada uno antes de recuperar su tesoro, que no es más que la hoja con el dibujo de su vestido de novia, y sale encantada de la vida de su casa con la compañía de Domingo, que se despide de nosotros sin saber por qué tengo los ojos enrojecidos.

## 8

—¿Me vas a contar por qué llorabas?

—Lo cierto es que ni yo misma lo sé, Simón —le reconozco. Cojo otra servilleta y me sueno la agüilla que amenaza por caer de mi nariz.

—¿Te has emocionado al saber que a mi abuela le ha gustado tu diseño?

—¡Mucho! —Sonrío encantada—. Y es una sensación maravillosa. Hacía mucho que no me sentía así.

—Así, ¿cómo?

—Pues, así. —Me encojo de hombros y tiro el papel a la basura.

—No te entiendo, no sé a lo que te refieres. ¿Así cómo, Teresa?

—Útil —susurro con la cabeza gacha y me quedo apoyada contra la encimera, sin mirarlo a la cara.

—¿Útil, dices? —Simón posa su mano izquierda bajo mi barbilla y me alza el rostro. Contempla mis ojos que, de nuevo, se han surcado de agua salada—. No me gusta que te menosprecies, Teresa.

—Pero es como me siento, Simón. ¿Crees que a mí me gusta esto? ¿Crees que me gusta en qué me he convertido? —le digo, señalándome a mí misma.

—¿Y en qué te has convertido, según tú?

—En alguien que no tiene nada por lo que sonreír cuando abre los ojos cada mañana.

Hala, ya le he dicho cómo me siento, y eso que desde que estoy aquí mi autoestima ha subido a un nivel superior, pero no ha llegado al último.

Lo mejor es que me vaya a la habitación y olvide esta conversación tan bochornosa. No me gusta mostrarme débil delante de nadie, y mucho menos de Simón, pero hoy están floreciendo sentimientos que tenía guardados para mí y compartirlos con él me hace avergonzarme todavía más de mí misma.

No llego muy lejos, puesto que mi compañero me sujeta del brazo y me

acorrala contra la encimera. Aprisiona mis piernas entre las tuyas y rodea mi cara con sus manos. Con la yema de sus pulgares, seca mis mejillas.

—No quiero que vuelvas a decir eso nunca más, así que ya te lo estás sacando de la cabeza si no quieres que lo haga yo —me habla, con tono dulce, pero que, a la vez, no admite discusión—. Sé por todo por lo que has pasado, que te sientes mal por haber puesto en peligro a Tana e incluso a ti misma, las cosas horribles que Emilio te dijo... ¡Maldito hijo de puta! Lo habría matado con mis propias manos.

La mandíbula de Simón se tensa, sus ojos reflejan un atisbo de furia y sus manos se contraen de pura rabia alrededor de mi rostro. No me hace daño, pero no me gusta que se entristezca por mí. Ese es mi pasado, no el suyo. Poso mis manos sobre las tuyas en un intento de suavizar su roce. Y funciona, se relaja ante mis caricias. Y yo, lo único que consigo es sentirme fatal por hablar de ello.

—Siento haber sacado el tema. Hace tiempo de aquello y, aunque sé que no podré olvidarlo, te prometo que mantendré mi boca cerrada. No hablaré más de lo ocurrido.

—¿Prometido?

—Prometido —le digo poniendo una mano sobre mi corazón. Le muestro una pequeña sonrisa.

—No olvides que te estoy vigilando por si no cumples tu promesa. —Me amenaza con el dedo—. ¿Recuerdas aquel día en el que me dijiste que me tenías a mí?

—Sí —contesto. Lo recuerdo perfectamente.

—Pues siempre me vas a tener. Siempre voy a estar a tu lado.

—Lo sé, Simón, sé que siempre voy a poder contar contigo. Siempre te voy a estar agradecida por estar a mi lado.

—No tienes que agradecerme nada, solo quiero que te des cuenta de la mujer tan maravillosa que eres. No tienes ningún motivo para pensar que no eres una mujer válida para todo aquello que te propongas. Eres inteligente, valiente. Interesante.

—¿Soy una mujer interesante? —pregunto sorprendida.

—Por supuesto —dice sin ninguna duda—. Interesante. Muy interesante. Interesantísima.

—Eso es porque tú me ves con buenos ojos —hablo y suelto una carcajada.

—Con los que tengo, aunque soy un poco miope.

—¿Ves? Algún fallo tenías que tener para verme de esa manera. —Y sigo riendo.

—Me encanta cuando sonrías. Lo prefiero mil veces antes que verte llorar.

Mi sonrisa se apacigua a medida que acerco de nuevo mis dedos a sus

mechones y los pierdo entre ellos. Me encanta la suavidad de su pelo castaño, su olor y hasta esos pequeños rizos que no se le llegan a formar por tenerlo demasiado corto. Bajo esos mismos dedos por su nuca, por su mandíbula rasposa por culpa de esa perilla que le queda tan bien y le da un aspecto desenfadado. Sus hombros, su clavícula, sus brazos marcados por unos músculos muy bien definidos.

—Teresa —gime con voz ronca cuando coloca sus extremidades alrededor de mi cintura.

—*Mmmm* —balbuceo, perdiéndome en el deseo que transmite esa voz.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando sus dedos bailan en ella. Simón se va pegando más a mi cuerpo, y me encuentro sin escapatoria cuando una de sus palmas sube hacia arriba y me atrapa el cuello para que, muy lentamente, sus labios se acerquen a los míos. Y quiero que se acerquen. Más cerca. Vamos, solo un poco más.

—¡Teresa!

—¡¡Me cago en la puta!! ¡¡¿¿Es que todo el maldito pueblo tiene llaves de esta casa??!!

Pues sí, eso parece, puesto que ahora es Lorenza la que grita como una loca y entra como un terremoto en la cocina. Se frena cuando observa el rostro irritado de Simón y de él, pasa al mío, rojo como un tomate, pero por dentro me estoy reprimiendo las ganas de decirle cuatro cosas a la amiga de Petra. ¿De dónde ha salido Lorenza?

—Uy, creo que he llegado en mal momento —dice tapándose la sonrisa de sus labios.

—No lo sabes tú bien —brama Simón.

—Desde luego que tu abuela tiene razón cuando dice que eres un quisquilloso, con lo guapetón que te has puesto —añade Lorenza, socarrona, y le da dos cachetes en la mejilla. Me mira a mí—. Teresa, el vestido que le has hecho a Petra es perfecto para ella. Mañana os quiero a las dos en mi atelier. Temprano, que se nos echa el tiempo encima. ¿A las nueve va bien?

—Sí, por mí., vale —contesto.

—¡Perfecto! Pues mañana nos vemos. —Antes de despedirse, me da un beso y vuelve a pegarle otro cachete a Simón, pero esta vez en el culo. Este da un bote y la mira patidifuso—. Si tuviera cuarenta años menos, estaría todo el día manoseándote ese culito.

—¡Lorenzaaaaa!

## Simón

Subo a darme una ducha fría, bien fría. Dos veces el mismo día no puede ser casualidad, aunque claro, una de ellas no cuenta porque fue un sueño, pero la otra era real, tan real como que la ducha no es capaz de calmarme. Ha estado tan cerca, la he tenido a solo unos milímetros de mis labios, a unos escasos segundos de demostrarle lo mucho que me gusta, que sigo enamorado de ella, que la quiero. Joder, ¡cómo la necesito!

Pego mi frente a las baldosas y desvío la mirada hacia abajo, hacia donde una parte de mi anatomía pide atenciones urgentes. Así lleva todo el día.

Después de la sesión amatoria conmigo mismo —qué mal suena eso, mierda—, voy a la habitación a vestirme. Me pongo un polo de rayas rojas, unas bermudas azul marino y unos náuticos del mismo color. Cuando bajo al salón, Teresa me está esperando.

—Me encantan las fotos que tiene tu abuela. En todas estáis con una sonrisa —habla sin girarse, pero ha oído mis pasos.

—Sí, es que somos una familia muy cachonda, como ya has comprobado. —Cojo la cajetilla de cigarros que dejé anoche sobre la mesa y enciendo uno.

—No lo digo por eso. —Y sonrío al darse media vuelta—. Vaya, qué guapo te has puesto para llevarme a cenar.

—Gracias, tú tampoco tienes desperdicio. —Y es verdad, lleva una falda larga de color verde claro y una camisa blanca de tirantes. Se ha puesto colorada.

—No fumes dentro de casa de tu abuela —me riñe, y me quita el cigarrillo de los labios para apagarlo bajo el grifo de la cocina.

—Grrrr.

—Gruñón.

Bajamos al pueblo caminando, y de vez en cuando nuestras manos se rozan hasta que Teresa toma la iniciativa y une sus dedos con los míos cuando nos cruzamos con algún que otro vecino cotilla, que hay unos cuantos. Vamos dirección al bar que está ubicado en el puerto deportivo. Le he prometido a Teresa que la llevaría a comer las mejores tapas que ha probado jamás, y espero que así sea.

Cuando llegamos a Casa Isabel, es ella misma la que nos recibe.

—¡Dios mío, Simón!

—Hola, Isabel.

Y nos fundimos en un tierno abrazo, como antaño. Y es que Isabel es del pueblo de toda la vida, y hemos crecido juntos todos los veranos que he pasado aquí. Me alegra volver a verla, aunque me percató de que estos años le han

pasado factura. Su pelo ya no luce largo como antes, ahora lo lleva corto, sobre los hombros y su color rubio apenas brilla. Sus ojos azules no resplandecen como lo hacían cuando éramos jóvenes y está algo más delgada que la última vez que la vi. Parece cansada de todo. Sin ganas de nada.

—Cómo me alegro de verte. Cuando me has llamado para decirme que venías, no me lo podía creer —anuncia ella con esa sonrisa tan bonita que tiene, pero que tampoco la ilumina.

—¿Mi abuela no te dijo que venía? —pregunto sorprendido—. Creo que se lo contó a todo el mundo.

—Sí, claro que me lo dijo. ¡Menuda es Petra! —Ríe y desvía la mirada hacia mi amiga y alza las cejas—. Me contó que venías acompañado.

—Sí —digo complacido, y le pongo una mano sobre la espalda—. Teresa, ella es Isabel, una vieja amiga.

—Encantada de conocerte, Isabel —saluda mi amiga con dos besos.

—Yo también estoy encantada de conocerte. Desde que Petra me dijo que su nieto se había echado novia, no sabes las ganas que tenía de saber quién era la mujer que había vuelto loco de nuevo a Simón.

—Bueno, ¿nos das de comer o vamos a estar de cháchara todo el rato?

—Y protestón, como siempre.

Ellas sonríen cómplices y me da la sensación de que se van a llevar bien, pero tengo hambre y necesito cortar la conversación, aunque no es ese el único motivo. Ese «vuelto loco de nuevo» no me parece apropiado, y tampoco quiero que Teresa me haga preguntas, aun sabiendo que debe de tratarse de Marisa. Nos sentamos en una mesa que hay pegada a la pared de obra vista, en medio de dos grandes ventanales por donde se filtra la luz tenue de la luna. Isabel nos deja la carta y se marcha a atender a otros clientes.

—¿Qué me recomiendas? —dice mi amiga, sin retirar los ojos de la carta.

—¿De aquí? ¡Todo! Así que pide lo que te apetezca.

—Hay muchas cosas que no sé qué son.

—Aquí todo es carne o pescado. Estoy seguro de que todo te va a gustar.

—¿Qué es jibia?

—Pescado, es como la sepia.

—¿Y la mojama? ¿Tiene algo que ver con el dicho ese de «estar más seco que la mojama»? —Me mira atenta.

—Algo así. —Y suelto una carcajada—. La mojama es un pescado, pero en este caso, seco. Es una especie de atún.

—¿Y la pintarroja también es pescado?

—Correcto. —Sonrío.

—¿Qué tal chicos, ya lo tenemos? —Isabel se acerca a nosotros, bolígrafo y

libreta en mano, para anotar nuestro pedido.

—Sí, nos vas a poner una tapa de cada —apunto.

—¡¿Una de cada?! Simón, tengo veintidós tapas diferentes.

—Mejor, así Teresa las prueba todas. —Y le guiño un ojo antes de que se marche negando con la cabeza y sonriendo.

—Simón, te has vuelto loco, no voy a ser capaz de comer tanto —se queja mi compañera.

—Tú come lo que quieras.

Unos minutos más tarde, un camarero nos trae unas jarras de cerveza bien fresquitas. Ambos damos un trago de nuestros vasos.

—He conocido a Marisa y ahora a Isabel, ¿qué pasa, que en el pueblo no tenías amigos? —pronuncia con un tono reticente.

—¿Amigos?

—Sí, amigos chicos. No me has presentado a ninguno.

—La verdad es que de la cuadrilla éramos pocos chicos, y algunos ya no viven aquí.

—¿Y los otros? —pregunta con los brazos sobre la mesa y entrecruza sus manos—. Has dicho algunos.

—Los otros ya no están —señalo, y me remuevo incómodo en la silla. Recordarlos es volver a un pasado que hace daño—. Mi mejor amigo murió en un accidente de moto.

—Oh, vaya, lo siento mucho, Simón. —Me mira compungida—. Siento haber sacado el tema.

—No te preocupes, pasó hace años. —Miro a Isabel a lo lejos—. Isabel es la exmujer de mi primo Agustín.

—Oh, no tenía ni idea —dice—. Y ese primo tuyo, ¿vive en el pueblo? No me lo has presentado, en realidad, a nadie de tu familia.

—Mis tíos viven en Málaga, y por mi primo, no te preocupes, no merece la pena.

Ella abre los ojos como platos ante mi contestación, pero no dice nada. Se queda callada y solo hace el movimiento de poner la servilleta sobre sus muslos. Le agradezco que no me haga ninguna pregunta al respecto.

—Bueno, chicos, aquí os traigo las primeras tapitas. —Isabel deja sobre la mesa varios platos; aceitunas, chipirones, gallopedro, boquerones fritos, cazón en adobo.

—¡Qué bien huele todo! —exclama Teresa, que cierra los ojos para deleitarse más con el aroma a pescado.

—Pues espero que me digas lo mismo una vez los hayas probado —dice Isabel sonriendo—. Buen provecho, enseguida os traigo más.

Teresa se lanza entusiasmada a degustar los platos y, a cada cual, deja salir un sonido de lo más placentero que el anterior. La miro embobado, dejándome llevar por todas esas muecas que aparecen en su rostro y que la hacen todavía ser más preciosa. Sonríe como un idiota al verla indecisa por no saber qué será lo próximo que se va a llevar a la boca. Me encanta cuando se recoge el pelo detrás de las orejas y se limpia los labios con la servilleta. Tengo celos de ese trozo de tela.

Isabel aparece, sin que nos demos cuenta, cargada con otra tanda.

—Ahora os traigo algo más de variedad.

Y es cierto. Unas migas con sardinas, patatas a lo pobre, caracoles y carne en asadura son los alimentos que adornan ahora nuestra mesa.

—Simón, ya no puedo más —comenta mi amiga, echándose hacia atrás y posando sus manos sobre su abultado estómago—. Creo que voy a reventar.

—¿De comer o de beber? Mira que te has bebido tres cervezas.

—Sí, pero la última era con limón. —Ahora se lleva las manos a la cabeza—. Creo que también estoy un poco mareada. Voy al baño a refrescarme un poco.

—¿Quieres que te acompañe? —Hago el intento de levantarme de la silla, pero ella me frena con un gesto de la mano.

—Puedo yo sola... me parece.

La veo alejarse sin dar muchos tumbos y agradeciendo a mi amiga Isabel que pusiera el baño en esa misma planta y no en la de arriba. Isabel viene hacia mí, limpiándose las manos en un pequeño delantal.

—¿Os traigo algo más?

—No, por favor, ya hemos comido y bebido bastante. —Le sonrío—. Oye, Isabel, ¿podemos hablar un momento? —Ella asiente con la cabeza y se sienta a mi lado. Ni siquiera me mira. Juguetea con el dobladillo de su delantal negro—. ¿Cómo estás?

—Bien, ya me ves.

—¿Y Sergio?

—Enorme y echo un granuja. Si lo vieras, no lo conocerías. —La sonrisa que se le forma en los labios sí que le da luz a sus bonitos ojos azules.

—Creo que apenas tenía un año la última vez que lo vi. —Recuerdo—. Y de mi primo, ¿sabes algo?

—¿A parte de que es el mayor desgraciado que ha pisado la tierra y que no se acuerda de que tiene un hijo? No, nada —dice con desdén.

—Entiendo que sigue sin pasarte la manutención de Sergio —declaro, apenado y rabioso a la vez—. Si necesitas más dinero...

—No —me corta con sus dedos posados en mi boca—. Tienes que acabar con esto, Simón, tienes que dejar de enviarme dinero cada mes.

—No voy a dejar de hacerlo porque tú me lo digas —la reto apartando su

mano—. Isabel, solo quiero ayudarte, no puedes matarte a trabajar todo el día aquí y ver a tu hijo solo para darle un beso de buenas noches.

—Simón, yo te lo agradezco, de verdad que no sabes cuánto, pero no es tu obligación. —Mira el vaso vacío de Teresa—. Ahora tienes novia y formarás tu propia familia. No puedes mantener a la mía toda la vida.

—Eso es algo que yo decido. —Acerco mis labios y le acaricio la mejilla—. No quiero que os falte de nada.

—Tendría que haberme casado contigo y no con él —declara, y se carcajea.

—Ya sabes que no eres mi tipo —la rebato, también riendo.

—Ya sé quién es tu tipo.

Hace un movimiento con la cabeza hacia un lado, miro la dirección que señala y observo a mi amiga venir hacia nosotros, tambaleándose, no mucho, pero sí lo suficiente como para darte cuenta de que no serviría como modelo de pasarela.

—Creo que es hora de volver a casa.

Nos despedimos de Isabel y salimos a la calle, el aire fresco le vendrá bien a Teresa. Joder, nunca la había visto comer ni beber de esa manera. Vamos abrazados mientras caminamos por las aceras del pueblo, o más bien, mi compañera va sujetándose a mi cintura para no caer al suelo. Madre mía, qué pedo más tonto ha pillado con tres cervezas.

—Isabel es *muuyy* agradable y *muuyy* guapa —habla, arrastrando las palabras. Me aguanto la risa.

—Sí, es muy maja.

—Y te la *hasssss* tirado. ¡No, *noo!* No me lo niegues. —Se para de golpe y ha de dar un paso atrás para no caer. Me mira con los brazos en jarras y el ceño fruncido—. ¿Hay *algunaa* chica de este *puebloo* que haya *essscapado* a tus *encantossss*?

—¿Estás celosa? —pregunto con una sonrisa juguetona.

—*Puees* no lo sé —duda y se toca la barbilla—. Pero ¿*sabesss* qué creo?

—A ver, sorpréndeme con tu sabiduría. —Con una gran risotada vuelvo a acercarla a mi cuerpo y seguimos caminando hacia casa. Lo que le cuesta dar dos pasos sin pisarse los pies.

—Diría que a *Marisaa* no la dejaste *muuuy* satisfecha que *digamooss*.

—¿Y en qué te basas para eso?

—Pues que *Marisaaa* no te dio ni *unnn* abrazo, e Isabel casi se te echa *encimaa*.

—¿Y a ti? ¿Te dejé satisfecha?

Nos paramos en un semáforo en rojo para los peatones, no pasa ningún coche y podríamos cruzar, pero prefiero quedarme aquí quieto, contemplando la

expresión de Teresa y ansiando su respuesta. Y, de pronto, pienso en algo que ha pasado esta mañana.

—Sí —afirma, escuetamente, a la vez que me mira fijamente a los ojos.

—Y esta mañana, ¿querías que te besara?

—Sí —afirma esta vez sin vacilar.

Y me pongo duro con su contestación, pero me cago en la madre que me parió porque si no estuviese borracha como una cuba, la volvía a dejar satisfecha. Muy satisfecha. ¿Por qué tengo que tener tan mala suerte con esta mujer? ¿Es que nunca más voy a poder sentirla?

Al final, opto por cogerla en brazos, pasando uno por detrás de sus rodillas y el otro a la altura de su espalda y recorro los escasos metros que quedan para llegar a casa de mi abuela. Teresa se aferra a mi cuello y deja descansar su cabeza en el hueco que hay entre él y mi hombro, y murmura cosas que no llego a entender. La tengo que apoyar en el marco de la puerta para sacar la llave del bolsillo y entrar en casa. Subo las escaleras con ella de nuevo entre mis brazos y la deposito suavemente en la cama. Le quito la ropa y la dejo solo con la interior. Beso su frente con un «buenas noches».

Cuando voy a marcharme, su mano se enrosca en mi muñeca.

—Quédate a dormir conmigo.

## 9

Un ruido me despierta de sopetón y abro los ojos de inmediato. Me quedo unos segundos pensando de dónde proviene, pero cuando veo delante de mí a mi amiga, me olvido de todo. Sigue tumbada en la cama, dormida, con su espalda acariciando mi torso y su mano izquierda entrelazada con los dedos de mi mano, bordeando su cintura.

Su pelo desparramado por la almohada, todavía oliendo a la mascarilla de chocolate que se puso anoche, y con la ropa interior en la que la dejé. Esto es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo; poder dormir y despertarme de esta forma, a su lado, abrazados, aunque ella ni siquiera sea consciente del momento mágico que me ha regalado.

—Chicos, ¿estáis visibles?

¡Mierda, esa es la voz de mi abuela! Me incorporo de un salto y recojo mi ropa del suelo, cosa que no he dicho es que también me quedé en calzoncillos al meterme en la cama, teníamos que estar en igualdad de condiciones, y corro despavorido al baño. No quiero que mi abuela me vea aquí y se haga su propia película. Teresa no se ha enterado de nada. Cierro la puerta de un portazo y me visto con prisas. Me lavo la cara, enjuago mis dientes y peino mi cabello húmedo con mis propios dedos. De lo que no me he dado cuenta es que me he dejado los zapatos en la habitación.

—Perdóname, Petra, me visto enseguida. —Escucho a Teresa apurada, escondido todavía en el baño.

—No te preocupes, hija, a todos nos ha pasado que nos hemos dormido por tener una noche movidita. —Y se ríe—. Os espero abajo. ¡Simón! ¿Qué haces tanto rato en el lavabo? ¡Y no vuelvas a dar portazos! —grita a pleno pulmón, a la vez que sus pasos se pierden escaleras abajo. Salgo de mi escondite como si fuese un ladrón y voy a la habitación donde Teresa ya está vestida.

—Buenos días.

—Hola, ¿qué tal te encuentras?

—Bien —responde ella—, aunque tengo sueño y un dolor de cabeza espantoso. Y encima me quedo dormida.

—Nos hemos quedado dormidos los dos —le digo al recuperar mis zapatos.

—¿Por qué llevas la misma ropa de ayer? ¿Qué hacen tus zapatos aquí? —me pregunta con expresión confundida al acercarse a mí.

—¿No te acuerdas? —Me giro cuando termino de calzarme y me levanto para mirarla a los ojos—. Hemos dormido juntos.

—¿¡Hemos dormido juntos?! Dios, no recuerdo nada —exclama, llevándose las manos a la cabeza.

—No me extraña que no recuerdes nada. Acabaste con las existencias de cerveza de toda Almería.

Río al recordar la noche de ayer, lo bien que me lo pasé y lo mejor que he amanecido esta mañana. Creo que la emborracharé más a menudo.

Cuando la miro, todavía con la sonrisa en mis labios, ella está algo seria, preocupada más bien, y no entiendo por qué tiene ese gesto de culpabilidad en el rostro. Se deja caer a plomo sobre el colchón.

—¿Estás bien? —susurro—. Será mejor que bajemos, así desayunas algo y puedes tomarte algo para la resaca.

—No, espera, Simón. —Me levanto de la cama y le tiendo mis manos para que haga lo mismo, pero lo único que consigo es volver a sentarme a su lado. Me pregunta con recelo y un leve tartamudeo—. ¿Nos... nos hemos... acostado?

—¿Te refieres a si hemos tenido sexo?

—Sí.

—No.

—¡Uf, menos mal! —suspira con una mano en su pecho.

¿¡Cómo que menos mal?! Y ese alivio, ¿a qué viene? No lo entiendo. ¿Tan malo hubiese sido? Me dijo que quería que la besara, pero claro, estaba ebria, así que no cuenta. No quiere que la bese y mucho menos tener cualquier otro contacto conmigo. ¿Y por qué me manda esas señales contradictorias? ¿Por qué juega conmigo? Me acaba de chafar el buen despertar. Vuelvo a incorporarme y dejo caer mis brazos a los lados para mirarla abatido.

—Será mejor que termines de vestirte. Te espero abajo.

—Simón, espera.

Y bajo las escaleras, alejándome de ella sin que su mano pueda alcanzarme. Solo le digo «hola» a mi abuela, que está en el comedor, y las espero a ambas en el coche. Necesito estar unos minutos a solas.

No he abierto la boca en todo el camino, dirección al taller de Lorenza.

Teresa se ha sentado en el asiento de copiloto y mi abuela detrás. Se han puesto a hablar del vestido de novia y me he sentido tranquilo al ver que pasaba inadvertido dentro de esa conversación. Lo que no se me ha pasado por alto han sido las miraditas que de vez en cuando mi amiga me dedicaba. La observaba de reojo, pero en ningún momento nos hemos dicho nada.

Cuando llegamos a nuestro destino, Lorenza nos recibe con mala cara, enfadada por el retraso de media hora con el que nos hemos presentado. Mi abuela le dice que había mucho tráfico, pero su amiga achica los ojos sin terminar de creérselo. Finalmente, nos saluda como es debido y se queda adelantada con Teresa.

—Cariño, ¿qué te pasa esta mañana? —me interroga mi abuela en un susurro, cerca de mi oído. Me acaricia la mejilla en un gesto dulce.

—No me pasa nada, abuela.

—Tu cara es un libro abierto, Simón, así que dime, te has peleado con Teresa, ¿es eso, verdad?

—No, no me he peleado con ella.

—Pues algo os ha pasado.

—Nada, cosas nuestras. —Lo mejor va a ser desviar el tema, que la conozco.

—Pues si no me lo quieres decir, vale, no me lo digas —declara en señal de paz—, pero voy a lo importante, ¿te acostaste con ella anoche? Te he visto salir de su habitación medio desnudo, así que no me mientas.

Joder, ¿pero es que esta mujer no se cansa nunca? Y lo peor, es que no se le escapa nada. A esa pregunta era a la que no quería llegar yo.

—No, señora cotilla, no pasó nada.

—¡¿Nada?! No me lo creo.

—Pues no te lo creas. —Abro la puerta del taller para dejar pasar a mi abuela.

—No puede ser. ¿Ni tocamientos desfogados? —Niego con la cabeza cuando paso a su lado—. ¡Ay, mi niño, con lo necesitado que estás! —exclama en un tono afligido. Me abraza.

—Abuela, no te pases. —Pero la separo enseguida. Que si estoy necesitado, dice.

—¡¿Qué?! ¿Vas a venir a que te hagamos el vestido o vas a seguir fisgando en la vida de tu nieto? —inquiere Lorenza a mi abuela, que la espera con los brazos cruzados.

—Ya voy, hija —refunfuña.

Las chicas le están tomando medidas otra vez a mi abuela y haciendo el patrón del vestido mientras que yo me aburro, hojeando por tercera vez una revista de moda. No aguanto mucho rato más sin hacer nada, y lo que hago es

levantarme y despedirme de ellas, diciéndoles que me voy a tomar un café. No he tomado nada en todo el día, claro, he salido escopeteado de casa. Pero no, no es lo primero que hago. Lo primero es encenderme un cigarrillo nada más salir a la calle mientras dirijo mis pasos hacia el mar. Hacía días que no me llevaba un cigarro a la boca y me sienta divinamente, incluso me relaja, pero no del todo. El paseo marítimo queda algo retirado del centro, pero la brisa que sopla me vendrá bien para despejarme.

Me quedo unos minutos sentado en un banco del paseo, observando el mar, viendo a los más atrevidos acercarse al agua para darse un baño. Sí, en esta época del año todavía está algo fría. Doy un corto paseo y termino mi pitillo. Cuando lanzo la colilla al suelo, la piso y entro en una cafetería que hay en la esquina.

La sorpresa que me llevo al ver a la mujer que ocupa la mesa del fondo es lo que me faltaba esta estupenda mañana. Joder, ni un puñetero café voy a poder tomarme tranquilo. Pido mi desayuno en la barra y voy hacia ella. Qué remedio me queda, ya me ha visto entrar.

—Hola, Simón, ¡qué sorpresa!

—Hola, Marisa. No sé si decir lo mismo. —Esto último lo digo bajito—. ¿Qué haces aquí? —Y me siento a su lado.

—Pues he venido a hacer unas gestiones. ¿Y tú?

—He traído a mi abuela al taller de Lorenza para todas esas cosas del vestido.

—Al final se lo hace su amiga. —Marisa apura su cortado y eso hace que me alegre. Supongo que ya se irá y podré desayunar yo solo.

—Sí, y Teresa también —digo. Hoy no me apetece dirigirme a ella como mi novia. El camarero trae mi café y mi ensaimada.

—Ah, es verdad, no me acordaba que era modista —comenta con un tono un tanto despectivo. Se acerca a mí por encima de la mesa—. Simón, me gustaría hablar contigo.

—¿Hablar? —pregunto mientras mastico—. Pero ¿no te ibas?

—No tengo prisa, así que puedo esperar a que termines.

Lo que me faltaba, que se quede aquí, me vea comer y que quiera hablar. Se tira hacia atrás en la silla y cruza los brazos sobre su pecho. Cuando estábamos juntos, siempre adoptaba esa actitud de «no me llesves la contraria», que en el fondo me gustaba, me hacía ver en ella a la mujer decidida y con carácter de la que me enamoré. Pero hoy no la veo igual. Hoy la odio a ella y a todas las mujeres de mi vida.

—Vale, pues habla —respondo dando un sorbo a mi bebida.

—Simón, quería pedirte perdón —suelta así, a bocajarro. De poco no me

atraganto.

—¿Y se puede saber por qué me pides perdón? Que yo recuerde, en todo el tiempo que estuvimos juntos, esa palabra no salió de tus labios.

—Lo sé, y por eso también te pido disculpas. Sabes que soy muy orgullosa para admitir que me equivoco.

—¡Vaya! Hoy estás que te sales —subrayo de forma hiriente—. ¿Estás yendo a terapia?

—Veo que estás de buen humor esta mañana —me recrimina con ironía.

—Pues si no te gusta mi humor, te aguantas. Eras tú la que querías hablar.

—De verdad que sigues siendo el mismo tío insoportable de siempre, Simón.

—Si no vas a decirme nada más, me largo. Que te vaya bien con tu terapeuta.

Termino mi desayuno, deseando salir de allí cuanto antes. Dejo sobre la mesa dos monedas de un euro y salgo echando pestes de la cafetería. El camarero me mira horrorizado, pero se mantiene al margen, escudado detrás del mostrador. Escucho los pasos de Marisa tras de mí y, una vez en la calle, ella me toma del brazo y frena mi huída. Cuando me giro, sus ojos están empañados.

## Teresa

—Teresa, hija, ¿por qué no vas a buscar a Simón? Con lo que tarda, debe de haber ido a Málaga a desayunar. —Sí, eso es cierto. Llevamos más de dos horas en el taller y todavía no ha vuelto.

—¿Y dónde lo busco?

—Seguramente habrá ido a la cafetería de la esquina, la que hay bajando la calle. La de las puertas rojas. —Me orienta Lorenza con la cinta métrica al cuello.

—Vale, pues voy a buscarlo. Ahora vuelvo.

Salgo a la calle y el calor empieza a hacer acto de presencia. Hemos avanzado en el vestido de Petra, hemos vuelto a tomar medidas, tenemos el patrón base y Lorenza va a comenzar con la transformación de dicho patrón en el vestido de novia. Va a quedar precioso.

Sigo bajando la calle, tal y como Lorenza me ha dicho, y todavía no visualizo dicha cafetería. Yo tampoco entiendo el motivo de su tardanza, pero creo que me hago una ligera idea de porqué todavía no ha vuelto. Está enfadado conmigo por lo que le he dicho antes, por mi desahogo por no habernos acostado. Y sí, siento alivio por lo que no pasó, pero no por lo que él piensa.

¡Claro que me habría encantado acostarme con él! Últimamente es en lo

único en lo que pienso, pero quiero hacerlo estando en mis plenas facultades, vamos, no estando borracha. Y como no me ha dejado explicarme...

Me freno en seco al girar la esquina. He encontrado el sitio de la puerta roja, pero lo que no me esperaba descubrir es lo que ven mis ojos en la acera. Se me cae el alma a los pies, y todo lo que estaba sintiendo por Simón se evapora con ella. Me inundan unas ganas espantosas de llorar. Pero, ¿seré tonta? ¿Cómo he podido soñar que entre él y yo podría haber algo? ¿Cómo he podido fantasear con sus besos cuando sus labios no me pertenecen? Ni sus labios ni nada de él. Todo lo que deseo, lo que deseaba, acaba de morir. Cierro los ojos con fuerza, como si ese fuese el mejor método para hacer que todo lo que me rodea desaparezca. Pero no, la realidad es más real cuando los abro. Ahí están los dos, parados en mitad de la calle, abrazándose. Puedo ver los brazos de Simón alrededor de la cintura de Marisa, esos brazos que ayer me sujetaron y me llevaron a casa de Petra, esos a los que he sentido que importaba.

Decido irme de aquí, todavía no me han visto, así que aún puedo salvar la poca autoestima que me queda. Doy un paso hacia atrás, con tan mala pata que mi espalda y mi cabeza chocan contra algo y reboto hacia delante, perdiendo el equilibrio y espatarrándome en el suelo. Mi culo queda en la acera y un grito sale propulsado por mis cuerdas vocales.

¿Desde cuándo está este *stop* aquí plantado? Juraría que hace unos segundos no estaba.

Simón levanta la cabeza y es cuando por fin me ve. Suelta de pronto a Marisa y viene a mi encuentro. Asombro, culpabilidad, horror... todo eso se refleja en sus ojos. En los míos: rabia, pesar y unas cuantas lágrimas que me piden permiso para brotar. Se lo deniego.

—¡Teresa! ¿Estás bien? —pregunta alarmado, cuando se agacha a mi lado para ayudarme.

—No te preocupes, estoy bien. —Me llevo una mano a la cabeza, justo donde me he dado el golpe y algo mojado mancha mis dedos.

—¡Joder, Teresa, estás sangrando! —grita despavorido a la vez que me coge de los brazos. Al levantarme, siento un leve mareo—. Mierda, voy a llevarte al hospital.

—¿Está bien? —Escucho la voz de Marisa, preocupándose por mí. Si no estuviera tan mareada, me reiría.

—No, no lo está. Voy a llevarla al hospital.

—Si quieres, yo puedo llevaros. Tengo el coche aquí aparcado.

—No, no hace falta, he venido con el mío. Gracias, Marisa. —La veo darse la vuelta. Eso es, esfúmate, mala pécora—. Teresa, ¿puedes caminar?

—Sí, claro.

Simón me sujeta con fuerza de la cintura y caminamos de regreso al taller. No me había fijado que mi caída había supuesto un pequeño espectáculo, pues hay varias personas que no conozco a mi alrededor. Mientras subimos la calle, mi amigo no deja de preguntarme si estoy bien y de vigilar si voy a morir desangrada por la herida en mi cuero cabelludo.

—¿Nos has visto abrazados?

—Sí. —Vaya preguntita más tonta que me hace este también.

—Teresa, ese abrazo no significa nada.

—Simón, puedes hacer con tu vida lo que te plazca, no soy nadie a quien le debas ninguna explicación. Además, no quiero hablar del tema, me duele la cabeza.

—¿Te duele la cabeza? ¿Mucho? Joder, vamos al hospital pero ya.

—No voy a ir al hospital, con un analgésico se me pasa.

—No, señorita, vamos a ir al hospital.

—Que te he dicho que no.

—Pues yo te digo que sí.

—Puedes decir misa, pero si te digo no, es no.

—Eso ya lo veremos, cabezona.

—Gruñón.

Y así, entre síes y noes, nos reunimos con Petra y Lorenza, que nos esperan con caras impacientes. Cuando Simón les cuenta lo ocurrido, solo mi caída, claro, no va a contarle a su abuela lo cariñoso que estaba con su ex, las dos mujeres apoyan la moción del único hombre en la sala, y vamos los tres derechos al hospital. Lorenza se queda trabajando.

Después de un par de horas en urgencias y de que Petra haya puesto al corriente a Domingo por teléfono, el médico me dice que solo es una herida superficial, que no requiere puntos, y que me tome un ibuprofeno cada ocho horas si me duele la cabeza.

Al llegar a casa, Domingo nos está esperando con la comida preparada. Qué hombre más apañado.

—¿Qué tal estás, Teresa? ¿Qué ha dicho el médico? —pregunta dejando la cazuela de pescado en medio de la mesa. Dios, qué bien huele.

—Que tengo un golpe sin importancia, lo que pasa es que estos dos —digo señalando a nieto y abuela— son unos alarmistas. Pero estoy bien, gracias por preguntar.

—No me llames alarmista cuando tenías sangre en la cabeza y estabas mareada —me contradice Simón, un poco enfadado, al sentarse en la mesa.

—Bien dicho, hijo —adula Petra a su nieto.

—Pues no sé ni cómo te fijaste en mí, con lo ocupado que estabas.

¡Ay Dios! ¿De verdad he dicho eso? ¡Pues sí, lo he dicho! ¿Qué pasa? Es que es recordar esa imagen y pensar en esa mujer y me sale una vena asesina que ni siquiera sabía que tenía. Voy a tener que decirle a Petra que guarde todos los cuchillos en un lugar seguro.

—¿Ocupado? ¿Con qué estabas ocupado? —pregunta con sumo interés la abuela del niño.

—Con nada abuela —contesta, retándome con la mirada.

Petra pasea su ceja enarcada por encima de las gafas entre su nieto y una servidora. No se le escapa ni una.

Justo cuando acabamos de comer, Petra recibe una llamada a su móvil y se marcha al comedor, donde lo ha dejado.

—Simón, ¿puedo pedirte un favor? —le pregunta Domingo con precaución.

—Sí, dime —responde, ayudando a Domingo a retirar los platos de la mesa. Yo ni me muevo.

—Me gustaría que me acompañaras a la joyería. He visto unos anillos.

—¿Cómo?! ¿Todavía no tienes los anillos?! —lo interrumpe mi amigo con los dientes apretados para que no lo oiga su abuela.

—No, y por eso quiero que me acompañes —le aclara mientras sumerge la vajilla en agua jabonosa.

—Domingo, queda muy poco para la boda, no los tendrás a tiempo.

—Sí que los tendré, no te preocupes. El joyero es amigo mío, solo me falta escoger el modelo y listo. —Domingo gira la cabeza hacia mí—. Teresa, si te encuentras bien, puedes venir. Me vendrá bien un punto de vista femenino.

—¿Y por qué no se lo pides a tu nieta? Seguro que así coge ideas para su futura boda.

Escupo con retintín, pensando en esa futura boda entre Simón y ella. Lo que no me esperaba era que los rostros desencajados de los dos hombres se clavaran en mí con tanta fuerza que siento que me ahogo.

¿Qué es lo que he dicho?

# 10

Abro los ojos y me estiro en la cama a la vez que emito un bostezo algo sonoro. Me tapo la boca, avergonzada, pero no hay nadie conmigo en la habitación. Me hubiese encantado repetir la experiencia de anoche. Simón a mi espalda, abrazado a mí.... pero luego recuerdo que es una ilusión. Una utopía. Eres la misma ingenua de siempre, Teresa.

Dejando a un lado ese pequeño desasosiego, he de reconocer que he dormido de maravilla. Hacía tiempo que no dormía tan bien. ¡Y tanto! El despertador marca las siete de la mañana. Me llevo las manos a la cabeza, y me levanto de un salto que ni los profesionales llegarían a alcanzar. Pero ¿cuántas horas he dormido? Me pongo a pensar y recuerdo que ayer, después de comer, subí a echarme una siesta y me quedé frita enseguida. ¡Madre mía! ¡Me he pegado una siesta de más de doce horas! Esto es increíble. ¿Por qué nadie me ha despertado?

Me pongo nerviosa al pensar en lo que he hecho, qué vergüenza. Deambulo nerviosa por la habitación y pienso en lo que deberán pensar Petra y Simón de mí. Y encima, se me va a hacer tardísimo para ir al taller.

Abro el armario y saco una camiseta para ponerme junto con el pantalón corto que llevaba ayer, y con el que he dormido todas estas horas. Bajo de dos en dos los escalones para no retrasarme más. Cuando llego abajo, en el comedor, no encuentro a Simón, pero la puerta de la cocina está cerrada.

Doy unos leves toques sobre ella y la abro.

—Mira, si es mi niña dormilona —exclama Petra al verme, y se levanta de la silla para abrazarme—. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondo, más roja que la bandera china.

—¿De verdad que estás mejor? —Ahora es Simón quién pregunta. Se aproxima a mí y toma mi rostro entre sus manos—. Deja que vea esa herida.

—Simón, de verdad, estoy bien —le digo posando mis manos sobre las suyas

—. ¿Por qué me habéis dejado dormir tanto?

—Simón me dijo que tienes mal despertar, así que preferí no comprobarlo.

—Yo no tengo mal despertar —regaño a mi amigo, dándole un golpe en el hombro. Sonríe, y me aflojo con esa sonrisa—. ¿Puedo tomar un café antes de irnos?

—Tú y tus legañas podéis desayunar tranquilas —me susurra en el oído.

—¡¿Cómo?! Mis ¡¿qué?!

Salgo despavorida hacia el baño que hay al lado y me miro en el espejo. Claro, he bajado como alma que lleva el diablo y ni siquiera me he dado cuenta de que no me he lavado la cara. Abro el grifo y con el agua me la lavo a conciencia. Habré dormido mucho, pero no veas lo despistada que me ha dejado. Qué imagen más asquerosa he debido de dar. Y encima, Simón se ha dado cuenta de que tengo los ojos alicatados.

—No hace falta que te destroces la cara. A mí me parece preciosa la que tienes.

Me sobresalto al escuchar su voz y sus ojos se clavan en los míos a través del espejo. Se me cae la toalla de las manos y Simón se adelanta para recogerla y volverla a poner en el toallero. Toma de nuevo mi rostro entre sus manos y me observa con determinación. El frescor de mi rostro ha desaparecido ante su contacto, y presiento que mis mejillas vuelven a colorearse, esas que él está acariciando y que me obliga a ahogar un gemido para que no se dé cuenta de lo que me está haciendo.

Me está volviendo indefensa. Y no puedo permitirlo, no después de lo que vi.

—Tenemos que hablar, Teresa.

—¿De qué quieres hablar?

—De lo que viste ayer —apenas susurra.

—Simón, déjalo, lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —me interroga con la mirada—. ¿Qué es lo que entiendes?

—Que Marisa y tú os deis una oportunidad —hablo con un dolor extraño al pronunciar esas palabras—. Se hace tarde, será mejor que nos vayamos.

No hago más que darme la vuelta, cuando Simón me agarra de la muñeca y me empuja con suavidad hasta que quedo sentada sobre la taza del inodoro. Cierra la puerta y regresa a mi lado, situándose con las rodillas en el suelo y entre mis piernas. Vuelve a enredar sus dedos con los míos.

—No sé de dónde has sacado eso, pero no vas a salir de aquí sin que me escuches.

—No te he pedido ninguna explicación, Simón.

—Lo sé, pero yo quiero dártela.

—¿Por qué?

—Porque no quiero malos entendidos entre nosotros. —Baja su mirada a nuestras manos y regresa de nuevo a mirarme con determinación—. Entre Marisa y yo no hay nada, absolutamente nada, y mucho menos vamos a darnos una segunda oportunidad.

Oculto la sonrisa que mis labios quieren dibujar y me la trago para hacerlo por dentro, pero se desvanece al instante. No van a darse una nueva oportunidad, pero eso será, ¿ahora? Quizás, si vuelven a verse con más asiduidad, las brasas vuelvan a encenderse. Y no me gusta.

—¿Por qué os abrazabais?

—Me encontré a Marisa por casualidad en la cafetería y estuvimos hablando —empieza a decirme—. Marisa fue quién me dejó. Me pidió perdón por hacerme daño y se puso a llorar —dice encogiéndose de hombros.

—Se arrepiente de haberte dejado. —Pedazo de idiota.

—Sí. No sé. Bueno, supongo.

—¿Y por eso la abrazabas, porque se puso a llorar?

—Sí. Por mucho daño que me hiciera en el pasado, no me gusta verla llorar.

Si una es idiota, el otro es tonto de remate.

¡Que le den si llora!

¿A santo de qué tiene que consolarla? Se me empieza a revolucionar la sangre. Me dan ganas de pegarle dos hostias a este hombre que tengo delante y espabilarlo. Si llora, que llore, ya la consolará otro. ¡Coño, que se supone que soy su novia y se dedica a abrazar a su ex en plena calle! Si es que lo cogía y... Por Dios, Teresa, ¿te estás escuchando? Pareces una novia celosa con las garras a punto de atacar. Niego con la cabeza. Ni soy su novia, ni nada, así que relájate, respira y acepta la realidad. Pero que es tonto, lo es. Y mucho.

¿Y cuál es la realidad? Pues que Marisa siempre va a estar presente en la vida de Simón, y aunque él no quiera volver con ella, he podido comprobar por mí misma que su ex no comparte su deseo. Es posible que se arrepienta de lo que hizo en el pasado, pero ahora tiene la oportunidad de enmendar su error. Y la va a aprovechar sin importarle que esté yo. A ninguno de los dos les importa. Separo mis manos de las suyas y me pongo de pie para salir del baño. No quiero escuchar nada más que tenga que ver con ellos.

—Teresa —dice mi nombre pegado a mi oreja. Su aliento me altera—, ¿te ha quedado claro lo que he dicho?

—Sí —contesto de manera apenas audible.

—Mírame —me ordena, serio. Cuando me giro, me encuentro con que sus manos rodean mi rostro y me escruta de manera minuciosa—. Sigues sin entender nada, ¿verdad?

—Lo he entendido todo, Simón.

—¿Y por qué me da la sensación de que me estás mintiendo? —Arrastra sus dedos hacia abajo, dejando que sus yemas acaricien mi cuello y mi clavícula con suma delicadeza—. No voy a volver con Marisa, así que métetelo en la cabeza. —Ahora sube sus pulgares y los desliza sin prisas por mi labio inferior. Cierro los ojos y deajo escapar un gemido. Siento cómo Simón se acerca a mi boca—. Sé que me dijiste que no quieres acostarte conmigo, pero no te creo. Sé cómo reacciona tu cuerpo cada vez que te toco. Es la misma sensación que me provocas cuando estoy a tu lado. Y que solo me provocas tú, nadie más.

—¡Chicos! ¿Os queda mucho, o aviso a los bomberos para que os sofoque el calentón?



Simón no ha dejado de mirarme durante toda la comida, eso sí, después de que se le pasara la mala hostia que llevaba con su abuela, y es que siempre nos tiene que interrumpir en el mejor momento. Cómo me hubiese gustado saber qué venía a continuación de sus caricias. Así que, después de comer, los dos hombres se marchan a dar una vuelta en bici, con el calor que hace, y Petra y yo nos quedamos solas en casa. En un momento dado, veo que ella desaparece y me deja sola fregando los platos. Qué poco que le gustan las tareas domésticas, en cuanto puede, se escaquea.

—Teresa, hija, ¿puedes venir un momento? —Escucho la voz de Petra que me llama, pero no acabo de saber de qué parte de la casa proviene. Dejo los platos escurriendo y salgo al pasillo—. ¡Estoy aquí, cariño, en la buhardilla!

A medida que subo los escalones me percató de que, en todo el tiempo que llevo en esta casa, es la primera vez que estoy en esa habitación. Cuando llego arriba, veo que la puerta está abierta y ojeo todo lo que hay a su alrededor. La mayoría parecen cosas antiguas; un baúl, una cómoda con más fotos en blanco y negro, juguetes de madera, un caballo balancín, la famosa mecedora y...

—¿Tienes aquí una cama y dejas que tu nieto duerma en el sofá?

—Eres tú la que lo deja dormir ahí abajo. Con lo bien que estarías arropada todas las noches por mi nieto.

Me guiña un ojo y yo vuelvo a parecer un tomate que está a punto de ser recogido de la mata. Escucho su risa durante un buen rato y lo único que yo puedo hacer es darle la razón. Que si dormiría bien con su nieto a mi lado...

—Bueno, ¿me ayudas a bajar la mecedora? —me pide cuando se recompone y yo deajo de soñar.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Quiero dejarla en el comedor. He llamado a mi nieto Agustín para que venga a buscarla y la arregle, pero no quiero que se encuentre con Simón.

—¿Por qué no?

—No se llevan muy bien —dice, y me mira con un mismo grado de tristeza y dolor en su rostro.

Así que no pregunto más, no me gusta verla angustiada y prefiero callar, aunque me encantaría saber qué ha pasado entre sus dos nietos. ¿Será el mismo primo que Simón me dijo que no merecía la pena que conociera? Seguro que sí. Abrazo a Petra por los hombros y le doy un beso en la mejilla.

—Tienes muchos recuerdos en este sitio.

—Uf, casi toda mi vida está entre estas cuatro paredes —añade, ahora sí, con una sonrisa—. Ven, voy a enseñarte una cosa.

Me toma de la mano y me hace acucillarme a su lado, justo delante del baúl. Veo que revuelve todas las cosas que hay en el interior. No sé qué está buscando, pero doy un vistazo rápido a todo lo que Petra remueve. Me sorprende encontrarme con varios libros que parecen diarios íntimos, de esos que escribes cuando eres pequeña, algunas cartas viejas donde los sobres ya tienen ese color amarillento que les otorga el paso del tiempo y una cajita rectangular de una joyería de Almería que me llama mucho la atención. Sin quererlo, la saco del baúl y la abro.

—Vaya, Petra, estas alianzas son preciosas.

—¿Qué dices de unas...? —Se queda con los ojos y la boca abiertos al verme con ese objeto entre mis manos—. ¡Dios Santo! ¿Todavía las tengo aquí? ¡Cómo se entere Simón me mata! —Y me la quita, para volver a guardarla en el fondo del baúl.

—¿Por qué va a matarte? —No entiendo nada. Me pongo de pie—. ¿Esos anillos no son de tu boda con Simón?

—Ay, cariño. —Se levanta y me abraza la cara—. Uno de esos anillos es de Simón, pero no de mi difunto marido.

## Simón

—Estás en forma, Domingo. —Arrastro las palabras por las pocas fuerzas que me quedan. Esto de salir en bici, a las cuatro de la tarde, en pleno mes de junio y en Almería, no es de estar muy bien de la cabeza—. No me extraña que mi abuela diga que estás hecho una máquina.

—Ja, ja, ja, ja, ja, es que tu abuela es muy exigente. —Apenas se le nota ahogado al hablar. Yo de mayor quiero ser como él—. Tú también te mantienes muy en forma Simón, mejor que nunca, diría.

—Pues no hago más que trabajar. Apenas tengo tiempo de ir al gimnasio.

—Quizás Teresa sea la que te mantiene en tu punto —dice socarrón—. ¿Qué tal te va con ella?

—Bien —respondo, sin mucha convicción.

—Vamos, Simón, que lo sé todo.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Que Teresa y tú no sois novios. —Esquivo una piedra y a punto estoy de perder el equilibrio. Me paro en seco con la bici y al bajarme, lo miro con el ceño fruncido. Domingo hace lo propio, me mira y se carcajea—. No te pongas así hombre, que solo le sigo la corriente a tu abuela.

—¡La madre que la parió! —exclamo, y me llevo las manos al casco—. Entonces, ¿Lorenza también lo sabe?

—También lo sabe —alega sonriendo. Todavía.

—¿Y se puede saber por qué le seguís el rollo?

—Porque era eso o no casarme, y estoy deseando que llegue ese día. —Coge el bidón de agua y pega un trago—. Tu abuela solo nos contó que te habías enamorado de tu amiga y que ella no está mucho por la labor. Nos pidió ayuda. —Y se vuelve a tronchar.

—Desde luego que tienes que querer mucho a mi abuela para ser cómplice de esto —digo, negando con la cabeza—. O eso, o es que estás igual de loco que ella.

—Por amor se hacen infinidad de locuras. Llevo enamorado de Petra toda la vida —asegura, con una sonrisa pletórica.

—¿Toda la vida?

—Toda la vida.

Seguimos atravesando el Parque Natural de Cabo de Gata a golpe de pedaleo, hasta que diez minutos después, que me han parecido diez horas, llegamos a casa de mi abuela. Voy a pasar por alto lo que me ha dicho Domingo, algo que me lleva a convencerme, aún más si cabe, de que a mi abuela le falta no un tornillo, sino la caja entera de herramientas. Siento un alivio inmenso cuando bajo de la bicicleta y noto que mi cuerpo no cae desfallecido al suelo. Hacía años que no montaba y, aunque se dice que nunca se olvida, mi trasero y mis piernas sí que lo habían olvidado. Bebo un poco de agua, y es cuando me doy cuenta de que una furgoneta gris, aparcada casi en la esquina, me resulta familiar. Vuelvo a dejar el bidón en su sitio y apoyo la bici en la pared de la casa. Mientras me quito el casco, me aproximo al vehículo.

La adrenalina que he perdido durante la carrera, vuelve a recorrerme el cuerpo al confirmar que conozco esa furgoneta. Aprieto la mandíbula con fuerza y, aún llevando los guantes de ciclismo, noto que me lastimo la palma de la mano con mis propios dedos. Con la otra, lanzo el casco al suelo con una rabia que hacía tiempo que no sentía. Doy pasos bruscos hacia la casa de mi abuela, y mi ira se hace incluso más palpable al ver a ese desgraciado salir de allí, acompañado por ella y Teresa.

¡Joder! ¿Qué mierda hace aquí?

—Simón, contrólate, por favor —me pide Domingo con tranquilidad. Me toma del brazo—. No montes ningún espectáculo delante de tu abuela.

Tiene razón. Por respeto a mi abuela, debo mantener la calma, pero me resulta muy difícil respirar hondo. Me hace falta el canto de un duro para arrearle un par de puñetazos y borrarle la sonrisa de miserable que tiene mi primo. Lo que más me corroe es que haya conocido a Teresa, que hayan estado juntos, bajo el mismo techo, que le haya dicho algo, que le haya dado dos besos al presentarse.

—Pero mira a quién tenemos aquí —empieza a decir cuando deja la mecedora al lado de la puerta—. El primo pródigo ha vuelto.

—¿Qué coño haces aquí? —Es el saludo que se merece por mi parte.

—Simón, hijo, sube a darte una ducha —interviene mi abuela a mi lado. Me coge de la mano y siento que está nerviosa.

—He venido a por la mecedora y, de paso, a conocer a tu novia, ya que tú no me la presentas. —Sonríe de manera soez—. Siempre has tenido buen gusto para las mujeres, primito.

Me suelto de la mano de mi abuela y doy una zancada más hacia Agustín. Él, como el ser mezquino que es, se mantiene impassible por mi acercamiento y me reta con sus ojos azules.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, ¿me oyes? —le escupo, clavándole mi índice en el pecho.

—¿Tienes miedo de que también te la quite? —asevera, muy seguro de sí mismo.

—Lárgate de aquí antes de que te parta la cara —lo amenazo con ganas de poder cumplir mis palabras.

—Siempre serás el mismo gallo sin huevos —me insulta a la vez que sigue mirándome con ese halo de triunfo—. Me das pena, primito.

Se acabó, no soporto que me humille más delante de nadie, y mucho menos de Teresa, así que intento lanzarle un buen puñetazo y romperle la nariz, pero alguien me lo impide, aferrando mi mano con la suya.

—Simón, cariño, mírame. —Oigo la voz de Teresa, que se interpone entre mi

primo y yo, pero yo solo sigo con los ojos clavados en él. Como no le hago caso, mi amiga acaricia mi cara con sus dedos—. Simón, por favor, ven conmigo.

Al igual que mi abuela, siento que sus extremidades tiemblan al pasar por mis mejillas y es entonces cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo. No puedo dejarme vencer por alguien como él, yo no soy como él y me estoy poniendo a su nivel. Le he prometido a Domingo que no montaría ningún numerito, y soy hombre de palabra. Bajo la mirada y me encuentro con los preciosos ojos castaños de Teresa. Me sonrío, apenas alargando sus labios. Ver su rostro me calma, y me voy relajando entre sus caricias.

—Agustín, coge la mecedora y vete —indica ahora Domingo, abrazado a mi abuela.

He estado tan ciego con mi ira hacia mi primo, que no me he percatado de que mi abuela tiene lágrimas retenidas en sus ojos. Soy el mayor hijo de puta de todos por hacerle esto. No debería caer en su juego.

—Ya me marchó —dice el gallito con huevos. Va a coger de nuevo la silla, pero se detiene y vuelve al ataque—. Ah, una cosa más, ¿ya le has contado a tu novia que le envías dinero a Isabel todos los meses para mantener a su hijo?

—¡Porque tú no se lo das, maldito cabrón! ¡Sergio es tu hijo! —bramo otra vez encolerizado. Teresa sigue a mi lado, y no me suelta.

—¿Mi hijo? —profiere con una carcajada mordaz—. Esa se ha acostado con todo el pueblo, el hijo puede ser de cualquiera, incluso tuyo.

Teresa me sujeta con más fuerza por los brazos para que me quede con ella y no vaya a darle a mi primo su merecido. Tengo la furia recorriéndome cada parte del cuerpo, y no solo por las palabras hirientes de Agustín, sino porque sé que Teresa no está entendiendo nada, apenas sabe lo de Marisa, pero no toda la historia con ella, y cuando nos quedemos a solas, me va a hacer un interrogatorio que rieta tú de las series de la tele.

En menos de un segundo, veo a mi abuela dirigirse hacia mi primo y cómo la palma de su mano derecha vuela rauda al carrillo de su nieto. Este se la queda mirando, pasmado, y con un lado de la cara enrojecido. Parece que se le ha caído la prepotencia de golpe.

—¡No te consiento que hables así de la madre de mi bisnieto y menos en mi casa! —le grita, perdiendo un poco los papeles. Nunca la había visto así—. Haz el favor de marcharte, y cuando tengas la mecedora arreglada, no te molestes en traerla hasta aquí, ya iré yo a buscarla.

Al final, ha sido mi abuela la que le ha partido la cara. ¡Bien por ti, abuelita!

Coge a Domingo del brazo y entra en casa sin mirar atrás, pero yo sí que le dedico una mirada hostil a mi primo y sigo a mi abuela con Teresa a mi lado.

Mientras que todos se quedan en la cocina, yo aprovecho y me voy al baño a

darme una ducha. Entre el paseo en bici y la inoportuna aparición de Agustín, me siento fatigado y necesito quitarme de encima toda la presión de las últimas horas.

Abro la pequeña ventana y cojo, de uno de los cajones, mi paquete de tabaco. Lo tengo aquí escondido para que Teresa no me regañe y pueda fumar tranquilo en casa. Ahora mismo es lo que me apetece. Doy una primera calada, larga, profunda y ahogo todos mis sentimientos en ella. Sabía que tarde o temprano me encontraría con él, pero no quería un encontronazo como el que hemos tenido. Recuerdo que, cuando era pequeño, solo quería empezar las vacaciones de verano para venir al pueblo y estar con mi primo. Éramos inseparables, siempre nos lo contábamos todo. No sé en qué momento se estropeó todo eso.

Apago la colilla bajo el agua del grifo y ahí la dejo. Me desnudo y me meto en la ducha, con el agua templada haciendo milagros en mis cargados hombros.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no me gusta que fumes en mi casa?

¡Joder, qué susto! Doy un traspíe, y por suerte no me resbalo y me descalabro. La voz de mi abuela hace que me dé la vuelta en pelota picada, y con una mampara totalmente transparente, no cabe nada a la imaginación.

—¡Ostras, abuela, que me estoy duchando! —exclamo, tapándome mis partes como puedo.

—Pero si ya te he visto desnudo, no hace falta que ocultes tus atributos.

—Abuela, la última vez que me viste desnudo tenía doce años.

—Es verdad —dice, y ladea la cabeza como si estuviera evaluando la mercancía—, ahora estás mucho más desarrollado.

—¿Puedes irte, por favor?

—No voy a moverme de aquí. Quiero hablar contigo. —Pongo los ojos en blanco. Los baños en esta casa parecen confesionarios.

—¿Y no puedes esperarte?

—No, porque me voy con Domingo —apunta, sin poder replicar.

Me lleno de paciencia mientras que ella se sienta en un taburete que hay bajo la ventana. El agua deja de correr y salgo con la toalla atada a mi cintura. Mi apacible ducha tendrá que esperar.

—¿Qué es eso de que le das dinero a Isabel? —Directa como es mi abuela. Primer punto a aclarar.

—Solo ayudo a Isabel para que no le falte de nada a su hijo.

—¿Y desde cuando haces eso?

—Desde que nació Sergio.

—¿Desde que nació el niño?! —pregunta, incrédula, al levantarse—. ¡¿Llevas seis años manteniendo al hijo de tu primo?!

Tuerzo los labios. Sé que a mi abuela no le gusta lo que acaba de escuchar, le

hace mucho daño saberlo, no por mí, sino por Agustín, y mucho más por Sergio. La acompaño de nuevo a que se siente y me quedo a su lado, apoyado en el lavabo y con los brazos cruzados sobre mi pecho.

—Agustín le dijo a Isabel que jamás reconocería a Sergio como hijo suyo y después desapareció. Se quedó sola al cuidado del niño. ¿Qué querías que hiciera?

—Para empezar, contármelo —me regaña, pero su tono es dulce—. Le pregunté muchas veces a Isabel si necesitaba ayuda, pero siempre me decía que no.

—No te enfades con nosotros. —La beso en las manos—. Lo importante es que al pequeño no le falte de nada.

—¡Y no le va a faltar! —Se levanta con energía y a punto está de caérseme la toalla cuando el torbellino Petra pasa por mi lado—. Mañana iré a hablar con ella y le diré que, a partir de ahora, yo la ayudaré con su hijo.

—Pero, abuela, tú no puedes.

—¡Jovencito, a mí no me digas lo que puedo o no puedo hacer! —habla ahora sin dulzura—. Que sea la última vez que le das dinero.

—Pero... —me callo cuando viene hacia mí y me apunta con su dedo.

—¿Te lo voy a tener que repetir? —Niego con la cabeza—. Eso pensaba.

Se marcha hacia la puerta y, antes de que se escape, la retengo. La miro a los ojos y me pongo nervioso.

—Siento mucho lo que ha pasado antes. —Le sonrío con timidez—. ¿Me perdonas, abuelita?

—Mi niño —murmura con ternura y envuelve mi rostro con sus dedos—, claro que te perdono, pero no vuelvas a enfrentarte a tu primo. También es mi nieto y lo quiero, aunque no entienda las cosas que ha hecho.

—Te lo prometo, abuela. —Y la alzo del suelo para fundirnos en un abrazo, en uno que extingue cualquier dolor.

—¡Bájame de aquí! —Patalea como una niña pequeña. La dejo en tierra y recoge su zapato negro de tacón que se le ha escapado—. Cariño, yo también tengo que pedirte que me perdones.

—¿Yo a ti? —Arrugo la nariz—. ¿Qué has hecho?

# 11

Y se marcha corriendo, sin soltar palabra, eso sí, la bomba la ha dejado caer y protégete donde puedas. Me tocará averiguarlo por mí mismo, pero me huelo a que, sea lo que sea, tiene algo que ver con lo ocurrido hace un rato.

Salgo, ahora sí, de mi ducha con la misma toalla y busco a Teresa por la casa, supongo que no se habrá ido con mi abuela y Domingo. Miro en la cocina y en el salón, pero no está. Voy a la habitación donde duerme, pues es el único lugar en el que podemos guardar nuestra ropa en armarios. O lo que es lo mismo, la única habitación que nos ha dejado mi abuela sin censurar.

Y allí está ella. Su silueta está frente a la ventana, de espaldas a mí. Me encanta cómo los rayos de sol impactan en su pelo y aclara esos mechones que me fascina enredar entre mis dedos. Me gustaría saber qué está pensando ahora mismo, aunque me temo que no me va a gustar descubrirlo. Apenas mueve un músculo cuando me escucha entrar, sé que me ha oído, y lo peor, es que está en un silencio absoluto. Mejor me voy a mantener a una distancia prudencial. ¿Qué estará pasando por su cabeza?

—Me parece gracioso que me dijeras que no querías malos entendidos entre nosotros cuando tienes tanto que ocultar.

Da media vuelta, con los brazos cruzados sobre su pecho y una mirada aterradora. Está seria, muy seria, y me asusta.

—Teresa.

—¿No confías lo suficientemente en mí como para explicarme que Marisa es tu exnovia, tu exprometida, tu exmujer? ¿Qué es, Simón? —me pregunta con un tono recriminatorio—. ¿O es que ya no tiene esa etiqueta?

—¿De qué estás hablando?

—¡Del numerito que has montado ahí abajo! —grita, indicando con su índice hacia la puerta.

—Lo sé y lo siento, se me ha ido un poco de las manos. Me siento fatal.

—¿Que tú te sientes fatal? —dice con una ironía que no me gusta nada—. ¿Cómo crees que nos has hecho sentir a nosotras? ¿Acaso te importa? —Se acerca a mí con la furia reflejada en sus ojos—. ¿Quieres saber lo insignificante que me he sentido cuando he visto que mi supuesto novio peleaba con su primo por Marisa?

—¿Por Marisa? —pregunto, arrugando la nariz— ¿Qué tiene que ver Marisa en todo esto?

—¡Todo! —chilla, haciendo aspavientos con los brazos—. Te dejé por él, ¿verdad? Casi te pegas con tu primo por una mujer que lo prefirió a él antes que a ti y todavía no lo has superado.

La miro alucinado, sin acabar de creerme lo que me está diciendo y eso sí, aguantándome las ganas de reír, porque esto es para troncharse. ¿De Marisa? ¿En serio? ¡Si peleaba por ella! ¿Todavía no se ha dado cuenta? ¿Por qué no le entra en esa cabezota que no quiero nada con esa mujer? Me llevo las manos a mi cabello húmedo y paseo por la habitación dándole la espalda. Pero mis pasos de golpe, de pronto, lo entiendo. Y al hacerlo, no puedo ocultar que mis labios se curven hacia arriba, pero con cuidado de que ella no los vea. ¡Joder, está celosa! ¡Sí, está celosa! Es la única explicación que se me ocurre para ese cabreo descomunal que tiene y la furia que descargan sus ojos. Y la encuentro muy *sexy*, con esa mala leche que destila. Pero, si está celosa, eso quiere decir que le importo, ¿no? Aunque solo sea un poquito, digo yo. ¿Y cómo sabe que Marisa me dejó por mi primo?

—Teresa, ven y siéntate conmigo. Necesito aclararte quién es esa mujer por la que peleaba —le digo, intentando aparentar serio. Le tiendo mi mano, pero la rechaza.

—No quiero sentarme contigo. Además, me ha quedado muy claro que esa mujer es Marisa. No me tomes por idiota. —Y vuelve a cruzarse de brazos.

Arrugo el ceño. Me desafía con su mirada cargada de rencor, y a mí cada vez se me hace más difícil poder contenerme y no empotrarla contra el colchón y hacerle el amor hasta que se dé cuenta de que sus ojos son los únicos por los que estoy realmente seducido, que ella es la única mujer que me vuelve loco.

Qué le voy a hacer; me está poniendo tonto verla celosa.

—¿De verdad te crees lo que acabas de decir? ¿De mi discusión con mi primo has deducido que sigo queriendo a Marisa?

—No solo de ahí. —Se mete la mano en el bolsillo delantero de su pantalón y saca algo que oculta en su puño cerrado—. También de esto otro.

Lanza con rabia unos pequeños objetos dorados que no consigo visualizar hasta que caen encima de la cama. Me quedo muerto al verlos y un nudo se me

forma en la garganta y siento que me ahogo. Creí que mi abuela se había deshecho de ellos y volver a verlos... ¡joder, joder y rejoder!

—¿Dónde los has encontrado?

—¿Sorprendido de verlos? —pregunta con sarcasmo.

—Teresa, esos anillos no significan nada —añado, mirándola asustado.

—¡Esos anillos me importan una mierda! —grita señalándolos. Vuelve a apoyarse en la ventana y baja la cabeza, negando—. Lo que me duele es que me hayas engañado.

—Yo no te he mentado en nada, Teresa. —Me acerco a ella.

—No me toques. —Se aparta y me gruñe igual que si le diera asco—. No eres más que un mentiroso, Simón. Un maldito mentiroso.

Alcanza el mango de la puerta y se queda parada unos segundos antes de volverse a mirarme con los ojos aguados. Nunca la había visto así de alterada, ni tan solo cuando pasó lo de Emilio tenía esa expresión de desconsuelo en su semblante. Me angustia verla así, que piense que le he mentado, que me he burlado de ella. Nada de eso es así.

Me acerco a Teresa con precaución, no quiero que se marche sin que le queden claros mis sentimientos, pero no me deja dar un paso más, y sus palabras me dejan helado.

—Ya ni siquiera te conozco.

Sale de la habitación, bajando las escaleras con prisas a la vez que yo me quedo anclado en su doloroso «*ya no te conozco*». ¡Joder, reacciona, Simón! Me abofeteo mentalmente. No puedes dejar las cosas así, no puedes permitir que Teresa siga pensando eso de ti. ¡Hazle saber de una puñetera vez que es a ella a la que realmente deseas y arregla todo este desaguizado!

Me abalanzo escaleras abajo en busca de mi amiga que, por suerte, no ha salido todavía del jardín. Consigo retenerla por la muñeca y me planto delante de ella, decidido a que entienda de una vez por todas quién forma parte de mi pasado y quién quiero que sea parte de mi presente, pero cuando la tengo frente a mí, pone cara de «*¿no te ha quedado claro que no quiero que me toques?*». Pues me da igual la cara que me ponga. Puedo ganarme un buen bofetón o puedo ganar que me escuche y se quite esa venda absurda que tiene alrededor de los ojos, así que voy a arriesgarme a lo que sea. Espero que sea lo segundo.

Abrazo su precioso rostro entre mis manos y ella hace ademán de soltarse, pero no la deajo.

—Vas a escucharme.

—No me apetece escucharte.

—Pues vas a hacerlo, así que te aguantas.

—Simón, lo que me digas no va a tener mucha credibilidad estando desnudo.

Abro los ojos, sorprendido, y mucho más ojiplático me quedo cuando los bajo y veo que Teresa tiene razón. La toalla ya no está en su sitio, sino en algún otro lado que no consigo visualizar. Miro de nuevo a mi amiga y me atrae ver su gesto cabreado y sonrojado a partes iguales. Si no me hubiese quedado desnudo, la besaría hasta que no le quedasen dudas. Y es que, si la beso, así, desnudo, me arriesgo a que mi entrepierna corra peligro. Tampoco puedo arriesgarme a subir y vestirme y que Teresa se marche.

—Olvídate de que estoy en bolas y escúchame, por favor —le suplico.

—Las vecinas te están viendo el culo —dice todavía con bastante rubor.

Giro un poco el cuello y veo a unas cuantas mujeres, de la edad de mi abuela, con los carros de la compra en una mano y en la otra un abanico, dándose aire. Las saludo con un gesto de la cabeza y me cobijo con Teresa entre los jazmines que tiene la verja de la entrada.

—Teresa, no estoy enamorado de Marisa —le confieso una vez más. Ya he perdido la cuenta.

—Se me hace difícil creerte.

—Es verdad que no te conté lo de los anillos, y lo siento. No sé porqué no lo hice.

—Pues porque te importa y pensaste que si os volvíais a ver...

—¡No, joder, Teresa, no! —exploto cansado, malhumorado de tanta cabezonería por su parte.

—¡Sí, Simón, sí! —brama empujándome hacia atrás para separarme de ella —. Si no estuvieras enamorado de ella, me lo habrías contado y no te habrías enzarzado con tu primo por su culpa.

—¡Me cago en la puta! ¡¿Cómo puedes ser tan terca?! —Niego con la cabeza y apoyo las palmas en mis rodillas flexionadas, pero me doy cuenta de la postura poco afortunada que he adoptado y me incorporo. En dos zancadas, me planto a escasos milímetros de los labios de la mujer más hermosa y más exasperante que he conocido, y vuelvo a retenerla entre los jazmines y mi cuerpo libre de ropa. Y eso es un problema. Mi pene roza su cadera, su bajo vientre, cualquier caricia contra su piel me hace hervir, y eso que ella sí va vestida. Tengo que cerrar los ojos, coger aire, expulsarlo entre dientes y pensar con la cabeza. Con la de arriba, si es que me queda algo ahí que funcione.

—Simón, ¿qué... qué haces? —Su rostro vuelve a estar entre mis manos.

—Estás celosa.

—N... no estoy cel... celosa —tartamudea. Celosa, nerviosa y ruborizada. ¡Qué morbo tiene!

—Sí que lo estás.

—Queeee no lo est... estoy.

—Mientes muy mal, cariño —pronuncio dejando que mi boca se deslice por su mejilla. Ella gime bajito, como si quisiera que no la oyera, pero la oigo. Y eso me pone peor—. Si me he enfrentado a mi primo es por ti, porque no quiero que se acerque a ti. No soporto verlo a tu lado. Ni a él ni a ningún otro hombre.

La observo anhelando que haya entendido mis palabras, pero ella se mantiene callada y con los ojos cerrados. Me inquietan estos segundos de silencio y pienso en que he de poner ya todas las cartas sobre la mesa y no dejar nada a interpretaciones erróneas. Dejo un suave beso en su frente.

—Teresa, mírame, por favor —le pido, con suavidad, sujetando su mentón. Abre los ojos y me mira con ellos brillantes—. Tienes razón, Marisa me dejó por mi primo, pero eso ya no me importa. Lo único que de verdad me importa, lo que necesito cada día, es a ti. —Recorro sus dulces labios con las yemas de mis dedos—. ¿Crees que esto es un error? ¿Una locura?

—Simón —jadea.

—Para mí no lo es, porque soy el mismo Simón que desde que te conoce, no hace otra cosa más que soñar contigo. El mismo que te acogió en su casa cuando te pasó lo de Emilio y se quedaba contigo hasta que las lágrimas que derramabas por él te dejaban agotada y te dormías en mis brazos. Soy el mismo Simón que se fue durante meses porque no soportaba que el piso oliera a ti y tenía que conformarse con eso. El Simón que sigue como un loco enamorado de...

—¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Se encuentra bien, señorita?

## Teresa

La policía. Un señor calvo, alto, muy alto, se plantó delante de nosotros y agarrando su porra con fuerza, me miró a mí con preocupación y a Simón como si fuese un perturbado. Mucha razón no le faltaba al hombre. Y es que claro, por mucho policía que seas, eso de ver a un tío desnudo por la calle, digo yo que no se verá todos los días. Y menos, con el cuerpazo de Simón.

Me quedé plantada, sin saber qué contestarle, con mi amigo escondido detrás de mí, tapando sus «cositas» y saludando a ese hombre que resultó ser un amigo de toda la vida de Petra. Claro está que el policía la llamó y esta vino corriendo a echarle una buena bronca a su nieto. Ahí acabó nuestro día.



Con lo mosqueada que estaba yo cuando vi discutir a Simón y a su primo por esa mujer, o no era por ella, ya no lo sé. Pues eso, que estaba que echaba humo por las orejas y decidida a decirle tres, cuatro, cinco cosas bien dichas a Simón, y se me planta desnudo, rozando cada poro de su piel contra mi cuerpo, susurrándome al oído que lo único que necesita es a mí. Se me quemaron todos los fusibles.

Y sí, estoy celosa. No lo admitiré delante de él, pero me altero cada vez que oigo el nombre de esa mujer, cada vez que aparece por las mañanas frente a la casa, cada vez que observo la forma en la que mira a Simón. Y tengo miedo. Me da miedo que él se dé cuenta y la mire de la misma manera, me da miedo no ser lo suficientemente buena para él, me da miedo no poder confiar en mí, en él. Me aterra llegar tarde a lo que sea que el destino me tiene guardado con Simón.

Sé lo que siento por Simón. Quizás, siempre he tenido este sentimiento, pero hasta ahora no lo había visto con todas sus letras, o, como me dijo una vez Petra, le he visto las orejas al lobo. No es solo cariño, ternura, no lo quiero como a un amigo más. Me estoy enamorando de él. O quizás ya lo estoy. No sé cómo lo ha hecho, cómo ha conseguido que mi corazón se desborde cada vez que me toca, cómo ha sido capaz de sacarme de esta coraza en la que me refugié para que nadie volviera a hacerme daño.

—¿Qué te parecen, Teresa?

—¿El qué? —pregunto, saliendo de mi estupor acalorado.

—Hija mía, ¿dónde estás? Preguntaba por los zapatos —indica Petra, señalándolos.

—¡Ah, los zapatos! —Los miro—. Son muy bonitos y sencillos. Te quedarán muy bien con el vestido.

Después de salir del taller de Lorenza, hemos recorrido todas las zapaterías de Almería para escoger el calzado de Petra para el día de su boda. Apenas quedan cuatro semanas para que se una a Domingo y todavía está sin zapatos. Petra y su manía de dejar las cosas para última hora.

—A mí también me gustan —interviene Lorenza, asqueada—, así que cógelos ya de una vez y vayámonos a comer, que llevo toda la mañana aguantándote con un solo café en el estómago.

—No se puede ir con vosotras a ningún sitio —farfulla Petra, quitándose los zapatos.

—Petra, llevamos toda la mañana mirando zapatos y al final hemos vuelto a la primera zapatería en la que hemos estado.

—¡Pero si es que no me ayudáis a decidirme! —continúa quejándose—.

Teresa está *alelá* pensando en mi nieto, y tú, quejándote por todo. ¡Dios me libre de ser como vosotras cuando sea mayor!

—¡Yo no pensaba en Simón!

—¡No, qué va! —claman las dos a la vez, a lo que yo bajo la mirada abochornada.

Salimos, por fin, de la zapatería, acompañando a la dependienta al cierre de la misma. Creo que la pobre mujer estaba a punto de matarnos. Al llegar al restaurante, pedimos tres menús y una botella de vino, y cuando el camarero se marcha, las dos abuelitas empiezan a mirarme de manera extraña y con la poca sutileza que las caracteriza, me temo lo peor. La primera en romper el hielo es, cómo no, Petra.

—Teresa, ya sé que no debo meterme donde no me llaman, pero ¿puedes aclararme, de una vez, qué es lo que pasa entre mi nieto y tú?

—Pues para no querer meterte donde no te llaman, has ido directa al grano —pega la pullita Lorenza, riendo—. Aunque a mí también me interesa saber lo que pasa entre vosotros, que me tenéis en ascuas.

—¡Ah! Y también me tienes que explicar qué hacía Simón desnudo en plena calle, que ayer, al final, no soltasteis prenda.

—¿Cómo dices?! —Lorenza se gira en su silla, para mirar, desconcertada, a su amiga—. ¡¿Qué tu nieto estaba desnudo?! ¿Y no me avisaste?

—¿Y para qué se supone que te tenía que avisar? — la interroga Petra, altanera.

—¡Pues para eso, para ver a tu nieto en bolas!

—Pero ¿tú estás tonta o qué te pasa? —La abuela de Simón mira a su amiga con cara rara—. Aquí, la única que tiene los derechos para ver a mi nieto en bolas es Teresa, así que haz el favor de no calentarte.

—Pero Petra...

—Ni Petra ni Petro —exclama la modista—, y ni se te ocurra preguntarle a las que viven en el Cortijo de la Piedra, que nos conocemos, Lorenza.

—¿Las del Cortijo de la Piedra? ¿Ellas lo vieron? ¿A Simón desnudo?

Y ahí siguen ellas, debatiendo si unas vieron a Simón en plenas facultades y otra, que no tuvo esa suerte. La otra, no es más que Lorenza, claro. Yo tuve la suerte de verlo, de tocarlo, de sentirlo.

El camarero trae nuestra comida y así se pone punto y final a la conversación de la que yo solo he sido una mera espectadora. Y me alegro, pero, conociéndolas, me temo que no me van a dejar salir de aquí sin que les explique lo que realmente pasa entre Simón y yo.

—Bueno, ¿qué?, ¿cuándo vas a reconocer que estás enamorada de mi nieto pequeño?

Sobresaltada por esa pregunta y sin querer, le doy un golpe a mi copa de vino con el brazo y derramo todo el líquido sobre el mantel. Me apresuro a poner en pie la copa, pero el desorden que he hecho no tiene arreglo. Menos mal que tengo la servilleta sobre mis rodillas y no me mancho mucho. El color de la mancha del mantel no es, ni por asomo, comparable al de mis mejillas, y no solo por el calor que me ha provocado la pregunta, digo yo que la bebida también influye en algo.

—¿Que... qué? —pregunto, sofocada.

—A ver, Teresita, cariño, di conmigo: estoy enamorada de Simón.

—Que diga, ¿qué? —Sigo en mi estado de enajenación.

—Esta chica no tiene remedio —escucho decir a Lorenza, que niega con la cabeza.

—Teresa, hija, que se te ve el plumero con mi nieto —añade Petra con convicción.

—Ahí tengo que darle la razón a Petra —reafirma la otra.

—Además, me encanta la cara de asesina que se te pone cuando ves a Marisa cerca de mi nieto.

—¡Es que no puedo con esa mujer! ¡Cada vez que me doy la vuelta, la veo sobando a Simón! —¡Ay, Dios! Pero ¿qué he dicho? Hay que ver cómo se me suelta la boca con un poquito de vino.

Deslizo mi mirada de una mujer a otra, a la expectativa de lo que puede ocurrir a continuación. Y, lo que ocurre, es que ambas estallan en carcajadas y empiezan a aplaudir entusiasmadas. La alegría les dura un buen rato, incluso viene el camarero a traernos los postres, y ellas siguen a lo suyo. Creo que el vino lleva algo más que alcohol.

—¡Si ya sabíamos nosotras que estás loquita por mi niño!

—Yo no he dicho eso —sentencio, cruzando los brazos sobre la mesa.

—¡Noooo, qué va! —Y de nuevo, se tronchan—. Cariño, mira que te ha costado reconocerlo. Menos mal que estamos aquí para darte un empujón —añade Lorenza entre risas.

—¡Pero si no he dicho nada!

Y otra vez se desata la locura, pero ahora, es mucho peor, ya que ambas se levantan de sus asientos y vienen hacia mí a abrazarme. Me veo ahogada entre los abrazos de estas dos mujeres mientras que el camarero nos observa de muy malas maneras. Le vamos a tener que dar propina doble. Es imposible mantener la boca cerrada con estas dos, son peores que una tortura china, aunque he de reconocer que yo también he sido un poco facilona. No he dicho nada, pero lo he dicho todo. Y el miedo que siento se acrecienta. Solo espero que esta conversación no salga de aquí.

—Señoras, me van a prometer que no van a decir ni una sola palabra de lo que aquí hemos hablado —las amenazo.

—¿¡Nosotras?! Pero ¿qué te crees, que somos unas chivatas? —Las miro, alzando las cejas.

—Bueno, un poco sí que lo somos, Lorenza —añade Petra, afirmando con la cabeza. Me mira—, pero si nosotras no decimos nada, tú me tienes que prometer también algo.

—¿El qué?

—Que hablarás con mi nieto y le dirás lo que verdaderamente sientes por él. —Me toma de las manos con mucho cariño—. No dejes que se canse de esperarte.

Nos terminamos nuestro helado y apuramos el culillo de la botella de vino antes de volver a poner un pie en la calle y regresar al taller. Subimos una cuesta, la calle donde Lorenza ha dejado su coche aparcado. Esta mañana hemos venido con Simón, que nos ha dejado aquí a su abuela y a mí, y después se ha marchado con Domingo a hacer una prueba del esmoquin del novio.

Una vez dentro del coche, me acomodo en el asiento de atrás y, de pronto, me surge una duda.

—Lorenza, ¿estás en condiciones de conducir después del vino que te has tomado?

—Pues claro, mi niña. Dos copitas de nada no hacen daño a esta vieja.

Y claro, vamos charlando, animadamente, dentro del coche cuando...

—Buenas tardes, señoras. Usted, si es tan amable, los papeles del coche y su carnet de conducir —le dice un guardia civil a Lorenza, joven, muy majo él, que nos ha dado el alto cuando la conductora del vehículo se ha saltado un ceda, un semáforo en rojo y no ha respetado un paso de peatones.

# 12

—¿¿¿Que estáis dónde??!! ¿¿¿Que habéis hecho qué??!! —me grita Simón al oído cuando lo llamo desde el cuartel.

—Simón, por favor, deja de gritarme —le pido, separándome el teléfono de la oreja—. ¿Puedes venir a buscarnos o no?

—¡¡Claro que voy a ir a buscaros, pero para meteros una bronca como bien os merecéis!! —Y cuelga.

—Creo que tu nieto está un pelín enfadado —aclaro a Petra, una vez vuelvo con ellas.

—Este nieto mío está siempre enfurruñado —añade, restándole importancia a lo que acabo de decirle—. Buena falta le hace un desquite.

No, si desquite lo va a tener, de eso que no nos quepa ninguna duda, pero va a ser de la bronca monumental que nos va a meter a las tres. A gustito que se va a quedar, y eso que no se lo he contado todo. Solo le he dicho a Simón que Lorenza se ha saltado un ceda, con tan mala suerte, que casi chocamos con un coche de la Guardia Civil.

Madre mía, cuando sepa el resto, nos mata. Al final, va a tener razón; de esta boda sale un entierro, o tres, mejor dicho.

Una media hora después, escuchamos pasos que se acercan a nosotras hasta que finalmente vemos sus rostros; el guardia simpático que nos ha traído hasta aquí, Domingo con gesto muy serio y Simón, que en su cara está escrito todo el diccionario de sinónimos de mala leche.

—Viendo la cara de estos dos, casi que prefiero quedarme aquí encerrada —dice flojito Petra, para que no la oigan.

—Apoyo la moción.

—Y yo —añado con miedo—. Creo que nunca había visto así de enfadado a Simón.

—Tranquila, que mi nieto no muerde. Enseña los dientes, pero no muerde.

—¿Qué? ¿No pensáis levantar los cultos de ahí?

—Simón, hijo...

—¡Cállate, abuela! —grita, echando humo por las orejas—. En casa me lo vais a explicar todo, así que andando.

Pasamos por su lado, las tres juntas, acojonadas y siento que Simón me fulmina cuando me atrevo a mirarlo a los ojos, así que no me queda más remedio que desviar mi mirada, abochornada. Me temo la que nos va a caer.

En el coche, el silencio es lo único que se escucha junto con las maldiciones que el conductor va propagando sin pudor. A mí me ha tocado ponerme en el asiento del copiloto. Lorenza, Petra y Domingo van detrás. Las dos amigas no han dudado ni un momento el lugar que iban a ocupar en el vehículo. Son unas valientes.

De tanto en tanto, miro de reojo a mi compañero y sonrío, con cuidado de no delatarme, al reconocer que me parece extremadamente atractivo con el morro torcido. Estoy descubriendo muchas facetas de él y todas se me están grabando con demasiada intensidad en mi cabeza y en mi corazón. Llegamos a casa de Petra y empieza a desatarse la tormenta. El huracán Simón va a arrasar con todo.

—Bueno, yo casi que me voy a...

—Tú no vas a ningún lado, Lorenza —le impone Simón, que la agarra del brazo—. Vosotras tres vais a entrar en casa ahora mismo.

—Domingo, cariño, nosotros casi que nos vamos ya, ¿sí?

—No. —Respuesta tajante del futuro marido.

—¡Pero bueno! ¿Ahora estás de parte de mi nieto? —exclama con los brazos en jarras.

—Sí. —Domingo está muy parco en palabras. Otro que está molesto.

Simón casi que nos arrastra hasta la casa y nos indica que nos sentemos en el sofá. Y aquí estamos, las tres sentadas, una al lado de la otra, esperando la buena reprimenda. Me siento como cuando era pequeña y hacía alguna trastada.

—Bien, ¿quién de vosotras va a explicarnos lo que realmente ha pasado? — Señala a Domingo y a sí mismo.

—¿Dónde está mi coche? —pregunta Lorenza con cautela.

—¡¿Tu coche?! —exclama Simón, airado—. ¿Eso es lo único que te preocupa?

—Pues sí, que mañana tengo que ir al atelier.

—Tu coche, Fitipaldi, está en el depósito y no lo vas a sacar de allí porque ya no tienes carnet de conducir. Llevas un año con el carnet retirado y has seguido conduciendo —le recuerda reteniendo la rabia.

—Me dijeron que ya no me lo renovaban por la vista, porque ya no veía bien

y no tenía buenos reflejos —explica la mujer que está sentada entre Petra y yo—. Por eso me hice las gafas nuevas.

—¡El problema no son las gafas, eres tú, que ya no estás en condiciones de conducir! —brama Simón, ahora sí, perdiendo los nervios—. ¿Eres consciente de lo que has hecho? ¡Os podría haber pasado algo!

—Qué exagerado eres. —Lorenza le resta importancia con un gesto de la mano.

—Te has saltado un semáforo en rojo, te has pasado por el forro un ceda y un paso de peatones, por no contar que conducías sin permiso y bajo los efectos del alcohol. ¿Te parece que exagero? —le gruñe acercándose a ella con una pose desafiante.

—¿Bajo los efectos del alcohol? Si apenas he dado.... —Se gira hacia Petra—. ¿Cuánto he dado al soplar en el cacharro ese?

—No has podido ni soplar, te daba la risa.

Y ambas se ríen al recordar ese momento. Yo me muerdo los labios para que no se me note que un atisbo de sonrisa asoma por ellos. Estas dos mujeres tienen una risa contagiosa y, al parecer, no se amilanan ante el rapapolvo de Simón.

—¡No tiene ni puta gracia! —comenta muy serio a la vez que se pellizca el puente de la nariz. Malo, cuando hace eso—. O no, espera —dice ahora con aire irónico—, hubiese tenido mucha gracia que, en vez de ir al cuartelillo a buscaros, lo hubiese hecho al hospital.

Furioso, nos mira a las tres, pero furioso de verdad. Sé que detrás de ese enfado está ocultando que realmente estaba preocupado por nosotras. Y ahí, no puedo quitarle que tiene razón. Podía haber pasado algo mucho peor que ir de visita turística a las dependencias de la Guardia Civil.

—Simón, cálmate. No ha pasado nada grave y estamos bien. —Me acerco un poquito a él, con intención de tocarlo, pero vuelvo a sentarme cuando me mira con ganas de asesinarme. Me está dando miedo este hombre.

—Me tranquilizaré cuando dejéis de ser unas inconscientes. ¡Las tres sois unas insensatas!

—¡Oye, que yo no sabía lo del carnet! —me defiendo.

—¡Pero sabías que había bebido! ¡Las tres habíais bebido! Y aun con esas, cogisteis el coche.

—¿Y qué querías que hiciéramos? Teníamos que volver a casa.

—¿No os dije que me llamarais? —grita, mirándonos a las tres hasta que vuelve a fijar sus ojos en mí—. ¿O es que el alcohol te nubla el juicio?

—Qué rencoroso eres —le recrimino, disgustada.

Esa pullita va directa a mí, vamos, la he pillado a la primera. Es por aquella noche que bajamos al puerto y llegué a casa no sé ni cómo. Al parecer, no me ha

perdonado lo que le dije. Y luego dicen que las mujeres nos guardamos las cosas.

Simón pasea nervioso por el salón, poseído por la furia que lo corroe. Domingo sigue sin abrir la boca. Lorenza y Petra parecen bastante tranquilas dadas las circunstancias, pero yo no lo estoy.

Lo que ha pasado hoy es culpa nuestra, de nadie más.

—¿Ya has terminado? Que quiero irme a cenar con Domingo —pregunta Petra a su nieto al levantarse de sofá.

—Es imposible hablar con vosotras, es igual que hacerlo con una pared. —bufa, cansado de ser ignorado—. Lo único que consigo es tener un cabreo de cojones, así que sí, largaos donde os dé la gana. —Y ahora, culmina su bronca conmigo—. Ah, y una cosa, Teresa, esta noche duermes en el sofá.

## Simón

¡La madre que las parió a las tres! ¡La vergüenza que me han hecho pasar y la mala hostia que arrastro todo el día! Son las cuatro de la mañana y sigo sin pegar ojo por culpa de esas tres mujeres a las que parece no importarles la cara de idiota que se me ha quedado cuando el guardia me ha dicho que no solo Lorenza se había saltado un ceda, tal y como me había comentado mi amiga, lo peor es que iba sin permiso de conducir. ¡Dios! Qué ganas que he tenido de salir de allí corriendo y dejarlas metidas en el calabozo durante el mes entero, pero ¿en qué cabeza cabe hacer semejantes barbaridades? ¡Por favor, que están más cerca de cumplir los ochenta que de la edad del pavo! Igual ellas la han alargado, son así de chulas.

¿Y Teresa? ¡Va y les sigue el rollo! A ver, entiendo que mi abuela se lo siga a Lorenza, o a la inversa, lo entiendo, pasan demasiado tiempo juntas y la tontería se pega, pero ¿ella? No lo entiendo, de verdad que no. He debido de ser muy malo en otra vida para tener como castigo a este tipo de mujeres tan descerebradas a mi lado. No se salva ni una. Y claro, ya que hablamos de mujeres tengo terminantemente prohibido contarles nada de esto a mi madre y a mi hermana. Para qué quiero más.

Tiro mi (cuento las colillas que hay en el cenicero) séptimo cigarro. No recuerdo haber fumado tanto en tan pocas horas desde mi etapa de universitario. Me recuesto en el poyete de la ventana y observo la cama deshecha, vacía. Y es entonces cuando me entran los remordimientos por dejar a Teresa dormir en ese sofá tan incómodo. Restriego mis manos por mi rostro cansado y bufo mientras

bajo a buscarla para que descanse en la cama.

Cuando llego al salón, la veo medio despatarrada sobre los cojines, con medio cuerpo fuera, incluida la cabeza. Me quedo unos segundos parado en el umbral de la puerta, observándola y, como siempre, embobado. Qué difícil se me hace vivir con ella todo esto y no poder ser parte de ella, de sus sueños. Espero que algún día pueda morir este sentimiento y solo se convierta en una anécdota dolorosa de mi vida.

La cojo en brazos, ella gime, pero no se despierta. Se queda acurrucada en mi pecho y deja que la lleve arriba. Solo logro dar un paso y me detengo. Necesito controlar los latidos acelerados de mi corazón o conseguiré desvelarla. Cuando lo consigo, subo con cuidado los escalones y la tumbo, de la misma manera, sobre el colchón. Vuelvo a quedarme hipnotizado por ella hasta que se me queda grabada su respiración.

Me despierto de golpe cuando mi culo aterriza en el suelo y es que, esta vez, sí he dormido en el sofá. Todo está muy oscuro y no recuerdo que ayer dejase la persiana tan bajada, siempre me gusta que entre un poco de luz. Escucho ruidos que provienen de la cocina y me adecento antes de entrar y ver a mi amiga con ese pantalón corto que me vuelve loco y tarareando una cancioncilla. Parece que está contenta. Y eso es buena señal, ya que yo también voy en son de paz.

—Buenos días.

—Buenos días, Simón. —Se gira para saludarme y besarme en la mejilla. ¿Estoy soñando?—. No te habré despertado, ¿no?

—No, para nada. —Me separo de ella y de su olor—. ¿Qué estás haciendo?

—Café y tostadas, ¿quieres?

—Sí, por favor. —Observo la mesa, que está vacía de dulces—. ¿Hoy no ha venido Marisa?

—¿Tenías que verla por algo? —Me mira frunciendo el ceño, como si le hubiese molestado mi pregunta.

—Ehhh... no. Solo lo digo porque no he visto bizcochos ni...

—No le he comprado nada —dice con un tono un tanto arisco. Pone las tostadas en un plato y lo deja delante de mí—. Había pan, y se iba a poner duro. Es más, no podemos estar todos los días comiendo tanto azúcar.

Se sienta frente a mí después de hacer los cafés y pone mantequilla y mermelada en su tostada. No sé qué mosca le ha picado para hablarme así. ¿Por qué está enfurruñada? ¿No será bipolar y yo sin enterarme?

—No, si en eso tienes razón.

—¿Sabes una cosa? —me pregunta con una sonrisa de niña buena—, voy a

invitarte a comer al restaurante de Isabel.

Me quedo impresionado ante su invitación. Me parece que esta mañana está un poco rara y me huelo que aquí pasa algo, así que espero que me lo revele pronto, pues soy muy malo para los entresijos femeninos.

—¿Has dormido bien? —me atrevo a preguntarle con mucha delicadeza. Igual está falta de sueño y de ahí sus rarezas matutinas.

—Sí, muy bien —añade, simpática.

—Y eso de que quieras invitarme a comer, ¿a qué se debe?

—Se debe a que no tengo que ir al taller y me apetece que comamos juntos. ¿No puedo invitarte?

—No, digo sí, claro que puedes.

—Pues entonces, todo aclarado. —Se levanta de su asiento y viene a mi lado a darme otro beso en la mejilla. Entonces es cuando caigo.

—Esto no tendrá nada que ver con lo que pasó ayer, ¿verdad? ¿Me estás haciendo la pelota?

Se queda con el culo apoyado sobre la mesa y me encanta lo colorada que se ha puesto cuando la he pillado. No puedo evitar sonreír cada vez que la veo en ese estado. Es como una cría. Le levanto el mentón para observarla y ella no rehúye mi mirada.

—No tienes que invitarme a comer para que te perdone, solo quiero que me digas que no volverás a hacer algo semejante.

—Lorenza ya no tiene carnet, así que no se volverá a repetir.

Su frase nos hace reír a los dos a la vez y este momento es uno de los pocos en los que estamos realmente relajados. Quiero esto, necesito esto todos los días de mi vida.

—Siento mucho lo que pasó, Simón —vuelve a disculparse y se pone seria—. Siento haberte enfadado.

—Las tres me enfadasteis mucho, pero eso fue ayer, así que déjalo estar.

—De acuerdo, pero que sepas que, de verdad, lo siento.

Le sonrío y voy a ponerme en pie para recoger los restos de nuestro desayuno, pero algo me lo impide. Y un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando percibo el suave roce de su mano con la mía.

—Simón, ¿puedo preguntarte algo?

—Sí. —No soy capaz de articular palabra alguna.

—¿Me llevaste tú ayer a la cama?

—Sí —respondo ahora con mis cinco sentidos expectantes—. No podía dejarte dormir aquí abajo.

—¿Y por qué no te quedaste conmigo?

—¿Quedarme contigo? ¿Dónde?

—En la habitación. En la cama.

—¿Cómo? ¿Que me quedase contigo? ¿Desde cuándo te gusta compartir cama conmigo? —exclamo con una mirada de reproche—. No me gusta que te rías de mí, Teresa.

Me levanto arrastrando la silla más de la cuenta, pero es debido al cabreo que me han provocado sus palabras. Sabe lo que siento por ella y no le ha importado soltar eso así, como si nada, como si me hubiese invitado a ir al cine. ¡Lo mismito es!

—Simón, no me estoy riendo de ti, nunca lo he hecho y nunca voy a hacerlo —dice, en un susurro, pero su tono es de total convicción.

Me quedo de piedra al ver que me dedica una preciosa sonrisa y entrelaza sus dedos con los míos. Con su otra mano, altera mi piel al posarla sobre mi mejilla.

—¿Qué es lo que haces? —Me estoy poniendo nervioso, demasiado, y lo que no es nervioso, también.

—Simón, yo... necesito que hablemos.

—¿De qué necesitas hablar? —Creo que me da igual lo que quiera decirme si sigue acariciándome de esa manera.

Se queda callada, mirando despacio cómo las yemas de sus dedos recorren mi rostro. Cierro los ojos y dejo que haga conmigo lo que quiera. Cuando los abro, sus caricias recorren mi cuello y ponen en alerta todo mi cuerpo. Sus extremidades tiemblan al ponerlas detrás de mi cabeza y las mías van a parar a su cintura.

Estoy por abalanzarme sobre sus labios...

—¡¡Yujuuuuu!! ¿Estamos esta mañana un poco más tranquilitos?

—¿Nos fumamos la cachimba de la paz?

Escuchamos así, de pronto, unas voces que vienen del pasillo. Nos sobresaltamos al escucharlas y Teresa casi tropieza con sus propios pies al separarse de mí. Me mira con los ojos clavados en los míos y la respiración alterada. No sé si es mi calentamiento, pero estoy seguro de que, si no llega a ser por la interrupción, la cocina se hubiese convertido en mi lugar favorito de la casa.

Como no, esa primera voz es de mi abuela, tan oportuna como un dolor de huevos. La segunda voz pues es de Lorenza, la matriarca de los líos. Cuando mi amiga y yo nos giramos, vemos por el marco de la puerta sendos pañuelos blancos ondeando de arriba abajo, mientras ellas están escondidas tras la pared.

Pongo los ojos en blanco. Y luego me preguntan que por qué me enfado con ellas.

—¿Podemos pasar sin que nos mates, Simón?

—Ganas no es que me sobren, pero esta es tu casa, abuela —respondo

alejándome de mi compañera para hacerme otro café.

—Uy, Teresa, ¿estás bien? ¿Tienes fiebre? —Se avanza Lorenza a tocar su frente—. Estás muy sofocada.

—No, yo... yo... estoy bien —dice aturdida. Se sienta en la silla que antes había ocupado sin saber dónde mirar. Mi abuela se pone a su lado.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, de verdad.

—¿Qué tenéis para desayunar? ¿Me habéis dejado algún cruasán de esos tan ricos que hace tu ex?

—¡Hoy no hay nada de su ex!

Escupo el café de mi boca cuando oigo la exclamación de mi amiga. Al levantar mi mirada, me doy cuenta de que no soy el único que ha pegado un brinco al escucharla. Lorenza se ha vuelto a mirarla con los ojos desorbitados y mi abuela, del salto que ha pegado, se ha levantado de la silla.

Cuando alcanzo a ver el rostro de Teresa, veo que todo su cuerpo está tenso y creo que, de un momento a otro, va a empezar a darle vueltas la cabeza, igual que la niña del exorcista.

¿Qué narices le pasa esta mañana?

Mi abuela y su acompañante se miran, cómplices de no sé qué y empiezan a reírse como si les fuese la vida en ello. Mientras ríen, avanzan hasta llegar al lado de Teresa y, una por cada lado, la abrazan.

—¡Esto es mucho mejor de lo que me pensaba! —Y dicho esto, siguen con lo suyo.

—No, nada de esto está bien —añade ella, y baja la cabeza para esconderla entre sus manos.

—Claro que sí, mi vida. ¿O acaso no te has dado cuenta todavía de que esto es justo lo que necesitas?

—Lo que necesitan —la corrige Lorenza, que mira a mi amiga y luego a mí, a la vez que me guiña un ojo.

Yo sigo de espectador de algo, no sé bien de qué, pero parece la última parte de una historia de la cual me he perdido las anteriores. No entiendo nada.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando aquí? —Exijo a las tres mujeres, que me miran asombradas. Bueno, Teresa no, que sigue con la cabeza agachada.

—De verdad que pensé que esta generación de hombres sería mucho más espabilada que la nuestra —dice bajito Lorenza, pero la oigo.

—Por eso están investigando si hay vida inteligente en otros planetas —le contesta mi adorada abuela.

—¡¿Qué, de pitorreo?! —exclamo con los brazos en jarras al acercarme a

ellas—. ¿Qué narices me estáis ocultando?

Mi abuela se levanta de su asiento y me coge por el codo para que la acompañe al recibidor. Estoy mosqueado, muy mosqueado. No solo les vale con sacarme de quicio con lo que hicieron ayer, no, ¡qué va! Ellas si hacen algo, lo hacen a lo grande, que también tengo que ser el último gilipollas en enterarme de las cosas. O en no enterarme, puesto que es el caso.

Veo como mete mano a su bolso, que todavía no se había quitado, y saca del monedero un billete de diez euros.

—Anda, ten. —Me da el billete—. Tráeme unos cruasanes de la panadería de Marisa.

—No pienso bajar al pueblo —le digo, negándome en rotundo—. Además, yo ya he desayunado. Si tienes hambre, baja tú.

—Venga, Simón, cariño.

—Ni cariño ni porras, no pienso moverme de aquí hasta que alguna de vosotras me diga lo que está ocurriendo. —Sigo en mis treces, plantado delante de mi abuela con los brazos cruzados.

—Simón, yo no puedo decirte nada.

—Pues si no puedes decirme nada, me vuelvo a la cocina. Lorenza o Teresa me lo dirán.

—¡No! —me grita sujetándome por el brazo para que no dé un paso más—. Simón, por favor, deja que nosotras hablemos con Teresa.

—Pero ¿hablar de qué, abuela? ¿Qué es lo que pasa? —Y, de pronto, una idea me asalta y me asusta—. ¿Teresa está enferma?

Tengo que recostarme contra la puerta de entrada al pensar que eso pueda ser posible. Claro, por eso tanto secretismo, por eso solo lo saben ellas. Teresa no sabe cómo decírmelo. Por eso estaba tan cariñosa esta mañana. Por eso quiere hablar conmigo. Ay, joder, y yo, ¿qué hago? ¿Cómo reacciono cuando me lo cuenta? ¿Y si está enferma y me dice que le quedan dos telediarios? Ay, Señor, ¿por qué eres tan cruel conmigo?

Me están entrando sudores, al igual que un pollo asado, y creo que me he puesto blanco, pues mi abuela viene a mi lado y me arropa la cara entre sus manos.

—No, cariño, no es eso. Teresa está perfectamente.

—¿Me lo prometes, abuela? —pregunto cogiendo sus manos con un gesto temeroso.

—Te lo prometo —me dice con una tierna sonrisa.

—¿Me juras por el abuelo que a Teresa no le pasa nada? ¿Que no le quedan dos telediarios?

—¡Por Dios! Mira que eres melodramático —responde riendo.

—Júramelo, abuela.

—Te lo juro, mi niño. —Vuelve a sonreírme y me da un beso en la mejilla—. Venga, ve a buscar las pastas, así nosotras hablamos con tu chica. Estoy segura que antes o después, bueno no, mejor antes, ella misma te dirá lo que le pasa.

—¿Mi chica? Eso tiene gracia, abuela.

—Claro que la tiene, lo que pasa es que tú no se la ves.

Me pega cuatro cachetes en el culo y me empuja, con mucha delicadeza, a que salga de su casa y baje al pueblo a buscarle los dichosos cruasanes.

Mientras camino calle abajo, voy dándole vueltas a la mañana tan extraña que ha amanecido hoy. Teresa cariñosa conmigo y que algo le pasa para que esté así. Mi abuela y Lorenza que se quedan con ella para tener una conversación de la cual yo no puedo ni enterarme. Y encima, mi abuela me manda a comprar a la tienda de mi ex. Pero no, espera, que lo mejor es lo que ha dicho; ¿mi chica? ¿Qué es la verdad? Estoy completamente perdido.

Al menos mi abuela me ha dicho que a Teresa no le pasa nada grave. Eso me tranquiliza mucho, pero, por otro lado, sigo dándole vueltas a eso de lo que tienen que hablar. ¿Qué será eso tan misterioso?

Yo no sé quién fue el iluminado que dijo que las mujeres deberían venir con un manual de instrucciones, pero yo te aseguro que ni con una enciclopedia entera entendería a las mujeres que se han quedado en casa.

Llego a la panadería de Marisa. Cuando abro la puerta, observo que el interior no es para nada como lo recordaba. Ha sido reformado y he de decir que ha quedado muy bonito, con más luz, más moderno, pero con ese inconfundible olor a pan, a dulces que siempre ha desprendido. No veo a nadie, ni clientes ni a ella, pero el timbre de la puerta, de esos que cuando alguien entra emite un sonido, la avisa y la veo aparecer por la trastienda, sacando junto a ella una bandeja de cruasanes recién horneados.

—Hola, Marisa.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí. ¿A qué debo el honor de que te dignes a venir a mi humilde morada? —pregunta ya, de buena mañana, con ganas de pelea. Joder, empezamos bien. Deja la bandeja sobre el mostrador.

—Hola, Simón. ¿Qué haces aquí? —añado yo mismo el saludo que esperaba de ella—. He venido a por unos cruasanes. —Señalo el expositor donde los ha dejado antes—. ¿Me pones unos cuantos?

—Vaya, ¿ahora te dignas a comprarme algo? —Ese tonito que emplea no me gusta ni una pizca—. ¿Tu novia no te ha dado nada para desayunar?

—He desayunado muy bien, gracias por preocuparte por si había tomado la comida más importante del día —respondo con la poca paciencia que me queda—. Mira, Marisa, es muy temprano y no me apetece discutir contigo. ¿Me vas a atender

o me marcho a otro sitio?

Ella se queda en silencio, mirándome fijamente a los ojos y deduzco que con ello me pide disculpas, aunque, como la conozco demasiado bien, sé que no las pronunciará.

—Tienes razón, no sé porqué me he puesto así contigo. Tú no has hecho nada malo.

—Nadie ha hecho nada malo. —No entiendo qué quiere decir.

—Simón, ¿podemos hablar un momento?

—¿Hablar? ¿De qué? —¿Qué les pasa hoy a las mujeres que quieren hablar conmigo? Que una mujer quiera hablar contigo, ya es malo, pero que sean dos...

—Ven conmigo a la trastienda.

Sale de detrás del mostrador y me tiende una mano para que la siga. No estoy muy convencido de hacerlo, miedo me da lo que Marisa quiera decirme. La miro durante unos segundos y me sonrío. Ante esa sonrisa, mis pies cobran vida y se encaminan a su lado.

Al entrar en esa pequeña sala, el olor a dulce es mucho más pronunciado y agradable. También está reformada, y al pasear mis ojos por ella, observo una mesa cuadrada llena de otras bandejas con panecillos pequeños. Y por una milésima de segundo, por un segundo muy pequeño, muy pequeño, aparece en mi mente la última vez que Marisa y yo lo hicimos sobre esa mesa.

¡¿Qué narices hago yo recreando ese momento?! ¡Ni milésima ni segundo pequeño ni hostias! ¡¿Es que he perdido el juicio?!

—Siéntate aquí, por favor. —Marisa me indica la silla que hay a su lado. Debido a mi enajenación mental, no me he dado cuenta de que ella ya está sentada.

—Marisa, no tengo mucho tiempo —le digo, mirando el reloj de mi muñeca.

—Solo será un momento. —Carraspea y se acerca más a mí. Me coge una de mis manos que tengo apoyada sobre mis muslos.

—¿Qué haces? —pregunto, sobresaltado con su gesto, que aparto enseguida.

—Simón, quiero que volvamos.

—¡¡¿¿Cómo??!!

Me quedo con los ojos como platos y la cara de auténtico tonto al escuchar la petición de mi ex. Que volvamos, dice. Pero ¿es que se ha vuelto loca? Llevamos cinco años sin vernos y ahora, que he vuelto al pueblo con mi supuesta novia, me pide que la deje y vuelva con ella. ¿Esto es una broma?

Me levanto de la silla, dispuesto a irme de este lugar.

—Simón, dame una oportunidad —murmura al levantarse y me detiene poniendo su mano sobre mi hombro—. No sabes cuánto me arrepiento de lo que hice. Cada día que pasa me recuerdo a mí misma lo idiota que fui por haberte

dejado escapar.

—Marisa, es un poco tarde para lamentarte. Nuestro momento ya pasó y no va a volver —le digo al girarme y mirarla a los ojos.

Y la dejo ahí, detrás de la cortina que separa la recámara de la tienda, propiamente dicha, y alcanzo el pomo de la puerta. Escucho sus pasos detrás de mí y lo peor de todo es que noto cómo sus manos se entrelazan en mi cintura, abrazándome, apoyando su cabeza en mi espalda.

—¿Qué cojones estás haciendo? —Separo el contacto de sus manos con mi cuerpo, sujetándoselas para que no me toque. Al volverme y mirarla de nuevo, su rostro aparece ante mí totalmente compungido.

—No, no digas eso, por favor —dice con una muestra de súplica en su voz. Se vuelve a acercar a mí—. Podemos volver a intentarlo. Tú me has perdonado y sé que sientes algo por mí.

—Marisa, no te confundas, todo lo que sentía por ti murió el mismo día que me dejaste plantado para fugarte con mi primo.

—Pero si me quisiste una vez, puedes volver a hacerlo. —Ahora su voz es más desesperada—. Deja a Teresa y vuelve conmigo.

—No pienso dejar a Teresa porque me lo pidas. ¡Ni aunque no me lo pidas! Es mi chica, estoy enamorado de ella y la quiero.

—No, no la quieres, es imposible que estés enamorado de alguien como ella. No la quieres como me quisiste a mí, como sabes que todavía me quieres. No me creo que ella te dé ni la mitad de lo que yo te daba. ¡Tú no la quieres!

—En eso tienes razón. Lo que ella me da es infinitamente mucho mejor que todo lo que obtuve de ti. Ella es sincera en sus sentimientos, lo es cuando está conmigo. No finge quererme.

—Yo nunca fingí quererte. Solo fue que... —Una lágrima empieza a rodar por su mejilla. Bueno, ya estamos con la llorera. Pero ahora no voy a sucumbir, ya no—. Solo fue que tú pasabas mucho tiempo en el trabajo y yo...

—¡Manda cojones! ¡¿Ahora la culpa es mía?! —le grito, sin importarme que su llanto sea mucho mayor. La miro lleno de rencor—. Me pasaba el día trabajando mientras que tú, con la excusa de la enfermedad de tu padre, volvías al pueblo y te tirabas a mi primo. ¡¡A mi primo!!

—¡Me sentía muy sola! ¡Siempre estaba sola! Te dije muchas veces que no estaba hecha para la ciudad. ¡Pero a ti te dio igual! —berrea, escupiéndome las palabras con maldad.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que dejara mi trabajo y me mudara aquí? ¿Que me mantuvieras?

—Si de verdad me hubieses querido, lo habrías hecho. Podías haber trabajado aquí, conmigo, en la panadería.

—¡Maldita sea, Marisa! ¡Yo te quería! ¡Te quería de verdad! ¡Eras lo único que me importaba en esta asquerosa vida! —exclamo, fuera de tono, fuera de mí—. Pero si te sientes mejor echándome las culpas a mí, hazlo. Nunca has sabido reconocer tus errores.

La miro lleno de asco, de una rabia contenida que necesito descargar contra algo. Y solo lo hago presionando mis uñas contra mis palmas, apretando mi maltrecha mandíbula, haciendo chirriar los dientes. Tensando todos mis músculos.

—Ahora lo estoy haciendo, ahora estoy reconociendo mi error al dejarte. Por favor, volvamos a intentarlo.

—Marisa, te he dicho que no va a haber una segunda oportunidad entre nosotros.

—Por favor. —Se pone de puntillas para estar algo más a mi altura. Rodea mi rostro con sus dedos e intenta besarme.

—Ni lo intentes —respondo con los dientes apretados. La separo de nuevo de mi piel y ahora sí que abro la puerta para marcharme—. Escúchame, y escúchame bien; jamás, jamás voy a volver contigo.

Y ahora sí que doy media vuelta y me marcho.

## Teresa

—Bien, mi nieto ya se ha ido, así que empieza a hablar antes de que vuelva, que cuando quiere, se da unas prisas... —comenta Petra, que toma asiento a mi lado. Lorenza está a mi otro lado, así que estoy acorralada.

—Eso, venga, canta pajarillo.

Miro de reojo a la amiga de la abuela de Simón y luego a la susodicha. Odio cuando se ponen en plan cotillas del año. Pero es que yo también les doy pie a ello, con lo bocazas que soy últimamente, les estoy dando rienda suelta a que vean un culebrón en vivo y en directo.

—Vale, está bien. —Cierro los ojos y me restriego las manos por la cara—. Esta mañana me he despertado temprano para preparar el desayuno. Simón seguía durmiendo y yo no quería hacer ruido, así que... que...

—¿Que qué? —preguntan las dos, intrigadas.

—Pues que... —respondo y noto como me pongo roja—, que me he quedado observándolo mientras dormía.

Ambas mujeres me miran cómplices de lo que mis palabras significan. Y sí, me he quedado mirándolo como una auténtica idiota, sentada en el suelo, frente a él, definiendo el ritmo de su respiración. No me habría importado que se hubiese despertado en ese momento y me hubiera descubierto. No me habría importado que me pidiera que lo acompañase en el sofá. No me habría importado volver a estar entre sus brazos.

—Pero ¿por qué te paras? Sigue, sigue —me incita Petra con un gesto de la mano. Mejor será.

—He permanecido en ese estado unos minutos, hasta que el asqueroso sonido

del claxon de la camioneta de Marisa ha hecho su aparición. *Pí, pí, pí ¡Dios, no dejaba de pitar! Me he asomado a la ventana y he visto como su mirada se dirigía hacia donde estaba yo. Simón seguía sin ser consciente, así que he bajado la persiana para amortiguar algo más el escándalo, pero como ella no dejaba de insistir, he salido a la calle a decirle que parara.*

*—¿Os habéis peleado en la calle? ¡Guerra de leonas! —exclama Lorenza con los brazos en alto—. ¿Por qué no nos has avisado?*

*—¿Te quieres callar? —la amonesta la amiga—. Venga, continúa.*

*—Cuando he abierto la puerta, lo he hecho de muy malas maneras...*

*—¿Quieres dejar de tocar el claxon? —Le he gritado, igual que si ella llevara un capote y yo fuese un toro a punto de embestirla. Ella se ha girado y me ha mirado retadora.*

*—Perdona, guapa, pero este es mi trabajo, así que tengo que avisar a los del pueblo de que he llegado —me dice toda chula, con las manos en su cintura.*

*—Los del pueblo ya te conocen y saben a qué hora vienes. No hace falta tanta insistencia. —Le recuerdo también con los brazos en jarras.*

*—¿Qué pasa? ¿Que he despertado a la princesa?*

*—A mí no, pero Simón sigue descansando y no me gustaría que lo despertaras.*

*—Simón no tiene mal despertar, ¿o es que no lo sabes? —Se pone una mano tapando su boca—. ¿No será que no dormís juntos?*

*—Lo que hagamos Simón y yo no es de tu incumbencia —le escupo a la cara.*

*—En eso te equivocas. —Me señala con el dedo—. Conozco a Simón desde hace mucho más que tú y desde que está contigo siempre está enfadado, se altera por cualquier cosa, así que sí, es de mi incumbencia lo que le estés haciendo.*

*—Me resulta irónico que te preocupes por lo que supuestamente le estoy haciendo yo y te importe una mierda lo que tú le hiciste. —Me aproximo más a ella y la amenazo a que me responda.*

*—Tú no tienes ni puñetera idea de lo que pasó entre nosotros —me grita, dando un manotazo a la puerta de la furgoneta.*

*—Sé que lo engañaste con su primo, con eso tengo bastante —le recrimino furiosa por el daño que tuvo que hacerle a mi compañero—. No vuelvas a acercarte a él, ¿me oyes? Deja a Simón en paz.*

*—Tú a mí no me amenazas, bonita. —me dice con un tono petulante—. Si quiero volver con Simón, ten por seguro que lo haré. Tú no me llegas ni a la suela de los zapatos, así que pronto se cansará de ti y ahí estaré yo,*

*esperándolo. Él siempre me ha querido, nunca ha dejado de quererme.*

*—Qué lástima que no sepas separar la vida real de la que te montas en esa cabeza tan llena de pájaros que tienes —le contesto con voz firme—. Simón nunca volverá contigo. Él ya no te quiere.*

*—Eres tú la que tiene que abrir los ojos. Es a ti a la que no quiere, o ¿por qué piensas que ha venido con tanta antelación a la boda? ¿Por ti? ¿Por acompañarte? ¡Ja! Vamos, no me hagas reír.*

*—Te lo voy a repetir una vez más, no te acerques a Simón.*

*—O ¿qué? —vuelve a retarme, mirándome con desprecio—. Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer, niña. Si Simón está contigo es porque eres una muerta de hambre que no tiene donde caerse muerta. Nunca olvides eso, cenicienta.*

*—Prefiero ser una muerta de hambre antes que una mujer sin escrúpulos. Nunca olvides eso, Madame Bovary.*

*—Y entonces ha sido cuando he vuelto a casa —finalizo mi relato matinal.*

*—¿Habrás visto semejante sinvergüenza?! —exclaman las dos amigas—. Ya era hora de que alguien pusiera a esa buscona en su sitio. ¡Mira que llamarte muerta de hambre! ¡Ella sí que es una doña nadie!*

*—Estaba furiosa con Marisa y su insistencia, y no he podido evitarlo. —Golpeo la mesa con la mano, dejando muestra de mi humor, de mi pésimo humor. Las dos mujeres me miran con una sonrisa torcida—. ¿Por qué no lo deja en paz? ¿Es que todo este tiempo ha estado persiguiéndolo?*

*Me levanto de mi sitio, paseando por la pequeña cocina igual que un león enjaulado hasta que, dos pasos después, me doy cuenta del numerito que he montado delante de las señoras. Otra vez he dejado ver mi lado primitivo llamado celos. Y otra vez, me sonrojo de la vergüenza.*

*Inclino la cabeza hacia un lado y miro de reojo a mis espectadoras para confirmar que siguen con esa curvatura diabólica en sus labios.*

*—Cariño, tú no le hagas caso, que mi nieto no va a volver con ella ni harto de vino —dice Petra al abrazarme por los hombros.*

*—Yo no estaría tan segura —declaro en voz baja.*

*—¿Por qué dices eso? ¿Es que entre mi nieto y esa mujer ha pasado algo que yo no sé? —Me mira asustada.*

*—Que no sabemos —aclara Lorenza, señalando a ambas con el índice.*

*—No, que yo sepa, pero Marisa no va a dejar de intentarlo.*

*—Pues inténtalo tú también —me habla ahora Lorenza con sinceridad—. ¿Cuándo vas a decirle a Simón lo que sientes?*

—Bueno, esta mañana he intentado hablar con él.

—¿Y no lo has hecho? ¿Por qué? —Las dos señoras plantan un codo sobre la mesa y sujetan su barbilla con una de sus manos.

—Porque habéis aparecido y me habéis cortado el rollo —suelto con una sonrisa perdonavidas.

—¡Oh! —exclaman con la «o» marcada en sus labios—. ¿Lo ves? Es culpa tuya. Si no insistieras tanto en ver a mi nieto, ahora estarían haciendo sus cosas.

—¿Culpa mía?! —Se señala Lorenza con el dedo—. ¡Pero si eras tú la que querías venir para coger las cosas del gimnasio!

—¡El *aguafilnes*! —Petra mira su reloj—. La clase empieza a las once y vamos a llegar tarde.

Se levanta con una agilidad asombrosa, que ya la quisiera yo, y se enfila escaleras arriba a buscar las cosas a su habitación. Todavía no entiendo por qué sigue teniendo cosas aquí si se pasa el día en casa de Domingo.

Lorenza se acerca a mí y me habla bajito.

—Teresa, no tardes mucho en abalanzarte sobre Simón. Disfruta mucho de él y de todo lo que tiene para ofrecerte, que no es poco, con ese cuerpo que se le ha puesto...

—¡Lorenza! —la regaño.

—Ay, sí, perdón, que me pierdo —dice dándose aire con las manos—, pues eso, que no malgastes el tiempo escuchando las sandeces que pueda decirte Marisa y lánzate a lo que de verdad importa. Has de aprender a ser feliz, Teresa.

—Lo intentaré. —Le sonrío y ella acaricia mis mejillas—. Gracias, Lorenza.

En ese instante, un sonoro portazo nos llega a los oídos haciendo temblar toda la casa. Ambas nos quedamos asustadas en nuestros asientos, y no es hasta que los pasos de Simón se acercan a la cocina que vemos que la cara de cabreo de mi amigo es equiparable al portazo.

—¿Se puede saber a qué vienen esos malos humos?! ¡Terminarás rompiendo la puerta! —clama Petra al bajar con la mochila de deporte colgada del hombro—. ¿No has traído los cruasanes?

Simón la mira de reojo con un no como respuesta. Abre la puerta de la nevera y coge una botella de agua y bebe a morro. Qué clase tiene. Cuando vuelve a dejar la botella en su sitio, me fijo en su mano. Me levanto para confirmar que tiene los nudillos raspados y con algo de sangre.

—Simón, ¿qué te ha pasado? —le digo con su mano entre las mías.

—Nada, no es nada —añade, y aparta su mano con brusquedad. No dice nada más, solo lo veo salir de la cocina y dirigirse hacia la parte de arriba de la casa.

—Nosotras mejor nos vamos. —Le hace un gesto con la cabeza Petra a su amiga para que se levante. Me susurra—. Estoy segura que se ha liado a

puñetazos con el árbol que hay aquí al lado.

—¿Con el árbol?!

—Sí, siempre lo ha hecho. De pequeño, cuando se enfadaba con alguien, le pegaba patadas, incluso se rompió la uña del dedo gordo de un pie. Estoy segura que ahora se ha enfadado con Marisa.

—Pobre chica —pronuncia Lorenza con ironía—, esta mañana ha recibido por todos lados.

Me guiña un ojo, ambas se despiden con un beso, que me lanzan desde la puerta, y se marchan.

Me quedo sola en la cocina, dándole vueltas a las palabras de Petra, encajándolas en mi cabeza. El malhumor de Simón se debe a que ha discutido con Marisa y su puño, malherido, a que se ha liado a puñetazos con el pobre árbol.

Decido subir para hablar con él. Quiero, no, no quiero, necesito que me aclare qué es lo que ha pasado con Marisa cuando la ha visto esta mañana. ¿Qué le habrá enfadado tanto? ¿Qué habrá sido capaz de decirle esa mujer? ¿Le habrá dicho que ella y yo hemos tenido unas palabras esta mañana? De esa mujer me puedo esperar cualquier cosa.

Subo en silencio por las escaleras, prestando atención a los sonidos que oigo a medida que voy avanzando. Los ruidos que escucho no son más que palabrotas de mi amigo que distingo con claridad y que vienen del baño. Me asomo con cuidado por la puerta, que está entreabierta, y observo lo que hace. Me limito a sonreír al verlo sacar todo el arsenal que tiene Petra para los primeros auxilios. Hasta un termómetro saca, que ya me dirás tú para qué lo necesita. Igual se piensa que de esta no sale.

Se queda mirando con mucha atención el lavabo lleno de botes, tiritas, gasas y un largo etcétera. Seguro que está evaluando el producto más efectivo y menos doloroso para ponerse en las heridas. Creo que es hora de intervenir.

—Anda, déjame a mí —digo al entrar.

—¡Teresa! —Se sobresalta al verme—. ¡Qué susto me has dado!

—Perdona, no quería asustarte. —Me acerco a él y le tomo la mano dañada—. Siéntate para que te cure estas heridas.

No dice nada, solo asiente y saca el taburete que su abuela tiene en el baño y se sienta en él. Mientras, retiro todos los bártulos y los guardo en su sitio, dejando sobre el mueble un bote de antiséptico y unas gasas. Le limpio primero un poco la herida con agua y jabón, con mucho cuidado para que no se queje. Apenas tiene unos rasguños, pero me quedo acariciando sus manos con las yemas de mis dedos.

Me gustan las manos de mi compañero, su suavidad, lo que me provocan cada

vez que rozan mi piel y, aunque se muerda las uñas y eso le dé un aspecto descuidado, para mí son perfectas. Son las únicas que deseo que me acaricien. Son las únicas que me reconfortan.

—Teresa, ¿estás bien?

—Sí... yo... perdona —contesto abochornada. Me vuelvo para coger las cosas y empezar a curarlo.

—¿No vas a preguntarme cómo me he hecho esto? —comenta al señalarse sus nudillos con las cejas.

—No.

—¿No?

—Ya sé que le has pegado un puñetazo al árbol.

—¿Al árbol? ¿Cómo sabes tú...? —se calla y niega con la cabeza—. Mi abuela, claro.

—Ella me ha contado que tienes la fea costumbre de pelearte con el árbol de la entrada, pero no sé el porqué.

Se queda sin decir nada. Termino de limpiarle las heridas con una gasa y él se mira la mano, como si estuviera evaluando mi trabajo. Como parece que se ha quedado conforme, recoge las gasas e intuyo que va hacia la cocina a tirarlas a la basura. Y me deja ahí, plantada en medio del baño, sin darme una respuesta, poniéndome nerviosa su actitud. Y me huelo que, al dar la callada por respuesta, la cosa no pinta bien.

Voy hacia el piso de abajo bastante alterada. Si se piensa que se va a ir de rositas, va listo. Lo encuentro en la cocina, como imaginaba, limpiando los restos de nuestro desayuno.

—¿No piensas contestarme? —le hablo, dejándole entrever con mi tono que, de momento, no voy a perder los nervios.

—¿A qué? ¿Qué me has preguntado? —Bien, creo que los voy a perder antes de tiempo.

—¿Qué te ha pasado con Marisa?

—No me ha pasado nada con ella.

—No me tomes por idiota, Simón. —Me acerco más a él y le tomo la mano dañada—. Sé de sobra que los golpes que tienes son culpa de ella.

—Solo he discutido con ella por una tontería —dice, restando importancia al alejar sus dedos de los míos. Y a mí, me está empezando a hervir la sangre.

—Y si es una tontería, ¿por qué no me la cuentas? —le pregunto con los brazos cruzados y golpeando el suelo con mi pie derecho.

Me da la espalda y empieza a enjuagar las tazas. Espero, sin mucha paciencia, a que hable y cuando por fin abre la boca, suelta la peor de mis pesadillas.

—Marisa me ha pedido que vuelva con ella.

—¿¿¿Que te ha pedido qué?!! —Al final, exploto. Lo miro enfurecida cuando lo tomo del brazo y lo obligo a dar media vuelta.

—Me ha dicho que quiere que lo volvamos a intentar.

Noto cómo el calor sube hacia mi rostro, cómo el rojo más absoluto cubre mi cara. Lo sabía, sabía que algo así iba a hacer, y más después de lo ocurrido esta mañana.

No me queda más remedio que preguntarle a Simón por la respuesta que le ha dado a su ex.

Tengo que saberlo, tengo que saber si vuelven a estar juntos. He de saber si he de enterrar lo que siento para siempre. Pero antes de eso, tengo que sujetarme a la mesa. Por muy molesta que pueda estar, el temblor de mi cuerpo se acentúa ante lo que puede avecinarse.

—Y tú, ¿qué le has contestado?

—¿Cómo que qué le he contestado? —me responde con mi misma pregunta. Deja el trapo colgado en la maneta del horno y tuerce la nariz, mirándome como si fuese una niña pequeña a la que le tiene que explicar algo obvio—. ¿Tú qué crees que le he dicho?

—No lo sé, por eso te lo pregunto. —Lo reto, con los brazos en jarras, a que hable de una vez, pero sigue recogiendo las cosas sin contestarme—. Vaya, veo que no tienes intención de decírmelo, así que, si eso es lo que quieres, muy bien, no lo hagas. ¡Puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana!

Y enrabiada, me dirijo hacia la puerta de entrada. Necesito salir y tomar aire fresco, pasear y centrar mis ideas y mis sentimientos. No, mis sentimientos están centrados, y ahora mismo, es lo peor que me podía pasar. ¿Qué significa que no me diga su respuesta? ¿Cómo se supone que debo saberla si lo he visto abrazando a esa mujer? Si tienen un pasado en común... ¡Maldita seas, Marisa!

—¿Adónde te crees que vas en pijama? —susurra, junto a mi oreja, a la vez que me acorrala entre su cuerpo y la puerta. Bajo la mirada y observo mi aspecto y, efectivamente, voy con el pijama puesto.

—Simón, déjame salir.

—No. No pienso hacerlo hasta que te gires y me digas por qué estás enfadada conmigo.

—Yo no estoy enfadada contigo.

—Sí, sí que lo estás.

—No, no lo estoy.

—Que sí. —Empiezo a irritarme un poco más.

—Muy bien, ¿quieres saber por qué estoy enfadada contigo? —Me giro y me encaro a él. Lo miro mosqueada a pesar de la cercanía de su cuerpo con el mío

—. ¡Has vuelto con Marisa! ¡Por eso me tienes alterada, porque no quieres decirme la verdad!

—Pero ¿de dónde sacas eso? —pregunta alucinado—. No he vuelto con ella, ni pienso hacerlo. Eso es lo que le he dicho.

—Acabarás volviendo con ella.

—No, no volveré con ella.

—Sí, sí que lo harás.

—Te estoy diciendo que no pienso volver con Marisa.

—Y yo te estoy diciendo que sí que lo harás.

Se calla un momento de su enfrentamiento verbal conmigo y me lanza una mirada de suspicacia, donde las arrugas se muestran en su nariz. La mirada divertida que me echa no me gusta, es más, me está cabreando hasta llegar a un límite que nunca he alcanzado.

—Estás celosa. Enfadada y celosa.

—No estoy celosa.

—Me encanta cuando te pones cabezona —añade sonriendo de medio lado—. Enfadada, celosa y cabezona.

—Pero mira que llegas a ser *porculero*. ¡Que no estoy celosa!

—Estás celosa y no quieres reconocerlo.

—Muy bien, señor Pitoniso, según tú, ¿de qué estoy celosa? —digo con los brazos en jarras.

—No se trata de qué, sino de quién.

—Muy bien, pues ¿de quién se supone que estoy celosa?

—De Marisa.

—¿Yo?! ¡¡¿Celosa?! ¡¡¿Celosa de esa?! ¡Ja!

Me mira perplejo ante mi respuesta y empieza a carcajearse, así, dando rienda suelta a que las risas convulsionen su cuerpo. Lo empujo con fuerza hacia atrás, no soporto que se ría de mí, que me conozca tan bien, pero apenas consigo moverlo, y mucho menos que deje de reír. Por tanto, vuelvo a darme media vuelta para salir al exterior, me importa poco que vaya en pijama.

Cuando consigo accionar la maneta, Simón pone una mano sobre la puerta y la cierra de golpe. En un segundo, rápido pero delicado, consigue tenerme frente a él, descubriéndome con su mirada sin que yo oponga resistencia. Arrastra su nariz por mi cabello, por mi cuello, jugueteando con él mientras pasea sus labios por mi piel sin llegar a besarla. Un enorme escalofrío me recorre entera a la vez que vuelvo a quedar pegada a su fornido pecho, rodeada por sus enormes brazos. Si era imposible que estuviese más cerca, Simón acaba de romper esa milimétrica lejanía. Lo tengo tan cerca de mí que me falta el aire, pues no corre ni una gota entre nuestros cuerpos. Está tan cerca que temo que pueda leer mis

pensamientos. Que sea capaz de leer mis sentimientos.

—No tienes que tener celos de Marisa. Ni de ella, ni de ninguna otra mujer — dice ahora bajito, mientras besa despacio mi mandíbula.

—Te repito que no estoy celosa —le vuelvo a dejar claro con una inminente flojera de piernas.

—Y yo te repito que sí lo estás.

—Que no.

—Shhh. —Me hace guardar silencio al poner su pulgar sobre mis labios y acariciarlos—. ¿Qué estamos haciendo, Teresa?

—¿Qué estamos haciendo con qué? —Dejo caer en un susurro, puesto que apenas me sale la voz.

—Con nosotros —pronuncia esa palabra con suavidad—. Quiero algo más que esto, algo más que estas caricias que me dejan un extraño sabor en todo el cuerpo. ¿Qué soy para ti, Teresa? ¿Sigo siendo solo un amigo?

Ahora soy yo la que se toma la libertad de pasear mis manos por su rostro, resbalando mis yemas por el contorno de su barba descuidada de varios días.

—No, no solo eres mi amigo, Simón.

—¿Entonces?

—Entonces espero que no sea demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué?

—Para esto.

El hecho de que no consiga que salgan las palabras, me da las fuerzas suficientes para demostrarle lo que siento.

Y voy y lo hago.

Le beso.

## Simón

Y va y lo hace.

Me besa.

Y me pilla desprevenido, pues claro, con tanto «no estoy celosa», pero me derrito cada vez que me tocas, porque sí, eso lo he notado, y esos gemidos... me tiene totalmente confundido. Así que me voy a dedicar a dejarme llevar por esta dulce caricia que doña contradicciones me regala y que necesito más que cualquier otra cosa. No he sido capaz de olvidar el sabor de sus labios en todo este tiempo y ahora vuelvo a saborearlos conteniendo mi urgencia por hacerlos míos de nuevo, rozándolos con una delicadeza extrema. Acerco a Teresa más a

mi cuerpo cuando entiendo que su lengua quiere jugar un rato con la mía, así que la invito a mi cuarto de juegos.

Gimo sin importarme que me escuche, algo descontrolado por todo lo que me provoca este beso, y es que estoy en el cielo. En el mismo cielo en el que estuve cuando nos besamos y acabamos en mi cama. Aquel que no volví a alcanzar, porque después de eso, no vino nada, solo arrepentimiento y no quiero que esta vez acabe igual.

Despacio, y de muy mala gana, separo mis labios de los suyos. Me quedo por unos segundos observando su precioso rostro que sigue con los ojos cerrados. Es lo más bonito que he llegado a conocer y sé que nunca habrá nadie que me sacuda el corazón con tanta fuerza como lo hace ella.

Suelta el aire lentamente y es entonces cuando alza la cabeza y me mira. Empieza a sonrojarse, como acostumbra a hacer, y ambos sonreímos, aunque ella lo hace con esa pequeña vergüenza que la caracteriza. Esconde su cara contra mi pecho y me limito a abrazarla y atesorar este momento para el recuerdo.

—¿Puedo preguntarte algo? —susurro.

—Claro.

—¿Te arrepientes de esto? —Y mi cuerpo se tensa ante su respuesta.

—No —responde sin dudar. Vuelve a mirarme a los ojos y esta vez lo hace con seguridad—. Nunca me he arrepentido de nada de lo que he hecho contigo.

Sus palabras son lo más bonito que me han dicho nunca y me aferro a ellas para inclinarme a besarla de nuevo.

Maldigo cien, mil veces y todas las necesarias cuando escucho el timbre de la puerta. Como estamos pegados a ella, el ruido que produce nos sobresalta a ambos y eso hace que rompamos el hechizo de nuestro casi segundo beso en menos de un minuto, pero no hace que nuestros cuerpos se separen, siguen fundidos entre nuestros brazos.

—Teresa, ¿estás ahí?

La voz de Domingo es la que suena al otro lado de la puerta y es perfecta para romper el mejor momento que he tenido con mi amiga en mucho tiempo.

Cuando Teresa abre la puerta, aparece un Domingo nervioso que se abalanza a abrazar a mi amiga.

—¡Ay, Teresa! —exclama, al soltarla—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué ocurre, Domingo? ¿Estás bien? —pregunta ella, preocupada.

—No, no lo estoy, por eso tienes que ayudarme.

La coge de las manos y empieza a besárselas repetidas veces, realmente desesperado. Ella me mira arqueando las cejas ante tal arrojito por parte de Domingo. Yo me encojo de hombros, pero sin dejar de mirar al futuro marido de mi abuela, que se está pasando ya con tanto besuqueo hacia mi compañera.

—Domingo, deja ya de manosear tanto a Teresa —le digo, apartándolo de ella. Vale ya de tanto beso—, y haz el favor de entrar y explicarnos qué ha pasado.

Entramos al salón, y antes de que Domingo pueda decir nada, saca de una bolsa que lleva consigo unos trozos de tela de color negro, mal cortados, y nos los enseña. No sé qué significan, pero creo que mi amiga intuye algo.

# 14

—Domingo —dice Teresa con un tono de alerta—, ¿eso no será...?

—Sí —la corta él—. Es mi traje para la boda.

—¿Cómo que estas cosas son tu traje para la boda? —pregunto, ahora yo, al quitarle los trozos asimétricos de las manos.

—¿Qué ha pasado?

—Ay, hija, una desgracia —comenta triste y se sienta en el sofá. Teresa va a su lado—. Genaro, mi sastre, despidió hace unos días a su ayudante y este, en un ataque de furia, cogió unas tijeras e hizo esto. —Señala con la cabeza la bolsa.

—Madre mía. —Teresa se lleva las manos al rostro—. ¿Solo lo ha hecho con el tuyo?

—¡Qué va! Ha hecho lo mismo con todos los que ha encontrado. Creo que Genaro me ha dicho que unos cinco en total. —Domingo vuelve a tomar las manos de Teresa. Mira que está hoy sobón—. Por eso necesito que me ayudes. Necesito que me hagas el traje, Teresa.

A mi amiga se le desmoronan las facciones de la cara y se queda lívida ante tal petición desesperada por parte de Domingo.

—Lo que me estás pidiendo es imposible, Domingo —le habla ella al recuperarse de tal susto—. Apenas hay tiempo para hacerlo y estoy liada con el de Petra. Además, hay que hacerte el patrón, mirar la tela, hacerte las pruebas...

—Lo sé, lo sé, lo sé. —La vuelve a cortar—. Por todo eso, no te preocupes que Genaro me lo facilita, pero lo que no puede ofrecerme es el tiempo para hacerlo. Tiene bodas la semana que viene y está atacado con esos trajes que ha de volver a coser. Por eso recorro a ti; eres mi única y última esperanza.

Teresa se queda que no sabe si reír o llorar por la situación tan comprometida en la que la ha puesto el compañero de vida de mi abuela. Entiendo la preocupación de él, así como el desconcierto de mi amiga. Cada día que pasa, la

boda está más cerca y ya va bastante liada con el vestido de mi abuela como para prometerle a su novio que tendrá el traje listo para el gran día.

—Domingo, ¿no puedes compartir un traje? —pregunto, por dar una solución.

—Nunca me he comprado uno. Los que tengo son hechos a medida, y para mi boda no va a ser menos —declara, como si le hubiese molestado mi comentario.

—¿Y si te pones uno de esos que ya tienes en el armario? —Segunda opción que le propongo.

—Pero ¿has escuchado la tontería que acabas de decir? Ponerme un traje usado para mi boda. ¡Jamás haría semejante ridículo!

Vaya, al parecer ninguna de las dos soluciones son tales. Vaya, vaya con Domingo, al final va a resultar ser todo un presumido. Antes muerto que sencillo.

Así que aquí estamos, como al principio de su relato. La última palabra la tiene Teresa. Los dos la miramos expectantes por una respuesta que, sobre todo, satisfaga al señor mayor de ojos azules.

—Tenemos poco tiempo, pero está bien, lo haré —contesta mi amiga al fin—. Luego hablaré con Lorenza para...

—¡¡No!! —Domingo se levanta como un resorte del sofá—. Ni ella ni Petra pueden saber nada de lo sucedido.

—¿Cómo que no pueden saber nada? —Mi amiga se queda, de nuevo, descompuesta—. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo? ¿Dónde voy a hacerlo si no es en el taller de Lorenza?

—Teresa, si Petra se entera de lo que ha pasado, es capaz de anular la boda. Se pondrá histérica con eso del poco tiempo que queda, y si se lo dices a Lorenza, ten por seguro que mi futura mujer lo sabrá.

—Domingo, estás metiendo a Teresa en un buen lío —argumento a favor de mi amiga.

—Sí, eso también lo sé. —Y ahí está, vuelve a cogerla de las manos y la mira con pesar—. Pero eres mi salvación. Te juro que te lo compensaré.

Ella se muerde el labio, nerviosa por lo que se le avecina y con lo buena que es, estoy seguro de que no sabrá decirle que no a Domingo. Se las ingeniará de alguna forma.

Me acerco a ella, posando mi brazo por sus hombros para intentar transmitirle confianza ante su respuesta. Me mira vacilante.

—Si te digo que sí —articula dirigiéndose a Domingo—, ¿dónde voy a trabajar?

—Aquí mismo, en la buhardilla de Petra —alega sonriente.

—¿Cómo que en la buhardilla de mi abuela? Domingo, que ella todavía vive aquí. ¿Cómo se supone que no va a enterarse? Y no es solo eso —objeta mi amiga—. ¿Dónde voy a conseguir una máquina de coser con tan poco tiempo?

—Petra tiene una máquina guardada arriba que le regaló Lorenza hará unos años, así que no os preocupéis que lo tengo todo pensado. —O sea, que lo tenía todo organizado—. Solo necesito que esta señorita tan encantadora me diga que sí—. Cruza los dedos, igual que si estuviera rezando, y le pone esa mirada de pena a Teresa. Embaucador.

La alejo de la presencia de Domingo y le damos la espalda.

—No tienes por qué hacerlo, Teresa —le murmuro a la oreja.

—Lo sé —dice y se pone delante de mí—, pero si no se lo hago yo, ¿quién lo hace? Además, mira qué cara de perro abandonado tiene. —No, si ya sé la cara que tiene. Teresa me deja ahí plantado para ir de nuevo junto al señor cuentista—. Está bien, lo haré.

—¡Gracias, Teresa, gracias!

El semblante de Domingo cambia por completo, ahora está pletórico y así se lo hace saber a mi amiga al abrazarla con tal ímpetu, que hasta la levanta del suelo.

—Vale, vale, ya me ha quedado claro. —Sonríe ella, y esa sonrisa me hace alegrarme a mí también—. Pero bájame, por favor.

—Está bien, ya te suelto. —La deja en el suelo—. Venga, chicos, os invito a comer.

¿¿¿Ehhh??!! ¿Cómo que nos invita a comer? No, no, no, de ninguna manera. Teresa me ha dicho que íbamos a comer los dos solos y eso es lo que me apetece, y ahora mucho más después de nuestro beso. Quiero que hablemos de eso.

—Está bien —responde ella, todavía contenta. Me mira con ese mismo gesto—. ¿Te parece bien, Simón? —Creo que es la primera vez que quiero matarla.

—Sí, claro, estoy encantado. —Tono irónico al máximo nivel.

—Pues no se hable más. —Domingo da una palmada que hace que me sobresalte—. Bien, pues ayúdame a sacar las cosas del coche mientras que Teresa se viste. —Domingo me agarra del brazo y tira de mí—. Vamos antes de que llegue Petra y nos meta prisa por ir a comer.

Mi amiga sube corriendo las escaleras mientras que Domingo me arrastra hacia el exterior. Abre el maletero y empieza a sacar las cosas que Genaro le ha dado.

—Esta chica que te tienes que echar por novia es todo un encanto.

—Como sigáis interrumpiendo nunca será mi novia —gruño al coger lo que sea que me da Domingo para la confección de su traje de novio.

—¡Ay, Dios! —exclama al cerrar el maletero—. ¿Os he interrumpido?

—¡No, qué va! Qué cosas tienes, si aquí no interrumpe nadie —respondo sarcástico.

Él me mira y sonrío, pero lo hace con una mueca de nostalgia.

—Me habría encantado que lo tuyo con mi nieta hubiese funcionado y siguierais juntos, pero Teresa es una buena mujer y te la mereces. Mereces tener a tu lado a alguien que te quiera de verdad y te valore.

—Lo es. Teresa es una mujer estupenda.

—¿Te cuento una cosa? —Asiento con la cabeza—. Cuando tu abuela me contó que realmente no erais pareja, pensé que, tal vez, había una mínima posibilidad de que mi nieta y tú arreglarais lo vuestro.

—No hay nada que arreglar entre Marisa y yo. Lo que teníamos se rompió, se rompió para siempre —añado rotundo.

—Lo sé, pero este viejo romántico creyó que te pasaría lo mismo que a mí con tu abuela.

—¿Lo mismo que a ti con mi abuela? —Suelto las cosas sobre la parte trasera del coche—. ¿A qué te refieres?

Domingo se queda callado y su gesto me dice que ha hablado más de la cuenta. ¿Qué es lo que ha pasado entre ellos dos?

—Estoy lista, cuando queráis nos vamos.

Teresa aparece por la puerta del jardín y viene hacia nosotros, dejando a Domingo sin poder explicarme eso que tan secretamente le ha ocurrido con mi abuela. Y la verdad es que me da igual lo que tenga que decirme, la imagen de Teresa, con ese vestido de un amarillo claro lleno de flores y sus largas piernas al descubierto eclipsa toda mi atención. Va ligeramente maquillada, con sus labios rosáceos y ese mechón que escapa de su coleta.

Es una tortura verla con esa falda tan corta, y con vuelo, y no poder trastear debajo de ella.

—Simón, ¿estás bien?

—¿Qué? —Vuelvo de mi atontamiento al sentir los dedos de mi amiga sobre mis brazos—. Sí, sí, estoy bien.

—Anda, jovencito, acompáñame a subir todo esto antes que la sangre te deje de regar el cuerpo, excepto una parte —me dice bajito, acercándose a mí para que mi amiga no nos oiga, guiñándome un ojo y con una sonrisa de pillo que me demuestra que sabe de lo que habla y que, por desgracia, yo también. Así que le sigo al interior de la casa mientras que Teresa se queda junto al coche, con los brazos cruzados, apoyada en el capó y sin dejar de observarme.

Con lo único bueno que me quedo de la comida del día de hoy es que Teresa me ha cogido de la mano durante todo el camino y mientras estábamos en el restaurante, ha estado pendiente de mí, con una caricia por aquí, una sonrisa por

allí que hasta mi abuela se ha dado cuenta de que entre nosotros ha cambiado algo.

Y sí, algo ha cambiado, pero todavía no sé el qué. Solo espero que los mimos, el beso, el abrazo de antes no hayan sido cosa de hoy y mañana todo vuelva a desvanecerse. No, no puede ser así, no lo soportaría. La quiero demasiado como para permitir que demos un paso hacia delante y dos hacia atrás. Esta vez no. La necesito, y no quiero perder más tiempo sin estar con ella.

Disfruto del camino de vuelta a casa de mi abuela, y lo hago de la misma forma que el de ida, con los dedos de Teresa entrelazados con los míos y con una sonrisa de tonto que no puedo con ella, pero me encanta mi sonrisa. Aunque claro, esa sonrisa de idiota se me cae a los pies en cuanto mis ojos ven la figura humana que hay en el jardín, justamente, sentada en el escalón de la entrada.

Instintivamente, suelto la mano de mi amiga.

—¡Hija! —exclama mi abuela.

—¡Mamá! —digo yo.

Mamá e hija equivalen a la misma persona: Adela.

No podía haber elegido mejor momento para venir que este. Pero ¿¿qué hace aquí?!

Y encima tenía que venir hoy, precisamente hoy. Desde luego que el karma me está devolviendo algo muy malo.

—¿Por qué no me has avisado de la hora a la que llegabas? —le pregunta mi abuela a la vez que la abraza.

—¿Cómo la hora de llegada?! —exclamo sorprendido, mirando a mi abuela—. ¿Sabías que venía hoy?

—Claro que lo sabía, me lo dijo anoche.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —articulo con los dientes apretados.

—Quería darte una sorpresa —dice mi madre así, toda risueña ella—. ¿A qué te he dado una sorpresa?

—¡La mejor de mi vida! —Ironía modo superon.

—En el fondo sé que te alegras de verme —añade cuando me toca a mí recibir su cálido abrazo—. ¿Cómo está mi niño?

—¿Dónde está papá? ¿No ha venido contigo? —le pregunto junto a la oreja, esperando a que me diga que mi padre está aquí y va a ser mi salvación.

—Tu padre y tu hermana vendrán unos días antes de la boda.

—¿Y por qué no te has esperado a venir con ellos? —gruño por lo bajo.

—¿De verdad que no te alegras de verme? —me interroga con un mohín de niña buena.

—¿Te digo la verdad o te engaño, mamá?

—Pasaré por alto lo que acabas de decirme. Y bien, ¿ya has averiguado algo

de lo que te dije?

—No, mamá.

—Muy bien, ya hablaremos tú y yo con más calma.

Es entonces cuando se separa de mí y me mira con el ceño fruncido. Desvía la mirada para encontrarse con la de Teresa. La observa detenidamente, luego pasa a mirarme a mí y, segundos después, me lanza esa sonrisa torcida que tanto miedo me da y que sé que está tramando algo.

—Hola, Teresa, ¿o ya puedo llamarte nuera?

—¡Mamá! —la regaño. Si ya sabía yo que no traería nada bueno esa sonrisilla.

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. ¿Todavía estamos así?

—Adela, aunque me convierta en tu nuera, puedes seguir llamándome Teresa. Ese es mi nombre.

—Entonces, ¿ya eres de la familia? —A mi madre solo le queda dar saltitos de alegría. Y yo estoy que no entiendo nada. ¿Aunque me convierta en tu nuera? ¿Estamos saliendo? ¿Somos pareja? Con esta mujer nunca sé qué esperar.

—Y a mí, ¿no me saludas? —interrumpe Domingo.

—¡Oh, sí, claro! —Mi madre se vuelve a componer y besa en la mejilla al prometido de mi abuela.

—Entremos las maletas en casa.

—¿Cómo que en casa? ¿En qué casa? —El tono de mi pregunta no deja indiferente a nadie.

—Pues aquí, en mi casa —responde mi abuela.

—¿¿Aquí?! ¿Va a dormir con nosotros?

—Claro que sí, no pretenderás que se venga a dormir a casa de Domingo. Además, esta también es su casa, jovencito.

—¿Y en qué cama se supone que va a dormir si solo tienes una? —Altanero, desafío a mi abuela.

—Por ti, no te preocupes, que seguirás durmiendo en el sofá.

—¿En el sofá? ¿Duermes en el sofá? —exclama mi madre—. Esto está peor de lo que pensaba. Al final me moriré sin tener nietos.

Sí, mi madre se morirá sin tener nietos, porque mi hermana no está por la labor y a mí me acabará matando con sus sorpresas.

Son casi cerca de las doce de la noche cuando Teresa y yo salimos de casa de Domingo. Hoy ha estado de un amable con eso de invitarnos a comer y luego a cenar, aunque claro, de la cena se han encargado mi abuela, mi madre y Teresa, a las que se les ha unido Lorenza un poco más tarde.

Con las ganas que tenía de quedarme a solas con mi amiga y hablar de nosotros, de lo que nos pasa y de lo que sentimos, y va y mi futuro abuelastro me fastidia el plan. Por favor, qué mal suena esa palabra. Ahora vamos de regreso a casa de mi abuela y lo hacemos en silencio, pero eso sí, cogidos de la mano tal y como hemos hecho durante todo el día. El trayecto no es que sea de mucha distancia, pero me preocupa que Teresa esté tan callada. Creo que no me gusta esta falta de conversación.

—¿Te pasa algo? —le pregunto precavido.

—No, nada.

—No has dicho nada desde que nos hemos despedido de mi familia —sigo con el mismo tono de precaución.

—¿Podemos ir a dar un paseo por la playa?

—¿Ahora? —exclamo, a lo que ella asiente con la cabeza—. Sí, claro.

Y para allá que nos vamos. Al llegar a la arena, Teresa se quita las sandalias y yo hago lo mismo con mis zapatos. Caminamos hasta acercarnos a la orilla, donde mi amiga se deja caer sobre la fina y blanca arena.

—Ven, siéntate aquí conmigo.

Hago lo que me dice y me acerco a su lado, pero ella no parece cómoda estando así, por lo que se incorpora, se planta delante de mí y pega su espalda contra mi pecho, al igual que su cabeza. Me pongo nervioso con ese gesto y es que no me lo esperaba. Me encanta esta cercanía, pero mis manos tiemblan impacientes por no saber donde acomodarse, en sus hombros, sus piernas, su cintura. Por instinto, las coloco justo en este último lugar, algo que a ella le gusta y rodea su cuerpo con mis brazos. Nos quedamos unos segundos así, callados, mirando el mar. Este contacto es bueno, ¿no?

—¿De verdad que no te pasa nada? ¿Estás bien?

—Sí —susurra. Se gira un poco para quedar con su mirada fija en mi rostro—. Simón, ¿recuerdas el otro día, cuando te pregunté si nos habíamos acostado y tú me dijiste que no?

—Como para olvidarlo. Fue la noche aquella que te emborrachaste.

—Eso es —me dice y entrelaza sus dedos con los míos—. Me interpretaste mal. Quería acostarme contigo, pero no ebria. Quería poder recordarlo al día siguiente.

—¿Querías acostarte conmigo? —pregunto alzando las cejas, realmente sorprendido por lo que me está contado. Ella afirma con la cabeza—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Te fuiste enfadado como un miura y luego no encontré el momento.

Eso es verdad, me fui mosqueado, muy mosqueado de la habitación y no volvimos a hablar del tema.

—Querías acostarte conmigo —vuelvo a decir—. ¿Por qué me lo dices ahora?

—No quiero que vuelvas con Marisa —añade, tajante, mirándome a los ojos.

—Ya te he dicho que no voy a volver con ella.

—¿Y si te vuelve a decir que quiere una oportunidad? ¿Se la darás?

—¿Por qué me preguntas eso otra vez? Sabes de sobra la respuesta —hablo yo también con autoridad—. ¿Qué está pasando por esa cabecita tuya?

—¿Por qué estás tan seguro que no se la darás?

—Esa respuesta también la sabes.

Rotunda es mi respuesta, así como intensa es la mirada que clava en mis ojos. Puedo ver cómo la luz de la luna se refleja en los suyos y me muestran a una Teresa que hacía tiempo que no veía, una Teresa que parece estar muy segura de lo que está haciendo y que, a mí, me descoloca.

—¿Por qué me acogiste en tu casa?

—¿Cómo?

—Sí, cuando pasó lo de Emilio, ¿por qué me ayudaste?

—¿Que por qué te ayudé? Somos amigos y se supone que eso es lo que hacen los amigos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—No tenías ninguna obligación.

—Lo sé, y no fue ninguna obligación. Lo hice porque quise —le aclaro una vez más. Separo un mechón que se ha quedado pegado en su mejilla. La miro con firmeza—. ¿A qué viene este interrogatorio?

—Solo quiero que me digas la verdad, que seas sincero conmigo —susurra.

—Siempre he sido sincero contigo.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene que me preguntes una y otra vez lo mismo? —Tuerzo el gesto—. Voy a decírtelo por última vez, no pienso volver con Marisa, y si quise que te quedaras en mi casa fue porque quería cuidarte, quería estar a tu lado.

Me sonrío sin ese ápice de timidez ni de sonrojo en su rostro que últimamente la acompaña. Es una sonrisa preciosa, llena de confianza. Y eso me hace sonreír a mí también. Observo cómo se aproxima a mis labios, acariciando mis mejillas con suavidad. Vuelve a besarme y, esta vez, no me pilla tan desprevenido como esta mañana. Será que me lo esperaba. Retomo el sabor de su boca, me adentro en ella despacio, sin ninguna prisa esta vez. Mi amiga se aferra a mi cuello y gime cuando nuestras lenguas entran en contacto. La acerco más a mi cuerpo hasta quedar tan pegados que ni siquiera un granito de arena puede colarse entre nosotros.

Me estoy poniendo malísimo.

—¿Qué significa que me hayas besado dos veces un mismo día? —murmuro pegado a su boca.

—¿Tú qué crees que significa? —pregunta ocultando su cara en mi cuello.

—Yo no hago conjeturas tratándose de ti.

—Pues creo que está bastante claro lo que quieren decir estos besos —me dice con un tono que detecto pícaro.

—¿Por qué no me lo dices?

—¿El qué?

—¿Qué se esconde detrás de estos besos?

—Si tengo que decírtelo es que no debo de estar haciéndolo muy bien.

—Si vuelves a besarme, tal vez te pueda decir qué tal lo estás haciendo.

—Será cuestión de dejarte las cosas claras.

Nos volvemos a acercar hasta que el maldito timbre de mi móvil nos interrumpe. Teresa se aleja y yo resoplo enfadado con la persona que hay al otro lado de la línea telefónica, que no es otra que mi madre. Es única interrumpiendo momentos, igual que mi abuela.

—¡Hijo! ¿Por qué no me abres la *puerchta*?

—Mamá, ¿dónde estás?

—En *cashá* de tu abuela y *nooo* puedo *entrarr*. Esta *malditach* llave no *vaa*.

—¿Estás borracha, mamá? —Al oírme, Teresa arquea las cejas divertida.

—¡¿*Yooo*?! —

—Vale, eso es que sí. —Paseo nervioso una mano por mi pelo—. Espérame ahí, que ya vamos, ¿me oyes?

—*Schip*.

Cuelgo el teléfono y ayudo a mi amiga a levantarse mientras refunfuño. Teresa sigue con un matiz gracioso en su rostro.

—¿Tu madre ha bebido?

—Eso parece, y estoy seguro que cuando le pregunte me dirá que solo ha bebido agua. No es la primera vez. Cuando no está con mi padre se desmelená.

Al llegar a casa de mi abuela, cogidos de la mano, punto a favor, veo a mi madre sentada en el escalón de la entrada, despatarrada y con la cabeza ladeada, hablando con uno de los jazmines que tiene mi abuela.

A Teresa parece que le hace gracia ver a mi madre así, ya que la veo que oculta con sus manos una carcajada.

—Anda, mamá, levanta —le digo cuando llego a su lado y la ayudo a levantarse.

—Mira, *florechilla*, este es mi *niñño*, el que te he *dichho* que *nechechita* una novia, pero no una *cualschquiera*, *nooo* —habla con la planta, negando también con el índice—, quiere a *chu* amiga, a *eschta* de aquí. —Y señala a mi amiga,

como si la flor la pudiera ver.

Mientras aguanto a mi madre, literalmente, Teresa abre la puerta con la llave que ella le ha dado. Efectivamente, la llave es de aquí. Tengo que ayudar a mi madre durante todo el pasillo hasta llegar a las escaleras, que aquí es donde viene el *show*, pues le ha dado un ataque de risa que, si ya era pesada, ahora con la flojera todavía lo es más. Pero lo mejor de todo es que mi amiga también acompaña a mi madre en sus risas.

—Teresa, por favor, no te rías y ayúdame a subirla a la habitación, que todavía nos mataremos escaleras abajo.

—¿Dónde *echtábais*? —pregunta mi madre a Teresa cuando la sujeta por el otro lado. Oigo como baja la voz—, ¿*eschando* un polvete?

—¡Mamá! —la regaño—. ¿Y tú? ¿Cómo es que estás borracha?

—No estoy *borraaschaa*, solo he bebido agua.

—Claro, y el agua estaba adulterada.

—*Eschtaba* ¿qué? Desde luego, *hijoo*, que no te entiendo cuando *eschtás* sobrio, ¡¡jajajajaja!! —Y ahí está, descojonándose ella sola.

—¿Cómo es que has bebido estando con la abuela? —Me obliga a agarrarla con fuerza para no matarnos los tres entre los escalones.

—¡*Puesh* anda que si la vieras a ella y a *Lorenzcha*! ¡Jajajajaja!

—¡Por Dios, mamá! ¿Quieres dejar de reírte? Al final nos vamos a matar.

Con más pena que gloria, Teresa y yo conseguimos llevar a mi madre hasta la habitación que ocupaba mi amiga. En cuanto la dejamos sobre la cama, ella hace el resto, que no es más que tirarse de espaldas en el colchón y cerrar los ojos para empezar a roncar. No, perdón, que ella no ronca, respira fuerte. Mi amiga me ayuda a desvestir a mi madre, empezando por los zapatos y terminamos por dejarla en ropa interior. Vale que he visto a mi madre en biquini, pero verla en sus prendas íntimas me supera, y más cuando me dice Teresa que le va a quitar el sujetador, que para dormir no es nada cómodo. En ese momento salgo de la habitación. Ya he visto demasiado por hoy.

A los pocos minutos, mi compañera baja hacia el salón donde me encuentro con la cabeza agachada y entre mis manos.

—Mañana tu madre tendrá una buena resaca —susurra al sentarse a mi lado. Me acaricia la nuca.

—Siento que hayas visto esto y lo que te ha preguntado esta mañana —añado mirándola de reojo.

—No pasa nada, ya te he dicho que tu familia es muy entretenida.

—Sí, son la leche —afirmo resignado a más no poder.

—No se lo tengas en cuenta, solo se lo ha pasado bien. Habría que ver a tu abuela y a Lorenza —dice al momento que suelta una risa.

—Será mejor que vayamos a dormir —aclaro, pues no estoy de mucho humor.

Teresa se levanta y me tiende las manos, como invitándome a que la acompañe. Se las tomo y me incorporo de mi sitio. Me quedo a escasos centímetros de esos labios que hoy he tenido el placer de saborear.

—¿Qué quieres?

—No voy a dejar que pases aquí la noche.

—¿Aquí, dónde?

—En el sofá. Vas a dormir conmigo.

## Teresa

Habría dado cualquier cosa para que Adela no hubiese estado en casa y pasar la noche entera con Simón. Que sí, que la hemos pasado juntos, pero no como me hubiese gustado. Vamos, que me habría encantado tener sexo con él, pero no era plan con su madre en la habitación de abajo, temiendo que se pudiese despertar en cualquier momento y empezase a buscarnos.

Y aquí estoy, a las siete de la mañana y ya levantada, sentada tras la máquina de coser y observando a Simón que duerme en la cama que hemos compartido. Me encanta verlo dormir. He pasado una noche maravillosa rodeada por sus brazos, notando su respiración en mi nuca. Pasaría el resto de las noches de mi vida protegida por su cuerpo, porque así es como me siento cuando estoy con él, abrigada, cuidada y querida.

Hacía mucho tiempo que no sentía esta seguridad en mí misma, y solo Simón sabe dármele. No sé en qué momento de toda esta historia me enamoré de él. Quizás siempre lo he estado y no he sabido verlo hasta ahora, o tal vez me he ido enamorando poco a poco de él, y al ver que tenía un pasado con Marisa he despertado y me he dado cuenta de que podía perderlo. No lo sé. Lo que importa es que he puesto las cartas sobre la mesa y Simón juega a mi lado. De eso estoy segura.

Recojo lo poco que he podido avanzar del traje de Domingo, ya que no he podido utilizar la máquina por miedo a despertar a mi compañero.

Bajo hacia la cocina para preparar algo de desayunar. Cuando paso por la planta donde está durmiendo Adela, me percató de que la puerta de la habitación está abierta.

Asomo un poco la cabeza y veo que ella no está ahí. ¿Dónde se ha metido? Sigo bajando hasta que me topo con su presencia sentada en la cocina. Está de espaldas a mí, con la cabeza entre sus manos.

—Buenos días, Adela. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Shhhh, no grites, no grites —me dice tapando sus oídos. No he gritado, que conste.

—Tenemos una buena resaca, ¿no? —pregunto lo más bajito posible.

—Me va a explotar la cabeza. Juro que no vuelvo a beber en mi vida.

—Pero ¿no bebiste solo agua? —le digo con un poco de cachondeo, pero a ella parece no hacerle ninguna gracia, pues la mirada de advertencia que me lanza me hace entender que no está el horno para bollos.

Sonrío ante la situación, que me parece algo divertida y me pongo a preparar toneladas de café. Las necesitará.

—¿Dónde está Simón?

—Durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Dónde? No lo he visto en el sofá. —Deja caer ella con retintín.

—Está arriba, en la cama de la buhardilla —le aclaro, con tono neutro, al poner la cafetera en el fuego.

—¿Sabes que esa cama es en la que ha dormido siempre mi hijo? Mi madre la tenía en la habitación de aquí abajo. —Se queda callada unos segundos y tuerce el gesto—. Si mi hijo ha dormido en la cama, ¿dónde lo has hecho tú? Y no me digas que en el sofá porque ahí no había nadie cuando me he levantado.

—He dormido también arriba —aclaro, con toda la naturalidad del mundo, pero intuyo que mi respuesta va a venir seguida de un aluvión de preguntas, y yo sin paraguas.

—¿¿Arriba?? ¿Cómo que arriba? —Abre los ojos desmesuradamente—. ¿Quieres decir que habéis dormido juntos?

—Sí.

—Pero ¿dormir, dormir o dormir y otra cosa?

—Dormir.

—¿Y eso significa que, aunque sepa cómo te llamas, ahora sí puedo llamarte nuera? —Se levanta y viene hacia mí—. ¿Eso quiere decir que estás enamorada de mi Simón?

Y ahí está la pregunta que me esperaba, pero no sé la respuesta.

Bueno, la respuesta la sé, claro que la sé, pero no sé cómo se le dice algo así a la madre del chico que te gusta, del que estás realmente enamorada. Y si no le digo nada, la cosa puede ser peor, ¡mucho peor! Así que, pensándolo bien, ¿qué puedo perder?

—Sí —respondo contundente.

—¿En serio? —me pregunta con una sonrisa tan amplia, que creo que se ha olvidado de su horrible dolor de cabeza. Asiento de nuevo.

Es entonces cuando la cafetera empieza a indicar que el café está a punto. Me giro para retirarla del fuego en el mismo momento en que Adela se interpone entre el pequeño electrodoméstico y yo, y me abraza rompiendo a llorar.

—Adela, ¿qué te pasa?

—Ay, Teresa —murmura entre lagrimones—, no sabes lo feliz que me has hecho. Mi hijo está loco por ti y me encanta que tú sientas lo mismo por él. Se merece a alguien que lo quiera de verdad, al igual que tú.

Me sonrío con ternura, cosa que me da a entender que sabe mucho más de mi pasado. Yo también le sonrío. Nos sentamos alrededor de la mesa con la cafetera a nuestro lado y observo que la madre de Simón se ha quedado callada, hasta que explota con otra de sus preguntas.

—Teresa, ¿puedo preguntarte algo? Algo que no tiene que ver con mi hijo y contigo.

—Claro, ¿qué pasa?

—¿Tú qué opinas de esta boda?

—¿De la boda de tu madre y Domingo? —Ella afirma con la cabeza a la vez que sirvo café—. Pues no sé, me parece bien que si se quieren hayan decidido casarse.

—Ya —añade, pensativa—. Pero ¿no te parece extraño que quieran casarse ahora?

—¿Ahora? No te sigo, Adela. ¿Qué quieres decir?

—Mi madre y Domingo se conocen de toda la vida y que ahora se casen, no sé, me da que pensar.

—Se han enamorado ahora y ya está, no le des más vueltas. —Doy un sorbo a mi bebida y dejo la taza sobre la mesa—. Mira, Adela, sé que puede resultar difícil ver como tu madre rehace su vida con otra persona, pero eso no significa que haya olvidado a tu padre.

—Es que lo echo mucho de menos.

Y vuelve a derramar unas cuantas lágrimas más. Me acerco a ella y la abrazo, cosa que ella acepta mi contacto y dejo que lllore sobre mi hombro. La entiendo.

—Teresa, ¿tú tienes padres? —me pregunta cuando se recupera un poco.

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años y con mi padre no tengo muy buena relación. Se ha casado dos veces más y ahora vive en Mallorca con su última mujer. Tengo dos hermanastros que apenas conozco.

—Lo siento mucho. Debió ser muy duro perder a tu madre.

—Lo fue y lo sigue siendo.

Ahora soy yo la que empieza a soltar alguna que otra lágrima. Recordarla duele mucho y aunque era pequeña, la recuerdo perfectamente. Por eso me encanta la familia de Simón, que, aunque él diga que sus mujeres están como cabras, son maravillosas. Son una familia.

—¡Aquí llega el dúo resacón en San José! —Escuchamos la voz de Petra proveniente de la entrada y ambas nos apuramos a serenarnos—. ¿Qué pasa aquí? ¿Y esas caras?

—No, no pasa nada, es solo que Teresa y Simón están juntos —suelta Adela de golpe y yo me quedo a verlas venir.

—¡Cuanto me alegro! —Viene hacia mí y me besa—. Si ya sabía yo que mi nieto es irresistible.

—Vaya, ahora no tengo ninguna posibilidad con Simón —farfulla Lorenza, la otra del dúo.

—Nunca la has tenido —le recuerda Petra.

—Ay, déjame soñar un poco.

—Pero bueno, ¿es que no tienes bastante con Nasir?

—Bah, ya me he cansado de él. Es un soso.

—¿Estás liada con Nasir? ¿El de la fruta?

—Estaba, Adela, estaba —añade frustrada.

—Bueno, voy a vestirme para ir al taller —digo al tiempo que salgo de la cocina.

—Párese ahí, señorita *quitanovios* —me advierte Lorenza—. Tú no vas a ningún sitio.

—¿Cómo que no?

—Pues como que no. El vestido ya está terminado así que, si hay algo que arreglar, ya lo hago yo.

—Pero...

—Uy, se te está pegando el refunfuñamiento de Simón. —Ríe Petra—. Te quedas aquí, así os dais mimitos toda la mañana.

—Yo sí voy a vestirme, que estoy deseando ver el vestido de mamá.

Y se marchan las tres juntas, dejándome sola en la cocina con mi café frío.

—Acabo de escuchar la puerta, ¿qué pasa?

Simón aparece por la puerta, con el pelo despeinado, el pecho descubierto y solo vestido con unos pantalones cortos. Se restriega los ojos con las manos. Está para comérselo.

—Tu madre, tu abuela y Lorenza se acaban de marchar al taller.

—¿Y tú no has ido? —Simón se acerca a la cafetera y se sirve.

—No, me han obligado a quedarme aquí contigo —respondo ensanchando los labios en una mueca que espero que entienda, pero creo que no lo pilla, pues

me mira con las cejas enarcadas, aunque no dice nada. Se sienta con su café llevado a sus labios y sigue callado, con la mirada fija en un rincón indefinido.

—¿He soñado que hemos dormido juntos?

—No, no ha sido un sueño.

—¿Y todo lo que ocurrió ayer? ¿Que me besaste? —me interroga con precaución.

—Tampoco. Todo eso ha sido real. —Le sonrío con ternura.

—Y eso, ¿en qué punto nos deja?

Sigo sonriéndole mientras me acerco a él y me siento a su lado. Simón me mira un poco confundido. Sabe que todo lo que ha ocurrido en estas últimas horas ha sido verdad; los besos en la playa, dormir abrazados en la misma cama, pero sé que necesita sentirlo, sentir que le pertenezco. Que me pertenece. Que solo somos nosotros, solo somos él y yo.

Tomo su rostro entre mis manos y le contesto:

—En el punto en que ambos soñamos juntos.

Me aproximo a sus labios y los beso despacio. Sus besos se han convertido en una necesidad.

—Me encanta este desayuno —murmura dejando un beso en la punta de mi nariz.

—Estamos solos en casa, así que si quieres seguir desayu...

No puedo terminar la frase. Simón toma mis labios y empieza a besarme con desesperación. Pone sus manos en mi cintura y me levanta del asiento para quedarnos de pie mientras nuestros besos avanzan con urgencia. Apoya mi cuerpo contra la mesa de la cocina y cuando me tiro un poco hacia atrás, sin querer, derramo el poco café que queda en su vaso. Ambos miramos el líquido vertido sobre el mantel y sonreímos. Ahí se queda, ya lo recogeremos más tarde.

Simón me alza y rodea su cintura con mis piernas para llevarme con él escaleras arriba. No dejamos de besarnos en ninguno de los peldaños, de devorarnos los labios con el ansia de lo que viene una vez estemos en la habitación.

Subimos hasta la buhardilla y me deja en la cama con mucho cuidado. Me ayuda a quitarme la camiseta y yo hago lo mismo con mi sujetador. Simón se pone sobre mí, sin llegar a dejar caer su peso y me observa con veneración. Veo tantas emociones en sus ojos.

—No he podido olvidarte. Lo he intentado, te juro que lo he intentado, pero no he sido capaz.

—No quiero que me olvides —le susurro antes de abrazar su cuello y acercarlo de nuevo a mí, a mis labios, a mi corazón. Gruño cuando Simón separa su boca y la desliza por mi mandíbula, dibujando besos por la piel que roza y

provoca que gima, como si estuviese poseída, cuando su lengua encuentra mis pechos y se dedica a jugar con mis pezones. Me voy deshaciendo poco a poco.

Entrelazo los dedos entre su corto pelo y lo vuelvo a acercar a mi boca, necesito sus besos, esos que me dicen que me quiere de verdad. Paseo mis manos por su torso desnudo y siento cómo jadea, estremeciéndose, y a mí me reconforta saber que su cuerpo reacciona de la misma manera que la primera vez. No ha cambiado nada. Bajo mis dedos por entre sus músculos, esos que antes no tenía y que ahora me vuelven loca, hasta que me topo con lo que estoy buscando; la cinturilla de su pantalón.

—Simón —pronuncio con voz ronca—, ¿tienes preservativos?

Reacciona unos segundos más tarde y, cuando lo hace, muestra una cara azorada y de desconcierto.

—No.

—¿No?! —Mi tono sale algo más elevado de lo que pretendo—. ¿Cómo que no tienes?

—Pues eso, que no tengo, que no he traído. ¿Para qué? ¿Con quién se suponía que los iba a utilizar?

Me dice como si me estuviera reprochando su falta de previsión para tener sexo seguro, pero no me importa su reproche, lo que me interesa de sus palabras es que no tenía intención de acostarse con nadie al venir aquí, y no me importa que no tuviera esa visión de futuro para acostarse conmigo, lo cierto es que yo tampoco la tenía, lo de verdad significativo es que tenía claro que no iba a meterse en la cama con Marisa.

Se sienta en la que compartimos la noche anoche, bufando, nervioso, ocultando su rostro entre ambas manos. De pronto, se levanta decidido y se marcha de la buhardilla.

Pero ¿qué hace?

Recojo mi jersey del suelo y me lo pongo al revés con las prisas, para intentar averiguar, lo antes posible, dónde se ha metido. Lo encuentro en la habitación del piso de abajo, sacando una camiseta del armario.

—¿A dónde vas? —Simón se gira y me mira como si le hubiese preguntado algo irrefutable.

—A la farmacia. Voy a comprar todos los preservativos que tengan.

Sonrío. Me aproximo a él y lo cojo de la mano.

—Vamos, te acompaño.

Llegamos a la farmacia en un santiamén. Hemos tenido que bajar al pueblo y creo que en mi vida he corrido tanto y tan rápido como hace unos minutos. Llego al comercio con la lengua fuera, y es que él casi me ha llevado a rastras. Menuda

agilidad tiene.

Antes de que nos despache la farmacéutica, observo que está atendiendo a una mujer que me resulta familiar.

—Hola, chicos —nos saluda cuando se da media vuelta. Es Isabel—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Estáis bien?

—Sí, sí, todo bien —responde Simón algo nervioso—. Tú ¿qué tal?

—Pues ya ves, que Sergio ha cogido otitis y he venido a comprarle unas cosas que le ha recetado el médico. —Nos muestra la bolsa que lleva entre las manos—. Ahora se ha enfadado conmigo porque no le dejo ir a la piscina de su amigo. Hombres...

—El siguiente, por favor —anuncia la dependienta.

Cuando Simón le dice a la chica lo que quiere, lo hace con un tono bajo de voz, pero eso no impide que Isabel y yo le escuchemos. Por mi parte, me sonrojo, pero Isabel me lanza una mirada picantona y sonrío con ganas. Me guiña un ojo y se despide con la mano sin dejar de reír.

Salimos del establecimiento con las mismas prisas con las que hemos llegado. Al poner un pie en casa, Simón me coge, aupándome sobre su cuerpo y besándome con un hambre desmedida. Su lengua entra sin freno cuando se topa con la mía y ambas se enzarzan en un baile apasionado. Mientras, sus manos recorren todo mi trasero a la vez que volvemos a subir por las escaleras hasta la habitación donde hemos compartido la noche.

Una vez arriba, me empotra contra la puerta cerrada y se deshace de mi camiseta en un santiamén. Por encima del sujetador, saca uno de mis pechos y empieza a devorarlo. Lo único que consigo hacer es gemir descontrolada y perder mis dedos por el bajo de su jersey para arrancárselo de una maldita vez. Cuando lo consigo, mis yemas pasean por lo ancho de su espalda, acariciando cada trozo de piel que se eriza a mi paso.

Simón carga conmigo hasta dejarme boca arriba sobre la cama y termina por desvestirme. La caja de preservativos cae sobre el colchón cuando él se quita el resto de la ropa y viene de nuevo a saborear mis labios. He de reconocer que Simón sabe besar demasiado bien, sí, es bastante experto en este arte y yo me dejo seducir por él y por todo lo que quiera entregarme.

—Simón, ¿te queda mucho para ponerte el preservativo? —murmuro casi sin aliento, me lo ha robado todo.

—¿Ya? ¿Tanta prisa tienes? —dice travieso.

—Sí —contesto con voz contundente.

—Me vale tu respuesta.

Saca de la caja un preservativo que se pone con rapidez. Si hasta en esto tiene maña. Y como no quiero pensar en cuántos habrá utilizado anteriormente, me

vuelvo a sumergir entre sus labios, entre su cuerpo. Se introduce poco a poco dentro de mí, sintiendo cada roce como la primera vez. Y para mí, esta es la primera vez que estoy con Simón. No es que la vez anterior no fuese bonita, no, no es eso, es que ahora todo es diferente. Ahora hay sentimientos reales por mi parte. Ahora sé que lo que quiero y necesito en mi vida es esto. A Simón.

Cuando está completamente dentro de mí, me mira y puedo leer tantas cosas, tanta delicadeza, tanta pasión en sus ojos que me hago vulnerable ante ellas. Simón es un libro abierto en lo que respecta a su corazón, y ahora es solo mío.

Empezamos con un baile frenético que nos lleva a jadear, a arañarnos la piel, a besarnos desbocados, a amarnos por encima de todo hasta que llegamos al final del trayecto.

—Tenía bastante asumido que nunca más volvería a estar dentro de ti.

Abro los ojos y se me rompe el alma al escucharle decir eso. Sé por lo que ha pasado, y todo por mi culpa, por ser una idiota que no sabía ver ni valorar lo que tenía a su lado. Estaba tan dolida y tan cerrada al amor a causa de Emilio, que fue Simón el que pagó todos los platos rotos. Y lo lamento tanto que nunca podré perdonármelo.

Deslizo mis labios por los suyos hasta convertir ese dulce roce en un tierno beso.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Haberte hecho daño —le digo bajando la mirada y con una entonación triste.

—Teresa. —Me levanta el mentón y me mira decidido—. Deja de pedirme disculpas por lo que pasó, ya no importa.

—Pero a mí sí me importa —le contradigo.

—¿Sabes lo que realmente me importa a mí? —Me estrecha más fuerte contra su cuerpo, pero sin dejar de mirarme—. Tú. Y si tú eres la recompensa por todo lo que ha sucedido entre nosotros, volvería a pasar mil veces por lo mismo con tal de tenerte entre mis brazos.

—Pero no puedes decirme que no te im...

Corta mis palabras con un beso que me roba, y yo me dejo atracar.

—¿Te ha quedado claro que no quiero ni una disculpa más? —Asiento con la cabeza, pues el beso me ha dejado sin aliento—. Así me gusta—. Esconde su cabeza entre el hueco de mi hombro y pasea su nariz por mi cuello.

Este es uno de los instantes que permanecerán en mi corazón para siempre. Los minutos que estamos así, en silencio, solo abrazados y sintiendo nuestra piel, nuestro latir, nuestros sentimientos, es lo más maravilloso que me ha pasado nunca. Y sea lo que sea lo que el futuro nos tiene guardado, estoy segura de que

Simón siempre formará parte de mi vida.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí.

—¿Te apetece repetir? —me pregunta, esta vez con un gesto divertido y, tal vez, esperanzado.

—¿Repetir? —Simón arquea las cejas y sé a qué se refiere—. ¿Quieres más?

—Bueno. —Se gira y mira la caja—. Quedan once preservativos.

—Y ¿qué quieres?, ¿gastarlos todos hoy?

—Bueeeeno —vuelve a decir—, si hay que hacer un esfuerzo, se hace.



Después de pasar un día estupendo con Simón, de acostarnos haciendo el amor, cuando nos hemos levantado no hemos podido evitar volver a hacerlo hasta que su abuela lo ha reclamado. Me pasaría los días así, perdida entre las sábanas y enredada en su cuerpo. Y no, no hemos gastado todos los preservativos, pero casi, como sigamos así.

Es increíble cómo puede cambiarte la vida cuando entierras todos tus miedos y te dejas acariciar por lo bonito que esta es capaz de ofrecerte. He tardado mucho en darme cuenta de todo, pero pienso aferrarme con uñas y dientes y pelear para ser la compañera de Simón el resto de nuestros días. Lo único que lamento profundamente es haberlo herido. Él siempre estuvo ahí, paciente, esperando, buscando que abriera mi corazón sin mucho éxito, pero lo he hecho, y es todo suyo.

Esta mañana después del desayuno se ha ido con su abuela, o más bien se ha ido para hacerle de chófer, a mirar el tema de las flores de la boda y a probar el menú. Yo he aprovechado para quedarme en casa y avanzar con el dichoso traje de Domingo, que voy demasiado atrasada con él. Así que aquí estoy, sola en casa, con una máquina de coser bastante vieja, pero que funciona a la perfección.

—¿Qué estás haciendo?

Sigo mirando el pespunte de la manga de la chaqueta con los ojos abiertos de par en par. Resulta que esa voz y ese tono me anuncian que no estoy sola en casa, y que he sido pillada haciendo algo indebido, igual que una niña pequeña a la que le dicen que guarde un secreto y no se puede callar. Pero yo no he dicho ni mu.

—¿Me vas a contestar hoy o tengo que pedir audiencia al rey para que lo hagas?

—Hola, Adela —saludo después de levantar los ojos y verla plantada a un metro escaso de mí, con los brazos en jarras y frunciendo el ceño—. ¿Tú no ibas con tu madre?

—Pues ya ves que no. —Me sigue mirando, sin apartar su gesto torcido—. ¿Qué es todo esto? ¿Es para Simón? Ya se trajo él su ropa para la boda.

—No exactamente —le digo ladeando mis labios hacia un lado. Recojo las cosas que tengo desperdigadas por el suelo—. Es para Domingo.

—¿Para Domingo? ¿Cómo que para Domingo?

Si lo tenía que haber visto venir, si iba derechita a meter la pata. Si no me cogía Petra con las manos en la masa, lo haría su hija al venir aquí de sorpresa.

Y no va a parar de preguntarme hasta que le confiese la verdad. Lo que he de intentar es que mantenga la boca cerrada y no diga nada a su madre.

—Por eso le estoy haciendo el traje —le digo al terminar de explicarle lo ocurrido.

—¡Menudo sinvergüenza este Genaro! ¡Que no le puede hacer el traje de nuevo! ¡Pero si Domingo es su cliente más fiel! Ese mamarracho seguro que le ha cobrado y encima lo deja tirado —añade acalorada—. ¿Y cómo lo llevas?

—No muy bien. —Bufo un poco desesperada—. Voy bastante retrasada y temo que no me dé tiempo de tenerlo listo para la boda.

—Claro que lo tendrás, tú no te agobies. Ojalá pudiera ayudarte, pero me sacas de coser un botón y las agujas huyen de mí.

—Lo único que te pido, Adela, es que no le cuentes nada a tu madre de lo que has visto aquí —le comento al dejar las cosas recogidas y apago la luz de la lamparita de mesa.

—Ah, de mi madre te quería hablar.

—Adela, prométemelo.

—¿El qué?

—Que no le dirás nada a tu madre de lo que estoy haciendo —le vuelvo a repetir con un tono más rotundo.

—Que no, pesada, que no le diré nada. —Y chasquea la lengua. No sé si fiarme mucho de su palabra, pero es lo único que tengo y he de confiar en ella.

—¿Qué querías decirme de tu madre?

—Ven, vamos a la cocina a preparar la comida y te lo cuento.

Bajamos, y veo que sobre la mesa hay unas bolsas de la compra que ha traído ella misma. Empieza a sacar todo de su interior y coge un cuchillo para liarse con la pobre lechuga.

—Tenemos que organizarle a mi madre la despedida de soltera.

—¿Despedida de soltera? No había caído en ello. —Me giro sorprendida, dejando que el frío de la nevera me dé en la espalda—. ¿Tu madre quiere

despedida?

—¿Que si mi madre quiere una buena juerga? —Empieza a reír—. Como no le hagamos despedida y le llevemos un *boy*, es capaz de desheredarnos a todos. No nos lo perdonaría en la vida, y es muy rencorosa.

No, claro que no me extraña que Petra quiera una fiesta de despedida, así como tampoco que quiera un buen espectáculo. Conociéndola, habrá que tirar la casa por la ventana.

—Y ¿por dónde empezamos?

—Por el *boy*, por supuesto. Lo malo es que no conozco a ninguno.

—Yo tampoco conozco a ningún *boy* por aquí —le digo, cerrando el frigorífico—. Tal vez Lorenza sepa de alguien.

—No, no conoce a nadie, ya le he preguntado.

—Podemos mirar por Internet.

—Estaba pensando en preguntarle a Isabel —dice mientras pone los trozos de lechuga en un cuenco—. Si ella no sabe de ninguno, entonces acudiremos a san Google.

—¿Y dónde vamos a hacerla? ¿Y cuándo?

—Podemos hacerla aquí, en casa de mi madre.

—¿Aquí? ¿Y qué hacemos con Simón?

—Bah, lo mandamos con Domingo, así no molesta —me dice, guiñándome un ojo. Sonrío.

La verdad es que sería bastante incómodo estar con Simón mientras se me cae la baba viendo a un chico moverse, plan Channing Tatum, a la vez que se va quitando la ropa. Aunque Simón tiene poco que envidiarle, ¿no? Sea quien sea ese pobre chico, con Petra y Lorenza a su lado, no sale vivo de la casa. Vamos a tener que pagarle un plus de peligrosidad.

—¿Quiénes seremos para la despedida? —le pregunto mientras pongo los platos sobre la mesa.

—Tú, mi madre, Lorenza, Isabel y yo —dice, y me mira—. ¿Te importa que venga Isabel?

—No, para nada, mientras no se lo digas a Marisa.

Y me callo de golpe. He abierto demasiado la boca y le he dado voz a un pensamiento que me rondaba desde que ha pronunciado la palabra despedida. Y soy sincera en ello, no quiero que venga. Me da igual que sea la nieta de Domingo y que quede feo no invitarla, no soporto tenerla cerca. Y mucho menos que esté cerca de Simón.

—No te preocupes, que a esa no la invito ni a tomar un vaso de agua. No me apetece verle la cara a esa mujer.

—Gracias por no invitarla.

—Ni se me había pasado por la cabeza —añade con un beso en mi frente—. Voy a llamar a Isabel, antes que se me vaya el santo al cielo, y a pedirle que nos traiga a un chico que nos ponga a todas a tono.

Sonrío y vuelvo a pensar en ese pobre chico. Se aleja hacia el comedor en el mismo momento en el que suena el timbre de la puerta. Me apresuro a abrir y me quedo de piedra. No me esperaba tal visita.

—Hola, Teresa.

# 16

—Hola, Agustín. ¿Qué quieres?

—Comprobar una cosa. —Y entra en casa, empujándome hacia un lado con un poco de brusquedad.

Lo veo mirar hacia la cocina y después hacia el comedor, donde se encuentra Adela hablando por teléfono. Le da la espalda, así que no puede verlo. Me quedo en el marco de la puerta sin intervenir.

—De acuerdo, Isabel, llámame cuando sepas algo. Ya verás lo bien que lo vamos a pasar. —Adela cuelga la llamada y viene a mi encuentro, pero la visita inesperada la frena—. Agustín, ¿qué narices haces aquí?

—Vaya, menudo recibimiento —responde con ironía—. Estaba en el bar y, de casualidad, me he enterado de que estabas aquí y he venido a ver si era verdad que mi tía había venido al pueblo y no se había dignado a venir a verme.

—No tengo ninguna obligación de verte —añade cortante, cruzando los brazos sobre su pecho—. Así que ya has averiguado que estoy aquí, nos hemos saludado y no tenemos nada más que decirnos, solo adiós.

—¡Oh, vamos tía, cuanto rencor! —exclama con una risa que me da escalofríos—. ¿Ni siquiera me merezco un «hola» de tu parte?

—Después de todo lo que nos hiciste, no te mereces nada. Que tu padre sea mi hermano, no te convierte en mi sobrino. Ese título lo perdiste hace años.

Me temo que Agustín no ha venido aquí solo a saludar a su tía, está buscando algo más; un poco de bronca, al parecer. Espero que Adela no entre en ese juego, pues detecto, por la forma de hablar de su sobrino, que va un poco bebido. Se sienta en el sofá, sin prisas por irse.

—¿Dónde está el bueno de Simón?

—Y a ti ¿qué te importa? —escupe Adela con rabia contenida.

—Será mejor que te vayas antes de que venga —le digo a Agustín desde mi

posición, en la puerta. No me atrevo a acercarme mucho a él.

Se levanta, da los suficientes pasos para aproximarse a mí y se queda de pie, mirándome muy fijamente, a escasos centímetros de mi cara. Intento que su cercanía y su altura no me intimiden, y algo de eso consigo. Veo en sus ojos ese espesor que otorga el alcohol mezclado con el odio que siente por su primo. Espero con ganas sus palabras envenenadas.

—Vaya, así que Simón se ha ido y te ha dejado sola. Siempre hace lo mismo. Así empezó con Marisa y mira cómo acabaron.

—No me ha dejado sola.

—No, claro, te ha dejado con mi tía para que te vigile por si haces algo malo. —Y vuelve a sonreír con ese gesto de malicia—. A mí no me importaría hacer algo malo contigo.

Se atreve a poner sus manos en mi cintura y me acerca a su cuerpo para frotarse contra mí. Su aliento ebrio choca contra mi oreja y todo ello me provoca un asco que acude a mi mente en forma de recuerdos de los últimos momentos con Emilio. El odio que me provocó saber que había estado con alguien como él.

—¡No me toques! —le grito a la vez que tomo fuerzas para separarlo y pegarle un buen bofetón.

Agustín se queda parado ante mí, tocándose su roja mejilla marcada por mis dedos. Empieza a reír de una forma macabra, de una manera tan funesta que es la segunda vez que la veo. Y me asusta, me aterra esa risa llena de falsedad.

En un segundo, del que soy incapaz de percatarme, me encuentro con mi cabeza estrellada contra la pared del pasillo. La agresividad de Agustín se refleja no solo en ese movimiento, también en la fuerza con la que me sujeta la cara con una de sus asquerosas manos.

—¡Suéltala! —grita Adela desencajada, a lo que Agustín hace caso omiso.

—Mi primo y yo tenemos el mismo gusto por las mujeres, nos gustan con carácter, así que prepárate, que, si fui capaz de quitarle a Marisa, tú también caerás.

—Eso ni en sueños, pedazo de cabrón.

Y le propino una buena patada en sus pelotas que no le deja más remedio que separarse de mí y agarrarse con dolor su entepierna. Se deja caer al suelo, maldiciendo por esa boca asquerosa, aullando por el dolor que siente, que poco es. Me toco la parte trasera de mi cabeza para comprobar que solo me duele por el golpe.

—Teresa, ¿estás bien? —me pregunta Adela preocupada. Asiento con la cabeza mientras me abraza y me inspecciona.

—¡Maldita hija de puta! —brama Agustín al levantarse del suelo. Me vuelve a mirar con resentimiento.

—Márchate antes de que venga mi hijo y te encuentre aquí —le ordena la madre de Simón.

Y claro, como lo que empieza mal solo puede acabar fatal, esta situación no iba a ser diferente. La puerta de entrada se abre y tras ella aparecen Simón, Petra y Domingo. El único que tiene cara de nada es este último, pero abuela y nieto tienen el semblante desencajado, sobre todo Simón. Furioso, en estado de alerta con los puños apretados hasta que los nudillos se quedan blancos al dar un paso hacia el frente. Me mira sin mucha delicadeza y a la vez lleva sus ojos desde los míos y los de su madre hasta los de su primo.

Agustín se reincorpora como un resorte al ver a su primo. Habrá pensado que de esta manera se quedan en igualdad de condiciones por si empiezan una nueva trifulca. ¿Se van a pelear? No, no puede ser, no puedo permitirlo, aunque me encantaría que Simón le diera su merecido por propasarse conmigo, pero como él no sabe lo que ha pasado, mejor mantener la boca cerrada.

Me acerco a mi amigo con cuidado, tratando de aparentar serenidad mientras que ellos se matan con la mirada.

—Simón, tu primo ya se iba —le digo con voz calmada cuando llego a su lado.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —grita encolerizado avanzando hacia su primo sin ni siquiera hacerme caso.

—Tu primo solo ha venido a saludarme, pero ya se va, ¿verdad, Agustín?

Adela se coloca entre su hijo y su sobrino y mira a este último, rogándole con sus ojos castaños que se vaya y no forme otra pequeña guerra entre ellos. No acabo de entender ese odio que ambos se tienen. Bueno, el de Simón puedo comprenderlo, no tanto así el de Agustín. Él, al final, se llevo a la chica y Simón se quedó solo. ¿De verdad que esto es solo por Marisa?

Petra se aproxima a sus nietos y los mira con el ceño fruncido para que ambos mantengan los modales. Coge a su nieto por el brazo.

—Agustín, ¿tienes la mecedora arreglada?

—Sí.

—Bien, pues mañana me pasaré a recogerla. —Mira de nuevo hacia el enfurruñado rostro de Simón y luego vuelve hacia Agustín—. Si no tienes nada más que hacer aquí, es mejor que te vayas.

Su nieto de ojos azules capta el tono a la primera y decide que va siendo hora de la retirada, no sin antes pararse delante de su primo para retarlo con la mirada y salir sin decir nada, a excepción de un buen portazo.

—¿Qué narices hacía él aquí? —explota Simón, al cerrarse la puerta.

—Ya te lo he dicho, hijo, ha venido a saludarme, —responde Adela con calma.

—¿Y a santo de qué tiene que saludarte este payaso? —Vuelve a preguntar encolerizado, señalando con el índice hacia la puerta por donde ha salido su primo.

—¡Simón! No te consiento que hables así de tu primo —lo regaña Petra—. Tengamos la fiesta en paz.

—Hijo, no ha pasado nada, de verdad que no.

—Perdona que no te crea mamá, pero con Agustín siempre pasa algo.

—Pero mira que eres cabezón. —Sigue su madre con tranquilidad. Qué buena actriz que es—. Si te digo que no ha pasado nada, es que no ha pasado nada. Teresa te lo puede decir.

Hala, y ahora me toca a mí mentirle, y he de hacerlo para evitar un mal mayor.

—Es verdad lo que dice tu madre, Simón —corroboro la mentira piadosa de Adela. Lo mejor será cambiar de tema—. ¿Comemos? —pregunto, mirando a todos—. Hemos dejado la comida a medio hacer.

—Teresa, mírame. —Simón da un paso y pone su mano bajo mi barbilla para que levante el rostro y lo observe con atención—. Mírame a los ojos y dime que no ha ocurrido nada.

—Uy, hija, creo que nosotros nos vamos —interviene Petra, que apoya una de sus manos en la espalda de Domingo para que avance. Aunque se haya mantenido al margen todo este rato, sigue estando aquí, pobre hombre—. Si quieres, puedes venir a comer con nosotros.

—Qué buena idea acabas de tener, mamá.

Y así, huyendo los tres de casa como cobardes, se alejan de nosotros sin decirnos ni adiós.

Ni Simón ni yo nos hemos desviado de nuestro cometido, el suyo, descubrir la verdad, y el mío, seguir mintiéndole. Qué otra cosa puedo hacer.

—Todo está bien —le vuelvo a aclarar manteniendo firme mi postura. Le retiro la mano de mi cara y la uno con la mía—. No me has dado ningún beso cuando has llegado.

## Simón

Veo cómo se pone de puntillas, abraza con sus brazos mi cuello y me besa. No estoy yo muy receptivo a este beso, ya que sé que me está engañando. Sé que hay algo que tanto ella como mi madre me ocultan, las conozco demasiado bien y, por desgracia, a mi primo también. Cuando él está cerca huele a problemas.

Menudas dos mujeres, que tienen la desfachatez de mentirme en mi propia cara.

Teresa se da cuenta de que mi beso no es mutuo y tuerce los labios en señal de protesta. Sin embargo, aunque esté un poco molesto, o mucho con ella, no me puedo permitir el lujo de desperdiciar ningún beso que ella quiera darme. He estado demasiado tiempo sin sentir sus labios y ha sido una pesadilla. Si es que en el fondo soy un flojo. La acerco a mi cuerpo y cubro sus labios con los míos en ese beso que me reclama.

—Así está mucho mejor —murmura ella con los ojos cerrados. Me abraza.

Y esto es lo mejor de lo que llevo de día, mi chica junto a mí.

—¿Qué tal ha ido el día? —me pregunta cuando da media vuelta para terminar de preparar la comida.

—Bien —le digo. Consigo olvidarme de todo al alcanzarla y tenerla rodeada por mis brazos. Apoyo mi barbilla en su hombro— ¿De verdad tienes hambre?

Teresa deja de manipular los alimentos y se endereza conmigo a su espalda. Desvía su cuello hacia un lado y atrapo su labio inferior entre mis dientes y tiro de él, propiciando que un gemido salga de su garganta. A la vez, froto mi entrepierna contra su culo. Sí, ya sé que queda un poco ordinario, pero es para que no le queden dudas de lo que quiero y necesito. Y ninguna duda la invade cuando pone una de sus manos en mis partes y empieza a acariciarme con lentitud, cosa que a mí me mata.

Da media vuelta y se sienta sobre el mármol de la cocina. Me aproxima a ella y devora mi boca con lujuria.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto casi sin aire.

—Más que tú a mí —responde en mi mismo estado.

—Yo siempre te añoro —confieso con un tierno beso.

Ella me mira con una preciosa sonrisa y baja de la encimera. Toma mi mano y me guía escaleras arriba hasta llegar a nuestra habitación, así es como denomino a la habitación de la buhardilla. Nuestra.

Cuando llegamos, lo primero que mi chica hace es quitarme la camiseta para, un segundo después, bañarme todo el pecho con sus delicados y tortuosos besos. Siento el latido desbocado de mi corazón allí donde sus besos no llegan. Lo peor es que el botón de mi pantalón se desabrocha entre sus ávidos dedos y la prenda cae hasta llegar a mis tobillos.

Salgo sofocado de mis pantalones cuando me encuentro con una Teresa de mirada decidida y llena de pasión. Así que yo también hago lo mismo que ella y la desnudo, despojándola de su jersey y, sobre todo, de ese sujetador tan molesto que consigo soltar con una sola mano. Menuda habilidad tengo. Beso ambos pechos con devoción mientras escucho los débiles gemidos de mi chica. Mi chica... ¡qué bien suena!

Esa palabra hace que me ponga de rodillas ante ella y deslizo ese pantalón tan corto que lleva, y que destroza mi entrepierna, hasta que lo saco de su cuerpo junto con su tanga. No me demoro en atacar su sexo desnudo con mi boca para provocarle oleadas de placer que su cuerpo acepta encantado. Mi lengua y uno de mis dedos juegan un rato con ella, ahí, de pie junto a la cama que nos espera, pero estoy tan ensimismado que no pienso en otra cosa que no sea el deseo que le estoy entregando a Teresa. Lo cierto es que siempre he soñado y deseado tenerla así, siendo mía y solo mía.

—¿Qué haces? ¿Por qué paras? —me amonesta con la voz ronca cuando me levanto y la cargo en mis brazos.

—*Shhh*, no soy tan malo como para dejarte a medias —añado con una media sonrisa.

—Procura no hacerlo si no quieres perder una parte muy preciada de tu cuerpo.

Me río ante ese carácter que tiene. Jamás se me ocurriría no satisfacerla, no solo por la pérdida de mis partes íntimas, sino porque soy todo un caballero y lo que empiezo, lo termino. La dejo sobre la cama, donde se revuelve nerviosa hasta que me quito la única prenda que me queda, que no es otra que el slip, y la cubro con mi cuerpo, pero sin llegar a chafarla. Devoro sus labios como si hiciera toda una vida que los ansío. Y para mí lo es, porque cada minuto que paso sin ella es una eternidad. Entro en su interior con suavidad.

—No sabes lo bien que me siento dentro de ti —le susurro con sinceridad, pegado a sus labios.

—Simón, vas a tener que salir para ponerte el preservativo. —¡Adiós romanticismo!

—¿De verdad es necesario?

—Me temo que sí.

Gruño agobiado y frustrado, no quiero separarme de ella, pero si no lo hago es posible que acabe solo, y no me gusta esa idea. Saco la cajita de debajo de la cama y me coloco un preservativo lo más rápido que puedo, pero Teresa es más rápida que yo cuando al darme media vuelta, ella me empuja para quedar tendido sobre el colchón y se coloca a horcajadas sobre mí, introduciéndome en su interior.

Los movimientos con los que mece nuestra unión son demasiado buenos, demasiado certeros como para soportar este tormento durante mucho tiempo. Y ese tiempo se termina justo cuando Teresa suelta un jadeo que se clava en mi sexo y desfallezco junto a ella. La abrazo cuando se deja caer sobre mi pecho para así mantener nuestra unión un ratito más. Los dos estamos exhaustos.

—Ahora ya puedes ir a comer —le digo acariciando su pelo.

—Vaya. —Se levanta y me mira divertida—. Veo que ya no me necesitas.

—A ti te necesito siempre. —Arqueo la cabeza para robarle un beso—. Pero no quiero que te mantengas a base de polvos.

—Pues no me parece tan mala idea. —Sonríe y me guiña un ojo—. Tengo que continuar con la ropa de Domingo.

—¿Has estado trabajando esta mañana?

—Sí, pero no mucho. —De pronto, me mira alterada—. Tu madre me ha pillado. Confío en que no le dirá nada a tu abuela.

—Tranquila, estoy seguro de que no lo hará.

—Eso espero. —Me da un leve beso en la comisura de los labios y se levanta. Al separarse de mí, me quedo vacío.

—¿Y no vas a comer?

—Me has entretenido y ya no me da tiempo —dice poniéndose su ropa esparcida por el suelo.

—Ah, no, señorita —articulo al cogerla del brazo y tiro de ella para que quede de nuevo sobre mi cuerpo—, no me eches la culpa a mí, que te ha gustado que te entretuviera.

—Mucho, pero también tengo mucho trabajo. —Y besa mi mejilla para dejarme de nuevo solo.

—Vale, pues tú trabaja mientras yo te traigo algo de comer.

Me visto y bajo a la cocina. Cuando llego allí, veo un cuenco lleno de agua con una pobre lechuga a medio cortar. Trasteo por la nevera y decido subirle un bocadillo. Cuando ya lo tengo preparado, escucho el tono de mi móvil sonar encima de la mesa. Miro la pantalla.

—Hola, Adrián —saludo a mi amigo tras descolgar.

—Hola, Simón, veo que te acuerdas de mí. —Noto cierta tirantez en su voz—. No me has vuelto a llamar desde que llegaste a tierras andaluzas.

—Tienes razón, hace tiempo que no hablamos.

—Vaya, lo reconoces. —Y se ríe—. ¿Cómo va todo por ahí?

—Bien. —Esa es mi escueta respuesta.

—¿Bien? ¿Solo eso?

—Solo eso.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Simón, y sé que me ocultas algo. —Se hace un silencio—. ¿Has conocido a una chica?

Y tanto que me conoce, demasiado bien, diría yo. Nunca he sido mucho de hablar de mi vida privada y mucho menos después de lo que pasó con Marisa, pero con él nunca he tenido secretos y siempre le he dicho lo que sentía. No puedo engañarle o me tendrá al teléfono el resto del día. Es peor que una mujer.

—No exactamente. —Es la respuesta que le doy.

—¿No exactamente? ¿Qué respuesta es esa? —Y otro silencio—. ¿No habrás vuelto con Marisa? —me pregunta horrorizado.

—Que no, que no he vuelto con ella. ¿Por qué piensas eso?

—Pues no sé, tío, estás muy misterioso y pensé que habías vuelto con ella y que por eso no querías decírmelo.

—Jamás volvería con ella —afirmo.

—Vale, eso me ha quedado claro, pero si no has vuelto con ella y no has conocido a ninguna chica, ¿qué pasa?

Menudo interrogatorio. No me queda más remedio que decírselo. Me siento en una silla.

—Teresa —suelto su nombre.

—¿Teresa? ¿Qué pasa con ella? ¿Está bien? —pregunta preocupado.

—Te estoy diciendo que es Teresa, que ella es la chica....

—Simón —me corta—, ya sé que estás enamorado de Teresa...

—No, no me estás entendiendo. —Ahora lo corto yo—. Te digo que estamos juntos.

—¿Cómo que estáis juntos? —exclama con sorpresa en la voz.

—Pues eso, que estamos juntos.

—Pero juntos ¿en qué sentido? Mira, Simón, que me estás liando y tú fantaseas mucho con Teresa. —Se aclara la voz—. A ver, dime algo, ¿te has acostado con ella estando en casa de tu abuela?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Unas cuantas.

—Pero ¿estás seguro que ha sido con Teresa? —La madre que me parió.

—¡No! Me he acostado con la amiga de mi abuela. ¡Pues claro que ha sido con Teresa! ¿Qué te crees, que no sé con quién me acuesto? —Alzo el tono de mi voz.

—No te enfades, Simón, solo pregunto porque como ella no estaba muy receptiva... espera un momento —me dice al otro lado de la línea. Oigo que una puerta se abre—. Cariño, cuando una mujer se acuesta más de una vez con un mismo hombre, eso ¿qué significa?

¡¿Cariño?! ¡Ay, joder, que le está preguntando a Tana! Como le cuente algo a Teresa, soy hombre muerto.

—Puede ser que solo sean amigos con derecho, pero, claro, si una mujer se acuesta más de una vez con el mismo chico, eso es que ese chico le importa. ¿Por qué lo preguntas?

—Por Teresa y Simón.

—¡Adrián! —le grito por el auricular.

—¿Tere y Simón? ¿Están juntos? ¿Estás hablando con Simón? Trae para acá el teléfono. —Escucho ese intercambio—. Hola, Simón.

—Tana.

—¿Lo que me ha dicho Adrián es cierto? ¿Teresa y tú estáis juntos? —Ella va directa a lo importante, para qué dar rodeos.

—Sí —le confirmo. Me paso la mano libre por el rostro—. Tana, por favor, no le digas nada de esto a Teresa. No quiero que se enfade conmigo por contároslo.

—Tranquilo, no le voy a decir nada —añade con voz dulce—. Simón, ten por seguro que si Teresa está contigo es porque realmente siente algo por ti.

—Eso es lo que quiero creer, pero me parece mentira que sea así.

—¡Pero si eres un tío irresistible! —dice Tana, a lo que yo estallo en una carcajada—. Ya estaba tardando en darse cuenta, aunque creo que siempre lo ha sabido, pero ya sabes, estaba dolida —se para y oigo su respiración—. Simón, cuídamela mucho, por favor.

—Pienso cuidarla siempre —me sincero con ella—. Adiós, Tana.

Y cuelgo. Miro la pantalla hasta que esta se apaga y se queda en negro. Sé que si Teresa está conmigo no es para hacerme daño, pero me aterra que cuando volvamos a Barcelona todo esto termine. Creo que este miedo va a acompañarme siempre.

—Pensaba que te habías cortado una mano y te habías desmayado. —La voz de Teresa suena desde la entrada a la cocina, donde su figura aparece recostada en el marco de la puerta.

—¿Por qué pensabas eso? —pregunto, dejando el móvil sobre la mesa.

—Tardabas una eternidad en traerme la comida —dice con un tono gracioso.

—Toma, aquí la tienes, señorita exigente.

Me levanto de la silla y cojo su comida de la encimera para ponerla sobre la mesa. Ella mira el bocadillo, me mira a mí y sonrío. Se acerca hasta mi cuerpo y me da uno de esos besos tiernos que hace que se pare el tiempo. De esos que no quieres que termine nunca.

—Gracias —me susurra acariciando mi rostro.

Una melodía suena en la cocina. Esta vez proviene del móvil de mi compañera. Mira la pantalla y sonrío. Antes de perderse en el comedor, me enseña el nombre de la persona que la llama.

Menos mal que Tana no iba a decirle nada. Soy un eunuco.

Hoy es viernes y, de momento, mis partes siguen intactas.

Teresa continúa hablándome, así que intuyo que no se ha enfadado conmigo por haberme ido de la lengua y decírselo a Adrián y a Tana, pero, claro, ella se lo dijo a mi madre y a mi abuela, que no sé que es peor.

Esta misma noche he decidido llevar a Teresa a cenar a una cervecería que hay en el pueblo de al lado, donde las cervezas son todas artesanas y hacen unas hamburguesas para chuparte los dedos, o al menos, así era hace cinco años. Las cervezas también están de miedo.

Y miedo es lo que me provocan estas dos mujeres. Mientras espero a que mi chica, ¿mi chica?, sí, mi chica, se termine de vestir, estoy en el salón sentado en el sofá con la compañía de mi madre y mi abuela. Menudo cuadro; mi madre a mi derecha, con su mano apoyada en mi muslo y mi abuela, al otro lado y con la misma postura, una de sus manos en mi otra pierna. Pero lo más desconcertante es la forma que ambas tienen de mirarme. Y como las conozco, sé que ese gesto de sus rostros no me augura nada bueno.

—A ver, ¿qué es lo que pasa? —les pregunto, y entonces sonrían, y menos me gusta.

—¿Cómo va la cosa con Teresa? —inicia mi madre el interrogatorio—. Por lo que veo, os va bastante bien.

—Pues si ya lo ves, ¿para qué preguntas?

—Ay, hijo, no le hagas caso a tu madre —dice ahora mi abuela con voz cariñosa. Quita la mano de mi pierna y la pasea por mi mejilla—. Lo que nos interesa saber es si ya te has acostado con tu amiga.

—¿Que os interesa? —exclamo asombrado, y la verdad no sé porqué. Me levanto y quedo plantado delante de ellas—. No os pienso contar nada de mi vida sexual. ¡Solo faltaría!

—Qué soso que es este nieto mío. Desde luego que has sacado la misma vena *muerma* de tu padre.

—Mamá, mi marido no es un muermo.

—Si tú lo dices. He visto escobas con más salero que él.

Y ahí las tengo a las dos, una defendiendo el arte y la gracia que tiene mi padre y la otra apoyando todo lo contrario. Lo cierto es que ambas tienen parte de razón, mi padre no es precisamente la alegría de la huerta, pero también sabe sonreír.

No entiendo la facilidad que tienen para desviarse de un tema, pero a mí me va perfecto que mi padre haya entrado en la ecuación.

—Bueno, déjate de hablar de mi marido y vamos a lo que importa. —Rompe tajante mi madre la conversación. Se acerca a su bolso y me da una caja—. Toma, esto es para ti.

—¿Para mí? —Miro extrañado el regalito que está envuelto. Cuando lo descubro, mi sorpresa es mayor—. ¡¿Preservativos?! ¡¿Me has comprado preservativos?!

—Hemos comprado —rectifica mi abuela.

—Ah, vaya, ¿y qué habéis hecho, una recolecta?

—¡Sí! —responden con una sonrisa de niña buena.

El gesto de mi cara ha de ser para verme. Furioso, avergonzado, más furioso todavía y con ganas de que me trague la tierra de una vez por todas. En la próxima vida quiero reencarnarme en piedra, prefiero que me pateen el culo mil veces antes que volver a soportar a dos mujeres como estas. Pero ¿cómo se les ocurren estas cosas?

Me peino las cejas con el dedo corazón a la vez que resoplo agobiado. Dejo caer la cajita sobre la mesa y salgo hacia el pie de las escaleras para gritar:

—¡Teresa! ¿Te queda mucho?

—Cinco minutos y bajo —responde desde arriba. Dios, qué cinco minutos más largos.

—Pero ven aquí, que todavía no hemos terminado de hablar. —Me empuja mi madre otra vez hacia dentro del salón—. Hijo, sabes que yo quiero ser abuela, pero todavía no, y tú has de disfrutar mucho de Teresa.

—Y ¿qué te hace pensar, o, mejor dicho, qué os hace pensar —digo, señalándolas a ambas con el dedo—, que no soy lo suficientemente mayorcito como para comprarme mis propios condones?

Madre e hija se miran con cara de hastío.

—De verdad que ahora sí te pareces a tu padre, desagradecido.

—¡No, si encima! —bramo alzando los brazos.

—A ver, nietecito mío. —Venga, más recochineo—. Acepta nuestro regalo y

ya está. —Sonríe pizpireta—. Total, si los vas a usar.

—¿Qué es lo que vas a usar?

La voz de Teresa resuena a mi espalda. ¿Que qué voy a usar? Cualquier cuchillo de la cocina me va a venir bien para cortarme las venas.

—¡Ya estás aquí! Genial, nos vamos —digo apresurado antes de que mi familia me suelte algo más.

—Simón, ¿adónde vas con tanta prisa? Vas a arrancarme el brazo —gimotea Teresa, cuando pisamos la calle.

—Perdona. —Me paro y la miro arrepentido—. ¿Te he hecho daño? —Ella niega con la cabeza.

—Vamos, pero a un paso normal. —Me sonrío y toma mi mano hasta el coche.

En diez minutos llegamos a la cervecería. Consigo aparcar cerca de la entrada y, junto a Teresa, entro en el local. Me he relajado un poco durante el trayecto, la charla en el coche, las miradas cómplices y las caricias han conseguido que me olvide de todo, excepto de mi chica.

—¡Guau!, este sitio está genial —comenta mirando la decoración del local.

No es que sea un sitio demasiado grande, pero el espacio está muy bien aprovechado. Ha cambiado algo desde que no vengo, pero la decoración sigue siendo casi la misma. Tablas de surf, fotos en blanco y negro de gente besándose, e incluso una bicicleta adornan las paredes.

Las mesas son de madera y algunos asientos son taburetes y otros están hechos con palés, acomodados con cojines. En la barra están los diez tiradores de cerveza.

Nos sentamos en una mesa que está al fondo. El camarero enseguida nos trae la carta y la ojeamos. Pedimos nuestra cena: una hamburguesa con queso de cabra para ella y otra con cebolla caramelizada para mí. Ambos optamos por unas cervezas negras.

Entre bocado y bocado, hablamos de todo un poco. Me fascina esta mujer, la facilidad que tiene para conversar de cualquier tema. Me quedo embelesado mirando cómo se lleva su jarra a los labios y cómo el líquido pasa a través de su garganta. Cada día que pasa estoy más convencido que no podría vivir sin ella.

—Simón, ¿me has escuchado?

—¿Qué? Sí, claro —miento. Noto que me crece la nariz.

—¿Qué te he preguntado? —Se cruza de brazos. Si es que no se le escapa ni una.

—Vale, me has pillado, no sé qué me has dicho.

—Eres de lo que no hay —habla negando con la cabeza, pero sonrío—. Te he preguntado que una vez pase la boda, ¿cuándo volveremos?

—Pues enseguida. He de regresar a la oficina cuanto antes.

—Y cuando estemos de nuevo en Barcelona, yo... —Baja la mirada y no termina la frase.

—Yo, ¿qué? —La animo a que continúe, pero no lo hace, se queda con los ojos clavados en sus manos. Me acerco más a ella y le alzo la barbilla con el índice y el pulgar—. Cuéntame qué estás pensando.

—¿Crees que, aunque siga sin trabajo, podré vivir contigo?

La sonrisa que muestra mi boca se ensancha cuando la escucho pedirme tal cosa, aunque no tiene que hacerlo, ya daba por hecho que iba a ser así, no iba a permitir que durmiera en ningún otro lugar que no fuese mi cama, pero me emociona que me lo pida, que quiera seguir conmigo aquí, allí y en el fin del mundo. Me inclino para coger la cara de mi novia entre mis manos y besarla con ganas.

—Cuando volvamos, nuestra casa nos estará esperando —le susurro pegado todavía a su boca.

—¿Nuestra casa?

—Nuestra —reafirmo—. No me imagino vivir allí sin ti.

—Yo tampoco quiero volver a vivir allí sin que tú estés. Los meses que pasaste en Lisboa me sentí muy sola.

—Te prometo que no te voy a volver a dejar sola —le aseguro, colocando un mechón tras su oreja.

—¿De verdad me lo prometes?

—Tienes mi palabra.

De vuelta al pueblo, conseguimos estar con las manos quietas, pero nada más bajar del coche, estas se acercan al otro y empiezan a bailar sobre nuestros cuerpos. Con Teresa anclada a mi cintura y besándome de esa forma tan seductora, se me hace difícil atinar con la llave en la cerradura. Es más, estoy por tirarla a los matorrales de mi abuela y hacerle el amor aquí mismo. Pero soy un caballero, así que cargo con ella hasta que logro abrir la puerta y entrar en casa.

Por el pasillo vamos chocando contra las paredes. Menos mal que mi abuela no tiene muchos trastos por aquí, si no ya nos habríamos lesionado.

—¡Menudas horas de llegar son estas!

Casi se me cae Teresa al suelo del mismo susto que nos ha provocado esa exclamación. No esperábamos que ninguna voz nos estropeará la velada, pero no solo son palabras las que nos han interrumpido, hay tres pares de ojos que nos observan divertidos. Teresa se esconde detrás de mí, con la cara igual de roja que los pantalones de Papá Noel.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —las interrogo.

—Ay, qué pena que no me cojas a mí de de esa manera por el culo —exclama

Lorenza con aires soñadores.

—¡Lorenza, por favor, que es mi hijo!

—¡Y mi nieto! —Bueno, ya estamos otra vez—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que...?

—... Que no hable así de tu nieto —escupe con desgana—. ¡Amargadas!

—Y respondiendo a tu pregunta, hoy es noche de chicas —responde mi abuela risueña sin hacer más caso a su amiga. Veo que está mezclando unas cartas de la baraja española.

—¿Y desde cuando hacéis eso?

—Desde que le he traído esta botella de licor de orujo a tu abuela —aclara Lorenza, mostrando la susodicha con sus manos.

—Botella que no íbamos a permitir que ella se la bebiera sola. —En este caso es mi madre la que habla.

—No, claro, vosotras sois muy solidarias.

—Ya sabes lo mal que le sienta el alcohol a la abuela.

—Eso no es verdad, es al alcohol al que le caigo mal —masculla ella.

—Bueno, nosotros ya nos vamos —digo cogiendo a Teresa de la mano—. Buenas noches.

—Espera, Simón. —Freno mis pasos y bufo. A ver qué quiere ahora—. El domingo por la noche no te quiero en casa.

—¿Cómo dices, abuela? —Me quedo patidifuso al escucharla, tan campante, echarme de su casa.

—Pues eso, que el domingo vamos a hacer mi despedida y no eres bienvenido —responde sonriente.

—¿Al final la hacemos este domingo? —pregunta Teresa.

—¿Al final? ¿Tú lo sabías? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Es que tú no vienes. —¡Hala! Otra que me responde como si nada.

—No, si eso me ha quedado claro —refunfuño. Miro a mi abuela—. ¿Y qué se supone que voy a hacer el domingo?

—Yo que sé, vete con mi futuro marido a cenar y al cine.

—Lo tienes todo planeado —gruño. Ella, Lorenza y mi madre me sonrían—. Me largo.

—Gastar *cuidaito* con lo que hacéis. Y hablando de gastar. —Veo que coge algo que tiene a su lado y me lo lanza. Mientras que ese algo vuela, me fijo bien en lo que es. Aterriza en mi pecho e intento taparlo con mis manos antes que Teresa lo vea—. Acuérdate de gastar esto también. —Y me guiña un ojo la descarada.

—¿Eso es una caja de preservativos? —articula Tere sin apartar la mirada de lo que intentan esconder mis manos. No le respondo, lo que hago es que, muy

suavemente, la empujo por la cintura para que me acompañe hasta nuestra habitación—. ¿Te ha comprado tu abuela esa caja?

—Mi abuela sola no, mi madre también ha contribuido en el regalito —añado con recochineo una vez hemos llegado arriba.

—¿Por qué han hecho tal cosa?

—Mejor no preguntes.

Empieza a reír y aunque yo no le veo la gracia, me encanta verla así. Mientras su sonrisa aún permanece en sus labios, se acerca a mí, atrayéndome hacia su cuerpo y pasa sus brazos por mi cuello.

—Está muy feo que desprecies un regalo.

## Teresa

Esta noche hace demasiado calor como para poder dormir en condiciones. Doy media vuelta en el colchón y toco el lado donde duerme Simón. Está vacío. Me despierto extrañada al no encontrarlo junto a mí, así que me incorporo en la cama y lo veo. Está sentado en el suelo, con los pantalones cortos puestos y ojeando algo que parece ser un álbum de fotos.

Me levanto, con mis braguitas y mi camiseta de tirantes, y me coloco a su lado. Él me mira con los ojos cristalinos. Le paso mis dedos por su cabello mientras le doy un beso.

—¿Qué estás haciendo?

—No podía dormir y he decidido trastear en el baúl de la señorita Petra —dice con una pequeña sonrisa—. Estaba viendo estas fotos de cuando era pequeño.

—No eras muy guapo por aquel entonces. Menos mal que has mejorado —suelto para hacerlo sonreír, y lo consigo.

—Vaya, gracias. —Me dedica esa sonrisa que me tiene enamorada. Vuelve la vista a la foto, donde está él y sus abuelos en la playa—. Nunca pensé que iría a la boda de mi abuela y menos que se casara con otro que no fuese mi abuelo.

—Simón, tu abuela tiene derecho a rehacer su vida.

—Lo sé, y que conste que me encanta, que estoy de acuerdo con ella en esto, pero no deja de parecerme raro.

—¿No estarás pensando igual que tu madre, que hay algo detrás de esta boda?

—No, claro que no, pero ver a mi abuela en el altar con Domingo y no con mi abuelo... —Se encoge de hombros.

No sé qué decirle ante algo como esto. Entiendo perfectamente cómo se siente. A mí me ha pasado con mi padre dos veces, y se hace muy complicado asimilar algo así. Le doy un beso en el hombro y me quedo abrazada a él.

—Tu abuela es feliz con Domingo, y eso es lo que importa. Venga, enséñame más fotos, que vea cómo has ido mejorando con los años.

Simón me sigue mostrando las instantáneas de ese mismo álbum. Hay muchas, sobre todo, con su abuelo. Están montando en bici por los caminos del Cabo de Gata, en la playa de los Muertos, según me dice él, o vestido con el traje típico de la tierra, que consiste en un calzón negro, fajín, camisa blanca y chaquetilla también negra.

—¡Estás muy gracioso con ese traje! —estallo con una carcajada—¿Cuántos años tenías ahí?

—Oye, no te rías de mí, que era la envidia de todo el pueblo —me dice con un falso enojo—. Creo que tenía unos cinco años.

—Estás para comerte en esa foto —murmuro embelesada al mirar a ese niño que, años más tarde, se ha convertido en lo más importante de mi vida.

—Ese piropo me gusta más. —Y me da un beso en la nariz.

Simón saca otro álbum, y en este caso es de su hermana Rosa. Está lleno de fotos de ella, desde que nació hasta unos años atrás. Me cuenta que en una de esas fotos donde esta toda la familia en el campo, su hermana y él se fueron a jugar y se perdieron durante unas horas. No recuerda hacia dónde fueron, solo que empezaron a jugar y, corriendo corriendo, se alejaron.

—Menuda bronca nos metió mi padre y mi abuelo —me narra rememorando ese momento—. Mi madre y mi abuela no paraban de llorar.

—Tuvieron que pasar mucho miedo al no encontrarlos.

—Solo te digo que estuvimos el resto del verano castigados.

Seguimos pasando unas hojas y llegamos a unas imágenes de cumpleaños.

—¿Tu hermana y tú cumplís años el mismo día? —pregunto al ver una foto con un pastel que está adornado con cuatro velas de números; el 12 y el 16.

—Casi, nos llevamos cuatro años y un día. Siempre hemos celebrado los cumpleaños juntos.

Mientras continuamos viendo las fotos de cumpleaños, observo que siempre, desde la primera de las instantáneas, hay una chica al lado de Simón. A medida que las velas van cambiando de número, esa chica sigue ahí, y claro, cuando me fijo mejor, me doy cuenta que no es otra que Marisa. A veces lo está mirando encandilada, en otras le besa la mejilla. Y en otras, lo que besa son sus labios. Odio esas fotos. No me gusta ver lo que refleja.

—No deberíamos ver más fotos —indica Simón cerrando el álbum.

—No me importa —miento. Pongo mi mano sobre la suya—. Simón, ¿qué

pasó entre Marisa y tú?

—Ya lo sabes, se fue con mi primo.

—Eso lo sé, lo que no sé es lo que ocurrió entre vosotros para que ella te hiciera eso.

—Teresa, de verdad, no es necesario.

—Pero yo quiero saberlo.

Simón me mira arqueando las cejas. Quiero que me explique su historia con Marisa. Él sabe todo mi pasado con Emilio, y a mí, me gustaría saber el suyo. Vuelve a coger el álbum y se sienta apoyando la espalda en el baúl. Me acerco más a él cuando lo abre por una página y señala la foto de su decimoctavo cumpleaños, donde, cómo no, se están besando Marisa y él.

—Marisa y yo nos conocemos de toda la vida, pero fue en este cumpleaños cuando nos hicimos novios. Aunque éramos pareja, pasábamos la mayor parte del año separados; ella vivía aquí y ayudaba a sus padres con la panadería y yo, pues en la universidad y en la empresa de mi padre. Siempre que había vacaciones, era yo el que venía al pueblo a verla. Así pasamos unos años hasta que al final decidimos vivir juntos.

—¿Viniste a vivir aquí con ella?

—No, ella se vino a mi casa. —Entiendo que «mi casa» es la misma que él ha denominado esta noche como nuestra—. Después de un tiempo, le pedí que se casara conmigo.

—¿Te acabaste casando con ella? —pregunto algo nerviosa. Recuerdo los anillos, bueno, a decir verdad, no los he olvidado. ¿Se casaron y se divorciaron? Eso no me lo había dicho.

—No —niega con la cabeza.

—¿Y los anillos? —Me inclino para buscar la caja en el baúl y la encuentro enseguida. Se la muestro a él.

—Esos anillos no han salido nunca de su caja.

—No lo entiendo, Simón. ¿Qué pasó?

—Le pedí a Marisa que se casara conmigo y ella me dijo que sí —añade cogiendo la cajita y la abre. Mira las alianzas—, pero mientras estábamos con los preparativos de la boda, su padre enfermó.

—¿El hijo de Domingo?

—El mismo. Marisa decidió volver al pueblo para ayudar a su hermana a sacar adelante la panadería mientras su padre se recuperaba. Su madre había muerto años antes, así que no podía dejarla sola.

—¿Marisa tiene una hermana?

—Sí, pero ya no vive aquí. Creo que no se llevan muy bien.

—¿Y el padre de Marisa?

—Murió a los pocos meses de venirse ella aquí.

—¿Y qué pasó con la boda? ¿La anulasteis?

—No, seguimos adelante con ella. Le dije a Marisa que podíamos posponerla si quería, que por mí no había ningún problema, pero ella insistió en casarse. —Deja la caja de los anillos dentro del baúl—. Cuando su padre murió, vine una temporada al pueblo para estar con ella. Estaba muy rara por aquel entonces, lloraba y se ponía echa una furia por cualquier cosa. Pensé que era por todo lo de su padre, pero estaba equivocado.

—¿Por qué? —pregunto con cautela. Me imagino que aquí entra su primo.

—Porque a los pocos días me dejó una carta donde me decía que se había enamorado de Agustín y se iba con él.

—¿Te dejó por carta?! —Me quedo a cuadros. ¡Será cobarde! ¿Cómo pudo hacerle eso? Esta mujer está peor de lo que pensaba—. Y entonces, ¿por qué quería casarse contigo si estaba enamorada de tu primo?

—Resulta que antes de venir a vivir conmigo, ya me puso los cuernos con Agustín. —Se encoge de hombros—. No sé por qué quería casarse conmigo si ya no sentía nada por mí.

—Porque es una hija de puta, por eso —escupo con rabia. Simón me mira arqueando las cejas—. No me mires así, es lo que es, con todas sus letras. ¡Y encima, tiene la poca vergüenza de pedirte que vuelvas con ella!

—No quiero que te enfades, que solo te lo he contado porque me lo has pedido —añade con voz serena. Me coge de la cintura para sentarme a horcajadas sobre sus piernas. Retira un mechón de pelo de mi cara—. Me da igual porqué me ha pedido que volvamos, ahora estoy contigo y pienso seguir a tu lado. Lo único que no soportaría sería que tú me hicieras lo mismo, que me dejaras. Me volvería loco.

Me separo de él y lo miro a los ojos, a esos ojos castaños que me hablan con tanta sinceridad y también con el miedo bailando en ellos. Deslizo mi pulgar por la comisura de su boca.

—Yo no te haría algo así. No voy a volver a hacerte daño.

—Teresa, no vuelvas a eso, por favor.

—No voy a volver a hacerte daño. —Despacio, y con mucha dulzura, beso sus labios.

Nos quedamos abrazados unos segundos. Pienso en lo mal que tuvo que pasarlo cuando se enteró de lo de Marisa y su primo y más ganas me dan de ahogar con mis propias manos a esa mujer. Simón con Marisa y yo con Emilio tenemos un buen historial, pero ahora ellos ya no importan, ahora estamos Simón y yo, estamos juntos y será para siempre.

—Yo tampoco quiero que me dejes —hablo bajito junto a su oreja—. Me ha

costado darme cuenta de lo que siento por ti, pero ahora que lo sé, no quiero perderte.

Simón coge mi cara entre sus manos y me sonrío de forma tan tierna que lo único que puedo hacer es unir mis labios con los suyos. Nos besamos sin prisas, con esa promesa que ambos nos hacemos.

—Jamás voy a dejarte.

—Más te vale.

—Será mejor que volvamos a la cama —susurra sin apenas separarse de mí. Pasea sus manos por mi espalda y hace que todos los poros se me ericen.

Al levantarnos del suelo, observo que dentro del baúl hay una cajita de metal, rectangular y con imágenes de diferentes ciudades. Parece bastante antigua, ya que las esquinas y algunas de esas imágenes están bastante deterioradas. Me acerco a cogerla y veo que tiene un candado.

—¿Sabes qué es esta caja? —La giro para mirarla por todos los ángulos—. Está cerrada con llave.

—Ni idea —dice y me la quita de las manos.

—Podemos buscar la llave y averiguar qué hay dentro.

—Pero ¿no querías ir a la cama?

Su pregunta obtiene una respuesta: la caja de metal cae de nuevo en su sitio y nosotros, sobre el colchón.

# 18

—¡Teresa, deja que mi nieto se vaya ya! —Me grita Petra desde el salón. Simón y yo estamos en la entrada de la casa.

—¡Que ya me voy, abuela! Cualquiera que te oiga va a pensar que no me quieres.

—Claro que te quiero, nietecito mío, pero hoy no es uno de esos días.

—Desde luego que la sinceridad de tu abuela es abrumadora. —Río ante la buena conversación entre ellos.

—Sí, es insoportable —dice, y me coge más fuerte por la cintura para acercarme más a él—. No te lo pases muy bien con el *boy* ese de esta noche.

—¿Cómo sabes que hay un *boy*?

—¿Te crees que soy tonto? Mi abuela, Lorenza, mi madre y ahora tú. —Arquea las cejas—. No lo manosees mucho.

—Manosear ¿a quién?, ¿al *boy*? —Menuda pregunta más tonta le acabo de hacer—. Si estos chicos solo se dejan tocar por la novia. Las invitadas tenemos las manos vetadas. —Si le miento un poco no va a notarlo.

—Tú, por si acaso, no lo toques mucho, ¿vale?

—Vale. —Me aferro más a su cuello y lo beso lentamente en los labios. Será nuestro último beso de la noche.

—Pero, hijo, ¿todavía estás aquí? —exclama Adela, que baja por las escaleras.

—¡Que ya me voy! —brama, el pobre. Se gira sin tan solo mirarme y cierra de un portazo.

—Y a este, ¿qué le pasa? —me pregunta la madre de la criatura.

—Nada, hija —responde la otra madre—, que no le gusta que otro hombre venga a casa esta noche.

—¡Pues a mí me encanta!

Suena el timbre de la puerta y nos sobresaltamos las tres a la vez. Voy a abrir y me encuentro con Lorenza acompañada de Isabel. ¡Madre mía!, Lorenza viene espectacular.

—Guau, Lorenza, estás preciosa con ese vestido —argumento con los ojos como platos.

—Es verdad —afirma también Adela—. ¿De dónde has sacado ese tipazo que tienes?

Ella da una vuelta sobre sí misma para que podamos verla en todo su esplendor. Lleva un vestido negro, por encima de las rodillas y con algunas transparencias colocadas estratégicamente. Vamos, que allá la imaginación de cada uno.

—Me lo he hecho para esta ocasión —alega orgullosa—. Voy a dejar al *boy* boquiabierto.

—Y a mí, ¿qué?, ¿no me saludáis? —anuncia Isabel con un falso enfado. Con lo alucinadas que nos hemos quedado con su acompañante, ni siquiera hemos tenido la educación de saludarla.

—¡Hola, Isabel! —le decimos todas.

Entramos en el salón, donde horas antes hemos preparado unos aperitivos para cenar antes de que venga el espectáculo, no vaya a ser que nos pille con el estómago vacío y nos dé un jamacuco a todas con el movimiento *sexy* de caderas del *boy*.

—¿Dónde has dejado a Sergio? —le pregunta Adela a Isabel.

—Está con la vecina, así que tengo que volver pronto a casa —dice Isabel. Mira su reloj de pulsera—. El *boy* no debe de tardar mucho en llegar.

Y todas nos revolucionamos. Petra empieza a hacer un interrogatorio a la pobre Isabel, con la curiosidad reflejada en cada nombre de chico que pronuncia, para saber si alguno de ellos es el que vendrá esta noche.

—No insistas, no te lo voy a decir.

—Venga, una pista. ¿Con qué letra empieza su nombre? ¿Es rubio, moreno, calvo? ¿Es del pueblo?

—No voy a decir nada.

—A mí me lo puedes decir, que yo no conozco a nadie en el pueblo —le comento, a ver si tengo suerte.

—No, que luego se lo dices a estas chismosas. —Y me guiña un ojo.

Vaya, no he tenido suerte.

—Pues yo no entiendo tanto secretismo —farfulla Lorenza—. Que no lo sepa ella —dice señalando a Petra—, que es la novia, vale, pero que no nos lo quieras decir a nosotras es de ser mala amiga.

—Solo quiero sorprenderos, sois muy impacientes.

Y la sorpresa aparece tocando en la puerta. Todas nos levantamos del sofá, ansiosas. Por Dios, parece que no hayamos visto un hombre en la vida. Isabel nos frena con mucho esfuerzo y me pide que las mantenga encerradas en el salón, que no salgan y que no vean nada de nada. Me comprometo a ello, aunque no sé cómo lo voy a conseguir. Parecen unas leonas hambrientas.

—A ver, señoras, mantengamos la calma —comento cuando Isabel sale al encuentro del recién llegado.

—Que mantengamos la calma, dice —pronuncia Lorenza, a lo que las otras dos locas la acompañan con una afirmación de cabeza—. Como tú vas servida...

—¿Que yo voy servida? ¿Y vosotras no?

—¡No es lo mismo! —estallan las tres—. Simón es joven y lo tiene todo en su sitio.

—Sí, pero dentro de unos años será igual que su padre, así que aprovéchate de él ahora.

—¡Mamá! ¡Qué sabrás tú cómo tiene mi marido sus cosas!

—Pues las tendrá igual que las tenía tu padre, y que Domingo —añade Petra sin vergüenza ninguna.

—Por favor, no quiero escuchar nada más, así que ya estáis dando un paso hacia atrás.

Las tres me miran con cara de enfadadas y vuelven a sentarse donde estaban antes. Suspiro aliviada, pero sin separarme de la puerta cerrada que está a mi espalda. Observo al trío y puedo afirmar que han sacado sus mejores galas para esta noche. El vestido de Lorenza, para qué decir más. El de Petra no es tan llamativo, pero es de un azul marino intenso y con un buen escote en la espalda. El de Adela es el más sencillo, de tirantes, liso y de color negro. Y ya puestos, detallo el mío; es gris y con flecos. Ah, eso sí, los taconazos que llevan las tres son para matarse. Yo también llevo, pero algo más discretos.

—Teresa, ¿puedo pasar? —me llama Isabel desde el otro lado de la puerta. Ella lleva puesto un top negro y unos pantalones cortos del mismo color.

—Sí, espera —le digo y me giro hacia madre, hija y amiga—. ¿Os vais a quedar tranquilas y quietecitas cuando abra la puerta?

—¡Que sí! —gritan un poco desquiciadas.

Abro la puerta, y la única persona que entra es Isabel, con una *tablet* en la mano que deja sobre la mesa. Busca una aplicación, la pone en marcha y se sienta al lado de las mujeres. A mí me arrastra con ella, cogiéndome de la mano. La música que sale del aparato empieza a sonar. Es una melodía bastante sensual, con notas acordes a lo que está por venir.

—¡Ay, qué nervios tengo! —susurra Petra.

Y claro, lo que viene es el chico, el *boy*, el *stripper*, llámalo como quieras,

vestido de... ¿pastelero? Lleva puesto unos pantalones blancos, con la chaqueta a juego y el gorro del mismo color. Sí, el disfraz es de pastelero, y no solo lo he deducido por la ropa, sino porque también lleva una manga pastelera. Como esté llena de nata, ya me imagino la de guarradas que puede hacer con eso.

Giro mi cara para ver las de las tres mujeres que aguardan conmigo a que el chico empiece a quitarse la ropa. Están totalmente atontadas, con las bocas abiertas y los ojos apenas parpadean. Vale, el chico no está mal, es moreno, muy moreno, con los ojos negros y la indumentaria que lleva hace que resalte muchísimo el tono de su piel. Se ve un chico fuerte, con los brazos musculados y una espalda ancha. Supongo que se trabajará el cuerpo en el gimnasio. En conjunto, no está mal, pero no es para tanto. Prefiero a Simón.

—Ese... —dice Adela.

—Es... —añade ahora Petra.

—¡Nasir! —culmina Lorenza.

Ahora, la que se queda perpleja, soy yo. ¿Nasir? ¿Qué Nasir? ¿El Nasir de Lorenza? ¿El que decía que era un muermo y que se había cansado de él?

—¿Este es tu Nasir? ¿El soso? —El chico ha empezado a bailar y ¡madre mía cómo se mueve! No sé qué considera aburrido Lorenza, pero esos meneos no son para nada de los que te dejan dormida en la cama.

—Ese es —afirman Petra, Adela e Isabel. Lorenza está que no pierde detalle.

—¿Y no sabías que se dedicaba a esto?

Lorenza está tan ensimismada en lo que tiene delante que lo único que sabe hacer es negar con la cabeza. En ese momento, Nasir le guiña un ojo y coge a Petra para ponerla en el centro del salón, sentada en una de las sillas, y le enseña a ella, y, de paso, a nosotras, lo que contiene la manga pastelera.

Nata, contiene nata. Le echa un poco en el dorso de la mano y la retira, muy suavemente, con su lengua. Después, se sienta a horcajadas sobre el cuerpo de Petra, pero sin dejar descansar todo su peso sobre ella, mientras que empieza a marcarse un buen baile con su culo bien proporcionado.

—¡Virgen santísima! —Esa es la acalorada exclamación de Adela, que se dirige a Lorenza—. ¿A ti te ha hecho eso? ¿Te ha bailado de esa forma?

—Igual te has adelantado con eso de dejarlo —reflexiona Isabel.

—Si lo dejaste por aburrido, no veas lo que te estás perdiendo —dejo caer.

—Si se mueve así con ropa, cuando se la quite...

—¡¿Queréis dejarlo ya?! —nos grita con los dientes apretados y con las mejillas enrojecidas—. Dejad de mirarlo como si fuese un pastel al que queréis hincarle el diente.

—Es que está para comérselo. —Vaya, Isabel está desatada.

—Para untarlo enterito con la nata esa que lleva y...

—¡Y basta ya! —se queja Lorenza, enrabiada perdida por los comentarios que le hacemos, aunque creo que está más enfadada con ella misma que con nosotras. Nasir le importa más de lo que piensa.

Decidimos quedarnos calladas, no solo por el mal carácter que de pronto domina a la amiga de la novia, sino también porque Nasir se ha quedado desnudo con la ayuda de Petra, que no ha tenido ningún pudor en ayudar al pobre chico. Y es que el chico tiene un cuerpo que ni los modelos esos de los anuncios de los calzoncillos de marca.

—Qué calor me está entrando —murmura Isabel, que se da aire con las manos.

—Es que hace mucho calor —corroboro.

El calor es producido por la nata, que ahora cubre los pezones de Nasir, y por las manos de Petra, que la esparcen por todo su torso para hacerlo todavía más apetecible. El bailarín quita los restos de dulce de los dedos de la novia a base de lametones muy sensuales.

—Y encima esta que no se corta ni un pelo —farfulla Lorenza de muy mala gana al mirar a su amiga y a su examante.

Nos reímos, pero solo durante un segundo, pues la mirada de la *enfadica* del grupo nos cierra la boca. Termina la canción con la que el *boy* había abierto su espectáculo, y este también finaliza. Las cuatro tenemos unos coloretos bastante marcados en nuestras mejillas cuando aplaudimos y vitoreamos al chico, animándolo a que nos haga otro bailecito. ¡Otro, otro, otro! Claro está que la quinta mujer está por asesinar al resto del grupo.

—Señoras, lo siento, pero me esperan en otro sitio. —Se disculpa a la vez que retira la nata de su pecho con una toalla y una botella de agua que traía consigo.

—¿A dónde vas? —pregunta rauda Lorenza.

—No tengo que darte ninguna explicación. Ya no eres nada mío. —Uy, eso ha sonado con un tono rencoroso.

—Nosotras mejor vamos un rato al baño a refrescarnos. —Y así hacemos. Desaparecemos—. Nasir parece bastante enfadado con Lorenza —digo al llegar al baño.

—No me extraña, lo dejó de la noche a la mañana y sin ninguna explicación —comenta Petra—. Sigue enamorado de ella.

—Pero ¿cómo puede haberse enamorado de una mujer que es —pregunta Adela, se queda callada y cuenta con los dedos de sus manos—, que es ¿qué?, ¿cuarenta años mayor que él?

—¿No te has enamorado tú de tu marido? —Bueno, ya estamos otra vez.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que yo acabo de decir? —Adela frunce las

cejas y pone los brazos en jarras.

—Pues que yo tampoco entiendo qué viste en tu marido. —Con toda la tranquilidad del mundo, Petra se pinta los labios.

—¡Mamá, deja de meterte con mi marido! Yo solo digo que un chico tan guapo como él puede tener a la mujer que quiera.

—A la que quiera no —intervengo—, quiere a Lorenza, y no la tiene.

—Es posible que eso cambie esta noche —dice Isabel con una sonrisa de medio lado—. Yo tengo que irme ya. Ya me contaréis cómo habéis acabado la noche.

Isabel se despide de nosotras, algo menos sofocada, y bajamos todas al piso inferior para ver si la parejita ha terminado de hablar... o de lo que haya hecho. Nos encontramos a Lorenza sola en el comedor, ni rastro de Nasir.

—¿Qué ha pasado? —Petra abraza a su amiga por los hombros.

—Hemos quedado mañana para hablar. —La sonrisa de Lorenza es ahora relajada, pero no suelta nada más—. Venga, vayámonos a jugar un rato al bingo.

—¿Al bingo? ¿Cómo que al bingo? —las interrogo extrañada. No era lo que había pensado.

—Pues eso, que vamos para el bingo.

Bingo y tercera edad, claro que concuerda para una estupenda despedida de soltera. Menos mal que hemos tenido al *stripper*. Cómo cambian las cosas con los años.

Vamos caminando calle abajo, dirección a la playa. Giramos en una esquina.

—¿Dónde está el bingo?

—Está en ese edificio de la fachada amarilla. —Señala Petra con el dedo índice—. Es en el primer piso.

—¿Cómo que está en un edificio? ¿En un piso se juega al bingo?

—Sí, es un piso de esos clandestinos.

Clandestino. La noche promete.

## Simón

Madre mía, la noche ha sido prometedora, y que conste que lo digo con ironía. Cuando mi abuela me echó de casa, no me podía imaginar la noche que me esperaba. Domingo no le había dicho a su prometida que iba a tener su propia despedida de soltero la misma noche que la suya, así que cuando llegué a su casa me quedé parado al ver a todo el Inmerso del pueblo metido allí. Excepto Manolo, el nieto de Paco y yo, que parecíamos salidos de la guardería.

Todos juntos, unos quince en total, nos montamos en un autobús que nos condujo a cenar a un restaurante de Almería. Cena y espectáculo. Y claro, el espectáculo no fue otro que una *stripper*. Y pobre chica, lo que tuvo que aguantar por ser una conocida de todos. La muchacha en cuestión es la hija de la frutera del pueblo que, para pagarse la universidad, se dedica a esto. Pues bien, como la confianza da asco, le pidieron un segundo baile, previa recolecta, que veo que aquí se estila mucho eso, y ella aceptó. Por suerte, se comportaron, pero yo me sentí muy incómodo, no me sentí en mi sitio.

Al salir del restaurante nos fuimos a La Gaviota. Creí envejecer doscientos años de golpe. ¿Qué que es La Gaviota? Pues es una sala de fiestas donde, si sumas las edades de todos los presentes, el número «pi» se queda sin dígitos. Vamos, que lo más joven que hay en el local son las dos columnas que hay en los laterales que datan del siglo XVIII.

Pude comprobar que Manolo estaba igual de aburrido que yo, así que nos pasamos la noche en la barra, bebiendo y hablando de nuestras cosas mientras que el resto se lo pasaba pipa. Manolo me contó que, en estos cinco años que no había aparecido por el pueblo, se había separado y había tenido tres relaciones. Cuando yo le conté que solo había tenido una, mi relación con Teresa, y algún que otro polvo esporádico, se echó a reír y a decirme que la ciudad no le sentaba bien a mi masculinidad.

Eran las cinco de la mañana y ya tenía dolor de culo de tantas horas sentado en esos duros taburetes. Domingo se fijó en mi cara de asco, de agobio que llevaba y tuvo el detalle de decirle a sus amigos que ya era hora de volver a casa. ¡Gracias a Dios! Pero aún así, algunos de sus amigos se quedaron a seguir la fiesta. Pero ¿a qué hora cerraba ese sitio?

Y aquí me tienes, las diez de la mañana y sin poder pegar ojo más de cuatro horas seguidas, tomándome mi tercer café de la mañana.

—¿Te aburraste mucho anoche? —pregunta Domingo, sentado frente a mí en la cocina.

—Podría haber sido peor.

—Lo siento, no sabía qué me tenían preparado.

—Hombre, ese ambiente no es lo mío. —Me encojo de hombros—. ¿Sabes algo de tus amigos? ¿Llegaron sanos y salvos a casa?

—No sé si habrán llegado a casa, quedaron para ir a comer churros con chocolate después de la fiesta. Creo que todavía es pronto para que se hayan recogido.

—Yo de mayor quiero ser como vosotros —argumento riendo—. Será mejor que vaya a casa a ver cómo están las mujeres.

—Espera, que voy contigo.

Salimos de su casa en silencio. Estoy deseando ver a Teresa y que me cuente cómo ha sido su noche. No, mentira, estoy deseando verla para poder besarla, abrazarla y dormir junto a ella hasta la mañana siguiente. Sí, tengo sueño, los cafés no me han ayudado mucho que digamos. Me he acostumbrado a pasar las noches con ella, y anoche la eché mucho de menos.

Espero que no se lo haya pasado muy bien con el *boy*.

Al girar la esquina, parado delante de la casa de mi abuela, hay un coche de la Guardia Civil.

—¿Qué hace ese coche ahí? ¿Qué ha pasado? —El tono de Domingo es de auténtico terror.

Yo también me asusto al ver el vehículo, pero cuando veo bajar de él a las cuatro mujeres por sus propios pies, me relajo un poco, solo un poco, pues mi cabeza empieza a buscar una explicación a la imagen que hay delante de mí.

—Hola, chicos —nos saluda mi abuela desde la puerta delantera del coche. La cierra y se lanza a los brazos de Domingo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —pregunta este, que la mira con atención, inspeccionándola de arriba abajo.

Yo también observo detenidamente a Teresa, a mi madre y a Lorenza. No parece que ninguna de ellas haya sufrido ningún daño. Me acerco un poco más a ellas y las veo que bajan la mirada. Bueno, Lorenza me mira con un parpadeo continuo. Se le debe de haber metido algo en los ojos.

—Estamos bien —declara mi abuela con total tranquilidad—. Este chico ha sido tan amable de traernos a casa.

El chico, que no es otro que un guardiacivil que debe rondar los treinta años, lanza a mi abuela una mirada ceñuda, mostrando toda la seriedad que lo caracteriza.

—¿Conocen ustedes a estas señoras?

Domingo y yo nos miramos y a punto estamos de decirle que no, que ni somos familiares ni las conocemos de nada, pero desistimos, porque el abrazo que mi abuela le ha dado antes a su futuro marido nos delata.

—Sí —contestamos al final.

—Caballeros, que sepan que estas cuatro señoras han pasado la noche en el calabozo.

—Perdona, jovencito —dice Lorenza, que interrumpe al agente—, pero aquí hay dos señoritas. —Y se señala a ella y a Teresa.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué habéis estado en el calabozo?! ¡¿Otra vez?! —grito, sin poder contenerme, dirigiendo mi furia a las cuatro irresponsables. ¡Ni señoras ni señoritas!

—Para la próxima vez, ya nos ponéis unos colchoncitos en la celda, guapo —

se dirige Lorenza al chico de uniforme.

—Señora, no se dirija a mí con ese apelativo. Soy la autoridad y debe tenerme un respeto —la regaña el chico, que sigue bastante serio.

—Y dale con señora. ¡Señorita!

—Con la de ayer, ya van dos veces que he tenido que detenerlas. —Les recuerda, obviando las palabras de la amiga de mi abuela.

—Para la siguiente, ¿nos haces un tres por dos como en el Carrefour?

El guardiacivil, que sigue teniendo cara de muy pocos amigos, da un paso hacia delante y se echa mano a un bolsillo trasero de su pantalón. Las tres mujeres de mi familia, que ven que algo malo va a pasar, corren raudas al lado de Lorenza, dos la retienen por los brazos y la otra le tapa la boca para separarla del chico, que creo que tiene unas ganas inmensas de meterla de nuevo en el calabozo.

Este, con los labios apretados, nos saluda a Domingo y a mí con un gesto de cabeza y se mete en su coche. Desaparece calle abajo.

—Con lo guapo que es y lo bien que le sienta el uniforme, y el carácter tan agrio que tiene —declara Lorenza, con el morro torcido.

—¿Alguna de vosotras es tan amable de explicarnos qué ha pasado esta noche?!

Vuelvo a gritarles en medio de la calle. Me he cansado ya de tanto teatro, y la mala leche me está empezando a subir la temperatura. ¿Pasan la noche en el cuartelillo y tienen la poca vergüenza de tomárselo a cachondeo?

—Pues yo creo que alguna de ellas os lo explica. —Lorenza señala, sin ningún pudor, a sus amigas—. Yo es que tengo que irme a dormir. —Mira su reloj—. Uy, ¡pero qué tarde es!

Y sin decir adiós se aleja, con pasos apresurados, de nuestro lado. Menuda jeta que tiene la amiga, que les deja el marrón a mi abuela, madre y novia.

Domingo ha permanecido callado bastante tiempo, pero creo que el enfado que recorre mi cuerpo es el mismo que se extiende por el suyo. Me hace un gesto con la cabeza para que recojamos al trío maravillas y lo llevemos hacia el interior de la casa de mi abuela.

Sigo a Domingo hasta la cocina. Madre, hija y Teresa se sientan alrededor de ella y Domingo lo hace frente a ellas, serio, con las manos entrelazadas encima de la madera. Yo, de pie, recostado en la encimera y con los brazos cruzados, observo el rapapolvo que está por llegar por parte del otro hombre que hay en la sala. Le voy a dejar a él ese pequeño placer.

—Y bien, ¿nos vais a contar —las interroga y nos señala a ambos con el índice — lo que ha pasado? ¿O es que pasar la noche en el calabozo pertenece a una nueva diversión de las despedidas de soltera?

—Pues suena divertido. Deberíamos patentarlo —alega, risueña, doña Petra.

—¡No suena divertido! —brama Domingo con un puñetazo en la mesa. Las tres se sobresaltan, y yo también me incluyo. Lo miramos sorprendidos por el arranque de carácter, bastante desconocido, al menos, para mí. El silencio que se instala en la cocina es tan tenso que solo el griterío de mi abuela es capaz de romper.

—¡Oye, a nosotras no nos grites! —Se levanta de su sitio y se encara a su prometido.

—Tienes razón —declara un tanto compungido, como si se hubiese dado cuenta que ha manifestado su fuerte enfado en público. Mira a mi madre y a Teresa con pesar—. Lo siento, chicas, no quería gritaros. Me marchó a casa.

Se levanta, me da unas palmadas en el hombro y desaparece.

—Pero ¿qué demonios le pasa a este hombre?

—Es increíble que preguntes eso, abuela. —Me llevo los dedos a mi pelo, exasperado—. Os vais de despedida, acabáis la noche en la trena, ¿y todavía te preguntas qué le pasa a Domingo? ¡Si todavía no sabemos qué es lo que ha pasado!

—Hemos estado en un bingo clandestino y han hecho una redada. Eso es lo que ha pasado.

—¡Vaya, hija, qué floja eres! Desde luego que vales para guardar un secreto —exclama mi abuela contra mi madre.

—¿Secreto? Lo iba a saber de todas formas. —Me señala y mira a la abuela con atención—. ¿Desde cuándo vas tú a ese sitio?

—Desde cuando a ti no te importa. Hemos cantado una línea y un bingo y así me lo pagáis —declara con hastío—. Me voy a casa de Domingo, a ver si lo calmo un poco y puedo dormir arropada.

—No sé yo si tu prometido va a estar para darte mucho calor.

Pasa por mi lado y me mira de soslayo. Cierra la puerta de un portazo, como no. Me giro y vuelvo a clavar mis ojos en las dos mujeres que quedan. Una, me sonrío, la otra, sigue sin hablar, mordiendo su labio inferior.

—Yo también me voy a dormir. —Se levanta mi madre y me da un beso en la mejilla—. Si quieres saber algo más, le preguntas a tu novia.

Otra cobarde que se va escaleras arriba y me deja a solas con mi chica. Tomo asiento frente a ella y me sirvo un poco del café frío que quedó de ayer. Miro a Teresa a la vez que deposito la taza llena en la mesa y me doy cuenta que ella también me observa con atención. Sigue con la espalda rígida y mantiene cierta distancia conmigo.

—¿Estás enfadado? —pregunta en un susurro.

—Sí.

—Pero ¿un poco? ¿Mucho? ¿Bastante?

—Demasiado —termino diciendo.

—Lo siento, Simón, no supe lo del bingo hasta que llegamos allí.

—Sé que la culpa es de mi abuela, pero también podías haberte negado a entrar.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me quedara sola en la calle? —me interroga con el entrecejo arrugado.

—Me podías haber llamado. Hubiese ido a buscarte, a buscaros.

—Ah, ¿sí? ¿A las tantas de la madrugada habrías venido a buscarnos? —Alza un poquito la voz. Pone las manos sobre la mesa, alterada, y se levanta—. Mira, a mí me ha gustado menos que a ti tener que pasar la noche en el calabozo, pero es lo que ha pasado y no puedo cambiarlo.

—¿Sabes la de cosas que se me han pasado por la cabeza cuando he visto el coche de la Guardia Civil aparcado frente a la casa? —la interrogo yo ahora, con su misma postura desafiante, y también con un tono para nada relajado.

—Lo siento, Simón —vuelve a repetir—. Siento que te hayas imaginado lo que no es, pero estás cabreado y yo cansada, así que no me apetece hablar de esto ahora.

Rodea la mesa para salir, pero la retengo por la muñeca, impidiéndole la huída.

—No te vayas —murmuro, y la atraigo hasta mi cuerpo—. Lo primero que he pensado ha sido que te había ocurrido algo. —Acaricio su rostro—. No quiero discutir contigo.

—A mí tampoco me apetece.

—Te he echado de menos. —Dejo caer como en una confesión.

—¿Tanto te has aburrido esta noche como para echarme de menos? —Sonríe, y es la primera sonrisa que veo en su rostro en el día de hoy. Pasa sus brazos alrededor de mi cuello y yo la aprieto más contra mí, rodeando su cintura con posesión—. ¿Ya no estás enfadado?

Su aliento junto a mi boca hace que se me erice toda la piel y me olvide de todo, excepto de nosotros.

—¿Yo estaba enfadado? —declaro sin poder dejar de mirar sus labios—. Y tú, ¿estás muy cansada?

—No.

Y cuando los une a los míos con delicadeza, pierdo toda batalla. Me dejo guiar por ese beso y por todos los que le siguen. Me enciende cada vez que ella toma la iniciativa, cada vez que acaricia mi boca con su lengua y deja que la quiera. Porque la quiero, la quiero como jamás pensé que se podía querer a nadie, porque nunca me había sentido tan pleno y lleno de vida como cuando

estoy con ella. Porque ella también me quiere, y aunque no me lo haya dicho, no soy tan tonto como para no darme cuenta de eso.

—¿Vamos a la cama o prefieres que empiece a desnudarte aquí abajo? —Casi sin aliento, la tomo entre mis brazos y le hago caso, la llevo hasta la buhardilla.

Al llegar, la dejo en el suelo, y con prisas exageradas nos desvestimos para, en menos de un segundo, volver a devorarnos sin ninguna barrera entre nuestros cuerpos. Inclino a Teresa sobre el colchón para besar toda su piel, para sentir el sabor de sus pechos entre mis labios, para volverme loco con el gemido que emite cuando lamo sus pezones. Tengo demasiada prisa por estar dentro de mi chica, y ella parece estar igual de impaciente cuando me pasa un preservativo y espera ansiosa a que me una a ella.

Cuando estoy en su interior, no soy capaz de moverme ni de explicar lo que siento, ni cómo me siento. Es algo que escapa a mi propia razón, pero que solo mi alma entiende.

Teresa sujeta mi rostro con sus manos y vuelve a besarme para que la acompañe en un vaivén que hace que nuestros cuerpos exploten.

—¿Cómo ha ido la noche con Domingo? —me pregunta, acurrucada en mi pecho una vez saciados el uno del otro. La abrazo.

—No ha estado mal. Nosotros también hemos estado de despedida.

—¿En serio? Cuéntame qué habéis hecho. —Y suelta un bostezo.

—Pues hemos ido primero a cenar a Almería y después...

Y después, dejo de hablar. Teresa acaba de dormirse entre mis brazos.

# 19

Apenas queda una semana para que la boda de mi abuela se oficie, y yo ya voy tarde para encaminarme hacia el aeropuerto a recoger a mi padre y a mi hermana. Dejo en la cama a Teresa, durmiendo profundamente y sin ser consciente que ya no estoy a su lado, arropándola como tanto me gusta hacer. Voy escaleras abajo, intentando no matarme mientras me pongo el pantalón, cuando mi nariz detecta un olor familiar que sale de la cocina.

—Abuela, ¿qué haces aquí? —Me acerco a ella y le beso la mejilla.

—Estoy haciendo unos churros para que le lleves a tu hermana. Seguro que no habrá desayunado nada cuando ha salido de casa, como si la conociera.

—Y yo ¿qué? ¿No puedo comerme uno? —Meto la nariz cerca de la sartén, donde el olor y el color doradito de los churros me hace salivar. Mi abuela hace unos churros de muerte.

—¡Claro que sí! —me dice sonriendo a la vez que pone unos cuantos en un plato, donde unas servilletas absorben el aceite de este delicioso manjar—. Pero antes, tengo que pedirte algo.

—Abuela, si es por lo de anoche, déjalo, no estoy enfadado.

—No se trata de eso.

—¿No? —digo así, disimulando mientras voy a empezar a atacar mi desayuno.

—¡Deja eso! —Y me da tal manotazo que el churro se cae de nuevo al plato—. Y escúchame.

—Jolín, abuela, puedo comer y escucharte a la vez. —Y lo recojo para morderlo. Hummm. Delicioso.

—Tienes que llevarme al altar. —Al oírla, unos trozos de masa salen por mi boca. Otros, se quedan atragantados en mi garganta—. ¿Ves? No puedes comer y escucharme al mismo tiempo. —Sigo tosiendo hasta que me dirijo a la nevera y

saco la botella de leche. No me da tiempo de volcarla en un vaso, así que bebo directamente de ella—. Eso es glamour, sí señor.

—Repite eso, abuela. —Ya recuperado de una muerte segura por churros, mi voz sale temblorosa—. ¿Que te lleve al altar? ¿Eso me acabas de decir?

—Bueno, al altar de una iglesia, precisamente no, pero me acompañarás al del restaurante, ¿no?

Creo que es la primera vez en toda mi vida que noto a mi abuela nerviosa, titubeante, como si mi respuesta a su plegaria fuese de vital importancia, como si mi afirmación o negación dependiera de que ella dé ese paso.

—Pensaba que se lo pedirías a uno de los titos.

Mi abuela baja la mirada hacia el suelo y se sienta en una silla. Cuando levanta los ojos, el brillo que veo en ellos no me gusta. Está evitando llorar. Me pongo delante de ella, de pie, y le sujeto las manos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Ninguno de tus tíos viene a la boda. No aceptan que vuelva a casarme.

—¿Cómo que no aceptan que te vuelvas a casar? —Arqueo una ceja con escepticismo.

—Dicen que soy muy mayor para hacer semejante espectáculo, que, con ello, estoy deshonrando al abuelo. Y ¡ay lo que dirán en el pueblo! —A medida que enumera los motivos por los que, según mis tíos no debe casarse, su voz se eleva cargada de ira—. ¿Sabes qué? ¡Que me importa muy poco lo que todos piensen de mí!

Se pone en pie, haciendo chirriar las patas de la silla por el suelo. Coge un churro y lo mastica con furia, como si la pobre masa de harina tuviera la culpa.

Cuando un tiempo atrás ella misma me dijo que se volvía a casar, no me lo podía creer. También se me pasó por la cabeza que era una locura, pero es mi abuela, la quiero y solo quiero verla feliz.

—Todo eso es una estupidez, abuela.

—¿Te crees que no lo sé? ¡Es una soberana estupidez! Pero ¿qué puedo hacer? Tus tíos piensan eso de mí y yo no puedo hacer nada por quitarles esas ideas absurdas de la cabeza. Fíjate que ni siquiera se han acercado por casa para veros. —Da media vuelta para tomar un vaso de agua—. También están enfadados con vosotros por apoyarme en esto.

—Claro que te apoyamos, aunque mamá al principio estaba un poco reacia a esta boda.

—Tu madre vive para llevarme siempre la contraria.

Su comentario me hace sonreír, porque, en cierto modo, es verdad, pero me da mucha pena verla triste por culpa de mis tíos, de sus propios hijos, que no son capaces de ver, de entender que su madre tiene derecho a rehacer su vida. A ser

feliz. A vivir.

—Lo siento mucho, abuela. —Me acerco y apoyo mis manos sobre sus hombros.

Deja el vaso en el fregadero y me abraza con cariño por la cintura. Es tan pequeña. Beso su coronilla y nos quedamos unos minutos así. Sin poder impedirlo, rememoro instantes de mi infancia, cuando era ella o mi abuelo los que me tenían que consolar cada vez que venía con alguna herida en mis magulladas piernas.

—Los momentos más felices que he tenido en mi vida fueron cuando nacieron mis tres hijos. Una no nace enseñada y tiene que criarlos, educarlos de la mejor manera que puede o sabe. Al final, creo que ni tu abuelo ni yo lo hemos hecho tan mal, pero viendo este desplante por parte de tus tíos, pienso que en algo hemos fallado.

—No habéis fallado en nada —digo, rompiendo nuestro abrazo. Paseo mis dedos por sus mejillas—. Los titos se darán cuenta del error que han cometido y se arrepentirán toda su vida.

—Tus tíos no se van a arrepentir de nada, son los dos unos zoquetes —añade con rencor—. ¿Quieres un consejo? No tengas hijos.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes?

—Porque no quería que salieras corriendo al pedirte que me acompañaras.

—No voy a salir corriendo, abuela. Estoy encantado de poder llevarte de mi brazo.

—Gracias, cariño. —Y me da un enorme beso en el carrillo—. ¿A qué hora tienes que estar en el aeropuerto?

—¡Mierda! ¡Llego tarde!

—¡A tu padre, si no lo recoges, no pasa nada, pero trae a tu hermana! —me grita cuando salgo por la puerta.

## **Teresa**

—Este hombre llega tarde.

Miro mi reloj de pulsera y pasan diez minutos de las nueve. He quedado con Domingo para que venga a probarse el traje para su boda, y ya se retrasa.

Simón ha ido a buscar a su familia al aeropuerto y Petra y Adela han ido al mercado semanal del pueblo. Domingo ha venido con ella y, en un despiste, me ha dicho que a la hora acordada estaría aquí. Se debe de haber entretenido con alguna cosa. Solo espero que no se demore mucho en venir y que su futura esposa no nos

descubra. Así que, para hacer tiempo, sigo en la buhardilla admirando las piezas de ropa que cuelgan del maniquí, que no han quedado tan mal. Ojalá que cuando se las pruebe no haya que hacer muchos retoques.

De pronto, mis ojos se desvían hacia el baúl y recuerdo algo que guarda en su interior. Aprovecho que estoy sola para ponerme de rodillas delante de él y abrirlo. Trasteo un poco por sus entrañas y diviso la cajita de metal, con las fotos de ciudades descoloridas por el paso del tiempo y su inseparable candado. ¿Qué habrá aquí para estar guardado a tan buen recaudo? Dejo la caja sobre el suelo y vuelvo a mirar dentro del baúl, a ver si tengo suerte y encuentro la llave que abra ese preciado tesoro. Nada, reviso de arriba abajo su interior y no hallo ninguna llave. También sería un poco tonto que estuviera ahí, junto a la caja que tanto misterio oculta.

Así que nada, desisto y guardo mi curiosidad para otra ocasión. Dejo todo como estaba y cierro la tapa del baúl para volver a impacientarme con la tardanza del novio. Sin querer, doy una patada a un pequeño muñeco, un soldadito de plomo, que he olvidado guardar, y se desliza hasta que se oculta bajo la cama. Me agacho para recogerlo cuando encuentro, pegada al somier, una llave. La llave.

Y es aquí cuando vuelve mi insolente curiosidad y arranco con cuidado el celo que la retiene enganchada a la cama. La introduzco en la cerradura de la caja y esta se abre por arte de magia. Me pongo nerviosa y empiezo a dudar, a ponerme nerviosa. Sé que no está bien lo que estoy haciendo, que es de muy mala educación chafardear en cosas ajenas, pero lo cierto es que desde que Simón me enseñó las fotos en las que estaba con Marisa, no he dejado de pensar que en esta caja hay algo más de ellos.

Cartas. Eso es lo que hay escondido en ella, un montón de cartas, anudadas con una pequeña cuerda de color marrón y un lazo en el borde superior. Cuando lo deshago, me doy cuenta de que estaba equivocada, que este trozo de metal no guarda ningún secreto de Simón y su ex. Todas las cartas están a nombre de Petra como único destinatario, pero lo que más llama mi atención es el remitente: Domingo.

¿Por qué razón tiene Petra guardadas unas cartas de Domingo? Unas cartas de hace más de ¿medio siglo?

Cojo una al azar y saco el papel amarillento que hay dentro del sobre del mismo color. El papel huele al paso de los años y sus pliegues están tan deteriorados que tengo que desplegarlos con muchísimo cuidado.

Empiezo a leer:

*29 de agosto de 1957*

*Tenía muy claro lo que iba a hacer una vez dentro del granero de mis padres,*

*y era besar tus labios. Llevaba todo el verano esperando para poder hacerlo y hoy, que ha sido nuestro último día juntos, me has regalado la mejor de las despedidas. Desde que nos conocemos, siempre he soñado con hacer esto, pues me enamoré de ti ese primer verano que nos conocimos, cuando apenas éramos unos críos.*

¡Dios mío! ¿Petra y Domingo tuvieron un *rollete* cuando eran jóvenes? Dejo de leer esa carta y voy a buscar otra.

*24 de diciembre de 1958*

*Estaba deseando terminar la maldita cena de Nochebuena. Toda la familia sentada alrededor de la mesa, hablando de sus cosas, y yo en lo único que pensaba era en ti. En marcharme de casa y encontrarme contigo en la playa para abrazarte y besarte como te mereces. Y cuando al fin lo he conseguido, tenerte entre mis brazos y mis labios ha sido el mejor regalo de Navidad. Ojalá pudiésemos estar toda la vida así, juntos.*

¡Madre mía! Esto no ha sido solo un amor de verano, ha ido mucho más allá.

*7 de enero de 1961*

*No le encuentro ningún sentido a esto del servicio militar. Es más, lo veo una pérdida de tiempo, y lo que más me mosquea es que me separa de ti. Demasiado tiempo sin ti. No sé si voy a poder soportarlo, si voy a ser lo suficientemente fuerte como para sobrevivir sin ver tus ojos, sin acariciar tu piel, sin sentir tus manos por mi cuerpo ni tus besos. Mi padre me dice que allí, en la mili, me voy a hacer un hombre, pero yo siento que solo soy un hombre cuando estoy a tu lado.*

¡Ay, ay, ay! ¡Qué Domingo estaba enamorado de Petra! Cuatro años de relación y la mili los separa. Y, a todo esto, ¿dónde estaba Simón?

*28 de enero de 1963*

*No sé cómo empezar esta carta, pero te aseguro que será la última misiva que recibas. No me quedan fuerzas ni siquiera para escribir el dolor que siento. Preferiría estar muerto y no haber escuchado tus palabras. Que te ibas a casar con otro, me has dicho, que te has enamorado de Simón. Simón, nunca olvidaré ese nombre. ¿Qué hago ahora con todos mis sentimientos? ¿Cómo hago para*

*mirarte a los ojos sin que los míos derramen una sola lágrima? Ya estoy muerto de por vida.*

Dejo caer mi cuerpo apoyando la espalda en el baúl y doblo las piernas contra mi pecho a la vez que retengo las cartas entre mis manos. No sé las lágrimas que Domingo habrá llegado a derramar por Petra, pero ahora mismo las mías caen por mis mejillas. Qué bonito todo lo que este hombre le ha escrito y, a la vez, triste. Petra dejó a Domingo para casarse con Simón, del que se había enamorado. Así que la historia de amor de ellos dos es bastante más larga de lo que todos nos pensábamos. Todos menos Adela, que al final ha tenido razón con eso de que detrás de la boda había algo más. Yo no tuve la suerte de conocer a Simón, pero si era tal y como me dice Petra, que era igualito a su nieto, no me extraña que se enamorara de él, pero pobre Domingo, lo que habrá tenido que sufrir.

Dos hombres enamorados de la misma mujer. Una mujer que se enamora de dos hombres.

El timbre de la puerta suena y recojo todo con prisas, de cualquier manera, y lo guardo en su sitio. Bajo corriendo las escaleras para encontrarme con un sonriente Domingo.

—Hola, Teresa. Perdona por el retraso, pero es que me he encontrado con mi vecino y no me dejaba ir. Se ha puesto a hablar y no había manera de hacerlo callar —dice, todo sulfurado.

—Tranquilo, no pasa nada —añado con una sonrisa tierna. Ahora, al verlo después de haber leído las cartas, me provoca una tremenda ternura.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Me apetece muchísimo darle un abrazo y reconfortarlo como si fuese un niño pequeño, pero si hago eso va a empezar a sospechar, y no es buena idea. Lo tomo de la mano para que me acompañe arriba, se ha hecho tarde y tenemos poco tiempo antes de que las mujeres regresen a casa. Tengo que intentar alejar de mi mente las letras de Domingo y centrarme en lo que hay que centrarse. Pero es un poco difícil.

Mientras lo ayudo a vestirse, me imagino cómo habría sido de joven, cómo le hubiese quedado ese traje en su primera boda, y única, con Petra. Lo voy mirando de reojo a la vez que me cercioro de que el traje le queda perfecto. Se abrocha el botón de la chaqueta y flexiona los brazos para comprobar que puede moverse con soltura. Me agacho para comprobar los bajos del pantalón y vuelvo a mirarlo de soslayo. Domingo arruga los labios, y como es un zorro viejo, se da cuenta de que algo me pasa.

—Teresa, ¿te pasa algo?

—No.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Quieres preguntarme algo y no sabes cómo hacerlo?

Sonríe con malicia cuando me incorporo y se me suben los colores hasta las raíces de los pelos de la cabeza. Me ha pillado. ¿Cómo le explico lo que he averiguado? ¿Sabrá que Petra aún guarda sus cartas?

—No, si no es nada, una tontería —digo, muerta de vergüenza.

—Teresa, si estás preocupada por mi traje, tengo que decirte que has hecho un buen trabajo —alega, mirándose en el espejo de pie que tiene delante—. No podía haber elegido a una modista mejor que tú, ni Genaro lo hubiese hecho tan bien. Te felicito.

—Gracias. —Y, otra vez, el rojo pimiento del padrón sube por mi rostro.

—Pero no es eso, ¿verdad? —Me muerdo el labio inferior cuando Domingo me empuja por la cintura y se sienta conmigo sobre el colchón. Abraza mis manos con las suyas en un gesto delicado—. ¿Es por Simón? ¿Os pasa algo? ¿Os habéis enfadado?

Niego con la cabeza y me levanto de la cama para ir en busca de las cartas. Es inútil que me invente alguna mentira, no se me da bien, y enseguida me va a pillar. Me acerco a la cama y le enseño los papeles que plasmaron su amor de juventud. Domingo se queda con la boca abierta, pálido al ver esas cartas. Cartas que, por supuesto, reconoce. Las mira durante unos minutos, y en sus ojos puedo ver todos los recuerdos que le provoca esos años que, estoy segura, no habrá olvidado.

—No sabía que Petra las guardaba. ¿Te las ha dado ella?

—No, las he encontrado en ese baúl —le aclaro, señalándolo.

—¿Las has leído? —En su tono, no sé si detecto asombro o timidez. Asiento.

Se queda en silencio, leyendo sus letras, acariciando los sentimientos que las impregnaron en aquellos días donde el amor que sentía por Petra era más fuerte que cualquier otra cosa.

—Recuerdo con detalle los instantes en los que escribí estas cartas. Me ayudaron mucho a superar los meses que estuvimos separados.

—¿Cómo os enamorasteis? —pregunto. Enseguida me doy cuenta de que me he precipitado—. Lo siento, no quería preguntar eso, no es asunto mío.

—Petra y yo nos conocemos desde antes de empezar a caminar. Mi familia venía al pueblo siempre en época de vacaciones, a ver a mis abuelos, y así nos conocimos. Me acuerdo que, cuando tenía unos doce años, esas navidades no pudimos venir al pueblo, pero sí lo hicimos al verano siguiente. Cuando llegué

aquí, después de un año sin ver a Petra, me quedé prendado de ella.

—¿Prendado?

—Sí. Siempre la había encontrado una chica muy guapa, sentía algo por ella, pero era muy joven y no entendía nada, pero aquella vez era diferente. — Domingo habla con un poco de añoranza, sin apartar sus ojos de las cartas—. Había cambiado, se había convertido en una mujer, en una mujer preciosa, en una mujer que empezó a volverme loco... hasta hoy. —Gira su rostro y me mira—. ¿Has leído lo que pasó entre nosotros?

—Bueno, yo... —Qué día de pasar vergüenza, por Dios—. Sí, lo he leído, bueno, más o menos. —Domingo se ríe a carcajadas y me da un beso en la frente, como si fuese mi abuelo.

—No tienes que ser tímida conmigo, Teresa, es más, me gusta que me preguntes. Eres la primera persona a la que le cuento esto.

—¿En serio?

—Sí, no he podido contárselo nunca a nadie, ni siquiera a mi exmujer.

—¿Por qué no?

—Me dolía mucho hablar de ello.

—¿Y ahora te duele? —Me he envalentonado con esto de las preguntas íntimas.

—No —afirma orgulloso—. Ahora Petra vuelve a estar a mi lado y es para siempre. Me encargaré de ello.

—Siempre has estado enamorado de ella —confirmo.

—Siempre.

—¿Y de tu exmujer? ¿También estabas enamorado?

—Quise muchísimo a Carmen, pero nunca pude sentir lo mismo que lo que sentía por Petra. Ella ha sido la única mujer que ha vivido en mi corazón. Ella le daba los latidos y ella misma fue quien los paró.

—Cuando se enamoró de Simón. —Me duele decirle esa verdad.

—Sí. —Se levanta, dejando los papeles a mi lado y se mira en el espejo, con su traje de novio puesto—. Debí odiar a Simón por lo que me hizo, por aparecer en la vida de Petra y arrebatármela, pero no pude. Sabía que ella era feliz con él y para mí con eso bastaba. —Levanta los ojos y encuentra los míos a través del espejo—. ¿Alguna vez has estado enamorada de alguien que te ha roto el corazón?

—Sí. —Y recordarlo duele, ya no tanto, pero es algo que vivirá conmigo.

—Pues entonces sabes a lo que me refiero. —Regresa a mi lado y suspira—. Ese mismo verano regresamos al pueblo porque mi abuela enfermó y murió. Yo no quería venir, no quería ver a Petra enlazando sus manos con su nuevo novio, pero mi abuela nos necesitaba. Cuando la vi de nuevo, quise morir. Estaba tan

preciosa, jamás la había visto con ese brillo en el rostro, con esa felicidad. Y no era solo que iba a casarse con Simón, me dijo que estaba embarazada.

Su voz ha ido bajando de intensidad a la vez que sus recuerdos han ido tomando más fuerza. Me siento mal por hacerle recordar todos esos años que fueron dolorosos para él, y quizás sea mejor dejar este tema.

—Deberías vestirme con tu ropa antes que venga Petra y nos descubra.

—Cuando terminé la carrera —prosigue con su historia, sin hacerme caso—, soy farmacéutico, empecé a trabajar en una farmacia de Sevilla. Allí conocí a Carmen, la nieta del farmacéutico.

—¿Por qué os separasteis? —¡Ops! Otra vez mi boca y mi curiosidad hablan demasiado.

—Mi hijo Domingo, el padre de Marisa, vino un día a casa a contarnos que estaba enfermo. Le detectaron un cáncer de próstata y a partir de ahí todo se vino abajo. Murió al año. Aquello nos destrozó a ambos, como matrimonio, como personas, como padres. —Miro sus ojos y los tiene llenos de lágrimas—. Una cosa así no se supera nunca, aprendes a vivir con ese dolor, pero nunca vuelves a ser el mismo. Es lo peor que puede pasarte.

—Lo siento mucho. —Pongo una mano sobre su hombro para consolarlo—. Siento haber sacado todo este tema.

—No te preocupes, cariño —me dice con una pequeña sonrisa. Apoya su mano con la mía. Me la besa—. Me ha venido muy bien hablar de esto, sacarlo todo, y qué mejor que hacerlo contigo.

—Eres un buen hombre, Domingo. Te mereces todo lo bueno que te pase.

—Tú también eres una chica encantadora. No me extraña que Simón esté loco por ti.

—Bueno, en esta familia creo que no hay nadie muy cuerdo. —Reímos—. Domingo, ¿cómo volviste a enamorar a Petra?

—Ni yo mismo lo sé. —Y ríe. Me contagia—. Cuando me separé, vine a vivir al pueblo. Mi hijo quiso que lo enterrásemos aquí, con los abuelos, así que me instalé aquí. Pensé que de esa manera estaba más cerca de él —dice con mucha añoranza—. Es irónico que intentara recuperar el tiempo perdido con mi hijo cuando él ya no estaba.

—Domingo, no hace falta que me cuentes nada más. —Me parte el alma cada vez que habla de su hijo con esa tristeza.

—Pero ¿no quieres saber cómo Petra cayó rendida a mis encantos? —pregunta, suavizando el ambiente y volviendo a sonreír.

—Si me has dicho que no lo sabes —argumento.

—Por eso, a ver si te lo cuento y me ayudas a descubrirlo. —Me guiña un ojo—. A ver, por dónde iba... ¡ah, sí! Al volver al pueblo, Petra y yo retomamos

nuestra amistad. Ella seguía casada con Simón y yo estaba solo. Cuando Simón murió me convertí en su paño de lágrimas y quise estar a su lado todo el tiempo, sin ninguna mala intención. Pasábamos los días juntos, hablando, recordando viejos tiempos, y supongo que... ¿cómo es eso que decís los jóvenes? ¿El roce hace el cariño? Pues supongo que pasó eso.

—Y tú querías ese roce —confirmo.

—Más o menos. Bueno, sí, lo quería. Hay amores que nunca se olvidan, y yo nunca me olvidé de Petra.

—Es tu alma gemela.

—Igual que tú lo eres de Simón —comenta acariciando mi barbilla—. ¿Él sabe tu historia con el idiota ese que te rompió el corazón?

—Sí.

—Aunque suene feo decirlo, me alegro que te lo rompiera. De esa manera has podido conocer a un hombre que jamás te lo romperá. Y si lo hace, ya me encargaré yo de decirle cuatro cosas. —Volvemos a sonreír—. ¿Me contarás esa historia algún día?

—Algún día.

Domingo me ayuda a levantarme y me da un abrazo. Me siento reconfortada con esta muestra de afecto, del cariño que ambos sentimos por el otro. Y es que Domingo es un hombre excepcional, un hombre que ha sufrido mucho y que, al final, la vida le ha dado el mejor regalo: el amor de su vida.

—¡Vaya! Qué pronto me has dejado por una más joven.

## 20

El susto que Domingo y yo nos pegamos al oír, no ya tanto esa voz, sino el tonito en el que son pronunciadas esas palabras, no consigue romper nuestro afectuoso abrazo. Escucho sonreír a Domingo en mi oreja e impide que me separe de él. A mí esa voz no me provoca lo mismo que a él, ya que, aunque la conozco, me acojona un poco. Cuando por fin me suelta, los segundos más largos de mi vida, nos giramos a la vez y vemos cinco rostros que nos miran divertidos. ¿Que a quiénes pertenecen esos rostros? Pues nada más que a la familia de Petra; su hija, su querido yerno, su nieta y su nieto. Y a ella, como no. Enseguida siento como mis mejillas se colorean de un rojo intenso.

Domingo se acerca a su lado y la besa sin que oponga ninguna resistencia. Aquí es cuando yo respiro tranquila, suelto todo el aire retenido en mis pulmones y sonrío, ahora sí. Petra no se ha pensado nada raro, menos mal.

—Pero mira lo guapo que estás —le dice ella, dando un paso atrás para mirarlo de arriba abajo. Acaricia la solapa de su chaqueta entre sus dedos—. ¿Este traje es nuevo? ¿De dónde ha salido?

¡¡El traje!! ¡Se me había olvidado por completo! Con la entrada tan inesperada de Petra en la buhardilla y sus cuatro acompañantes, la ropa que lleva Domingo puesta ha pasado a un segundo plano. Mira que le he dicho que se cambie.

Y no solo es el traje... ¡¡las cartas!! No las he recogido y están desperdigadas encima de la cama. Y ¿ahora qué hago? ¿Cómo las dejo en su sitio sin que Petra se dé cuenta? Lo único que se me ocurre es dar pequeños pasos para acercarme hasta el colchón y deslizar los papeles para esconderlos bajo la almohada. Creo que Petra no se ha dado cuenta.

—Tu yerno y tu nieta han venido. Déjame saludarlos.

Y va y escurre de una manera muy perspicaz la pregunta de su futura esposa.

Petra lo ve pasar por su lado con un ademán indiferente. Ella fruñe sus labios pintados de rojo. Por el momento, Domingo ha evitado darle una respuesta, pero no sé qué pasara luego.

Domingo estrecha su mano con la de Juan, el padre de Simón, y besa a Rosi, su hermana.

—Pero ¡qué alegría me da verte, cuñada! —Rosi me espachurra contra su pecho con una alegría desbordante. Veo que Simón ya se ha ido de la lengua—. Cuando mi madre me contó que estabas saliendo con mi hermano, no me lo podía creer.

Me tranquiliza saber que Simón no le ha dicho nada, pero tampoco me sorprende que la noticia se la haya dado su madre. Lo que sí que me inquieta es la nueva caricia que mi cuñada me da. Para ser una mujer es bastante grande, es casi como su hermano, así que no creo que sea conveniente llevarle la contraria y la dejo que vuelva a estrujarme entre sus brazos.

Cuando consigo soltarme, le toca el turno a Juan. Este, más comedido en su saludo, me da dos besos.

—Yo también quiero mi beso —comenta Simón a modo de puchero. Voy hacia él y le doy lo que me reclama—. Eso está mucho mejor.

—Dejaros de tanto besuqueo que tenemos que irnos al taller de Lorenza. Nos espera.

—¿Ahora?

—Sí, tenemos que hacer la última prueba del vestido, así aprovecho y se lo enseño a mi nieta. —Se gira hacia ella—. Verás que vestido más bonito me ha hecho Teresa.

—¡Qué ganas de verlo!

—Pues vamos, que es tarde. —Mira a Domingo y a Juan, y los señala con el dedo—. Tú y tú os quedáis aquí. El resto ya podéis empezar a caminar.

—¿Por qué siempre tengo que hacer de taxista? —farfulla Simón

—Porque eres el único que tiene coche.

Y lo empuja, suavemente, por la espalda para que no dé marcha atrás y se piense el llevarnos, aunque pocas opciones tiene. Simón, a cada paso que da, va refunfuñando.

Cuando llegamos al taller, Lorenza nos está esperando entretenida en un vestido de gasa, corto y de un color *champagne* precioso, de tirantes bordados y un escote en «V» divino.

—¡Ya estáis aquí! —Lorenza se quita sus gafas, que apenas se sostienen en la punta de su nariz, y corre a abrazar a Rosi—. Cada vez que te veo estás más guapa.

—Tú sí que estás guapa —dice y la mira con atención—. ¿Dónde tienes el

vestido de mi abuela? Tengo muchas ganas de vérselo puesto.

—Quedaros aquí, ahora volvemos.

Lorenza coge con prisas a su amiga de la mano y la mete en el pequeño probador que tiene al otro lado de su despacho. Mientras esperamos, Simón y Rosi hablan del trabajo. Esta última lo está poniendo al día sobre las cosas que han ocurrido en la empresa familiar y yo, que no entro mucho en esa conversación, en lo único que pienso es en que haya quedado bien el vestido de Petra. Aunque estos días no he parado por aquí, a petición de Lorenza, estoy nerviosa por saber el resultado final. Espero que Lorenza lo haya perfeccionado y que el vestido sea de total agrado de Petra. ¿Y si al final no le gusta como le queda? ¿Y si no ha quedado como esperaba? Me retuerzo las manos solo de pensarlo.

—¡Allá vamos!

Y aquí vienen. Lorenza entra primero para dejarnos con la boca abierta cuando deja ver a su amiga vestida de novia. Petra avanza y se planta en el centro del despacho. Me quedo sin palabras, con el corazón parado, cuando mis ojos se han puesto sobre la abuela de mi chico.

El vestido ha quedado precioso, está tal cual lo dejé, Lorenza no le ha hecho ningún arreglo, no ha quitado ni añadido nada. Y es que el vestido le queda perfecto. Un nudo se forma en mi garganta y las piernas me sostienen con un ligero temblor. Nunca antes me había sentido así. Llevo años haciendo prendas de ropa para otras mujeres, pero nunca había diseñado ni confeccionado un vestido de novia. Y solo espero que le haya gustado. Que nos haya gustado a todas.

—¿Alguna de vosotras va a decir algo? —Petra rompe el silencio que reina en la estancia.

—Abuela, estás preciosa. —Rosi rompe a llorar. Y todas la acompañamos.

—¿Se puede saber por qué lloráis? —El único que tiene los ojos secos no podía ser otro que Simón.

—Nos hemos emocionado.

—¿Por ver a la abuela vestida de novia? —Él sigue todo incrédulo ante nuestro comportamiento.

—De verdad, hermano, tienes la misma sensibilidad que una farola.

Este se queda sin entender nada, y por mucho que se le explique, va a seguir impasible, así que mejor ni intentarlo. Nos acercamos a Petra y la miramos con cariño, sin perder ningún detalle de las emociones que refleja su rostro y de la percha que tiene al portar un vestido como ese.

—Teresa, tengo que felicitarte. El vestido es simplemente precioso, es el vestido que mi abuela necesita. Es como si hubieras sabido lo que realmente

quería.

—Bueno, yo solo me limité a escuchar a tu abuela sobre lo que quería, no he hecho nada más.

—No seas modesta, Teresa —me regaña Lorenza—. Has hecho un trabajo excepcional. Yo no lo hubiese hecho mejor.

—Y ¿Petra qué opina? —interrogo a la realmente interesada, con la vergüenza reflejada en mis mejillas.

Se acerca a mí, con esos zapatos blancos que la elevan unos siete centímetros del suelo gracias a los tacones de aguja de infarto, y sus dedos descubiertos. Y también, con lágrimas en sus ojos. Me abraza con auténtica veneración.

—¿Qué te puedo decir? —añade acariciando mi rostro—. Mi niña, me has hecho muy feliz con esto. No podría tener un vestido más precioso que este, es justo el que quería desde el día en el que Domingo me pidió que me casara con él. He soñado con esto tantas veces que tú lo has hecho realidad, aunque he de decirte que en mis sueños no era ni la mitad de bonito. Gracias.

Y pocas palabras más puede decir, pues rompe otra vez a llorar y Simón vuelve a fruncir el ceño, pensando que hoy debe de haber luna llena por lo sensibleras que estamos.

—Pues Petra no es la única que tiene vestido nuevo —anuncia Lorenza—. Este es para ti.

Se pone al lado del busto que sostiene el vestido en el que trabajaba cuando hemos llegado y me mira a mí. Me señala a mí, sin ningún ápice de duda.

—¿Para mí? —le pregunto con sorpresa—. ¿Cómo que para mí?

—Es un regalo de Petra y mío. —Y las dos sonríen, cómplices de ello.

—Os habéis vuelto locas. No puedo aceptarlo.

—¡Claro que puedes! Es más, vas a hacerlo sin rechistar. Y ni se te ocurra preguntarnos por qué lo hemos hecho, porque ha sido porque nos ha dado la gana, así que ya puedes entrar ahí a probártelo.

—No...

Lorenza me arrastra, literalmente, hasta el probador y me entrega el vestido. Mientras me lo pruebo, sin haberme tomado medidas ni nada, ella lo ha hecho así, a ojo, la veo con la mirada dudosa.

—¿Cómo me has hecho un vestido sin haberme tomado medidas?

—Ay, hija, llevo muchos años en esto y puedo ver tus curvas a través de tu ropa, aunque puedo equivocarme. —Se coloca a mi espalda para ayudarme con la cremallera. Pasa sus manos por los contornos del vestido—. Creo que no me he equivocado.

—Si estoy hasta la boda sin comer nada, igual puedo moverme dentro del vestido. —Río, pero Lorenza parece pensativa.

—Teresa, ¿puedo pedirte algo?

—Sí —respondo intrigada—. ¿Qué es lo que pasa?

—Me gustaría que te quedaras a trabajar conmigo, aquí, en mi taller. Solo un tiempo corto, para que me ayudes con la nueva temporada.

## Simón

—No aguanto más.

—Yo tampoco. Vente conmigo.

Consigue arrancarme un gemido que reverbera entre las paredes de la habitación y que se graba a fuego en mi interior. Teresa cae sobre mi pecho, derrumbada después de un intenso orgasmo que nos hemos regalado. Se acurruca contra mí, necesitando mi contacto, mi calor. La abrigo con mis brazos, besando su sedoso pelo castaño, escuchando los latidos de su corazón acompañados con el mío.

—Estabas preciosa con ese vestido que te han regalado —le susurro.

—La verdad es que es muy bonito.

—¿Me dejarás quitártelo cuando acabe la boda?

Le pregunto con un tono pícaro que parece que ella no pilla. Solo suelta un suspiro a la vez que acaricia con la yema de su dedo índice la piel de mi torso, pero no dice nada.

—Estaba pensando en que podíamos volver a casa el lunes siguiente a la boda, ¿qué te parece? Tengo muchas ganas de tenerte solo para mí. Aquí no podemos tener toda la intimidad que me gustaría.

El silencio es la nueva respuesta que obtengo por su parte. Parece distraída, con la mente puesta en otra cosa, en otro lugar. Está lejos de aquí, de nosotros. Le alzo la cabeza con delicadeza y la miro a los ojos con una mezcla de cariño y preocupación.

—¿Estás bien? —Ella asiente, pero sus ojos me transmiten que no es del todo cierto—. No quieres contarme lo que te pasa, ¿verdad?

Teresa mueve sus labios en una tímida sonrisa de lado y vuelve a aferrarse a mi cuerpo con más urgencia. Esconde su cara en el hueco de mi cuello y deposita un reguero de besos por él, con el que consigue despertar mi deseo. Otra vez.

—Te necesito, Simón.

Volvemos a hacer el amor, a enfrascarnos entre las sábanas, con nuestros cuerpos como únicos testigos de lo que sentimos. Amo a esta mujer con locura,

con desesperación cada vez que se entrega a mí sin reparos, dejando que la seduzca como solo ella se merece. Adoro a esta mujer cuando tiembla entre mis brazos cada vez que desnudo su cuerpo con pequeñas caricias que le regalan mis labios y mi corazón. Quiero a esta mujer como si no existiese nadie más en el mundo, no para mí, cuando se rompe en su pasión y me hace entender que soy el único hombre que la hace feliz. El único en su vida.

Después de sudar una vez más la misma noche, Teresa ha caído rendida a mi lado, sumida en un profundo sueño que se hace evidente con su respiración relajada. No me despego de ella y la rodeo con mis piernas y brazos para no dejar de sentirla. Beso despacio sus mejillas, su nariz, sus párpados cerrados. Peino con cuidado los mechones de su pelo y al verla así, relajada a mi lado, pienso en una idea. Una idea que pienso llevar a cabo cuando regresemos a casa.

Y con esa idea que resuena maravillosa en mi cabeza, cierro los ojos.

Al girarme en la cama siento frío, y es que cuando toco el lado donde supuestamente está Teresa, lo encuentro vacío. Me despierto de golpe al no sentirla junto a mí. Y ahí está, sentada en el suelo en plan indio delante del famoso baúl de los recuerdos. Sin hacer ruido, me levanto de la cama y me coloco justo detrás de ella, protegiéndola con mis piernas y mis manos alrededor de su cuerpo desnudo, a excepción de las braguitas. Ella apenas se inmuta, es como si me estuviese esperando.

—Hola.

—Hola. —Beso su cuello y dejo mi barbilla apoyada en su hombro—. Todavía no ha amanecido, ¿qué haces despierta?

—No puedo dormir.

—Eso de no dormir se está convirtiendo en una fea costumbre. —Aparto un mechón detrás de su oreja—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada, solo ordenando un poco vuestros recuerdos.

—¿Qué es eso de ahí?

Me inclino un poco hacia adelante y cojo, de un extremo del baúl, un papel escrito a mano, desgastado y bastante arrugado que contiene una caligrafía muy marcada y que no reconozco.

—Simón, no...

*11 de agosto de 1957*

*Hoy era nuestra segunda cita y estaba mucho más nervioso que la anterior. Cuando te he visto salir de tu casa con esa sonrisa radiante en tus labios, he sabido que eso era lo único que quería en mi vida. Nunca he tenido ninguna duda de que te quiero a ti y, pase lo que pase, eso no va a cambiar. Mi amor por ti va a ser para siempre.*

No pone nada más, ningún nombre, ninguna indicación de quién es el remitente ni a quién va dirigida. La miro extrañado, sin saber qué significan del todo esas palabras. Solo hay una fecha, una fecha de muchos años atrás. La primera persona que me viene a la cabeza es mi abuelo, pero esa no era su letra, la conocía demasiado bien. ¿La escribiría alguien en su nombre? Tuerzo la nariz en un gesto reflexivo.

—Es de Domingo —responde Teresa a mi desconcierto silencioso.

—¿De Domingo? —indago sobre su respuesta—. ¿Qué hace mi abuela con una carta suya?

—Él la escribió para ella —dice en un tono bajo, como si le diera vergüenza decirme lo que sabe. Se levanta y coge una pequeña caja de metal—. Mira, aquí hay más.

Me entrega la caja que está con el candado sin cerrar, así que la abro y veo muchas más cartas en su interior. En este caso son sobres donde sí están sus nombres. Cojo unas cuantas.

—¿Todas estas cartas se las escribió Domingo a mi abuela?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que mi abuela y Domingo...?

—Tuvieron una historia de amor.

Cierro los ojos y masajeo mis sienes. No, no puede ser, esto es surrealista. ¿Cómo iba a tener mi abuela un lío con Domingo? ¿Y mi abuelo, cuándo apareció? ¿Mi abuela se enamoró de los dos?

—¿Has leído todas las cartas? —pregunto a Teresa.

—Solo algunas —responde con suavidad mientras se acurruca a mi lado—. Fue antes de que tus abuelos se conocieran.

—¿Mi abuela dejó a Domingo para irse con mi abuelo?

—Eso parece. —Se encoje de hombros—. Al parecer, se enamoró perdidamente de tu abuelo.

—O sea, que voy a tener que darle la razón a mi madre cuando decía que detrás de esta boda había algo oculto. —Me despeino el pelo nervioso—. ¿Domingo o mi abuela saben lo que has descubierto?

—Domingo —dice ruborizada—. Me ha pillado esta mañana antes de que volvierais a casa. Hemos estado hablando.

—¿Qué te ha contado? —Ahora estoy más intrigado si cabe.

—Básicamente que tu abuela le rompió el corazón, pero ahora que vuelve a ser suya, no va a dejar que nadie se la quite. Sigue enamorado de ella como el primer día.

—Y yo que pensaba que el único amor de mi abuela había sido mi abuelo.

—Todos tenemos nuestro pasado. Fíjate, tú lo tienes con Marisa y yo lo tengo con Emilio.

—Sí, lo sé, pero se me hace raro pensar que mi abuela ha estado enamorada de otro hombre.

—Simón —añade con ese tono delicado y, a la vez, de advertencia. Da media vuelta y se sienta sobre mis muslos y rodea mi cuello con sus brazos—, tu abuela fue muy feliz con tu abuelo, eso es lo importante y con lo que te tienes que quedar.

—Supongo que tienes razón, pero es que desde que he llegado aquí no hago otra cosa que llevarme sorpresa tras sorpresa.

—¿Yo también he sido una sorpresa? —Me sonrío de esa forma que sabe que me vuelve loco, con esa pizca de picardía y sensualidad.

—Tú has sido mi mejor sueño hecho realidad.

La aprieto contra mí para acercarme a sus labios y devorarlos sin prisas, recorriendo cada rincón de su boca con total tranquilidad, teniendo todo el tiempo del mundo para disfrutar de ellos, de ella. Y eso es lo que pienso hacer, disfrutar de mi chica toda la vida.

Deja escapar un gemido muy tímido cuando rompe nuestro beso y se queda abrazada a mí, con su aliento rompiendo la paz de mi piel, que se eriza por completo.

—¿Volvemos a la cama?

—Sigo sin tener sueño.

—Vale, pues vístete. Voy a llevarte a un sitio.

En menos de cinco minutos estamos vestidos y tiro de su mano para llevarla corriendo hasta la arena de la playa. Empiezo a desvestirme y dejo la ropa tirada sobre ella, a escasos metros de la orilla. Me quedo solo con la ropa interior. Teresa sigue sin hacer un gesto, con los brazos en jarras mientras me mira.

—¿No piensas desvestirte? ¿O prefieres que sea yo quién te quite la ropa? —Alzo las cejas esperando un sí.

—Me podías haber dicho que veníamos a la playa, no me he puesto el biquini.

—A estas horas no hay mucha gente —digo girando alrededor—. Ahora es cuando el agua está a una temperatura ideal.

Saco las llaves de casa del bolsillo de mi pantalón y las escondo bajo una piedra. Es algo que me enseñó mi abuelo cuando veníamos a la playa a bañarnos en horas prohibidas. En aquel entonces, las parejas venían a pasar las noches en la playa, otros, se dedicaban a fumar y a beber para que sus padres no se dieran cuenta. Y claro, en más de una ocasión nos robaron la ropa y con ella, las llaves. Mi abuela cogió cada mosqueo con nosotros.

—Está bien, pero espérame.

Teresa se queda en ropa interior y aunque hace poco que acabo de verla sin ella, cada vez que me muestra su cuerpo no puedo controlar los latidos de mi corazón. Se desboca con la intención de salirse del pecho. La tomo de la mano y entramos juntos en el agua. La temperatura es perfecta; la compañía, la mejor, y las vistas, espectaculares.

Está amaneciendo, el sol se deja ver tímido allá donde termina el mar y sus tenues rayos iluminan los mechones de pelo de la mujer más hermosa que jamás haya visto.

—Es verdad, no está fría —afirma, cuando nos paramos, y el agua nos llega el pecho—. No le dirás nada a tu abuela de lo que te he dicho, ¿verdad?

—No te preocupes, no le contaré nada —digo al ponerme frente a mi chica y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Bien, gracias.

—Bien, de nada. —La atraigo hacia mí y la alzo por las nalgas, a lo que ella enrolla sus piernas en mi cintura—. ¿Sabes que mis abuelos concibieron a mi madre en esta playa?

—¿Estás tratando de decirme algo? —Encoje el entrecejo con una mueca divertida.

—Que esta playa fue el picadero del pueblo. Hay una leyenda que dice que, si te bañas en sus aguas al amanecer con una chica, ella se convierte en el amor de tu vida.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dice la leyenda? —pregunta irónica mientras pega un poco más nuestros cuerpos mojados—. ¿Con cuántas chicas te has bañado tú?

—¿Es una pregunta trampa?

—Para nada —dice acariciando mis hombros—, solo lo quiero saber porque o bien, te has inventado esa leyenda, o contigo dicha leyenda no ha funcionado.

—Lo que pasó es que no vine con la mujer indicada.

—¿Y yo soy la indicada?

—Tú eres perfecta.

—No soy perfecta.

—Para mí lo eres.

Teresa sonrío y me besa. Me obsequia con un beso tierno, lleno de dulzura, de esos que no solo hablan de cariño, un beso de esos que encierra todos los sentimientos que no se pueden expresar con palabras. Cuando deja de besarme apoya su frente contra la mía y deja escapar un largo suspiro. Levanta la mirada y con sus manos abrazando mi rostro, me mira a los ojos con determinación.

—Te quiero.

—¿Cómo dices?

—He dicho que te quiero.

—Perdona, ¿me lo puedes volver a repetir? Es que con el romper de las olas no te he oído bien.

—Me estás tomando el pelo. —Sonríe y me salpica con un poco de agua salada.

—Sí —confirmo, escupiendo el agua que ha caído en mi boca. La aprieto contra mi erección, que está empezando a despuntar—, pero me encanta cómo quedan esas palabras en tus labios, y si encima soy yo el receptor, ¡es lo más!

—¿«*Es lo más*»? ¿Te digo que te quiero y tú me dices que «*es lo más*»? — Ríe con ganas, sacudiendo su cuerpo con el mío—. Yo pensaba que me ibas a decir que también me quieres, pero me tomo ese «*es lo más*» como algo bueno.

—Claro que te quiero, eso no lo dudas nunca.

—Pues dímelo —susurra, provocadora, a escasos centímetro de mi boca.

—Te quiero. Te quiero desde el primer momento en el que te vi en casa de Adrián con los ojos llorosos y el rostro cansado. Te quiero desde que te di ese mismo día mi primer beso. Te quiero desde que viniste a vivir conmigo y dejaste que te cuidara. ¿Lo ves? Te quiero desde siempre.

—Es verdad, oírtelo decir «*es lo más*». —Y vuelve a besarme. Noto que hoy sus besos tienen algo diferente, algo que no sé descifrar—. Simón, tengo que decirte algo.

—Cuéntame eso que te ronda por la cabeza todo el día. —Se separa de mí y retiro su pelo húmedo del cuello. Me mira dudosa, con precaución, como si no supiera decirme eso que la atormenta. Se muerde el labio, nerviosa. La abrazo, dejando reposar su cabeza en mi pecho a la vez que acaricio su pelo—. Cariño, sea lo que sea lo que tienes que decirme, encontraremos una solución.

Me abraza más fuerte mientras que el lento vaivén del mar mece nuestros cuerpos, pero no dice nada, y yo sigo sin entender nada. Lo sabía, sabía que algo le preocupa, algo a lo que lleva dándole vueltas horas, quizás días. Y presiento que ese algo tiene que ver con nosotros y no sé si debo asustarme.

Sin querer, desvío la mirada hasta la orilla y veo a dos adolescentes muy cerca de donde se encuentran nuestras ropas.

—¡La madre que los parió! —grito, y Teresa me mira sin comprender qué pasa—. ¡Nos están robando la ropa!

Salgo todo lo rápido que puedo del agua para intentar pillar a esos dos maleantes, pero hay distancia y el agua no ayuda a que mi cuerpo coja velocidad, así como tampoco mi pequeño alzamiento, que me hace pensar en si prefiero que nos roben la ropa o que la poca gente que hay en la playa me vea tan animado a tan temprana hora.

Los ladronzuelos salen corriendo mucho antes de que pueda llegar a la arena.

—¡Maldita sea! ¡Como os pille os vais a enterar! ¡Ya le preguntaré a mi abuela quiénes sois y entonces sí que vais a salir corriendo! —bramo con el aliento entrecortado—. ¡Menuda juventud que hay en el pueblo!

Una risa un poco escandalosa y que reconozco al instante resuena a mi espalda. Al girarme, veo a Teresa que se está descojonando, tirada de rodillas sobre la arena y sujetándose el estómago de la risa.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—De ti —confirma mis sospechas—. Parecías Moisés abriendo las aguas. — Y sigue riendo.

—Esos niños nos acaban de robar la ropa —le aclaro, por si no sabe bien qué ha pasado—, así que te recuerdo que vamos a tener que ir hasta casa de mi abuela en pelotas.

—No estamos en pelotas, llevamos puesta la poca ropa que no nos han robado, y supongo que también tenemos las llaves.

—¡Las llaves! —exclamo y las busco debajo de la piedra donde las he escondido—. ¡Menos mal, aquí están!

Las sujeto por el llavero para enseñárselas, pero ella las mira con lágrimas en los ojos y rompe de nuevo a carcajadas. Me encanta verla así, feliz, y me da igual que se ría de mí, se ha ganado que la coja en brazos y la lleve cargando hasta casa. Y eso es lo que hago, me la cuelgo del hombro y camino calle arriba, con ella gritando, entre risas, que la suelte.

# 21

Al llegar a casa de mi abuela, está toda la familia en la puerta. No es que nos estén esperando, es que están comprando el desayuno a Marisa. Como todas son mujeres, mi padre se ha debido quedar en la cama, nos miran o más bien me miran, de diferente manera; mi abuela, sorprendida, mi hermana con picardía, mi madre se tapa la cara directamente y Marisa traga saliva.

Tengo que recordar que voy en ropa interior, con los calzoncillos aún húmedos. Bajo a Teresa al suelo para que deje de enseñar el culo a las espectadoras y cuando ve el panorama, se pone detrás de mí para ocultarse, aunque ya da igual, se lo han visto todo.

—¿Se puede saber qué hacéis con esas pintas? —pregunta mi abuela al acercarse—. ¿Habéis estado en la playa?

—Sí, le he enseñado el amanecer a Teresa.

—Sí, seguro que lo que menos habéis visto es el amanecer.

—En eso tu abuela tiene razón —me susurra Teresa. La miro de reojo.

—Unos críos nos han robado la ropa. ¿Tú no sabrás quiénes son?

—¿Yo? ¿Cómo quieres que lo sepa? —Señala su pecho—. Hace tiempo que no bajo a la playa a pegarme el lote con nadie.

—¡Mamá!

—¿Qué?

—¡Que me haces pasar vergüenza!

—¡Pues no escuches! —Resopla la madre de la criatura. Nos mira—. Subid arriba a cambiaros antes que seáis la nueva atracción del pueblo.

Cojo a Teresa de la mano y observo cómo su mirada asesina es lanzada hacia Marisa, que sigue con los ojos puestos en mi desnudez. Juraría que está hasta acalorada.

—Simón, ¿podemos hablar un momento? —Esta pregunta de Marisa frena

mis pasos, y los de Teresa también.

—Simón no tiene nada que hablar contigo —le responde mi chica a mi ex.

—Por favor, solo serán cinco minutos —me pide suplicante, haciendo oídos sordos a sus palabras.

Durante unos segundos me quedo pensando en si será buena idea hablar con ella. Tengo cuatro pares de ojos sobre mí, que intentan decirme que como hable con ella voy a dormir el resto de mi vida en el sofá, y ese otro par que queda me pide a gritos que la escuche.

—Voy a cambiarme y hablamos.

Doy media vuelta y subo los escalones de dos en dos hasta llegar a la habitación, evitando mirar a ninguna mujer a la cara. Me van a matar, si no todas, una de ellas, seguro, pues escucho sus pasos seguirme escaleras arriba.

—¿Cómo es eso de que «*hablamos*»? —Y aquí está la que va a matarme, Teresa, que utiliza un tono de enfado en sus palabras.

—Solo voy a hablar con ella, a ver qué quiere.

—¿En serio no sabes lo que quiere? —pregunta con los brazos en jarra. Niega con la cabeza y da un paso hacia mí—. Pues yo te lo digo, esa mujer lo que quiere es volver contigo.

—Sabe que eso no es posible —le aclaro al ponerme la camiseta.

—Yo juraría que no le ha quedado nada claro.

—Teresa. —Voy a su lado cuando termino de abrocharme los pantalones. Acaricio sus brazos—. ¿Recuerdas lo que te he dicho en la playa?

—¿El qué? —refunfuña.

—Que te quiero, y eso no va a cambiar por lo que Marisa tenga que decirme. Solo voy a escucharla.

—¿Y no puedes quedarte con la duda?

—Luego te cuento lo que me diga si así te quedas más tranquila —le digo y la beso en la cabeza.

—Con esa mujer rondándote, no puedo estar tranquila —añade rencorosa.

—Pero conmigo sí tienes que estarlo.

Paso mis brazos por su espalda para acercarla a mí y besar sus labios tensos. Le digo que estoy de vuelta en cinco minutos y bajo al encuentro con Marisa, no quiero que esto dure más de la cuenta. Antes de salir por la puerta, observo que mi familia femenina me persigue con la mirada y salen de la cocina para no perder detalle. Qué poca sutileza tienen estas mujeres.

—¡Ah, estás aquí! —dice Marisa al verme. Cierra las puertas traseras de su furgoneta.

—¿Qué es lo que quieres?

—Disculparme. Quiero pedirte disculpas por lo que pasó el otro día.

—¿A qué te refieres?

—A mi comportamiento, a lo que te dije de volver conmigo. —Se acerca a mí y me sonrío tímida—. Me encantaría volver atrás y no hacer las cosas tan mal, que estuviésemos juntos de nuevo, pero sé que perdí mi oportunidad.

—Marisa, no quiero hablar de ese tema, así que, si solo quieres disculparte, está bien, acepto tus disculpas. —El sol de la mañana empieza a calentar y es bastante molesto a los ojos, pero aún así puedo ver el rostro compungido de Marisa—. Si no quieres decirme nada más...

—Espera —me interrumpe y me coge de la muñeca—. Me marchó del pueblo.

La miro sorprendido por el comentario que acaba de hacerme, pero ella lo interpreta que es por nuestro contacto y me suelta enseguida. ¿Que se va del pueblo? ¿Qué le habrá pasado para decidir este cambio?

—¿Cómo que te marchas?

—He traspasado la panadería —comenta en voz baja—. Me marchó a Madrid después de la boda de nuestros abuelos.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto, todavía sin entender.

—Ya no me queda nada en el pueblo, tan solo recuerdos que son dolorosos: mis padres, nosotros, todo lo que estropeé. Me merezco empezar de nuevo, lejos de todo lo que me hace daño.

—¿Y qué vas a hacer en Madrid?

—Tengo un amigo que me ha ofrecido trabajar con él, así que me vendrá bien un cambio de aires.

—Si eso es lo que quieres y necesitas, me alegro que des ese paso.

—Yo también, sé que me va a ir bien, lo necesito. No sabes lo difícil que fue aguantar las miradas, los comentarios, los desprecios de toda esta gente —comenta con desdén a la vez que señala las casas que nos rodean.

Deja de estrujar el trapo entre sus dedos y lo dobla para guardarlo en el bolsillo de la bata blanca que utiliza para trabajar. Imagino que no tuvo que ser nada fácil para ella soportar que todas las personas que conoces te juzguen por algo que has hecho. No pienso que eso sea lo que se merece, que ha recogido lo que ha sembrado, pero tampoco puede venir ahora a arrepentirse por ello.

—¿Por qué me has contado esto?

—Aunque no lo creas, eres una persona muy importante en mi vida, y quería que lo supieras por mí antes que te enteraras por las cotillas del pueblo. —Coge aire y me acaricia la mejilla, temblorosa—. Me alegro que Teresa te sepa querer como yo no supe hacerlo.

—Marisa.

—¿Puedo darte un abrazo? Un abrazo de despedida.

## Teresa

—Pero ¿qué está haciendo?

—Desde luego que mi hijo es tonto.

—Mi hermano es un idiota.

—Mi nieto es estúpido, por no decir algo peor.

Las cuatro estamos asomadas a la ventana del comedor, una al lado de la otra, sin perder detalle de los gestos corporales que mantienen estos dos, ya que no podemos oír bien lo que dicen porque están un poco alejados y hablan bajito, pero ver, lo que se dice ver, vemos demasiado bien. Y es que mi novio se está abrazando a su ex, a esa mujer que lo dejó para irse con su primo. Espero que tenga una buena explicación para esto. ¡Qué leches! ¡No me vale ninguna explicación, ni buena ni mala!

Agarro con fuerza el borde de la cortina, conteniendo las ganas que tengo de salir ahí fuera y pegarle una patada en el culo.

—Ha sido un abrazo corto —comenta Rosi mirando su reloj de pulsera—. Solo tres segundos.

—¿Tres segundos? ¿Lo has cronometrado? —la miro extrañada—. A mí me ha parecido mucho más largo.

—Ha sido eso lo que ha durado —me dice totalmente convencida de sus palabras—. Leí una vez un artículo que decía que si un abrazo duraba más de seis segundos, es que ese abrazo denota el afecto que sienten esas dos personas. Este ha sido un abrazo exprés.

—Vaya, eso me deja más tranquila, Rosi —declaro con ironía.

—Mi hermano te quiere a ti —me dice pasando un brazo por mis hombros—, lo que pasa es que los hombres no saben gestionar sus relaciones con sus ex, y mi hermano no es una excepción.

—Ya lo veo, ya.

—¡¿Y este qué hace aquí?!

Rosi y yo nos giramos hacia la gran cristalera y en ese instante entendemos el grito de espanto que ha lanzado Petra al ver al tercer integrante que se ha unido en la calle. Claro está que no podía ser otro que Agustín, el que faltaba. ¿Cómo puede torcerse tanto un día? Con lo bien que habíamos amanecido y no solo bastaba con Marisa, sino que también tiene que aparecer su primo, cargado con la mecedora y a saber qué más traerá en esa lengua envenenada.

Petra sale al exterior, temiéndose lo peor, y nosotras la acompañamos. Nos

quedamos en el umbral de la puerta, sin dar un paso más.

—¡Vaya, vaya, pero mira a quién tenemos aquí! ¡La exparejita más famosa del pueblo! —exclama Agustín, que deja la mecedora en el suelo—. ¿O debo decir pareja? Ya sabía yo que ibais a volver, siempre has estado enamorado de esta cualquiera.

—¡Eh, no te pases! —lo increpa Simón, que da un paso hacia él apuntándolo con el dedo.

—Simón, déjalo, no merece la pena. —Veo como Marisa se pone a su lado y lo toma del brazo.

—Y tú también has estado todo este tiempo enamorada de él, por eso me dejaste, ¿no? Para volver con el calzonazos de mi primo.

—Te dejé porque eres un miserable —le grita ella con rencor—. Estabas conmigo mientras te estabas acostando con no sé cuantas más.

—¿Qué pensabas, que era exclusivo para ti? No, chata. —Chasquea la lengua mientras se acerca a Marisa, intimidándola—. Solo quise jugar contigo, ver que era capaz de arrancarte de los brazos de este pelele —dice, y mira a Simón—, algo que conseguí sin mucho esfuerzo.

Puedo ver cómo la espalda de Simón se tensa y estoy segura que su cara está roja de ira. Da un paso más hacia su primo y lo deja acorralado contra la furgoneta de la pastelería. Lo coge del cuello de la camisa.

—Estoy harto de ti, harto de tus insultos, de tus humillaciones, de que te creas mejor que yo.

—Soy mejor que tú, de eso que no te quepa duda. —Oímos cómo le escupe Agustín con soberbia—. Al menos deberías darme las gracias por haberte alejado de esta buscona.

Y lo siguiente que se escucha son los nudillos de Simón estrellados contra la mejilla de Agustín. Este cae al suelo, y su primo aprovecha para ponerse encima y rematarlo. Esto ya se ha descontrolado y, al darnos cuenta, solo podemos gritar su nombre y avanzar hacia él, que parece dispuesto a matar a su primo. No sé cómo conseguimos entre las cuatro separar a estas dos bestias de una muerte segura. Marisa sujeta a Agustín, que permanece en el suelo, y su mirada se cruza con la mía. Me mira arrepentida, asustada por lo que está sucediendo. Ella sabe bien lo que está pasando, y yo también. Estos dos zoquetes se están peleando por ella. Y duele verlo con tus propios ojos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?! —reprende madre a hijo, nerviosa, observando a la persona que tiene delante como si no la conociera.

—¿Os habéis vuelto locos?! —grita Petra—. ¡¿Es que no podéis comportaros?!

—Debí haberte partido la cara hace cinco años —habla Simón, encolerizado,

como si las intervenciones de su madre y su abuela no fuesen con él. Como si solo existieran su primo y él.

—¿Cinco años? Hace cinco años no tenías cojones, y ahora sigues sin tenerlos. —Lo incita con tranquilidad mientras se incorpora del suelo para quedar a su altura. Suelta una carcajada siniestra—. Ni siquiera te has dado cuenta de lo que acabas de hacer.

—Sí, romperte la cara, pero todavía no me he quedado del todo a gusto, por si quieres más.

—Qué inocente eres, primito. —Le pone las manos sobre los hombros, pero Simón se las quita en un gesto de desprecio—. Te acabas de pelear conmigo, delante de tu novia, por una chica que hace cinco años me prefirió a mí. Tienes demasiado rencor dentro de ti. Supéralo.

Y aquí está el as que se guardaba para ganar esta batalla, sus palabras hirientes y certeras. Él lo sabía, en cuanto ha aparecido por el camino sabía qué iba a hacer. Él nos ha visto a todas mientras que Simón estaba de espaldas sin poder vernos, es más, creo que ni siquiera se ha dado cuenta de que estamos aquí. Agustín ha sabido jugar muy bien sus cartas.

Sin poder remediarlo, mis ojos se humedecen y es cuando Simón se gira y me ve. Su rostro se desfigura, se desencaja como un puzzle que es barrido por una fuerte ventada. Demasiado tarde te has fijado en mí. Demasiado tarde te has dado cuenta de lo que acabas de hacer. De lo que acabas de romperme.

—Ahora que ya sabes que mi primo no te quiere, podemos retomar lo del otro día. —Se vuelve Agustín para mirarme, y esta vez me guiña un ojo.

—¿De qué mierda estás hablando? —Simón ladea la cabeza, enfurecido, hacia su primo.

—¡Oh! ¿No se lo has contado? —me pregunta con toda la soberbia que tiene—. ¿No le has contado a don Perfecto nada de nuestro pequeño pero encantador encuentro?

—¡¡Como te acerques a ella te mato!! ¡¿Me has oído, hijo de puta?! ¡¡Como la toques, te mato!!

—¡Simón!

Tenemos que intervenir otra vez, cómo no, pues la mano que se escapa torna a ser la de Simón, que se estrella nuevamente contra la mejilla de su primo y sin que podamos hacer nada por evitarlo. Agustín cae otra vez al suelo y suerte que aparece Juan, no sé de dónde, y así evita que su hijo lo golpee hasta que no le queden fuerzas. O hasta que consiga dejarlo inconsciente que, para el caso, es lo mismo.

La mirada desafiante, el subir agitado de su pecho, el gruñir por el dolor de sus articulaciones, todo eso es ahora mismo Simón.

—¡Ya está bien! —vocifera Petra de nuevo. Su mala leche se centra ahora en su nieto Agustín—. Vete a casa. Y tú —le dice ahora a Marisa—, lárgate de mi vista, que no quiero volver a verte hasta el día de la boda ¡y ni un día más!

Su nieto le hace caso, se levanta sin mucho esfuerzo y escupe algo de sangre proveniente de su labio partido. Se lo limpia con el dorso de la mano. Mira con una sonrisa siniestra a su primo y sin decir nada, se marcha. Marisa, con mirada triste, sube a la furgoneta y se aleja.

Petra, que una vez se ha deshecho de la compañía de Agustín, empuja a Simón por la espalda para que entre en casa, y los demás los seguimos. Juan me abraza por los hombros y me da un beso en la sien que me sirve de consuelo. Nunca antes había tenido esta clase de contacto con él.

Petra sienta a Simón en una de las sillas de la cocina, y saca un paquete de hielo del congelador para golpearlo con fuerza contra los dañados nudillos de su descendiente.

—¡Auuu!

—¿Auuu? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? —lo abronca su padre, que se pasea nervioso por los amplios metros cuadrados de la estancia—. ¿Qué es lo que ha pasado ahí fuera?

—¿Qué pensabas, matar a tu primo y llevarme al altar con el brazo escayolado? —Petra lo mira furiosa, como nunca la he visto antes.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que te lleve al altar lisiado? —exclama contra su abuela, mirándola bastante enfadado.

—¿Quieres saber lo que realmente me preocupa? —Su abuela se enfrenta a él, no se amilana ante la corpulencia de su nieto. Se pone a su lado—. Me preocupa que sigas comportándote como un inconsciente y que a la mínima saltes para liarte a puñetazos con tu primo. Me preocupa que Agustín tenga razón y no hayas superado lo que ocurrió.

—¡Claro que lo he superado!

—Pues de verdad que no lo parece —le aclara Petra alzando la barbilla—. Estoy cansada, Simón, cansada de este enfrentamiento de críos que te llevas con tu primo, y es la última vez que te lo consiento. A la próxima te hecho de mi casa y te juro que no vuelves más a verme.

Dicho esto, una Petra enfadada, pero mucho más dolida por el comportamiento de su nieto, con lágrimas en los ojos que no permite caer, se da la vuelta y sale de casa sin decir ni una palabra más. El resto de la familia de Simón también se marcha en silencio mientras que él sigue alterado, con el hielo sobre la mano. Yo no muevo ni un pie, es más, se quedan hieráticos frente a él.

No sé qué hacer en estos momentos, y mucho menos qué decir. Mentira, si sé qué le diría, nada bueno, por supuesto, pero estoy tan nerviosa, tan triste que no

sé cómo gestionar todas las emociones negativas que ahora mismo invaden mi mente y mi corazón. Todo mi interior acaba de romperse. No hay nada que no sienta dolor. Solo quiero salir de aquí.

—¿Qué fue lo que pasó el otro día con mi primo?

Esa pregunta me llega cuando me giro y solo logro dar un paso hacia la puerta de la cocina. Cierro los ojos, inspiro y suelto el aire despacio. Doy media vuelta y lo miro a los ojos. Ya ni siquiera veo nada en ellos, nada de todo lo que hemos vivido mientras estábamos juntos. Ya no queda nada.

—¿Y a ti qué más te da? —digo con resentimiento.

—Te estoy preguntando que qué pasó el otro día con mi primo —vuelve a repetir, enfurecido, arrastrando una silla para dejar constancia de su carácter.

—Si te lo digo, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a ir a pegarle otra vez? —Doy un paso hacia él, desafiándolo—. ¿Te vas a pegar con tu primo por mí? No, no creo que hagas eso.

Doy media vuelta, con el cuerpo tembloroso y con unas ganas horribles de llorar, pero también me consume la rabia, la impotencia, la venda que he tenido en los ojos que no ha dejado que me diese cuenta de lo que realmente sucedía.

—A mí no me dejes así. —Su tono de voz se vuelve más rudo cuando me coge de la muñeca y me encara a él—. Soy tu pareja y ahora mismo vas a decirme qué cojones te hizo ese desgraciado.

—¿Que eres mi novio? Permíteme que me ría, ja, ja, ja —le escupo sarcástica mientras siento que me rompo un poco más—. Tú ya no eres nada mío, así que no intentes fingir que te importo.

—¿Que no soy nada tuyo? —Se pasa los dedos, furioso, por su cabeza— ¡¿Que no soy nada tuyo?! ¡¿Cómo te atreves a decir semejante estupidez?!

Las aletas de su nariz se mueven a la misma velocidad que su mal humor aumenta. Su rostro, sus ojos, su voz vuelven a estar encendidos. Yo también me enervo, pero que no se piense que es el único gallito que hay en este corral. Me acerco a la mesa y pongo mis manos sobre ella, encarándolo.

—Te lo voy a volver a repetir por si eres sordo; no tengo que darte ninguna explicación, no somos pareja, no soy tu novia, no somos nada, ni siquiera amigos, así que déjame en paz.

—¡¿Que te deje en paz?! No, no pienso hacerlo.

—Pues deberías —mi tono suena demasiado contundente—, ya que yo no quiero saber nada de ti.

Es entonces cuando decido salir de la cocina, pero sin saber muy bien hacia dónde dirigirme. Mis pies me guían solos por las escaleras hasta que llego a la habitación de la buhardilla. Y ahí está la cama que hasta esa misma noche pasada he compartido con Simón. Esa que ya no va a sentir nuestro calor, ni va a acoger

nuestras caricias. Me siento sobre el colchón y acaricio la suave tela que lo cubre, recordando todo lo que ya no va a volver. Las lágrimas vuelven a mis ojos y las dejo caer sin importarme nada, absolutamente nada.

—Lo que me has dicho ahí abajo no es cierto. —Oigo la voz rota de Simón asomada en mitad de la habitación. Ni tan solo lo he oído llegar.

—De todo lo que te he dicho, ¿qué es lo que no te ha quedado claro? —pregunto con un tono lo más seco que mi propia voz temblorosa me permite. Me limpio el rostro y, sin mirarlo, sigo dándole la espalda.

—Teresa, estamos nerviosos y sé que lo que he hecho no está nada bien, que no te ha gustado verme pelear con mi primo y he perdido los papeles. No quería hacerte daño.

—Pues has tenido una manera muy bonita de demostrarlo.

—Lo sé, y entiendo que estés enfadada conmigo, pero dime que todo está bien entre nosotros —habla de forma suplicante. Noto cómo se arrodilla frente a mí e intenta enlazar una de sus manos con la mía.

—No te atrevas a tocarme —le reprocho, y esta vez sí, me levanto y miro sus ojos angustiados.

—Teresa, por favor. —Se pone de pie e intenta acercarse a mí. Yo me alejo más de él e incluso pongo como separación la mesa donde he estado trabajando todo este tiempo. Él se queda al otro lado.

—No me ha gustado verte pelear con tu primo, pero menos me ha gustado saber el por qué lo hacías.

—Y, según tú, ¿por qué lo he hecho?

—¿En serio me estás preguntando eso? Eres demasiado listo como para no haberte dado cuenta.

—¿De qué narices me estás hablando? —Empieza a cambiar su tono por uno más duro.

—De ti y de Marisa, de lo que sientes por ella. —Estas últimas palabras duelen demasiado.

—Yo no siento nada por ella —me corrige.

—Tu primo tiene razón, llevas toda la vida enamorado de ella, y esta mañana has encontrado la oportunidad perfecta para hacérselo saber a todos.

Simón me mira con el ceño fruncido y las manos apoyadas en su cintura. Rodea la mesa para venir a mi lado, pero no dejo que se acerque, pongo la silla entre ambos. Pone las manos en el respaldo para apartarla, pero no lo hace, solo las deja ahí para observarme y conseguir ponerme más nerviosa. Reconocer que no voy a volver a besar sus labios, que nunca han sido míos, que él nunca ha sido mío, que me ha engañado, que me ha mentado, que he sido una idiota por pensar que podía importarle, hace que el dolor sea mucho más intenso. Mis ojos me avisan de que las

lágrimas quieren volver.

—Eso es una tontería, yo no he hecho nada de eso.

—Lo has hecho Simón. Lo has hecho delante de tu familia, de mí, de Marisa, ¿o crees que ella no se ha dado cuenta? Todos lo hemos visto. Lo único que quiero saber es por qué has jugado conmigo, por qué has hecho que me enamore de ti si ya tenías tu corazón ocupado.

Ahora sí que Simón aparta la silla a un lado, de malas maneras, y rodea mi cuerpo con sus brazos en un gesto demasiado posesivo que hace que me sienta demasiado incómoda por ello.

—¡Suéltame! —le grito intentando zafarme de su amarre.

—¡No pienso soltarte hasta que dejes de decir tantas cosas sin sentido! —me grita encolerizado—. ¿Qué es lo que tengo que hacer para demostrarte de una maldita vez que estoy enamorado de ti, solo de ti? ¿Que eres la única persona que me importa, a la que quiero a mi lado el resto de mi vida? —Su voz se ha suavizado, al igual que su abrazo. Levanta mi rostro con sus dedos—. Teresa, yo no me he peleado con mi primo por ella, simplemente me he peleado con él.

—Le has dicho a Agustín que tendrías que haberle partido la cara hace cinco años. ¿Me crees tan tonta como para no saber sumar uno más uno?

Consigo separarme de él y me alejo todo lo que puedo. El tenerlo tan cerca, sus palabras que parecían tan sinceras, ha hecho que mi templanza mermara y no pienso permitir que me vea con la guardia baja. Una parte de mí quiere creerle, necesita creerle, pero la otra no lo tiene tan claro. El baúl de los recuerdos frena mi huída, y si consigo no caerme al suelo es porque Simón viene a socorrerme.

—Claro que no eres tonta, nunca he pensado eso de ti —añade, con su aliento rozando mis labios y sus manos en mi espalda y mi nuca—, solo quiero que entiendas que lo de Marisa fue la gota que colmó el vaso entre mi primo y yo.

—¿La gota que colmó el vaso? ¿A qué te refieres?

—Es una historia algo larga de contar.

—Quiero escucharla.

—Y yo solo quiero que me digas que todo está bien entre nosotros —repite. Retira un mechón de pelo de mi frente con tanto cariño que ya empiezo a flaquear de nuevo—. Te quiero, Teresa, y me da exactamente igual mi primo, Marisa y todo el mundo. Lo único que necesito es estar a tu lado y cuando volvamos a casa...

—No voy a volver contigo —lo interrumpo.

—¿Cómo dices? —pregunta con cara rara.

—Que no voy a volver contigo —repito—. Voy a quedarme aquí.

Entonces me suelta, como si sus brazos pesaran enormemente y los deja caer a ambos lados. Su mirada es entre furiosa y apenada, pero no sé por dónde se

equilibra la balanza. Por la ira, seguro, pues veo que aprieta la mandíbula con fuerza, así como los puños cerrados. Su larga nariz arrugada me avisa que está a punto de explotar.

—¿Que vas a quedarte aquí?! ¿A santo de qué?! —Explosión en estado puro.

—Voy a trabajar con Lorenza en su taller.

—¿Cómo que vas a trabajar con ella? ¿Te lo ha pedido?

—Sí —respondo escueta, con tranquilidad.

—¿Y cuándo has decidido hacer tal cosa?

—Esta mañana —digo, sin yo misma saber cuándo lo he decidido.

—¿Y yo? ¿No pinto nada en esa decisión? ¿Tan poco te importo como para no compartirla conmigo?

Me mira, ahora sí, con una tristeza que puede palpase por todos los poros de su piel, y que a mí me llega como una puñalada. No le respondo porque no sé qué decirle. Ni siquiera le he dicho a Lorenza mi respuesta, pero esta mañana estaba tan enfadada que no tuve ninguna duda. Y ahora, no sé si he acertado en mi decisión, pero no pienso cambiarla. Es una buena oportunidad, aunque suponga estar separados.

El rostro de Simón palidece cuando se deja caer derrotado en la cama, con la mirada perdida y sus manos jugueteando entre sí, nerviosas. No me acerco a él, sé que lo que debe de estar pensando no me va a gustar nada.

—Voy a llamar a Tana para que vaya empaquetando tus cosas.

## 22

—Ten, Teresa, aquí tienes lo que me pediste.

Rosi entra en la habitación y me hace entrega de un sobre. Lo cojo con manos temblorosas y, de la misma manera, lo abro para ver su interior, aunque ya sé su contenido.

—Has comprado unos billetes para el día 11. ¡Eso es dentro de cinco días!

—Sí, para el jueves que viene. Entre semana los vuelos son más baratos.

—No estoy yo muy segura de que tu hermano me hable en ese tiempo — digo, sin dejar de mirar los billetes—. ¿Lisboa? ¿Por qué has escogido Lisboa? ¿Es que no había otro destino?

—¿Y qué tiene de malo? —me pregunta ella con el mismo gesto ceñudo que utiliza Simón—. Mi hermano se fue allí para olvidarte, y que mejor manera que regresar a esa ciudad que contigo.

—Tu hermano y yo ya no estamos juntos. —Le recuerdo con amargura—. Creo que ha sido una mala idea lo del regalo.

—Ay, cuñada. —Pone las manos sobre mis hombros y se queda de pie, observándome como si me fuese a dar un consejo—. Conoces muy poco a mi hermano, pero debes saber que pronto se le pasará ese cabreo tonto que ha pillado contigo.

—¿Y cuándo es pronto? Lleva casi una semana evitándome —replico irónica, pero no tiene nada de ello.

—Simón siempre ha sido muy obcecado, pero no va a estar toda la vida enfadado contigo. Se le pasará. Con Marisa no está enfadado, y eso que lo que ella le hizo fue mucho peor. —Resopla.

—Rosi, con eso no ayudas. Tu hermano estuvo evitando a Marisa durante cinco años. —Pues sí que le duran los enfados a este hombre. Como conmigo haga lo mismo, voy apañada.

—Es verdad, ese ejemplo no vale —comenta rascando su barbilla—. Bueno, tú no te preocupes y dale el regalo. Le va a encantar.

—No estoy yo muy segura. —Miro de nuevo esos trozos de papel—. ¿Lisboa?

—Lisboa. —Asegura ella con una sonrisa triunfante—. Por cierto, Lorenza e Isabel deben de estar a punto de llegar. Tenemos que ayudar a la abuela con su puesta a punto. —Me lanza un beso y se marcha cuando suena el timbre de la puerta.

Hoy es el gran día, la boda de Petra y Domingo, y, también, el cumpleaños de Simón.

Me miro en el espejo de cuerpo entero que hay a mi lado con un billete de avión en cada mano. Dos billetes de avión a la capital lusa. Cuando Rosi llegó a casa de su abuela, lo primero que hice fue pedirle ayuda con el regalo de Simón. Tenía claro qué quería regalarle, pero eso de buscar y comprar por internet no se me da muy bien, así que lo dejé en sus manos. Y aquí está el resultado; unos billetes como regalo de cumpleaños que ya no tienen ningún sentido. ¿Cómo va a aceptar Simón algo que venga de mí?

Lleva días sin hablarme, sin ni siquiera mirarme a la cara, sin decirme un «hola», cuando viene a casa de su abuela. Tal es el enfado que tiene conmigo que se ha ido a dormir a casa de Domingo por verme lo menos posible.

Desde nuestra discusión nada ha vuelto a ser lo mismo. Y estoy rota por dentro. He intentado hablar con él, pero siempre me esquivo y evita cualquier tipo de contacto conmigo. He meditado mucho sobre lo que ocurrió esa mañana, en el por qué me enfadé con él y en el por qué se enfadó conmigo. Muchas horas despierta, analizando que fue mi desconfianza la que me hizo actuar de esa manera. No debí dudar de Simón, de lo que siente por mí. Él me ha enseñado a vivir de nuevo, a creer que puedo importarle a alguien, a que puedo volver a confiar en mí y, por supuesto, en él. Pero esa mañana todo se volvió negro. Fue como volver a revivir el engaño pasado, sentirme de nuevo utilizada y me cegué por algo que solo existía en mi mente.

Actué mal, como acostumbro a hacer últimamente, sin pararme a pensar en que puedo estar equivocada y que con mis decisiones puedo herir a alguien. A alguien y a mí misma. Entonces, entra en juego el enfado de Simón, este sí, provocado por algo que realmente he hecho mal, por supuesto. No debí decirle que me quedaba en el pueblo de aquella forma tan abrupta. Ahora sé que no lo decidí aquella mañana, que era algo que ya tenía pensado hacer desde el mismo momento en el que Lorenza me lo propuso, pero debí hablarlo con él. Aquella frase que hizo que todo cambiara entre nosotros y que no sé cómo voy a poder solucionar. O quizás, ya no tenga solución. Hay veces que las palabras hieren

más que los hechos, y en este caso fueron las mías. Debí haber hablado con él en la playa cuando tuve la oportunidad de hacerlo, y no soltarle un «*no voy a volver contigo*» en caliente.

A veces pienso que no me conozco, que las cosas que hago no salen de mí, pero lo cierto es que soy yo la única culpable de que mi vida sea un tira y afloja por sentirme a flote. Y ahora, en estos momentos, me encuentro a la deriva.

—Teresa, ¿vienes o qué? —me grita Rosi desde el descansillo.

—¡Ya voy! —le devuelvo el grito.

Bajo por las escaleras, sin matarme, cosa milagrosa, y en la habitación de la primera planta, en esa otra que es de la abuela de Simón y en la que nunca he entrado, me encuentro con todas las mujeres que vamos a tener algo que ver en lo preciosa que va a quedar Petra el día de su boda. Su segunda boda.

—Pero ¿cómo es que vais todas en pijama? —chilla al verme entrar—. Yo sé vestirme solita, así que no hace falta que me ayudéis.

—Es la tradición, mamá —le dice Adela.

—Déjate de tradiciones y ocho cuartos, que, si no os vestís vosotras, esta boda se va a convertir en la primera donde los invitados llegan más tarde que los novios. ¡Si ni siquiera os habéis lavado la cara!

Lorenza, en un ímpetu de esos suyos, coge a su amiga y la sienta, de un plumazo, en la silla que hay frente al tocador. Nunca había estado en la habitación de Petra, y he de reconocer que es muy amplia y muy bonita. Tiene una enorme ventana cubierta por una cortina totalmente blanca, que deja entrar la luz del sol y hace que sea mucho más luminosa. Una cama de matrimonio, dos mesitas y un armario de color roble decoran las paredes también blancas, así como la famosa mecedora que descansa en una esquina y el tocador donde está sentada. Sobre las mesitas de noche hay fotos de su familia.

Petra lanza una de esas miradas asesinas a su amiga y todas reímos. Todas menos ella. Isabel se coloca detrás de ella y saca todos los utensilios que trae para comenzar por el peinado.

—¿Dónde has dejado a Sergio?

—En casa de Domingo. Quería estar con los hombres —dice y se ríe de la ocurrencia de su pequeño—. Por cierto, ¿qué le pasa a Simón? —Me dice a mí ahora con el peine en la mano—. Cuando lo he visto hace un rato no parecía muy contento.

—¿Todavía no has arreglado las cosas con mi nieto? ¿Va a llevarme al altar con la cara esa de estreñido que tiene últimamente? —me pregunta a través del espejo—. De verdad que está insoportable.

—Me temo que no —añado en voz baja. Dirijo mi mirada al suelo. Como las mire, estoy segura que empezaré a llorar.

—Cariño, ¿todavía estáis así? —Y esa dulce voz de Adela adelanta mis lágrimas. Me siento en el borde de la cama, derrotada.

—Mi niña, no llores. —Veo, entre el velo que hacen mis ojos húmedos, como Lorenza se pone a mi lado y me toma de la mano—. Teresa, se le pasará. Es igual de cabezón que su abuelo.

—Debí haber hablado con él. Por mucho que fuese una decisión mía, tenía derecho a saberlo —añado con la *moquera* floja.

—Escúchame bien, jovencita. —Ahora la que viene a mi lado es Petra. Me levanta el mentón con determinación—. Ya es hora de que hables con mi nieto. Por mucho que se haya enfadado contigo, estoy segura que va a apoyarte en esto. Tiene un pronto muy malo, pero no le durará eternamente. Él te quiere, y estoy convencida que prefiere estar separado de ti estos meses que perderte para siempre. Y ahora —dice, y se gira para acusar al resto—, dejad de una vez de cotillear y vamos a arreglarnos.

—Abuela, la que has preguntado ha sido tú.

—Eres igualita que tu madre, siempre llevándome la contraria.

Mientras que Petra refunfuña cuando Isabel da inicio a la sesión de peluquería, yo pienso en sus palabras y en las que mantuvimos Simón y yo. Si las analizo, mi compañero se enfadó más por haberlo mantenido al margen de mi decisión que por el hecho de estar separados. Necesito arreglar las cosas con Simón, no puedo permitir que se marche y dejar las cosas así. No quiero que me guarde rencor. Quiero volver con él.

Isabel no tarda mucho con la bisabuela, que después de peinarla y dejarle su pelo como suele lucir ella su melena lisa, se dedica al maquillaje. Así que pronto vamos desfilando todas por entre sus manos. A Rosi le hace un semirecogido, a su madre un sencillo recogido y a Lorenza y a mí nos lo deja suelto, tal cual, aunque a mí me acentúa las ondas de mi cabello. El maquillaje que utiliza para todas es muy natural, remarcando los pómulos y los labios.

Taller de chapa y pintura a punto. Ahora solo queda el vestido.

## Simón

Que ganas tengo que pase la boda y marcharme a casa. Solo, eso sí. He soñado tantas veces en regresar a casa con Teresa a mi lado que ahora, que sé que eso no es posible, me invade la rabia y la impotencia. Creí que era alguien importante para ella, pero me he dado cuenta de que no era así. Desconfía de mí, de lo que siento por ella, y está claro que no quiere compartir su vida conmigo. ¿Por qué si

no no me había hablado del trabajo con Lorenza? Y no estoy diciendo que no esté de acuerdo con ello, es más, estoy orgulloso de que quiera quedarse aquí y aprender con ella, pero me habría gustado compartir con Teresa esa decisión. Y ahora, con la mía tomada, ya no hay nada que hacer.

Todo lo que habíamos construido se ha esfumado.

—¿Qué es lo que he hecho mal? —me digo a mí mismo al mirar mi triste reflejo en el cristal.

—Primero, el nudo de la corbata no se hace así.

Me giro y veo a Domingo entrar en el baño, donde estoy a medio vestir con el traje chaqueta que he decidido ponerme para su boda. Se pone delante de mí y toma mi corbata que, con maestría, consigue hacer un nudo en condiciones. Cuando termina, mira orgulloso su pequeño trabajo y pone sus manos en mis hombros.

—Y segundo, cambia esa cara, que parece que vayas a tu fusilamiento y no a una boda.

—No puedo, de verdad que no puedo.

Salgo del baño, respirando con cierta dificultad, hasta que llego al salón. Me quedo ahí parado, cabizbajo, con las manos en la cintura e intento llenar de aire mis pulmones. La boda, la dichosa boda con la que todo empezó y con la que todo termina. Voy a estar todo el día con ella, viéndola preciosa con ese vestido que su nueva jefa le ha regalado, sonriendo, comiendo a su lado en la mesa, observando cómo baila con cualquiera menos conmigo. Volver a estar a su lado y saber que durante un tiempo pude acariciar su piel. Que sus besos eran mis besos. Que hacer el amor con ella era mi felicidad.

Es como volver a la casilla de salida, pero esta vez perdiéndolo todo.

—¿Qué he hecho mal? —repito cuando escucho los pasos de Domingo a mi espalda—. ¿Dónde me he equivocado para que Teresa no confíe en mí?

—¿Estás enfadado con ella?

—¡Claro que estoy enfadado con ella! —le digo al girarme—. Se supone que éramos una pareja. Las parejas hablan, se dicen todo aquello que les preocupa, que les hace felices. Toman decisiones juntas.

—¿Tú la habrías apoyado en su decisión?

—¡Por supuesto! —exclamo alzando los brazos—. Solo tenía que hablar conmigo. —Me siento, abatido, en uno de los sillones de cuero marrón que adornan el salón—. Quiero a Teresa, y aunque el hecho de quedarse aquí en el pueblo me revuelva el estómago, la habría apoyado sin dudarlo. —Miro a Domingo a los ojos—. ¿Por qué crees que no me dijo nada sobre el trabajo que le ha propuesto Lorenza?

—Ay, hijo, yo también soy un hombre, así que tampoco entiendo cómo

funcionan las mentes femeninas. —Se ríe de su propio comentario y se sienta en la pequeña mesita que separa las dos butacas. Como lo vea mi abuela hacer eso es capaz de matarlo—. Eso tendrás que preguntárselo a ella.

—¿Y si mi comportamiento ha hecho que ella se dé cuenta de que no soy lo que necesita? ¿Que estaba equivocada con respecto a mí? —Y yo mismo me ahogo con mis propias palabras.

—Simón, lo que estás diciendo no te lo crees ni tú. Teresa te quiere, de eso estoy totalmente seguro.

—Pues yo estoy seguro de que nunca ha sentido nada por mí.

—Eres un hombre sensato, Simón.

—Gracias.

—Pero también eres bastante obstinado. —Sonríe y pone una mano sobre mi rodilla. Me mira con esa dulzura que solo las personas mayores, que han vivido tanto, saben transmitir—. Habla con ella, no dejes que tu cabezonería acabe con vuestra historia. Los dos os queréis y no podéis desperdiciar más tiempo separados.

—¿Mi cabezonería? —hablo enarcando las cejas.

—Sí, tu cabezonería —asevera—. Simón, por lo que he visto, Teresa ha intentado acercarse a ti para hablar, y tú no has querido ni escucharla.

Eso es verdad. Teresa vino un día a casa de Domingo preguntando por mí, pero yo no quise ni verla. Y las veces que nos hemos visto en casa de mi abuela, o cuando he tenido que ir al taller con ella, he puesto entre ambos la mayor distancia posible.

—Simón, ¿de verdad vas a perderla por esto?

Domingo se levanta de su improvisado asiento cuando llaman a la puerta. De pronto, aparecen Isabel y Sergio, que viene corriendo hacia mí para darme un abrazo de esos que reconfortan el alma, un abrazo infantil y sincero. Su madre me da un beso en la mejilla y me pregunta si estoy bien.

Desde luego que las mujeres tienen un sexto sentido para detectar los males.

—¡Feliz cumpleaños, primo Simón! —grita el pequeño y se señala a él mismo—. ¿A que estoy guapo?

Sergio me sonrío orgulloso con su pequeño esmoquin cubriendo su cuerpo, chaleco y pajarita incluidos.

—Estás muy guapo.

—¿A que parezco un niño mayor?

Reímos, e Isabel se marcha a casa de mi abuela para ayudar a las mujeres a arreglarse. Sergio sube conmigo para echarme una mano y terminar de vestirme. Cuando los dos estamos extremadamente guapos, vamos a por el novio.

—El abuelo es el más guapo de los tres —declara el niño. Lo llama así desde

siempre—. Pero espera, que te falta una cosa.

El crío se sube a un taburete de esos de plástico que suelen estar en los baños, y coge un frasco de colonia para echárselo, prácticamente, todo encima de Domingo. El olor es insoportable.

—¡Abuelo, ya estoy aquí!

La voz de Marisa se oye desde el otro lado. Ha venido a buscarlo. Ella se encarga de llevarlo hasta el restaurante. Los tres bajamos, con Sergio agarrado a las manos de ambos.

—Vaya, estáis todos aquí —comenta ella cuando nos ve.

—Hala, Marisa, qué guapa estás.

Y tengo que darle la razón al pequeño, está muy guapa. Lleva un vestido rojo con un hombro descubierto, largo hasta las rodillas. Los zapatos de tacón son negros, al igual que su bolso. Siempre le ha favorecido mucho ese color al tono de su piel y su pelo.

—Hola, cariño, ya estoy listo. —Domingo baja el último escalón y abraza a su nieta—. Estás espectacular.

—Tú también, abuelo. —Él sonríe mientras da una vuelta sobre sí mismo—. Pero ¿a qué huele? Creo que te has pasado con la colonia.

—Teresa ha hecho un trabajo magnífico. Esa chica es un cielo. —Se abrocha el botón de su chaqueta, sin hacer caso a las palabras de su nieta—. ¿Nos vamos?

Marisa asiente con la cabeza y Domingo sale de casa con Sergio a su lado. Ella, antes de salir, viene hacia mí y me da un beso demasiado cerca de la comisura de mis labios.

—Feliz cumpleaños, Simón —susurra y siento cómo introduce algo en uno de los bolsillos de mi pantalón.

Cuando oigo el clic de la puerta al cerrarse, meto la mano en el bolsillo y lo que encuentro en su interior me sorprende. Es una pulsera que hace muchos años le regalé. Fue cuando éramos adolescentes y nos dimos aquel primer beso. Se la regalé esa misma noche, argumentando con total seguridad, seguridad que tenía en aquel entonces, que esa pulsera era exclusiva para la mujer de mi vida. «*Se feliz*», dice la nota que acompaña a esa pulsera. Necesito salir a tomar un poco el aire y fumar un cigarrillo. Estoy fumando otra vez demasiado. Enciendo mi pitillo y suelto el aire con tranquilidad. Miro de nuevo la pulsera. Tengo claro que Marisa no era, ni es, la mujer de mi vida, y la que realmente sí lo es no está a mi lado. Encuentro a mi paso una papelera y decido tirarla, no sin antes prometerme que voy a hacer lo posible por recuperar a Teresa.

Sin darme cuenta llego a casa de mi abuela. Mis pies traicioneros me han traído hasta aquí demasiado pronto, pues me toca llevarla a su boda. Tiro la

colilla al suelo y la piso antes de entrar al bonito jardín. La puerta está decorada con un montón de flores. Cuando subo el escalón y me abren la puerta, me quedo sin aliento.

—Hola, Simón.

Tengo delante de mí a la única mujer que realmente he querido en mi vida. La única que consigue que mi corazón lata y se pare a la vez. La única que consigue quitarme el sueño y me hace sonreír. La única que me vuelve loco y que está preciosa con ese vestido color champagne y ese escote que deja ver su canalillo por el que tantas noches me he perdido.

—Hola, Teresa. —Son las primeras palabras que cruzo con ella después de días—. Estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás perfecto. Por cierto, feliz cumpleaños.

Se inclina en el escalón y con sus manos en mis hombros, acerca sus labios a mi mejilla y me besa, cálida y delicada como es ella. Cierro los ojos para sentir más el roce de su boca contra mi piel y, en un acto reflejo, mis dedos se anclan a su cintura como si tuviesen vida propia, como si necesitasen el contacto de su piel. Su beso se aleja de mí y me mira a los ojos. Ninguno de los dos dice nada con palabras, pero nuestras miradas lo dicen todo. No puedo perderla.

—Teresa, tenemos que hablar.

—¡Pero si es el cumpleaños!

Mi hermana, seguida de mis padres, viene a saludarme con un efusivo abrazo, como si hiciera años que no me ve, y eso interrumpe el momento. Después le toca el turno a mi madre que, con un sonoro beso, me desea feliz día. Y mi padre, como acostumbra, me da la mano y una palmadita en el hombro.

—¿Dónde está la abuela?

—Arriba, con Isabel y Lorenza.

—Voy a meterle prisa, que al final vamos a llegar tarde.

—De eso se trata, hijo.

Toco con los nudillos en la puerta de la habitación y espero a que mi abuela me indique que puedo pasar. Cuando entro y la veo, el corazón se me encoge. Ahí está la mujer más bella que he conocido, vestida de novia, preciosa, esperando a que la entregue a su futuro marido.

—Abuela, estás... —Mi voz temblorosa se rompe cuando ella se acerca y me da un abrazo que dura lo suficiente como para que mis ojos vean borroso.

—Feliz cumpleaños, cariño mío. Tú estás más guapo que de costumbre.

—¿Eso es un piropo, abuela?

—Yo sí que te voy a decir un buen piropo, ¡qué culo más bien puesto tienes!

—Lorenza, que está sentada en la cama, se hace oír.

—¡¡Lorenza!! —Y claro, mi abuela la riñe, Isabel se descojona y yo me

quedo como si nada, ya la conozco.

—Yo no tengo la culpa de que tengas un nieto tan bien hecho. —Se defiende—. Anda, Isabel, vamos a llevar estas cosas al coche.

Se marchan cargando con unos maletines, pero Lorenza aún tiene tiempo de pegarme una palmadita en el culo e irse la mar de contenta. No tiene remedio.

—Ten, cariño, este es nuestro regalo de cumpleaños —dice mi abuela. Me entrega un sobre que saca del cajón de su tocador—. De tus padres, tu hermana y mío.

—¿Habéis hecho otra recolecta? ¿No será otra caja de preservativos?

—¿Y si lo fuese?

—No tengo con quién gastarlos.

—Simón. — Mete el sobre en el bolsillo interior de mi chaqueta y rodea mi rostro con sus manos arrugadas—. Tienes con quién gastarlos, solo hace falta que lo hagas bien.

—¿Eso va con segundas?

—Solo te estoy diciendo que arregles las cosas con Teresa. Ella te quiere, y tú a ella también. —Se engancha a mi brazo—. No puedes abrir el regalo hasta que pase la boda, ¿entendido?

Por suerte la ceremonia no dura mucho. Cuando he llevado del brazo a mi abuela ha tenido que tranquilizarme ella a mí, estaba como un flan. «*Anda que cuando tú te cases*», me ha dicho e, irremediamente, mis ojos han buscado los de Teresa. No me importaría casarme con ella, aunque mi primer intento fuese fallido, eso no me da miedo. Lo que me aterra es no volver a estar con ella.

Después de firmar, Marisa y yo como testigos, nos dirigimos hacia el jardín del restaurante donde se hace el aperitivo. Un buen surtido de platos con muy buena pinta consigue matarnos el hambre. Los novios han desaparecido para hacerse las fotos, así que vamos a tener un buen rato para degustar todos los manjares.

Las vistas que ofrece el jardín son espectaculares. Mires a un lado o a otro, solo se ve el mar, su inmensidad, su calma y ofrece una tranquilidad que mi interior no siente. Y lo envidio por ello. A unos metros, junto al camarero que está cortando con suma delicadeza el jamón, observo que Teresa está conversando con Paco, el amigo de Domingo que organizó su despedida. No sé qué le debe de estar contando, pero la hace reír. Jamás había visto algo tan hermoso. Al poco, aparece Manolo, su nieto, y los deja solos.

—¿A qué estás esperando para socorrerla de las garras de Manolo? Ella se va a quedar aquí conmigo una temporada, así que no deberías desperdiciar ni un minuto para estar a su lado.

—¿Por qué se lo propusiste? Sabes que, aunque estemos separados, no voy a

enamorarame de ti —le digo a Lorenza, sonriendo.

—Ya lo sé, ya he perdido toda esperanza contigo —añade, suspirando peliculera—, pero no he perdido la esperanza de verte feliz y tu felicidad tiene nombre y apellidos, y está ahí. —Señala con un gesto de cabeza hacia donde está Teresa—. Si le he propuesto que trabaje conmigo es porque tengo un plan para ella.

—¿Un plan? —pregunto enarcando una ceja.

—No voy a hablar antes de tiempo. —Sonríe pícaro—. Anda, ve con ella.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero como si fueses mi abuela? —Le doy un beso en la frente.

—Eso no me reconforta, guapetón.

Y me guiña un ojo a la vez que se le vuelve a escapar la mano y aterriza en mi culo. La veo que huye, con su parsimonia, a buscar un platito de jamón y una copa de vino.

Cuando me giro para ir a hablar con Teresa, aparece mi abuela y Domingo, ya convertidos en marido y mujer, y nos obligan a ir al salón para empezar con la comida propia de la boda. Como no podía ser de otra manera, en la mesa principal se sientan ellos, y justo a cada lado hay unos cartelitos muy bonitos, pero muy poco acertados para mi gusto, con los nombres de Marisa y mío.

Me siento incómodo sentado en esta mesa, con Teresa ubicada en la mesa de enfrente, y que cada vez que levanto la cabeza me encuentro con su rostro unos metros más allá y no puedo ir a decirle nada. Esta boda se me está haciendo muy larga.

Una eternidad es lo que dura el convite. De entrante, como si no hubiésemos tenido bastante con el picoteo del jardín, tenemos gazpacho cremoso con langostinos. De primer plato, un salmón a la parrilla con salsa de naranja. Para bajarlo un poquito, un sorbete de mango. De segundo, que casi ya quieres explotar, un solomillo ibérico en salsa de arándanos. Luego, que no sabía yo que existía eso, un prepostre, una copita de mojito con helado de yogur griego. Y finalizamos, si es que te cabe algo más, con el pastel nupcial de nata y trufa. Desde luego que no han escatimado en comida. A ver cómo me levanto yo ahora para hablar con Teresa con lo que he comido. ¿He dicho también que había surtido de vinos?

Empieza el baile y, cómo no, lo abren los novios. Yo sigo sentado en mi sitio, esperando a que se me pase un poco el efecto del alcohol o de la comida, ya no sé qué he ingerido más.

—¿Bailarías conmigo?

Esa melódica voz me para el corazón. Levanto la cabeza del móvil, estoy chateando con Adrián, y lo que veo delante de mis ojos me deja sin palabras.

Teresa me pide que baile con ella. Y lo mejor de todo es que me lo dice acompañado de una sonrisa. La orden que mi cerebro da a mis pies es que se pongan en movimiento lo antes posible, y eso es lo que hago. Me coge de la mano y me guía hasta la pista de baile. Yo me dejo transportar por ella a ese momento en el que solo existimos nosotros, y es lo que siento cuando ella rodea mi cuello con sus manos y deja que las mías recorran su cintura. Ni siquiera sé qué música está sonando.

—Simón, siento mucho lo que te dije el otro día —susurra, para que solo yo la oiga—. No debí decirte lo de Marisa ni soltarte de aquel modo que me quedaba en el pueblo. No estuvo bien por mi parte hacer nada de eso. Solo espero que puedas perdonarme.

Ahora soy yo el que tiro de su mano y juntos nos alejamos de todo el barullo de la boda para cobijarnos en una parte del jardín donde el mar será testigo, o eso espero, de nuestra reconciliación.

## 23

Cogidos de la mano, la llevo conmigo hasta una parte del jardín donde sé que podemos tener algo de intimidad para poder hablar. Cuando llego a esa zona, un poco apartada de todo el gentío, veo que no ha cambiado mucho, una farola que está apagada y un banco de madera orientado al mar son los únicos objetos que siguen adornando esa pequeña parcela del exterior del restaurante.

Al llegar al banco, tomamos asiento. Lo primero que hace Teresa es descalzarse, lanzando sus zapatos de cualquier manera por el suelo y con los pies desnudos pisa la hierba. Emite un susurro placentero al sentir el frescor en sus extremidades inferiores, y yo la miro embelesado.

La luz del sol de la tarde no calienta tanto como la de la mañana, pero el reflejo que ilumina sus mechones es igual de intenso. De pronto, gira la cabeza y abre los ojos para regalarme una de esas miradas que dice que todo va a estar bien. Cojo aire, le tomo de nuevo su mano y veo que este es el momento idóneo para empezar a arreglar las cosas. Para disculparme.

—Mi tío llegó un día a su casa con un niño en brazos. Cuando habló con mi tía, le dijo que ese niño era hijo suyo, que había nacido de una relación que mantenía con una mujer con la que llevaba cerca de tres años. En ese mismo momento, mi tía lo abandonó.

—¿Ese niño es Agustín? —pregunta Teresa asombrada.

—Sí. La madre de mi primo también se fue, dejando a su hijo con su padre. Mis abuelos ayudaron a mi tío, pero ya sabes, esto es un pueblo pequeño y la mentalidad sigue siendo un tanto cerrada y anticuada. Mi abuela, pues ya la conoces, a ella le importaba bien poco lo que decían de ellos los vecinos, pero a mi abuelo se lo llevaban los demonios. Él no era tan abierto como mi abuela, así que, aunque lo intentó, no supo querer a Agustín como a un nieto, aún siendo hijo de su propio hijo. Y eso mi primo lo veía, se daba cuenta que mi abuelo no

lo quería como nos quería a los otros primos. Siempre intentó llamar su atención y, con los años, empezó a competir conmigo por ganarse su cariño. Y no solo fue eso, también tenía que estar por encima de mí en todos los sentidos.

—¿A qué te refieres? —Teresa sigue mi relato con atención.

—Si yo le decía que me gustaba una chica, él iba y se la ligaba, si íbamos a una fiesta, él tenía que ser el centro de atención. Recuerdo un cumpleaños que mis padres me regalaron una moto y cuando bajé a por ella para dar una vuelta, había desaparecido. Al decírselo a mi padre me echó una bronca memorable, diciendo que seguro que me la había dejado olvidada en cualquier sitio, o que me la habían robado por irresponsable. Al poco llegó Agustín con la moto y mi padre se enfadó con él, le gritó y mi primo le pegó un puñetazo. A partir de ese día todo fue a peor.

—Tu primo solo quería ser aceptado por su familia, intentaba llamar la atención.

—Yo también pienso lo mismo, pero hay maneras de hacer las cosas. No podía estar enfadado con el mundo cuando nosotros siempre intentábamos ayudarlo.

—Y tú, ¿cómo te sentías? —me interroga acercándose un poco más a mi cuerpo.

—Bueno, tampoco fui un santo que digamos.

—¿Qué hiciste?

—Le robé una novia —lo digo y me quedo mirándola, esperando a ver qué piensa de ello, pero al ver que no dice nada, prosigo—: Había una chica que vino un verano al pueblo. Mi primo se quedó prendado de ella, me lo dijo, yo lo sabía, y aún así, tonteé con ella hasta que conseguí llevármela a la cama.

—¿Perdiste la virginidad con esa chica?

—Sí, aunque me seguía gustando mucho Marisa. Ella, ese año se fue a pasar el verano a casa de un familiar, y esa chica estaba ahí, tonteamos y...

—Y vaya historial tienes —me corta ella pensativa—. Esa chica, Marisa, Dulce...

—Un momento. —Ahora quien interrumpe soy yo—. ¿Cómo sabes lo de Dulce?

—El otro día me dijiste que nunca habías pensado que era tonta. —Sonríe—. Escuché cómo le hablabas a Adrián de ella en la cena, cuando regresaste de tu viaje.

Vaya, eso me coge por sorpresa e incluso noto que me abochorno un poco. Se me deben de estar pegando los sonrojos de Teresa. Ella, que se percata de todo, se da cuenta y ríe, y yo decido hacer lo mismo, pues ya he sido descubierto.

—Sé porqué me has contado esto —añade, cuando deja de reír. Pasea su

mano, esa que tenía entrelazada con la mía, por mi cuello—. Sé que en ocasiones he dudado de ti, de lo que sentías por mí, poniendo a Marisa entre ambos, pero ahora creo que solo era una excusa. Tenía miedo de lo que sentía por ti.

—Me he dado cuenta de que eso era exactamente lo que hacías, intentabas alejarme de ti a la mínima que tenías oportunidad. Yo no soy como él, Teresa, jamás te haría daño. —Enmarco su rostro entre mis manos—. No quiero más malos entendidos entre nosotros —le repito lo mismo que le dije una vez.

—Yo tampoco lo quiero. —Sonríe de medio lado mientras clava sus ojos en los míos—. Pensé que no volverías a hablarme nunca más.

—A veces, los enfados me duran un poquito.

—Ya me he dado cuenta, ya.

—Teresa —digo ahora en tono más serio—. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte aquí?

—No lo sé —añade encogiéndose de hombros—, el que Lorenza me necesite.

Suelto el aire que tenía retenido con pesar. *El tiempo que Lorenza me necesite* me suena a mucho tiempo. Me suena a eternidad.

—Pienso esperarte todo el tiempo que sea necesario hasta que vuelvas a casa —murmuro sin dejar de mirar sus labios.

—¿No estás enfadado conmigo porque me quede en el pueblo?

—Teresa, —vuelvo a pronunciar su nombre. La brisa fresca hace que un mechón de su cabello se pegue a su mejilla. Se lo coloco detrás de la oreja—, sé lo importante que es para ti esta oportunidad y no voy a obligarte a volver a casa conmigo. Con esto, tampoco estoy diciendo que me encante la idea de que te quedes, solo quiero que sepas que apoyo tu decisión. Te quiero y quiero que seas feliz, y sé que esto lo hace.

Ella, que me escucha atenta a todas mis reacciones, con los ojos cristalinos, se sienta sobre mi regazo y pasea sus dedos por mi nuca, por mi rostro, como si me viese por primera vez. Aprovecho para rodearle la cintura y amoldarla más a mi cuerpo, pero resulta un tanto incómodo cuando mi pequeña amiga se toma ese gesto como una invitación. Llevo muchos días sin saber de ella, sin abrazarla, sin besarla. Sin sexo, vamos.

—No esperaba menos de ti. —Sonríe—. Siento no haber hablado antes contigo, no haber compartido contigo mi decisión.

—Eso me dolió, que no me contaras la propuesta de la loca de Lorenza.

—Lo sé, y debí hacerlo cuando... —Le impido que siga hablando al poner el índice sobre sus labios, que recorro con lentitud, saboreándolos con la yema de mi dedo—. Dime que ya no estás disgustada conmigo, que todo está bien entre tú y yo, que volvemos a ser nosotros.

—Tú y yo siempre hemos sido nosotros.

## Teresa

Y se lo digo porque así es como realmente lo siento. Aunque hayamos estado todos estos días sin apenas hablarnos, he sabido que Simón siempre va a estar a mi lado. Me lo dijo una vez y creo en su palabra, aún si nuestra historia se hubiese roto, pero ninguno de los dos deseaba eso.

Me acerco más a su rostro, a ese cabello que se ha dejado otra vez demasiado corto, a esos ojos que anhelan un nosotros para siempre, a esos labios que me gritan en silencio que no los olvide. Y para que le quede claro que no voy a ser capaz de olvidarlos, aproximo los míos con lentitud a los suyos, para acariciarlos con tal delicadeza que nos recuerde que solo somos Simón y Teresa.

—¡Primo Simón, vamos a la piscina! —grita Sergio, corriendo, desde el otro extremo del jardín.

—¡Mierda! —gruñe el susodicho cuando el pequeño interrumpe nuestro beso.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta ahogado por la carrera. Isabel viene detrás.

—Sergio, déjalos —dice su madre.

—El abuelo Domingo dice que nos podemos bañar en la piscina, pero mamá no me deja bañarme con la ropa de la boda y no llevo bañador. Me tengo que bañar en calzoncillos.

—Muy bien, pues hala, tira para la piscina.

Su madre lo coge de la mano y se lo lleva, no sin antes guiñarnos un ojo. Me río, más por la vergüenza que por otra cosa, bueno, también por la cara de mosqueo que se le ha quedado a Simón. Mira que llega a ser antipático cuando se lo propone.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, por el beso. —Dejo de sonreír y volvemos a mirarnos con deseo.

—¿Ya os habéis reconciliado? ¡Ay, cómo me alegro, hijo!

Los que vienen ahora son Juan y Adela seguidos de su hija Rosi. Los tres, con sendas sonrisas en los labios, se quedan de pie delante de nosotros para que las dos mujeres nos besen amorosamente.

—¡Mamá, por favor, que no soy un crío! —le regaña como si lo fuera.

—Claro, como ahora solo quieres los besos de tu novia —le contrarresta ella con fingido pesar.

—Nos vamos a la piscina —dice ahora su padre, que le da, como acostumbra, una palmadita en el hombro.

—Cuando acabéis lo que estáis haciendo, podéis venir a bañaros. —Rosi nos lanza un beso al aire antes de marcharse con una sonrisa.

—Creí que en este sitio tendríamos algo de intimidad —farfulla cuando de nuevo estamos solos.

—Es un detalle que se te ha escapado. —Y rompo a reír.

—No le veo la gracia.

Vale, dejo de reír porque este hombre no está para muchas tonterías y retomamos donde lo dejamos antes de la interrupción. Volvemos a acercarnos con ansia...

—Visto lo visto, me voy a tener que conformar solo con Nasir. —La voz de Lorenza es la que ahora pone a Simón como un toro desbocado.

—Pero ¡¿es que todo el mundo tiene que pasar por aquí para ir a la piscina?!

—Es el camino más corto. —Lo saca de dudas.

—¿Y a qué esperas para irte?

—Qué guapo te pones cuando te enfadas.

Y es entonces cuando ella, Lorenza, le da un fugaz beso en los labios, un pico de esos donde apenas los labios se rozan, y donde la cara de asco de Simón es para enmarcar.

—Ahora sí que me voy. —Y toda chula, orgullosa de su hazaña, se marcha meneando el culo. Y más contenta que todas las cosas.

Tengo que taparme la boca con la mano para evitar que mi carcajada ponga de peor humor a mi chico. Está con la cara desencajada, creo que no esperaba algo así, ni yo tampoco.

—¿De verdad que esto te hace gracia? —Yo niego con la cabeza sin mucha convicción—. ¿Quién más queda por venir?

—Ahora sí que se te va a quitar esa cara de rancio que llevas arrastrando toda la semana. —Quedaba alguien por venir, los novios.

—Vaya, pero si quedabais vosotros. —Tanta ironía por parte de Simón no debe de ser bueno.

—¿Nosotros? ¿Nos estabais esperando? —Domingo mira a su ya esposa, asombrado.

—Cariño, me parece que no nos estaban esperando. Nos vamos a la...

—Piscina, sí, lo sé, abuela, ya podéis iros —la corta, rezongado.

Ella lo mira curvando los labios hacia un lado cuando se acerca a su oído para susurrarle algo que yo escucho. Le comenta que esta noche va a tener la casa para él solo. Que la imaginación haga el resto.

Al alejarse, Simón saca su lado detectivesco y empieza a observar a un lado y

a otro del jardín, mirando a todo aquel que sale por la puerta del restaurante, sin perder detalle de los que puedan aparecer por la piscina. Cuando ve que no hay ningún intruso, vuelve el rostro hacia mí.

—Y bien, ¿vas a darme ese beso ahora?

Ahora sí es un buen momento para ese beso porque luego vendrán muchos más, así que no pierdo tiempo y uno mis labios a los suyos en una caricia que nos hace valientes. Valientes porque con este beso borramos todos nuestros temores, eliminamos cualquier duda que podamos tener del otro y nos demostramos tal y como somos, desnudando nuestra alma. Es el beso con el que dejamos todo atrás y sellamos un futuro juntos.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos —murmura con la voz llena de deseo y de temblor al abrazarme.

Yo también lo he echado de menos y no sé cómo voy a llevar el estar meses separados. Si una semana ha sido tortuosa, no me imagino cómo pueden ser meses. Pero mejor no voy a pensar en eso, voy a disfrutar de este momento, de su cuerpo, de él. Al levantar la cabeza, observo a Marisa que está parada a unos metros de nosotros, sonriendo con ese gesto que intenta ser indiferente, pero que la resignación guarda algo de tristeza. Me saluda sin palabras y se marcha hacia el otro lado.

—¿Te apetece que nos demos un baño en la piscina o prefieres que vayamos a casa de tu abuela?

—Eso ni se pregunta.

Y qué razón tiene cuando lo veo tirando de mí, como si no hubiese un mañana. Con lo delicado que es a veces y lo bruto que resulta en otras ocasiones. Espero que no corra mucho con el coche y nos volvamos a topar con el guardiacivil de siempre. Una tercera vez en el calabozo y me hace detenida del año.

Llegamos a casa y poco nos importa dejar la ropa tirada en la entrada. Me acorrala contra la pared y se introduce en mí de un solo asalto. Se queda así, sin moverse, solo mirándonos, solo hablando nuestra piel.

—Vamos al sofá —comento bajito, casi sin aliento, en su oído para después cubrir su lóbulo con mi boca.

Simón gime y me obedece al instante. Vamos hasta el sofá del salón, donde él se sienta y me deja caer suavemente sobre su cuerpo para que yo dirija el ritmo, donde él queda a mi merced. Y así, esa primera vez nos la pasamos devorándonos con prisas, intentando recuperar en cada beso el tiempo perdido, perdonándonos todo de una vez por todas. Una segunda vez nos entregamos con más calma, saboreando con lentitud las oleadas de un placer devastador.

Y me quedo así, tumbada sobre su pecho, escuchando la música de su

corazón acelerado, sintiendo su piel fundirse con la mía.

—Si esta semana te he echado de menos, cuando te quedas aquí...

—Shhh. —No dejes que siga hablando, lo callo con un beso—. No pienses eso ahora.

—No puedo evitarlo.

—Lo superaremos, eso y cualquier cosa siempre que estemos juntos.

—Solo voy a dejar que te separes de mí esta vez, pero no habrá más. No voy a ser más permisivo —añade con un masaje en mis glúteos—. Quiero esto solo para mí, todas las noches.

—No sabía yo que eras tan posesivo —ronroneo.

—Solo contigo, además hoy es mi cumpleaños y ese es mi deseo, no separarme de ti.

—¡Tu cumpleaños! —Salgo de entre sus brazos y subo desnuda las escaleras para ir a buscar su regalo, que casi había olvidado.

—¡Pero si ya me habías felicitado! —escucho que me grita desde abajo.

Llego a la habitación y encuentro el sobre encima de la cama, justo donde lo dejé esta mañana. Al final voy a conocer Lisboa. Bajo con las mismas prisas y me encuentro a Simón con los brazos cruzados sobre su pecho, de pie, expectante en mitad del salón. Retomo mi respiración.

—Ten. —Le enseño el sobre que había guardado a mi espalda—. Es mi regalo.

—No tenías que comprarme nada.

—Claro que sí, solo espero que te guste.

Enarca las cejas y arruga la nariz en ese gesto que me he acostumbrado a ver casi cada día. Coge el sobre con precaución y lo abre con muchísimo cuidado. Igual se piensa que muerde. Saca los dos billetes y los mira con la boca torcida. Esa mueca no me da buena espina.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Hay dos billetes.

—Sí, ¿y qué?

—¿Por qué dos billetes? ¿Para quién es el otro?

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No.

Y lo dice tan serio, tan seguro de no entenderlo que estoy empezando a pensar que no quiere ir conmigo. Me he vuelto a equivocar otra vez. Mi rostro palidece hasta quedar igual de blanco que la barba de Papá Noel. Estalla en una carcajada al ver que mi riego sanguíneo no circula y me abraza sin dejar de reír.

—Ay, eres tan inocente a veces que me vuelves loco. —Me besa sin dejar de sonreír—. Me encanta tu regalo, pero lo que más me gusta es la compañía que

voy a tener en ese viaje.

—Vaya, ¿ya has decidido con quién vas a ir? —Sarcasmo activado.

—Voy a ir con una mujer preciosa, única, que me hace reír, que ha convertido mi vida en algo mucho mejor de lo que era. —Me besa de nuevo—. Gracias por el regalo, es fantástico. Pasar unos días solo para nosotros, sin madre, sin abuela y sin la loca de su amiga. Solo con la mujer que quiero.

—Entiendo que esa mujer soy yo —ronroneo pegada a sus labios.

—No hablaba de ti.

—¡Oye! —Me indigno falsamente y le doy un golpecito en el hombro. Vuelve a reír.

—Espera aquí un momento.

Sale al pasillo y rebusca entre su ropa desperdigada por el suelo. Del bolsillo interior de su americana saca un sobre muy parecido al que yo le he entregado minutos antes. Lo observo portándolo entre sus manos.

—¿Qué es eso? —le pregunto muerta de curiosidad.

—Otro regalo, pero este es de mi familia. —Da la vuelta al sobre y lo abre. Saca un folio que solo está impreso por una cara.

—¿Qué es? —Me acerco hasta él y miro el otro lado del folio—. ¿Una reserva de hotel?

—Sí, para Lisboa.



—Simón, ¿vienes a ayudarme?

—Sí, ya voy —digo con voz cansada.

—¿Qué estás haciendo? ¿Otra vez mirando las fotos? —Tana se sienta a mi lado en el sofá y *Lis* deja a su machote para ir en busca de sus mimos. Se acomoda en sus rodillas y empieza a ronronear.

—La echo de menos.

—Lo sé, yo también. ¿Cuánto hace que vino? ¿Tres meses?

—Cinco, desde Navidad.

—Uf, madre mía, cómo pasa el tiempo —comenta ella. Sí, el tiempo pasa, pero demasiado lento—. Dentro de poco volveréis a estar juntos.

—¿Y si no vuelve? —pregunto mirándola, afligido por si ello llega a ocurrir.

—Claro que va a volver, te lo prometió, ¿no?

—Sí, pero...

—Pero nada. Teresa siempre cumple su palabra. Además, ¿crees que va a dejar a un tío *buenorro* como tú solo por estos lares? Qué poco la conoces. —Ríe, y apoya su cabeza en mi hombro—. En esta foto está guapísima.

—Siempre lo está —la corrijo mirando el rostro de Teresa sonriendo a la cámara—. Conseguí inmortalizar su sonrisa justo antes de que se cargara la ventana del famoso tranvía veintiocho. —No puedo evitar reír cada vez que lo

recuerdo. Tuvimos que salir corriendo del tranvía por miedo a que el conductor nos matara allí mismo.

—Pues a mí me gusta mucho más esta. —Tana se incorpora un poco de su asiento y busca, pasando las imágenes con el dedo, una en concreto—. ¡Aquí está! Me encanta tu cara.

Y se descojona. *Lis* e *Iñaki* asoman sus naricillas sobre la pantalla del móvil, la miran, me miran y siguen a lo suyo, básicamente a hacerse arrumacos. La foto que a mi amiga le hace tanta gracia es una que Teresa me hizo dentro de la mítica pastelería Piriquita, en Sintra, comiendo queijadas, unas pequeñas tartas de queso, mi postre favorito cada vez que estoy por esas tierras. Creo que ese día comí demasiadas, y de ahí mi cara de empacho.

La siguiente imagen que aparece es una que Teresa nos hizo en la Torre de Belém. Ella quería subir hasta la última planta, yo no estaba muy conforme, pues sé que las escaleras son bastante estrechas y mi claustrofobia me paraliza, pero al final lo hice por ella. Al llegar a la quinta planta, donde se encuentra la terraza, tuve que tomar aire para relajarme. Podía haber sido peor, pero creo que no lo fue porque ella estaba a mi lado. Lo mejor fue el beso que me regaló y que quedó immortalizado en esa foto. Claro está que luego me invitó a unos pastelitos de Belém, unos riquísimos dulces de hojaldre y crema. Si no engordé más kilos en esos días fue porque tuvimos bastante actividad, tanto dentro como fuera del hotel.

—Esta foto es preciosa —comenta ahora mirando otra imagen—. Es tan tierno como miras a Teresa. Eres un grandullón adorable. Mi amiga no había podido encontrar mejor hombre que tú para compartir su vida. —Me da un beso en la mejilla—. Será mejor que dejemos de ver fotos y bajemos al local, en un cuarto de hora viene el lampista.

Da un beso en las cabecitas de los dos gatos, se marcha hacia la puerta, y a mí no me queda más remedio que seguirla. Antes de poder salir a la calle, *Lis* viene a mi lado y empieza a refregarse por mis piernas, ronroneando.

—Y ¿a ti qué te pasa? Llevas unos días muy rara. —Me agacho para cogerla entre mis brazos y dejo que acaricie su cara contra la mía.

Llegamos Tana y yo al local en cuestión, que está dos calles más abajo de donde vivimos. Es un local que mi amiga se ha comprado para poner su atelier de costura, su sastrería, su sueño. Todavía le queda para tenerlo terminado y poder abrir, pero poco a poco va cogiendo ese estilo que ella quiere para su futuro. Cómo me gustaría que Teresa estuviese aquí para poder verlo.

—¡Ains! Pero ¿seré tonta? —exclama ella y se da un golpecito en la frente—. He olvidado el dinero del adelanto. Quédate aquí, Simón, por si viene el pintor.

—¿El pintor? Pero ¿no era el lampista el que tenía que venir?

Y ni caso me hace cuando cierra la puerta del local y baja un poco la persiana. Pero ¿qué está haciendo?

Y en ese momento una música, una canción que conozco bastante bien y que me trae unos recuerdos maravillosos, empieza a sonar.

*Bom dia digo sempre quando vens,  
enquanto escrevo teu nome no vento.  
Tu dás sentido a tudo o que existe,  
a uma história com um único destino que não nos separe.  
Dá-me alento com tuas palavras  
Dá-me calor com tuas mãos  
Acaricie-me com tua alma para recordar o simples que  
é te querer<sup>[1]</sup>.*

Esa canción, esa melodía que pertenece a uno de los temas del último disco de Dulce, la última canción que Teresa y yo bailamos en nuestras vacaciones. Me hace recordar todo lo que sentí esa noche, cuando mi amiga nos invitó a su pequeño concierto en el Clube de Fado, un lugar único, exclusivo y el más famoso de la capital, donde la cena y el espectáculo vienen incluidos. Esa es la foto que le encanta a Tana. Y a mí también. No se me olvida la mirada que Teresa le brindó a Dulce cuando se conocieron allí en el club, una mirada sin un ápice de desperdicio. Es lo malo que tiene cuando presentas a dos mujeres con las que has tenido relación.

Acaba la letra y es cuando regreso al presente y me pregunto, desubicado, por qué estaba sonando esa canción.

—Hola, Simón.

Esa voz, esa voz la reconocería en cualquier parte del mundo y oírla en este instante, hace que todo se remueva en mi interior. Giro el cuello hacia un lado y allí, bajo el arco de entrada a lo que se supone que será el taller de costura, aparece la silueta de Teresa, sonriendo y viniendo hacia mí con pasos decididos. Al llegar a mi lado me coge ambas manos.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme.

Si hace esa pregunta es porque estoy paralizado, ni un solo músculo se ha movido de sitio. Me tiembla todo.

—¿De verdad estás aquí?

—Puedes besarme para comprobarlo.

Y es ella la que lo hace, la que me besa, pues yo sigo como un idiota estancado sin reaccionar, pero cuando su caricia consigue reactivarme y mis

manos le rodean la cintura, vuelvo a sentirla, vuelvo a sentir que estoy de nuevo en mi hogar.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no me ha dicho que venías? —le pregunto al volver a tenerla entre mis brazos.

—Quería darte una sorpresa. He vuelto a casa.

—¿Cómo que has vuelto? —Ahora mi interrogación es de sorpresa cuando la miro a los ojos—. ¿Quieres decir que te quedas aquí, conmigo? ¿Que no vuelves con Lorenza?

—No, me quedo aquí contigo —añade rebosante de alegría—. Este local lo ha comprado ella, y Tana y yo somos socias. Vamos a trabajar aquí las dos.

—Espera —digo sin entender. La tomo de los hombros—. ¿Este local lo ha comprado Lorenza? —Ella afirma con la cabeza—. ¿No es de Tana?

—No, ella solo nos ayudó a encontrarlo.

—¿Y por qué quiere Lorenza un local en esta ciudad?

—Ha querido ampliar el negocio. Me ha dicho algo que no he entendido, algo como que ese era el plan —comenta encogiendo los hombros.

—El famoso plan era abrir un local aquí y que tú lo gestionaras —digo para mí mismo al entender lo que me dijo el día de la boda.

—¿Cómo dices?

—Nada, que me habéis engañado todo este tiempo —confirmo arrugando la nariz.

—Pero fue por una buena causa. —Teresa hace un mohín.

—Sabes que esto tendrá consecuencias, ¿no?

—Las pagaré encantada —dice con un ronroneo junto a mi oído—. Te he echado mucho de menos, Simón.

—Y yo a ti, cariño. —Abrazo su rostro entre mis manos y beso sus labios—. Me encanta que hayas vuelto a casa. Ahora sí que te voy a tener para mí solo. Ahora vamos a poder empezar nuestra vida juntos.

—Sí, pero primero podríamos inaugurar el local, ¿no?

¿Cómo voy a decir que no a eso?

# *Agradecimientos*

Lo más difícil no es poner la palabra fin a una historia porque te despidas de sus personajes, sino incluir en estas últimas páginas a todas las personas a las que tienes que dar las gracias por permanecer a tu lado y que no hayan huido despavoridas.

Empezaré por mi familia, que siempre me aguanta, incluido cuando a horas tempranas los molesto porque, de la nada, me ha surgido el título del libro. Leo, Miguel ¡qué haría sin vosotros!

A mis lectoras cero, que las tuve abandonadas un tiempo por diversos problemas, pero que ellas esperaron sin quejarse y permanecieron a mi lado. Gracias Juani, M<sup>a</sup> Ángeles, Susana, Myriam, Aeryn y M<sup>a</sup> Carmen por estar ahí, por ayudarme a ver lo que yo no veía, por ser mis amigas en la distancia, ¡por todo!

A mis amigas de Facebook, Messenger, WhatsApp, Instagram (sí, por fin me hice uno, ¡¡¡yuju!!! Ya era hora) y de todo ese largo etcétera de redes sociales.

A esas compañeras de trabajo que me soportan cada día, pero que sé que en el fondo me quieren, ¿no? Bueno, aunque solo sea un poquito.

A María Elena, mi correctora y amiga que siempre está ahí cuando la necesito, sea la hora que sea. Y a Nerea, por su apoyo, por saber entenderme y por esa portada tan especial.

Y a ti, lector, gracias por seguir mis historias, por esperarlas, por sonreír con ellas y, sobre todo, por hacer que tus palabras me sigan animando a imaginar mil y una historias.

Besos  
Toñi Membrives

---

[1] Buenos días digo siempre cuando vienes,  
mientras escribo tu nombre en el viento.  
Le das sentido a todo lo que existe,  
a una historia con un solo destino que no nos separe.  
Dame aliento con tus palabras.  
Dame calidez con tus manos.  
Acaríciame con tu alma para recordar lo simple que es quererte.